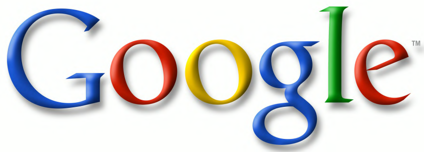

Google







LA AUSTRALIA ARGENTINA

TOMO I

ROBERTO J. PAYRÓ

LA AUSTRALIA ARGENTINA

(PRÓLOGO DEL GENERAL MITRE)

QUINTA EDICIÓN

TOMO I



BUENOS AIRES
CASA EDITORA É IMPRESORA DE MANUEL RODRÍGUEZ GILES
Corrientes, 1379

1908

OBRAS DEL MISMO AUTOR

El falso Inca. (Cronicón de la conquista) $ **1.—**

El Casamiento de Laucha. (Novela picaresca)................................ » **0.50**

Sobre las ruinas. (Drama en 4 actos).. » **1.—**

El Triunfo de los otros. (Drama en tres actos)................................ » **0.50**

Marco Severi. (Drama en tres actos)... » **0.50**

EN PRENSA

Violines y Toneles.

AGOTADAS.—*Ensayos poéticos; Antígona* (novela); *Scripta* (cuentos); *Novelas y fantasías; Los italianos en la Argentina; Emilio Zola* (conferencia).

Imp. y estereotipia Casa Editorial Sopena.—Barcelona.

ADVERTENCIA DEL EDITOR

Agotadas las cuatro primeras ediciones de mil ejemplares de «La Australia Argentina» de don Roberto Payró, el éxito creciente de esta obra me ha inducido á reeditarla con mayor lujo, en la seguridad de llenar un vacío sentido, pues muchos son los pedidos de libreros y particulares que no me ha sido posible atender.

«La Australia Argentina» describe la Patagonia, la Tierra del Fuego y la Isla de los Estados, tales como eran en 1898, antes de que se realizaran los pronósticos de progreso incalculable que hiciera el autor, y antes de que se pusieran en práctica sus sabios consejos, que han hecho declarar á uno de nuestros más distinguidos hombres de Estado que «este libro es un libro de gobierno», y á un ex-presidente que «deben leerlo todos los argentinos, y sobre todo los hombres de gobierno.»

M. Rodríguez Giles, *Editor.*



ROBERTO J. PAYRÓ

Buenos Aires, septiembre 12 de 1898.

Señor Roberto J. Payró.

He seguido día á día, con creciente interés, la lectura de las páginas que ha publicado usted en el folletín de *La Nación* sobre «La Australia Argentina».

Se dice generalmente de todo libro nuevo, para encarecer su originalidad, que «hacía falta». Del suyo puede decirse esto con verdad, porque, en efecto, faltaba, y llena útilmente un gran vacío.

Sus páginas sueltas, popularizadas por el diarismo, serán leídas y estudiadas con provecho por propios y extraños, cuando se presenten al público en la forma definitiva del libro, por cuanto satisfacen una necesidad vital. No basta ser dueño de un territorio rico, si el hombre no se identifica con él por la idea y lo fecunda por el trabajo, y sobre todo si el libro no le imprime el sello que constituye como un título de propiedad, haciéndolo valer más.

Por esto su libro, como comentario de un mapa geográfico hasta hoy casi mudo, importará la toma de posesión, en nombre de la literatura, de un territorio casi ignorado, que forma parte integrante

de la soberanía argentina, pero que todavía no se ha incorporado á ella para dilatarla y vivificarla.

Ese territorio, mal apreciado por los viajeros como una región estéril, considerado durante siglos como *res nullius*, y que ha dado origen á cuestiones internacionales de límites, felizmente solucionadas, ha sido al fin bien explorado por los geógrafos y naturalistas argentinos, que han descubierto en él una región bien articulada y colmada de riquezas naturales que prometen un vasto campo á la actividad nacional, por medio de su colonización sistemada, así como á la inmigración y á la aclimatación de todas las razas de la tierra.

El argumento de su obra es la Patagonia y la Tierra del Fuego del dominio argentino, en su estado actual, á lo largo de su litoral marítimo sobre el Atlántico y sus canales orientales, desde el punto de vista de su explotación y de su colonización, apuntando los medios de hacerlas prosperar; y comprende á la vez, por vía de ilustración, la historia y la geografía de aquellas comarcas y su descripción á grandes rasgos y de detalle, señalando á la vez sus necesidades y sus recursos de producción, á los efectos de su ocupación definitiva por el hombre.

Considerado bajo este aspecto, su libro llenará cumplidamente su objeto, en bien del país y para honra de su autor.

Los antecedentes históricos y geográficos que el asunto comporta, así como los que se relacionan con la historia natural, están presentados con amplitud y buena crítica, habilitando al lector para darse cuenta de su importancia en el pasado y de su valor en el presente.

Las consideraciones económicas sobre la situa-

ción del territorio en cuestión, en sus relaciones con la colonización y la explotación agrícola y rural, están ilustradas con abundantes datos estadísticos, que contienen los elementos necesarios para resolver los problemas que él encierra como factor de la riqueza y de la grandeza nacional en el futuro.

La narración del viaje es amena y animada; las aventuras y las escenas que se suceden le dan á veces el interés de la novela, aunque á veces, también, pequen por minuciosas y demasiado largas, defecto fácil de corregir en una revisión.

Por último, las descripciones están iluminadas por sorprendentes paisajes, nuevos y llenos de colorido, que se destacan como pinturas en medio de sus páginas, y ellas constituyen uno de sus más gratos atractivos.

No trepide usted en lanzar su libro á la circulación, seguro del éxito.

Su afmo.

BARTOLOMÉ MITRE.

LA AUSTRALIA ARGENTINA

A D. Enrique de Vedia.

I

En marcha.

La partida del transporte nacional Villarino estaba fijada para el 5 de febrero de 1898, á las diez de la mañana. Debía llevar á su bordo al doctor Francisco P. Moreno, perito argentino, y sus ayudantes militares y civiles, hasta Santa Cruz, punto de arranque de la nueva expedición emprendida por el infatigable hombre público.

El 5 estuve listo, pero la partida fué postergándose hasta el 12, porque era necesario ensayar las dos lanchas Tornicroft que el Dr. Moreno iba á llevar consigo para explorar los lagos Argentino y Buenos Aires. Por fin hubo que limitar ese ensayo á la prueba de la caldera con presión de agua, y embarcar la lancha que se había armado, sin desarmarla completamente.

El 12 á las diez en punto estábamos todos embarcados; y el Villarino se veía lleno de gente que acu-

día á despedirse de los viajeros, tan numerosos que á penas podían revolverse en la cubierta. El día, bastante caluroso, era magnífico, y el buque, amarrado en la dársena sur, frente al depósito número 1, manchaba el cielo azul con una ligera columna de humo que, al ascender, envolvía la flameante bandera de salida enarbolada en el trinquete.

—¡Buen viaje!

—Hasta la vuelta.

—¿Usted también se va?

Y apretones de manos, saludos afectuosos y conmovidos, conversaciones entrecortadas por el ir y venir de visitantes, pasajeros, vendedores de libros y de baratijas.

—La última novela de Zola.

—Cigarros y cigarrillos.

—*¡La Nación, La Prensa!*

—No deje usted de escribirme...

—¿Para cuándo es el regreso?

Por fin se dió la señal, desfilaron lentamente los visitantes, que fueron á formar en fila sobre el dock, retiróse la planchada, y el Villarino comenzó á moverse arrastrado por dos poderosos remolcadores.

—¡Adiós!

—¡Adiós!

Avanzábamos por entre el laberinto de buques de la dársena, y aunque embargado por insólita emoción, por una opresión vaga y extraña, miré en torno para trabar conocimiento visual con mis compañeros de viaje: los había ¡y cuántos, y cuán diversos! Argentinos, españoles, ingleses, franceses, italianos; soldados, marineros, hermanas de caridad, señoras, niños... ¿Dónde iba á caber tanta gente?

El Villarino es un buque pequeño, muy marino,

pero inadecuado para pasajeros. Tiene una máquina poderosa que le da una marcha de diez millas por hora, y puede hacer dos millas más ayudándose con su velamen, compuesto de cuchillos, cangreja, trinquete, redonda y velacho. Es coqueto; con su arboladura ligera y esbelta y su bien cortado casco pintado de blanco, y á velas desplegadas, en alta mar semeja un gran pájaro del sur rasando la ola.

Pero no es para tanta gente, y mucho menos cuando va, como en aquel viaje, con las bodegas repletas de carbón y de carga, la proa llena de caballos y mulas, y la cubierta atestada con los botes llenos de agua para los animales, con las dos lanchas Tornicroft y con el equipaje y las personas de los pasajeros de segunda.

Ibamos saliendo lentamente de la dársena, en medio de la animación un tanto melancólica de la partida; en el pontón La Paz, escuela de grumetes, la banda de música tocaba una marcha militar; cuando pasamos todo anunciaba un felicísimo primer día de viaje: pero de pronto, al virar frente al Riachuelo para tomar el canal, sentimos una sacudida, y el barco quedó inmóvil...

—¡Hemos varado!...

—¡No puede ser!...

—¡Eh! será cuestión de media hora...

Habíamos varado en pleno puerto de Buenos Aires, justamente al lado de una draga haragana, y sobre un banco de arena que, sin justificación alguna, viene formándose allí desde hace años. ¡Buen trabajo de dragaje! ¡Linda muestra de cuánto se preocupa el Gobierno de lo que á la navegación se refiere! Si en lugar del Villarino se hubiera ido sobre el banco alguno de los buques de gran porte

que diariamente entran al puerto, éste hubiera quedado cerrado por algunos días. Pero los trasatlánticos pasaron junto á nosotros, como una burla.

Vano fué cuanto esfuerzo se hizo por zafar. Hasta cuatro remolcadores tiraron del Villarino, tendiendo los cabos como cuerdas de violín, resoplando jadeantes sus calderas, sin que el casco se moviese en el lecho de limo en que estaba empotrado, como en un perol de cola de carpintero.

Sonó la campana que llamaba á almorzar, cuando ya los remolcadores habían renunciado á la empresa de sacarnos del atolladero, y la gente se agolpó al comedor.—No se cabía, y hubo que comer por tandas. Formáronse dos mesas, y ninguna de ambas brilló por su alegría: la emoción de la partida, desmesuradamente prolongada por aquel tropiezo, dejaba á todos mustios y desganados: Estábamos y no estábamos en viaje, habíamos y no habíamos salido de Buenos Aires, porque ni era posible volver á tierra, ni dependía de nuestra voluntad seguir marchando.

En todo aquel día mortal, tiempo sobrado tuve de examinar á mis compañeros de viaje.

Con el doctor Moreno iban el coronel Rosario Suárez, un viejo militar, que hizo con singular valor la guerra de indios, gran baqueano de la Patagonia y el Río Negro, agregado voluntario á la expedición, á la que habrá prestado sin duda excelentes servicios (ha regresado ya) por su conocimiento del terreno, su práctica de la vida en campaña y sus recursos de soldado de fronteras. Es un hombre alto, seco, ya entrado en años, afable en el trato familiar.

Junto á este veterano, un joven capitán de artillería, el señor José Uriburu, que ya ha formado

parte con éxito de otras subcomisiones de límites, oficial de escuela y excelente y discreto compañero de viaje. El señor Diego González Victorica, encargado de llevar la lancha Tornicroft núm. 1 desde el Chubut al lago Buenos Aires, y el joven Terrero, sobrino del perito, que no por ir en viaje de placer ha sido menos duro en la fatiga. Además, dos maquinistas, personal de peones avezados, los asistentes del coronel, etc., etc.

Iba á bordo otra comisión: la del ingeniero Pastor Tapia, encargado de medir terrenos de Tierra del Fuego—tan desgraciados con sus antecesores, —compuesta por el joven Vernet Lavalle, el ayudante agrimensor señor Ambone, asistentes, peones, etc.

Luego el capitán de fragata don Leopoldo Funes, encargado de establecer la línea telegráfica militar entre Río Deseado, San Julián, Santa Cruz, Gallegos y Punta Loyola; el nuevo subprefecto de San Juan del Salvamento (presidio militar de la Isla de los Estados), teniente de fragata Luis Demartini, con algunos marineros; el jefe del faro de Punta Laserre, señor Augusto de la Serna; el señor Venturi, enviado á Santa Cruz por el departamento de Agricultura, para practicar estudios; el doctor Pinchetti, nombrado para la Isla de los Estados; tres caballeros franceses, MM. Sabatier, Addé y Nesler; la señora del comandante Leroux con sus hijos, y tres hermanas de caridad en viaje á Rawson.

Pero entre el ir y venir de tanta gente, me llamaron la atención una joven inglesa, miss Mary X, que se dirigía á Río Gallegos, y el doctor Brodrick, su esposa y su perro, que iba á probar fortuna en Punta Arenas. Curiosa esta pareja: ella muy alta,

vestida de azul, con gorra de marino; él pequeño, delgado, móvil, muy rubio. Tanto éstos como miss Mary no hablaban una sola palabra de castellano, y venían á América por primera vez, como se viene á una tierra de promisión.

Si me detengo á señalarlos, es porque ellos han procurado el escaso elemento romancesco de este largo viaje, dando una prueba más de lo que es el carácter británico, y de la confianza que inspira nuestro país á las personas emprendedoras.

Entretanto, llegó poco á poco la tarde, y continuábamos varados, consultando en vano el semáforo del Riachuelo, que se obstinaba en no anunciar el repunte del río.

—¡Crece!

—No, no crece todavía. Hasta la noche no hay esperanza...

Y los pasajeros hacinados, casi sin poder moverse, bostezaban contemplando el río, hasta que la llegada de los diarios de la tarde, que nos decían en viaje, animó un poco la situación, triste y aburridora.

Yo fuí á conversar con el comandante del barco, el teniente de fragata don Juan Murúa, que desde hace muchos años navega en los mares del sur, como que ya en 1882 tomó parte en la expedición Bove, en calidad de guardiamarina, habiéndose formado bajo las órdenes del comandante Piedrabuena, aquel infatigable y valeroso visitador de las costas patagónicas y fueguinas. Murúa me dió interesantes datos que tuve oportunidad de comprobar más tarde, y que tienen su colocación lógica en estas páginas.

Es el comandante del Villarino un hombre joven, pero avezado á las rudas tareas del mar, enérgico

y duro en el caso, como cuadra á un marino, afable y bondadoso en las circunstancias normales. No arriesga su buque en locas aventuras, y lo cuida como si fuera una persona amada. Así fué con la Ushuaia, cuyo comando tuvo antes, y en cuyo puente navegó decenas de veces por los canales fueguinos, los estrechos de Lemaire y Magallanes y las abruptas costas de la Isla de los Estados.

Y lo acompañan hombres de provecho y de fibra: el segundo, teniente de fragata don Eduardo Méndez, de raza de marinos, siempre en su puesto; los pilotos Carbonetti y Fábregas, que andarían por el sur con los ojos cerrados; el contramaestre Bautista, piloto de la marina mercante italiana; los comisarios Martínez y García, el maquinista inglés Drummond, y los jóvenes maquinistas argentinos educados en los grandes talleres mecánicos ingleses, Martinez, Pereyra y Maguí, á quienes no señalo por el solo gusto de hacer enumeración, sino porque son positivamente meritorios, como lo dirán cuantos los hayan visto en el desempeño de sus funciones.

La dotación de oficiales del Villarino queda completa con el Dr. Eliseo Luque, médico de á bordo, y el farmacéutico Lagos, ambos argentinos, y excelentes compañeros, prontos á acudir donde sus auxilios fueran necesarios. El Dr. Luque, en su continuo trato con los pasajeros, y por su carácter suave é igual, se captó las simpatías de todos desde el primer momento.

A éstos y á los demás huéspedes del transporte, conocí de vista aquella interminable tarde; luego vino la familiaridad de á bordo, que nos dió lugar de conocernos más á fondo, y me permite hacer

ahora estos apuntes, no tan triviales como podría parecer.

En efecto, el Villarino conducía á su bordo comisionados científicos, ocupados de la demarcación de límites con Chile, al encargado de resolver el problema de la comunicación telegráfica con el extremo sur de la República, una comisión de mensura de los terrenos de la Tierra del Fuego, pioneers y nuevos pobladores para las costas patagónicas, toda gente útil que, ya enviada por el Gobierno, ya lanzándose á buscar mayor campo de acción á su actividad, contribuyen en este momento á dar impulso á esas tierras, que poco á poco van saliendo del misterio en que las envolvía maliciosamente la especulación, y mostrando que ellas también son productivas y generosas con los que las trabajan...

Cuando cerró completamente la noche, después de comer, el transporte pudo zafar del banco en que había varado, y salir al canal, arrastrado por un remolcador. La noche estaba tranquila, tibia y muy obscura; las aguas del río, casi inmóviles, parecían de tinta, y á lo lejos, al este, en la rada exterior, al ras del horizonte, titilaban como estrellas las luces de los buques anclados presentando la proa á la marea.

Marchábamos hacia uno de esos barcos, el Santa Cruz, del que teníamos que recoger el piloto Fábregas. Pero ¿dónde estaba el Santa Cruz? Lo anduvimos buscando largo rato, de aquí para allá, como si jugáramos á las esquinitas, y naturalmente, sin dar con él. Por fin, el comandante resolvió fondear hasta la madrugada, como se hizo, y los pasajeros se lanzaron en procura de sus camas.

Pobres camas las de muchos, que tuvieron que dormir sobre y bajo la mesa del comedor, en un

ambiente que podía cortarse con cuchillo; hubo un desbande hacia la cubierta, ya ocupada por varios, y envueltos en ponchos y mantas, sin almohada, durmieron al sereno unos veinte pasajeros de primera; los de segunda llenaban la proa, en un tendal que no permitía mover el pie sin riesgo de aplastar á alguno. El hacinamiento de gente hacía insoportable la permanencia abajo, aunque no hiciera mucho calor.

Allá al oeste, en la noche obscura, Buenos Aires nos aparecía como una línea recta de luces brillantes, que rielaban en las aguas; nada más—el resto estaba sumergido en la sombra.

...Cuando desperté sobre cubierta, con la ropa humedecida por el rocío, amanecía ya, el transporte se ponía en marcha, y la ciudad se esfumaba entre la niebla matutina, mientras que al este se abría un horizonte inmenso de agua cenicienta en que á trechos se reflejaban las pinceladas rojizas de las nubes, las manchas de azul claro del cielo, y uno que otro caprichoso toque blanco, anaranjado ó violeta.

El río estaba en calma, rizado apenas, y deslizándose por su superficie el Villarino nos alejaba de la capital, de la que quedábamos incomunicados desde aquel momento...

Nos detuvimos frente al Santa Cruz, que desprendió un bote llevando al piloto Fábregas, y apenas estuvo á bordo, el gallardo transporte echó á andar con una velocidad de diez millas por hora. La alegría renació; terminaba la espera larga y melancólica, más angustiosa que la partida misma. Pero no podíamos revolvernos á bordo, y andábamos dándonos involuntarios empellones unos á otros.

—¡Oh! ¡ya terminará esto!—afirmaba uno.

—¿Cuándo? ¿En el Chubut?

—No, mucho antes; apenas entremos en el mar. Verá usted qué holgados quedamos, gracias al mareo...

Y así sucedió, en efecto, en cuanto la proa del *Villarino* comenzó aquella tarde á cortar las aguas del Atlántico.

II

Alta mar.

Pedro Sarmiento de Gamboa, el intrépido navegante español que en 1579 visitó el estrecho de Magallanes, y que legó su nombre á una de las montañas más altas de la Tierra del Fuego—el monte Sarmiento, casi continuamente envuelto en pesadas nubes—decía en la Relación de su viaje, refiriéndose á los temibles mares del Sur:

«Y todo se excusara si los que por aquí antes pasaron hubieran sido diligentes en hacer derroteros y avisar con buenas figuras y descripciones ciertas, porque las que hicieron que hasta agora hay y andan vulgarmente, son perjudiciales, dañosas, que harán peligrar á mil Armadas si se rigen por ellas, y harán desconfiar á los muy animosos y constantes Descubridores, no procurando hacer otra diligencia.»

De entonces acá las cosas han variado mucho, los viajes de estudio se han sucedido casi sin interrupción, se han llevado á cabo grandes exploraciones, y los relevamientos de la Beagle y la Romanche y el derrotero de Fitz-Roy, permiten á los navegantes recorrer la costa patagónica, cruzar el

estrecho de Magallanes y avanzar hacia el sur con toda la seguridad posible en mares libres que, desde el polo, van á tropezar allí con los primeros obstáculos, con la primera valla opuesta á su empuje formidable.

Las cartas del Almirantazgo, acopio de los datos obtenidos en siglos enteros de navegación, olvidan todavía algún islote, alguna bahía, algún escollo, algún relieve de la costa; pero son, sin embargo, de mucha exactitud, y guían con seguridad al buen marino. Mas no por eso dejan de ocurrir naufragios, que muchas veces—como se verá más tarde—obedecen á diversas causas—ya impericia, ya negocio—que podrían ser evitadas, como se verá también que la tremenda fama que rodea, por ejemplo, á la inhospitalaria Isla de los Estados, es algo teatral y ficticia, en cuanto á los barcos de vapor se refiere, aunque aquel peñón sea realmente una amenaza terrible para los buques de vela.

Por el estrecho de Magallanes pasan al año cientos de buques de gran porte, y los siniestros son realmente escasos, gracias al mayor conocimiento de aquellos parajes, sus abrigos, etc.; se ha realizado ya, en efecto, el deseo de Sarmiento de Gamboa, no por parte de los españoles, ni de los habitantes de la América del Sur, sino, sobre todo, por ingleses y franceses que han dejado su indeleble huella en las costas patagónicas y fueguinas.

Tanto es así, que, recorriendo rápidamente el mapa, me encuentro con los siguientes nombres geográficos: Adam, Albermaile, Aymond, Back, Barnewelt, Barrem, Beagle, Beauchène, Beaver, Berkley, Bird, Bleaker, Blosom, Brisbane, Bougainville, Bull, Buygle, Byron, Calinford, Camerons, Charmate, Choiseul, Colnet, Cook, Cooper,

Coy Inlet, Croosley, Dampier, Deceit, Douglas, Driftwood, Dungeness, Edgar, Spinozza, Fairweather, Falkland, Fallows, Fur, Fitz-Roy, Flinders, Fourneaux, Foul, Fox, Franklin, Gay, Grey, Hall, Harriet, Hatily, Herschel, Hidden, Hope, Katterfeld, Kendall, Lively, Madryn, Meredick, Middle, Moody, Murphy, Murray, Musters, Nassau, Oglander, Oxford, Parry, Pebble, Pembroke, Picton, Pleasant, Purvis, Spencer, Tomasin, Vancouver, Watchman, Webster, Weddel, Winter, Wollaston... todos de más ó menos difícil pronunciación para lengua y labios latinos.

Algunos de estos puntos habían sido bautizados ya por los españoles; pero rebautizados por los ingleses, su segundo nombre ha prevalecido al fin, por ser el que figura en las cartas del Almirantazgo, de tal modo, que en un país de habla española, la nomenclatura geográfica es casi exclusivamente inglesa, aunque no sean los ingleses los primeros que han descubierto y descripto muchos de esos parajes. Esta cuestión, nimia al parecer, preocupará sin duda más tarde á nuestros geógrafos, pues si bien es cierto que los descubridores tienen derecho de bautismo de las tierras que exploran, esa abundancia de nombres exóticos no dejará de presentar dificultades cuando la población aumente, porque los corromperá, como ha ocurrido con Camerons Bay, que hoy se llama bahía *Camarones*, y con tantos otros.

Pero con esos ú otros nombres, el extremo sur de la República va progresando con mayor rapidez de lo que generalmente se cree; sus campos se pueblan de ovejas llevadas de las Malvinas, en sus puertos se levantan edificios que muchas veces no bastan al número de sus habitantes, las estancias

avanzan su conquista hacia el interior, nacen algunas industrias, resuenan en sus bosques los golpes del hacha y los chirridos de la sierra, navegan en sus aguas numerosos barcos de poco tonelaje, los vapores de la P. S. N. C. y del Kosmos, etcétera, pasan casi diariamente á lo largo de sus costas, y si un gobierno progresista y bien inspirado se propusiera darles nuevo impulso, veríamos en pocos años surgir en aquellas comarcas aún solitarias otro emporio de civilización, cuna de una de esas razas fuertes y dominadoras de las zonas frías...

Y este transporte en que vamos navegando ya en pleno Atlántico, es el símbolo de lo que el Gobierno se ha limitado á hacer por la Patagonia, creyéndolo suficiente, y aun demasiado, cuando no basta para las necesidades de hoy, y no acusa la más vaga visión del porvenir. Aquí vamos, rolando y cabeceando á merced de la ola mansa, amontonados, casi estibados, los pasajeros que no cabríamos con comodidad en un vapor de doble tamaño. Además, las bodegas del Villarino, *aproado* por el enorme peso, van atestadas de carbón, porque como en el sur no hay depósitos argentinos sino de aparato (de Chile los hay en Punta Arenas, Coronel, etc.), está obligado á llevar combustible para la ida y la vuelta, y la carga particular se queda en la dársena, pese á las protestas y lamentos de hacendados y comerciantes del sur... ¡Y dicen que esta línea de transportes que hace *un viaje al mes*, tiene por objeto fomentar el desarrollo de aquellas regiones!

Hay que oir á los mismos que vienen á bordo. El Villarino sólo ha dispuesto de una capacidad de trescientas toneladas para carga. La mayor parte

de las mercaderías que se esperan ansiosamente en Chubut, Santa Cruz y Tierra del Fuego, no ha podido ser embarcada. Los frutos del país que aguardan allá quien los lleve al mercado, quedarán en los puertos otro y otro mes, porque lo mismo ocurre en todos los viajes, especialmente durante el verano, y el 1.° de Mayo no puede hacer mucho más que el Villarino.

—Ya verá usted en cada puerto, los bultos tirados en la playa, á la intemperie. Ya oirá usted los ruegos y las lamentaciones de los comerciantes. Ya se convencerá con la evidencia de que el Gobierno, con tanto aparato, no hace *nada* por nosotros.

—Nada es mucho decir—repliqué.—Los transportes llevan y traen algo, al fin y al cabo.

—Sí, traen y llevan esperanzas, que así como nacen mueren—contestó el comerciante con quien hablaba.—¿Qué hacemos con mandar á Buenos Aires una pequeña parte de nuestros productos y con traer al sur unos pocos cajones de mercaderías? Vegetar esperando tiempos mejores, ó dar extemporáneo impulso á nuestros negocios y correr á la ruina... Gracias á que Punta Arenas...

—¿Punta Arenas se está haciendo mercado?

—Ya lo es, señor, y de gran socorro para la gente del sur... Algunas de sus casas de comercio tienen sucursales en Río Gallegos, en Santa Cruz, y si usted observa, verá hasta en Madryn artículos procedentes de ese puerto chileno, que van desalojando á los argentinos.

La observación es exacta. Chile, más hábil que nosotros, ha dado tanta franquicia á la colonia de Magallanes, que su preponderancia sobre todas las poblaciones patagónicas y fueguinas es innegable.

Además, sólo allí hacen escala los vapores del Pacífico y del Kosmos, lo que le procura nuevos y poderosos elementos de progreso. Buques pequeños de cabotaje, algo piratas, algo contrabandistas, se lanzan desde allí, unas veces á la pesca del lobo de dos pelos, otras al *salvataje* de los buques náufragos, y otras por fin, á vender mercaderías en los puertos argentinos, y fletarse en ellos para conducir los frutos del país, ya á Buenos Aires, ya al mismo Punta Arenas.

Esto no puede contrarrestarse con transportes que llevan muy poca carga, que hacen viajes larguísimos, y que no tocan en todos los puntos en que se les necesita. Así, por ejemplo, el itinerario del Villarino, á la ida, era: Puerto Madryn, Santa Cruz, Gallegos, Punta Arenas, Ushuaia, Lapataia é Isla de los Estados, dejando en blanco á Camarones, Deseado, San Julián, y toda la costa este de Tierra del Fuego. En San Julián tocan muy rara vez, y si el Villarino lo ha visitado al regreso, es porque tenía que desembarcar postes para la línea telegráfica militar.

Sería menester, si realmente se desea fomentar el sur de la República, ó bien aumentar el número y la capacidad de los transportes nacionales, lo que produciría gastos enormes al Gobierno, ó bien subvencionar una línea de vapores, interviniendo en sus tarifas de carga y pasajeros. Ya se han hecho propuestas en este último sentido, algunas bastantes convenientes según se me dice, y velando por los intereses comunes se podría licitar la concesión, para darla á la empresa que ofreciendo más ventajas, se contentara con menos.

Los vapores particulares se cuidarían mucho de no dejar cargas abandonadas en los puertos y de

procurar ciertas comodidades á los pasajeros; sobre todo acondicionarían mejor lo que llevaran, los comerciantes podrían asegurar sus mercaderías, (1) y la frecuencia de sus viajes estaría en razón directa con las necesidades de la población.

Por ahora, y tal como están las cosas, el servicio de la navegación del sur es insuficiente y hasta irritante, como que no es para todos por igual, y da margen á preferencias y favoritismos que siembran el descontento en cada escala que los buques hacen, aunque sus capitanes se esfuercen por satisfacer al mayor número.

Del Chubut, por ejemplo, poco se envía por los transportes. Una tarde, un oficial de marina hablaba de ello con un comerciante de aquel territorio, muy cerca de un caballero inglés, absorto en la lectura de su diario,—y decía no sin cierta acrimonia:

—Yo no sé por qué estos ingleses no quieren cargar en los transportes. Ahí tienen una cantidad de lana y no la mandan. Eso es sólo una demostración de animosidad...

El inglés que leía el diario, y que parecía no escuchar la conversación, alzó la cabeza y dijo lentamente:

—¿Mi permite, sin-nior? Noù hay animousidad. Pero nosoutros no quiere que lana vaya sucio á Buenos Aires...

Muchas veces ha sucedido, en efecto, que los transportes han cargado lana y cereales en las mismas bodegas en que llevaban á Buenos Aires madera fresca y húmeda, que ensuciaba las bolsas,

(1) Las compañías de seguros no dan pólizas por cargas que vayan en los transportes, considerados por ellas como buques de guerra.

hacia arder esos productos y deterioraba, en suma, los cargamentos. Los productores prefieren entonces servirse de los buques de vela, pues aunque el viaje sea más largo, tienen la seguridad de que no perderán el fruto de su trabajo.

No basta con que las tarifas sean reducidas; es necesario también que el servicio se haga como si fueran altas; de otro modo, la protección que el Gobierno preste á las avanzadas del sur, será sólo de aparato, y la desdeñarán cuantos vean sus efectos contraproducentes, como está sucediendo ahora.

El comandante Murúa comprende estas necesidades, pero no tiene en su mano el remedio, ni lo está en la del Gobierno mismo, si no aumenta el número de los transportes, en lugar de disminuirlo como lo acaba de hacer quitando el Santa Cruz de esta carrera, para mandarlo á Europa, aunque ese transporte fuera, por su capacidad, el más adecuado para traer y llevar cargas del sur. Pero ahí está el Tiempo, buque de cuatro mil toneladas, que puede ponerse en estado de hacer esta navegación, y que urge dedicar á ella en reemplazo del Santa Cruz, si no se quiere ver perdida toda la enorme cantidad de carga tirada hoy á lo largo de la costa patagónica...

...Seguían, entretanto, los días hermosos, y el mar se mostraba con nosotros de una benignidad cariñosa. El Villarino, que rola y cabecea á la primera agitación, se mecía blandamente sobre las aguas verdosas, que por la tarde tomaban reflejos de acero. Ni un buque á la vista; nada más que la inmensidad del horizonte, que nos rodeaba como un círculo cuyo centro fuera el barco. De vez en cuando avistábamos tierra, ya las altas balizas del puerto de la Plata, ya la costa arbolada de la Mag-

dalena—el 13 por la tarde, el faro flotante de Punta de Indio, y la costa á lo lejos, al oeste,—ya la Punta Médanos.

La mayor parte de los pasajeros se había mareado, á pesar del poco movimiento del buque, y permanecía en sus camarotes, dejándonos cierta holgura relativa. ¡Ah, qué incómodo viaje! ¡Qué hacinamiento, cuánto miasma de la proa á la popa, exhalado por tanto animal y por tanta gente estibada en reducidísimo espacio, y por añadidura enferma de mareo... Porque el contagio cundía, á causa de la atmósfera, pesada á pesar de que el barco estuviera en movimiento, cruzada á veces por efluvios amoniacales, inevitables en aquella aglomeración de personas no muy amantes de la higiene en su mayoría...

Pasábamos el día entero sobre cubierta, conversando, leyendo, tomando mate y fumando cigarro tras cigarro para pasar el tiempo. Un enervamiento cada vez más pronunciado invadía á todos, especialmente á ciertas horas, cuando el sol caía á plomo sobre la tolda y la brisa calmaba hasta el punto de no hinchar las mangueras de ventilación.

No faltaba lo que nunca falta á bordo: las quejas de los pasajeros por la comida. Pero esta vez no sin fundamento, porque la grasa patria, los huevos asentados y los guisos imposibles hacían estragos en los estómagos más fuertes. Hasta el asado solía oler á sebo rancio, y los dulces de la intendencia sabían á jabón. Y eso que en este viaje, y con autorización de la superioridad, había un suplemento de cincuenta centavos diarios por pasajero. ¡Qué sería antes!...

Mi buena suerte quiso que el comandante Murúa me invitara á ser comensal de su mesa, á la que se

sentaban el Dr. Moreno, el coronel Suárez, el comandante Funes, el doctor Luque, y en la que brillaron las sopas instantáneas Maggi que llevara el perito argentino para su expedición, el caldo concentrado, y sobre todo esa preciosa salsa, ese condimento impagable y no accesible á todos, que se llama buen humor. En la pequeña cámara, en que el principal asunto de conversación era el territorio que íbamos á recorrer en distintas direcciones, no faltaba tampoco la nota amena, como la frase admirable del coronel Suárez, á quien uno de nosotros preguntó, cuando volvía de proa:

—¿Y usted no se marea, coronel?

—¡Qué me he de marear, amigo, en viendo carne colgada!—exclamó el viejo militar, que acababa de examinar los cuartos de vaca pendientes en las jarcias de trinquete.

Al pasar por Monte Hermoso, alguien me hizo observar que no se veía luz. Ese faro no funciona, en efecto, por consejo del inspector de faros, y á pesar de que el gasto fuera insignificante: un hombre con cuarenta pesos de sueldo, y un litro de aceite diario. El telègrafo que lo ponía en comunicación con Bahía Blanca está suspendido también.

III

Toninas y Medusas.

El 16 de febrero á primera hora, entramos en Golfo Nuevo, después de tres días de navegación feliz. Bahía Nueva lo llamaba Fitz Roy, y parece un inmenso lago circular, rodeado de altas colinas de piedra. En sus aguas mansas vagan las medusas, como grandes y móviles flores acuáticas diversamente coloreadas por la luz, ya, con sus filamentos semejando raíces, hacia el fondo del mar, ya hacia la superficie, cual si fueran los tallos de una planta brotada en extraña maceta.

Aquella tarde sobre todo rodeaban á millares el casco del Villarino, y se las veía hasta una profundidad de varios metros, gracias á la limpidez del agua. Algo atraía indudablemente á aquellos cuerpos gelatinosos, que fuera de su elemento se deshacen y derriten, casi sin dejar rastro, y que fluctúan en él, cambian de forma y viven con una vida semivegetal, como hongos dotados de movimiento.

El día antes habíamos visto las primeras toninas.

Vinieron de lejos, sobre las olas, á correr carreras con el Villarino, y á juguetear en torno de él. Unas hendían el mar delante de la proa, como si

arrastraran el barco; otras se entregaban á un extraordinario *steeple-chase*, corriendo en filas de á tres, de á cuatro en fondo, con las aletas y parte del lomo fuera del agua, y saltando de cresta en cresta, como acróbatas de extraordinaria elasticidad. No se fatigaban. De pronto, aburridas, forzaban la marcha, y no tardaban en desaparecer á lo lejos, en la misma dirección del buque. A veces se entretenían en dar la vuelta alrededor, para ocupar de nuevo su lugar á proa, entre la espuma de la rompiente. Esas toninas, que el Dr. Vinciguerra, de la expedición Bove, señaló como *Delphino Civilitatus*, es la *tursio obs.*, blanca y negra, que describió el Dr. Moreno en su «Viaje á la Patagonia Austral», y que son más grandes que las comunes.

¿Qué buscan esos curiosos animales? Los desperdicios del barco no ha de ser, pues basta que se arroje al agua un objeto cualquiera—según me dicen—para que huyan despavoridos. Yo no quise hacer el experimento por no verme privado de tan alegres compañeros de viaje, pero algo exagerada debe ser la afirmación, porque algunos pasajeros les hicieron tiros de fusil, sin que se dieran por aludidos. Verdad es también que nadie pudo jurar que hubiera dado en el blanco.

Acompañados, pues, por las toninas primero, y por las lentas medusas más tarde, fuimos á anclar en el fondo de Golfo Nuevo, en el puerto Madryn, cabecera del ferrocarril del Chubut y puerto principal del territorio, que presentaba á nuestra vista un aspecto desolado, con sus altos médanos apenas cubiertos aquí y allá por una vegetación achaparrada y pobre, con su puñado de casas diseminadas en la playa, como simples avanzadas de las otras poblaciones del interior.

Desembarcamos por el muelle del ferrocarril en que había un solo vagón de pasajeros, y que se utiliza para la carga y descarga de mercaderías. La vía, que arranca de allí, va trazando una curva hasta la estación situada á la izquierda, al pie de las colinas arenosas que cierran el horizonte, y en torno de la cual se ha formado un pueblito con las casillas de los empleados de la empresa.

En la misma playa, casi al alcance de las olas, se levanta la subprefectura, viejo armatoste de madera que se mueve como un barco á cada golpe de viento, y por cuyas rendijas sopla y silba el aire, que hace redoblar el hierro de canaleta del techo.

Más lejos, á la derecha, se ve el único edificio de material, del señor Pedro Derbes, progresista vecino que se propone ahora construir un hotel, ó por lo menos una casa que dé abrigo á los pasajeros que aguardan—á veces varios días,—el tren que ha de conducirlos al interior. Para ello ha tenido que hacer no pocos esfuerzos: procurarse agua dulce para el barro, improvisar el horno y vencer dificultades de todo género. Pero, ya se alza su cómoda casa sobre un montículo, cerca de la ola, y alrededor de ella están las pilas del excelente ladrillo que ha de servirle para construir su hotel.

En la pared de la subprefectura y bajo el alero, como una prohibición y una amenaza, brilla una gran chapa de bronce en la que se lee grabado el siguiente:

AVISO

De aquí hasta la colonia Chubut hay 51 millas sin agua.
D'ici jusqu'á la colonie Chubut il y a 51 milles sans eau.
The distance from here to the Chubut's colony is 51 miles without Water.
Von hier bis zur kolonie Chubut sind 51 meilen ohne wasser.
Da cui alla colonia Chubut vi sono 51 miglie senza acqua.
D'aqui hate a colonia Chubut ha 51 milhas sein agua.

Y esta frase, que no invita ni mucho menos á internarse en aquellas regiones, está repetida en todos esos idiomas, para que nadie ignore la larga travesía que tendría que hacer en medio del mayor desamparo. Pero lo más curioso del caso es que el letrero estaba antes mucho más lejos, millas y millas más al este, repitiéndose así el hecho aquel de la piedra que señalaba la altura de las aguas en una inundación, y colocada luego más arriba porque la apedreaban los muchachos.

¡Agua! No la hay tampoco en el Puerto Madryn, si no es la que se recoge de las escasas lluvias, y la que lleva el tren, desde Trelew, á diez pesos moneda nacional la tonelada.

Pero el tren no va al puerto sino cada quince ó veinte días, y hay que economizar el agua como si fuera oro en paño. Y aun así, los vecinos de la playa dependen de la buena voluntad de los señores del ferrocarril Central del Chubut, que tal es su nombre, y muchas veces tienen que ponerse á ración para no quedarse sin tener qué beber.

—¡Señor!—me decía con bastante gracia un vecino de aquella estéril playa,—si cuando el agua se va acabando, uno tiene que ir al teléfono de la compañía y preguntar á Trelew, cómo ha de manejarse en la cocina. Y por las mañanas, el cocinero viene á pedir órdenes:

—¿Puedo hacer café?

—No.

—Y puchero, ¿se hace?

—No. Haga asado no más.

...«Nuestra vida es así, y á cada instante vamos á hacer una visita á los barriles, para cerciorarnos de si disminuye el nivel.»

No extrañará, pues, un curioso edicto de la sub-

prefectura, curioso por el fondo y por la forma, que dice como sigue:

SUPREFECTURA DE PUERTO MADRYN.

En atención á las razones que expone el vecino de esta localidad señor Pedro Derbes ante esta subprefectura á falta de otra autoridad, se avisa al público:

Queda terminantemente prohibido arrojar basuras de ninguna clase, tachos, aguas sucias ni objeto alguno en la laguna que dicho señor Derbes posee á los fondos de las casas de la Compañía del ferrocarril Central del Chubut.

A cualquiera que contraviniere esta disposición se le obligará á extraer lo que hubiere arrojado, y se le pedirán daños y perjuicios, á más de las acciones criminales á que se hiciese acreedor por la descomposición de un artículo de primera necesidad, cual es el agua, que pudiera ocasionar en perjuicio de la salud del público.

Puerto Madryn, enero 22 de 1898.

EL SUBPREFECTO

Este extraño documento era digno de transcribirse como muestra de literatura oficial, como prueba de que el agua se estima en Madryn al par del vino ó más, y como manifestación clara de que también en la Patagonia hay mal intencionados.

La laguna á que el documento se refiere, y que el señor Derbes ha puesto en buenas condiciones, pertenece al ferrocarril, que la arrienda, y se forma con el agua de las lluvias, en una hondonada natural. Pero con los grandes calores se seca por la evaporación, y por la porosidad del suelo que sería necesario revestir de material duro é impermeable. Si eso se hiciera, Madryn contaría con un precioso suplemento de agua dulce, y no tendría que depender tan en absoluto del ferrocarril, que á menudo no la lleva sino cuando es necesaria en la aldea de sus empleados.

Sin embargo, mucha culpa tienen los habitantes de la escasez que sufren, pues me consta que hasta

en los médanos hay agua, aunque algo salobre, buena y abundante, que para ofrecerse al sediento sólo exige un poco de trabajo, rudo pero premiado siempre.

El mismo señor Derbes ha hecho en ellos un *jagüel* que da de beber á quinientas vacas. En noviembre y diciembre del año pasado, cuando la escuadra de maniobras estacionó en Madryn, en el mismo jagüel se abrevaron seiscientos animales destinados al aprovisionamiento de los buques.

El químico señor Puiggarí ha analizado esas aguas, declarándolas aptas para la alimentación, pero parece que este examen no ha sido todo lo minucioso que fuera de desear. Sin embargo, el uso ha demostrado que están lejos de ser nocivas.

Las vertientes de los pozos que allí se excavan, se hallan por regla general á una profundidad de treinta y cinco metros, y suelen dar hasta once metros de agua, según Derbes me ha asegurado.

Poco costaría, pues, á los particulares procurarse un elemento de tan imprescindible necesidad, y el mismo Gobierno nacional debería preocuparse de ensayar los pozos semisurgentes, aunque sólo fuera para dar aguada á sus buques, considerando que Golfo Nuevo es un puerto militar natural, de fácil defensa, muy resguardado, y en una posición estratégica excelente é indiscutiblemente mejor que la de Puerto Belgrano, que está á más de cincuenta millas de la verdadera costa del Atlántico, mientras que el golfo, cerrado como un inmenso lago, sin más que una pequeña entrada frente á la Punta de las Ninfas, es un verdadero centinela avanzado sobre el Atlántico del Sur.

Allí la escuadra tiene seguros fondeaderos y abastecimientos abundantes: puede defenderse y

hasta clausurarse sin gran esfuerzo, como también vigilar el mar en una zona inmensa, y reparar averías en plena seguridad, en aguas tan tranquilas, que son el nido plácido de las medusas.

Alrededor del golfo existen hoy 35.000 ovejas de la cría Lincoln de Malvinas y 12.000 vacas, y de 1.500 á 2.000 cabezas de ganado yeguarizo. Abunda la pesca, no faltan ni guanacos ni avestruces,



La Pirámide y Loberías en Golfo Nuevo.

mucho más *comestibles* que el durísimo ñandú de la provincia de Buenos Aires. Aunque de tan desolado aspecto, aquellas tierras tienen mata negra, que comen, cuando tierna, los animales, la jarilla (larrea divaricata), el piquillín (condolia microphylla), el algarrobo (prosopis), el incienso ó molle morado, el jume y el quebrachillo.

Madryn no es el único puerto que se utilice hoy en Golfo Nuevo: tiene también el de Pirámides, con agua abundante y buena, y el de Crackes-Bay (ambos visitados por mí más tarde), donde está el gran galpón de la pesquería de Eyroa y Compañía, y existe un pozo hecho por don Pedro Derbes.

Ese establecimiento de pesca ha fracasado, según

parece, á pesar de que abundan en el golfo excelentes clases de pescado, sin duda porque éstos no han sido preparados según las reglas del arte, encontrando por esa causa reacio primero y esquivo después, el poco fácil mercado de Buenos Aires. Cuando pasamos por Crackes-Bay—donde fondeamos toda una noche, porque el Océano embravecido no estaba para bromas,—la fábrica se hallaba silenciosa y muerta, sin más habitantes que los dos hombres encargados de cuidar que no se derrumbe. ¿Volverá á funcionar? ¡Quién sabe! Pero es extraño que estas industrias desaparezcan, cuando se creerían llamadas á un éxito semejante al de las similares que existen y se desarrollan en Europa y hasta en nuestro mismo país. ¿Qué cosa fundamental, ó qué detalles faltan? ¿El capital, la perseverancia, la idoneidad, ó simplemente el contentarse con poco en un principio?... De todo hay sin duda, y lo habrá por muchos años, hasta que la escasez de medios más fáciles de ganarse el sustento y hacer fortuna, haga dar á esos, hoy desdeñados, todo el valor que realmente tienen: no se abandonará entonces la tarea al primer fracaso, sino que se buscarán perfecciopamientos, se estudiará, se trabajará con ahinco y se triunfará por fin.

Madryn, entretanto, no prosperará en mucho tiempo, por lo estéril de su suelo, la escasez de agua y el acaparamiento que de la tierra hace la empresa del Ferrocarril Central del Chubut, ya sea en previsión de ensanches futuros de sus dependencias, ya con miras especulativas. Ese ensanche se hará, en efecto, imprescindible, por poco que se desarrolle la colonia galense, pues faltan depósitos para frutos del país y mercaderías generales; el muelle sólo puede considerarse como un simple pro-

yecto, y lo demás está en relación. En cuanto á la valorización de la tierra en la playa, no puede dudarse de que vendrá. Hoy por hoy un vecino me informa que la Compañía Mercantil de Chubut, dueña ó copropietaria de la línea férrea, no ha querido vender ni á una libra esterlina la vara cuadrada, que ya es precio respetable en aquellas regiones. Las casas establecidas en la ribera, ocupan el terreno reservado por el Gobierno nacional, como fiscal, en todas las costas.

Pero la Compañía no tiene inconveniente en vender lotes de diez por quince varas á $ 100 cada uno, más allá de los 300 metros de ribera que se ha reservado, por uno ú otro motivo.

El ferrocarril, que se estableció en época en que ni Madryn ni el Chubut entero valían nada, obtuvo en concesión una legua á cada lado de la vía; pero hay que tener en cuenta que la mayor parte de su recorrido cruza el desierto sin agua anunciado por la inscripción dantesca de la chapa de bronce, y que la tierra vale necesariamente poco por allí. En cambio, tenía algunas obligaciones, entre ellas, según creo, la de hacer varios viajes por semana—uno ó dos—y seguramente la de dar al Gobierno, ó á su delegado la Dirección general de Ferrocarriles, intervención en sus tarifas.

No sé hasta qué punto se cumple con esas condiciones; pero me consta que la llegada de un tren á Madryn es un verdadero acontecimiento que se apunta en el calendario, y en cuanto á la tarifa, sé que desde Trelew á dicho puerto, ó sea 70 kilómetros de recorrido, la empresa cobra $ 11,50 por tonelada á todos los vecinos que no pertenezcan á la Compañía Mercantil del Chubut, cuyos miembros pagan sólo $ 9 por el mismo peso é igual trayecto.

Hay que observar que el flete desde Madryn hasta el puerto de Buenos Aires, es de $ 8 la tonelada, y sacar las conclusiones á que esto invita, cuando entre ambos trayectos media una diferencia de mucho más de 1.000 kilómetros...

El movimiento de Puerto Madryn es tan escaso, que desde noviembre de 1897 á marzo de 1898 sólo entró en él un buque de ultramar, la Annie Morgan, con cargamento general para la colonia; regresó á Inglaterra cargada de ese trigo del Chubut, que tiene fama de ser de lo mejor que produce nuestro país.

El que va á Buenos Aires, ya lo he dicho, se embarca generalmente en pequeñas goletas, y rara vez en los transportes nacionales...

Todo aquel día anduve en procura de informes y con grandes deseos de ir á Rawson, para darme exacta cuenta de su importancia. El comisario Martínez se disponía á acompañarme, porque el Villarino iba á retardarse un poco para hacer carne fresca, pero tuvimos que renunciar, pues el tren no apareció.

—Así hubiera llegado algún buque inglés en lugar del transporte... ¡Ya estaría acá!—nos dijo un vecino.

Entretanto, paseábamos por aquel esbozo de pueblo, si pasear puede llamarse al hecho de andar de un lado á otro azotados por el viento furioso, cargado de arena y hasta de piedrecitas, que nos cegaba y nos golpeaba el rostro.

Ya desde Madryn comienza á notarse esa característica del clima patagónico.

Diríase que un genio celoso, el mismo que ha trabajado tanto para que no se poblaran aquellas regiones, quiere castigar todavía á los que en ellas

ponen el pie, y se entretiene en molestarlos y burlarlos. Pero ha perdido la ocasión: ya se ha descorrido el velo que nos ocultaba la Patagonia, y nada podrá detener ahora su rápida población y su progreso continuo.

Sin embargo, los vendavales que soplan suelen hacer volar los techos de las casillas, por más que éstas se construyan tratando de dar el menor asidero posible á las rabiosas rachas que corren desde los Andes tratando de arrasarlo todo. Hace poco volaron así varias chapas del techo de la Subprefectura, edificio que, por otra parte, exige una seria reparación, ó mejor dicho, una reconstrucción completa.

El subprefecto, capitán de fragata don Francisco de la Cruz, me hizo visitar las oficinas y sus dependencias, cuyas paredes ha tenido que remendar con tablas de cajones viejos, por carecer completamente de otro material. No hay que extrañarlo, sin embargo, porque toda la repartición se halla en un estado de desnudez muy cercano á la miseria, sin mueblaje, con un solo bote viejo, y sin esperanza de que la superioridad se acuerde de dotarla de lo indispensable. Porque pocos de los que viven en Buenos Aires recuerdan que no todas son flores para los que habitan al sur del Río Negro.

En estas andanzas había llegado la hora de comer; no había que esperar hacerlo en tierra, y lo prudente era tomar un bote é irnos al Villarino, que se mecía gallardo en las aguas apenas rizadas por el viento, mientras que fuera del golfo la marejada levantaría sin duda verdes montañas orladas de espuma.

En torno del barco vagaban lentas las medusas, opacas y blanquecinas á la luz del crepúsculo, co-

mo informes fantasmas. Las toninas nos aguardaban vigilantes á la salida, para acompañarnos en desenfrenada y brincadora carrera, y entretanto, la campana de á bordo repicaba su alegre llamado á la mesa. Se había acabado momentáneamente el mareo, y el comedor estaba animadísimo, aunque hubieran desembarcado muchos pasajeros, y entre ellos las tres hermanas de caridad, la directora de la escuela mixta de Rawson, etc., etc.

El señor Diego González Victorica se hallaba aún á bordo, después de haber hecho desembarcar la lancha Tornycroft, encajonada, sus provisiones, sus víveres y el personal subalterno, compuesto de dos mecánicos y un asistente, que lo acompañarían hasta el lago Buenos Aires, donde iba á reunirse con la octava subcomisión de límites llevándole la embarcación para explorar aquel inmenso depósito de agua que Moreno describe así:

«El lago Buenos Aires no tiene la hermosura del lago Nahuel-Huapí ni la del lago Fontana, pero es más imponente. El gran seno oriental no tiene bosques; y en las morenas apenas hay pequeños matorrales; sólo en un lago accesorio, hermosa dársena en aquel mar dulce, se distinguían siluetas de árboles. Esa dársena se encuentra dominada por elevados cerros de un macizo con nieve eterna, de cuyos ventisqueros nace el río Fénix...»

González Victorica se proponía hacer el trayecto de Rawson al lago, por Choiquenlaue y el Senguer (180 leguas), en veinticinco días, si no sobrevenía contratiempo alguno. Pensaba llevar en carros los cajones de la lancha, si era posible, y contrataría en el Chubut la gente estrictamente necesaria. Cuando esto escribo, ya estará sin duda en las orillas de Buenos Aires, se habrá reunido con la sub-

comisión, y la Tornycroft navegará á razón de ocho millas por hora en aquellas aguas especulares... Tal es, por lo menos, mi deseo.

Poco después de comer se despidió, y la mayor parte de los que quedábamos subimos á cubierta. Allí nos aguardaba un espectáculo curioso: se había bajado hasta cerca de la superficie del mar una gran pantalla con cuatro lamparitas incandescentes, y en el radio fuertemente iluminado, se movían y hormigueaban millares de peces de todos los tamaños, las formas y los colores, atraídos por la fascinación de la luz: de pronto se acentuaba su continuo movimiento, y una sombra grande pasaba, devoradora, sembrando el espanto; pero no por eso se desbandaba el cardumen, hipnotizado, atado á los brillantes rayos de las lámparas...

Y en torno, algo más lejos, las medusas boyaban como grandes caras amarillas de ahogados.

IV

Los galenses.

De pronto, en medio del silencio de la noche, oyóse un silbido agudo y prolongado: era el tren que llegaba de Trelew, á las once de la noche, aunque desde la mañana se tuviera aviso del arribo del transporte.

Poco después estaban á bordo algunos vecinos influyentes de la capital del territorio, llevados por el propósito de conquistarse un médico...

Habían sabido que con nosotros iba uno—mister Brodrick,—en viaje á Punta Arenas, y sin más trámite resolvieron quedarse con él, costara lo que costara: un médico es de imprescindible necesidad en aquellos parajes ya tan poblados, y hacía tiempo que los vecinos clamaban en vano por él.

La delegación entró en conferencia con Mr. Brodrick, que se quedó perplejo en un principio. Era tan inesperado, tan fuera de lo ordinario lo que le ocurría, que no se animaba á resolver por sí solo. Y comenzaron las consultas á todos los amigos de á bordo, las objeciones de un lado, los consejos del otro, hasta que el médico inglés se declaró conquistado, renunció á Punta Arenas, y comenzó sus pre-

parativos de desembarco, ayudado por la animosa Mrs. Brodrick, que probablemente preferiría quedarse en nuestro país, conociendo ya el carácter de sus habitantes, que la rodearon de simpatía y atenciones á bordo del Villarino.

Es curioso el hecho de que un hombre que después de maduro examen ha tomado una resolución y dado un rumbo á su vida, modifique sus planes y vea repentinamente abrirse nuevos caminos ante él, hallando en esta tierra ventajas tan grandes é inmediatas que quede conquistado por ella, quizás para siempre. Cierto que hay un poco de aventura en esto, pero cierto es también que la confianza que inspira nuestro progreso, invita á qúe se corra un albur, casi con la seguridad del éxito.

—Yo me quedo aquí, señor—me dijo Mr. Brodrick M. D.—y cuando usted vuelva, tendré gusto en saludarlo, como á los otros compañeros de viaje, que me han hecho comprender el valor del carácter argentino. Tiene que ser buena tierra la que tiene tales habitantes.

—¿De modo que renuncia usted decididamente á Punta Arenas?—le pregunté.

—Decididamente, no; por ahora. Pero el ensayo me parece digno de hacerse. Si no logro una situación soportable, claro que reanudaré mi primer proyecto. Pero tengo la convicción de que no llegará el caso...

Habíamos conquistado, sin preocuparnos de ello, un nuevo é ilustrado habitante más para la Patagonia, ese ogro devorador para los que no la conocen, esa atrayente amiga para los hombres de empresa que la han visto una vez.

Y mientras el Dr. Brodrick se preparaba á desembarcar, haciendo á toda prisa sus maletas, tuve

tiempo de completar, ó mejor dicho, de aumentar mis informes acerca de la colonia galense del Chubut, interrogando á los cazadores de médicos, que se pusieron á mi disposición con toda galantería.

El territorio del Chubut tiene, como se sabe, una extensión de 247.331 kilómetros cuadrados, y no es tan árido como se dice hasta en libros destinados á andar en manos de los niños.

Èl mismo Fitz Roy habla calurosamente de sus tierras. Dice:

«Como unas 18 millas adentro, contadas desde la boca del río, é inclusas en esta distancia las muchas tortuosidades que lleva su corriente, hay una localidad admirable para establecimiento de una colonia: los terrenos tienen de veinte á treinta pies de alto cerca de la orilla, y dominando una vista de cinco leguas hacia el norte y el oeste, é ilimitada hacia el este, todo lo que alcanza á verse del país aparece fertilísimo: el suelo es de color obscuro, cubierto de hierba y excelentes pastos en todas direcciones, multitud de ganado viene á pacer en estas llanuras. Asimismo, en la parte sur hay varias lagunas cubiertas literalmente de caza.

»Los sauces crecen con profusión á orillas del río, y algunos llegan á adquirir tres pies de circunferencia y veinte de alto: son de la especie del sauce colorado, cuya madera es de mucha mayor duración que la del blanco... El tortuoso curso de este río y los excelentes terrenos que atraviesan sus aguas, facilita el aislamiento de ciertas penínsulas y el regadío artificial de todas ellas...

»Si sir John hubiera examinado esta localidad, no emitiría informe tan desfavorable acerca del país en general; el autor se admira también de que no hubiese llamado la atención de los españoles,

estando tan cerca su colonia de la península Valdés.»

La colonia galense, que tanto ha prosperado, parece haber tenido en cuenta las observaciones del navegante inglés, al establecerse allí en 1866, lejos de los centros poblados del país, pero animada de una voluntad y una perseverancia engendradoras de progreso y bienestar. Hoy aquellas comarcas están definitivamente pobladas, son ya notablemente productoras, tanto en cantidad como en calidad, y se convierten á su vez en centro de recursos y en núcleo de lo que dentro de algunos años será la Patagonia, que se vengará del desdén que se le ha manifestado, adelantando por su solo esfuerzo, y á despecho de las trabas que se le ponen bajo pretexto de protegerla.

La colonia galense produce cereales de primer orden que obtienen excelentes precios en Europa, y que sirven de término de comparación en nuestro país. Muchas veces de oído en Santa Fe referirse á los trigos de una y otra colonia, diciendo: «Como los del Chubut, parecidos á los del Chubut, etc...» —que tanto es su reconocido mérito.

Tres son los pueblos ya formados en el Chubut: Rawson, capital del territorio, con 400 habitantes, Trelew y Gayman con 200 cada uno. En el valle de la colonia se cuentan unos 1500 habitantes, y el total en el territorio alcanzará aproximadamente á 3800. Estos son en su mayoría procedentes de Gales, hombres de costumbres sencillas, trabajadores, honrados y pacíficos: buen pueblo, y excelente plantel para el futuro.

Rawson, fundado el 28 de julio de 1865, es más una población comercial y política, que un centro de sociabilidad. Abundan allí las casas de comer

cio, y como es el asiento de las autoridades del territorio, no faltan las oficinas públicas tampoco.

La acción del Gobierno llega hasta tan lejos, y suele ser tan incómoda fuera de los grandes centros, que no es extraño observar en estas regiones apartadas cierto alejamiento casi hostil por parte de los pobladores y con respecto á los que los manejan, sin conocerlos muchas veces.

Pero no es indudablemente el Chubut el territorio que más tiene que quejarse, siendo, por el contrario, uno de los más felices, lo que se deberá sin duda y en gran parte al espíritu de solidaridad que reina entre sus colonos, y á la fuerza que á sus derechos da la ayuda mutua, ejercida allí en todos los casos, Además, creo que las autoridades nombradas por el Gobierno de la nación han sido generalmente elegidas con bastante acierto, y si no me aventuro á afirmarlo, es por natural desconfianza y por no haberlas observado en acción y sobre el terreno; porque, como dicen los jugadores, «entre amigos con ver basta...» sobre todo en esto de manejo de pueblos.

Dentro de algunos años, y dada su situación actual, las fuerzas vivas que lo rodean, y que van rápidamente en aumento, no sería raro que Rawson llegara á ser un pueblo de verdadera importancia, la avanzada de la civilización hacia el sur. Tiene elemento para ello, y lo tendrá sobrado cuando el Chubut se incorpore prácticamente al país, uniéndose á él por medio de las fáciles y rápidas comunicaciones que hoy le faltan. Su aislamiento llega hasta el extremo de que, á distancia relativamente tan corta de Patagones y Viedma, no tenga un hilo telegráfico, que sólo va á poseer porque ha cuadrado la circunstancia de que ello sea necesario para

la organización militar del país. De este abandono se vengan sin pensar en ello nuestros territorios, cuyos habitantes mandan sus productos allí donde se les ofrecen mayores facilidades, y permanecen ajenos á la nación. Ya veremos esto muy acentuadamente más tarde, cuando avancemos hacia el sur.

Pero, si bien en otros territorios se nota con mayor intensidad esta especie de separacion en lo que atañe á los intereses materiales, en el Chubut se la ve también de otra manera: costumbres, idioma, religión, todo aleja á sus habitantes del tipo común en nuestro país, y se diría que se ha salido de él, al entrar en la colonia. Naturalmente, estas diferencias irán disminuyendo á medida que el tiempo pase, y este elemento heterogéneo irá fundiéndose en la masa general, así como comienzan á asimilarse las diversas razas, en un principio aisladas, que forman—por ejemplo—la población de Santa Fe. Más lejano, el Chubut no ha facilitado tanto la mezcla, y su aislamiento es lo que ha mantenido la casta sin variación apreciable en estos treinta y dos años.

Los colonos son en su totalidad protestantes, aunque de diversas comuniones, y tienen catorce templos en el territorio. Cumplen estrictamente con sus deberes religiosos, y los pastores tienen entre ellos un papel importantísimo, pues no sólo dirigen sus asuntos espirituales, sino que tienen ingerencia también en los materiales.

Todo se resuelve allí, en efecto, por medio de meetings, trátese de lo que se trate, y en esos meetings los pastores llevan la voz cantante: los fieles votan afirmativa ó negativamente, y luego se realiza lo resuelto.

A estos meetings convoca con anticipación un periódico semanal, impreso en Trelew, escrito en galense y titulado *I Drafod*, que defiende los intereses de los colonos y admite colaboraciones siempre que directa ó indirectamente no afecten á la empresa del ferrocarril, sagrada é impecable para él. De tales reuniones suelen surgir iniciativas de importancia, como por ejemplo, la de la adquisición de un remolcador para la navegación del río Chubut, y otras análogas.

Pero los católicos apostólicos romanos trabajan también por su lado, para quebrar ó disminuir la preponderancia de los disidentes, y en Rawson, como en Bahía Blanca, como en Patagones, han aparecido los salesianos con sus escuelas y talleres, en sus operaciones estratégicas de avance hacia el sur, en cuya dirección han llegado ya á Tierra del Fuego, en la parte argentina y en la parte chilena.

La escuela salesiana de varones en Rawson tiene unos treinta niños, que serán la mitad de los de la población, y en una anexa, dirigida por hermanas, se cuentan cuarenta niñas más ó menos.

Entretanto, la escuela mixta del Estado tiene sólo cincuenta alumnos de ambos sexos...

Aunque los salesianos afecten indiferencia por las cuestiones de interés general, y no sigan la costumbre democrática de los meetings, no está en su carácter hacer abandono de ellas, y su influencia moral y comercial se hace sentir allí como en todos los puntos donde se establecen. Su primer esfuerzo tiende á desprestigiar las escuelas del Estado, y atraerse á los niños de la comarca, con una educación de aparato, llena de exhibiciones de habilidad en la declamación, el canto, etc., que seduce á los padres poco filósofos, deseosos del lucimiento, aun-

que sea superficial, de sus hijos. Luego, tras el colegio, y como por la peana se besa el santo, vienen las pequeñas industrias y los pequeños comercios que permiten á esta compañía tener estancias y aserraderos, y hasta panaderías donde quiera que establezca una sucursal.

En fin, y como «tout chemin mene á Rome», ellos también contribuyen al progreso material del país, aunque se preocupen más del propio, y los misioneros anglicanos, tan famosos por su abnegación, no han hecho en resumen de cuentas otra cosa, desde que aparecieron por los territorios del sur, hasta hoy, en que sus misiones continúan siendo verdaderas factorías.

Pero necesariamente surgirá de su establecimiento frente á los pastores protestantes, una lucha sorda, mas de consecuencias visibles, que ha de contribuir á ahondar las diferencias que existen entre galenses y argentinos, alejados hoy por antipatías nacidas sin duda alguna de abusos cometidos antes por los hijos del país con la persona ó los bienes de los colonos. Esta separación entre unos y otros es tan notable, que se busca el medio de corregirla, y á este fin se ha fundado últimamente un Club-Biblioteca, que—dado su objeto—no sé por qué se ha llamado «Aristóbulo del Valle». La biblioteca tiene un par de docenas de volúmenes y el club no tantos socios: pero la intención es buena, y hay que desearle el más feliz de los éxitos.

Con la misma excelente intención, pero quizá con menos probabilidades de beneficio, los argentinos tratan, por iniciativa del juez letrado Dr. Manuel Pastor y Montes, de fundar un periódico, *El Chubut*, escrito más ó menos en castellano, y que no dejará de echar su cuarto á espadas con *I Dra-*

fod, en polémicas de esas cuya vehemencia y condimento están en razón directa con la distancia á la capital federal.

—¿Cómo haré—preguntábase el diablo un día—para sembrar la discordia en aquel pueblo tan pacífico?

—¡Lléveles usted dos imprentas!—le contestó el más hábil de sus consejeros.

Entretanto, en el Chubut se vive todavía en paz y gracia de Dios, hasta donde es posible esto en agrupaciones humanas, y los grandes asuntos de estado se reducen á bien poca cosa.

Por ejemplo, con motivo de los ejercicios doctrinales de la guardia nacional, ha surgido un escrúpulo de conciencia en los viejos y religiosos galenses: los ejercicios tienen que hacerse los domingos, y éstos son días de guardar; no pueden, pues, á su juicio, permitir que sus hijos concurran á ellos, so pena de condenarse, y han hecho toda clase de esfuerzos para impedirlo. Pero los hijos son más despreocupados, y no tardarán en amoldarse, como que también para el Chubut, aunque atrase el reloj, corre el fin del siglo XIX.

Sin embargo, esta es en la actualidad la grave cuestión que se debate en el Chubut y que acalora los ánimos de sus felices pobladores, demostrando que la política y la religión enardecen todavía hasta en los cuasi desiertos...

Afortunadamente, en el Chubut suelen preocupar también cosas más útiles, y hoy se habla con entusiasmo del proyecto de un nuevo ferrocarril que correrá desde la Boca de la Zanja hasta la boca del río, en una extensión de 14 á 15 leguas. Ya se han hecho los estudios preliminares de esta línea, que favorecerá mucho á los colonos, dando

fácil salida á sus productos, pues cruza todas las chacras de la colonia.

La traza ha sido hecha por el ingeniero Elíseo Schieronne, bien conocido por sus numerosos trabajos en la Patagonia, y el ferrocarril—que será sencillamente un Decauville—se construirá con capitales nacionales y sin garantía por parte del Gobierno. Los colonos se han comprometido á donar todo el terreno necesario para la vía, estaciones, depósitos, etc.

Los iniciadores de este proyecto, que probablemente se llevará á cabo en breve, son los señores Alejandro A. Conessa, gobernador interino, doctor Pastor y Montes, juez letrado, y Benito P. Cerutti.

De tanta ó mayor importancia que este proyecto es el de la navegación del río Chubut por medio de remolcadores á que me he referido antes. Hoy sólo una goleta, la Río Chubut, del señor Luis Costa, surca aquellas aguas, y como los fletes del ferrocarril son tan crecidos, los productores sufren y se ven obligados á pagar sumas que serían mucho menores si sus mercancías fueran por el río. Varias veces, desde hace más de dos años, han pedido al Gobierno que les enviara un remolcador, sin conseguirlo, aunque sea de tan perentoria necesidad.

El Chubut es fácilmente navegable para buques hasta de 10 pies de calado y 180 toneladas de porte; su única dificultad está en la barra, que es peligrosa para los buques de vela, pero que no lo sería con un remolcador, pues puede pasarse sin obstáculo con la marea, de modo que con sólo esa adquisición los colonos harían un ahorro notable en los fletes, que hoy casi se les duplican con el ferrocarril.

Tanto es así, que no hace mucho resolvieron adquirir por subscripción un vaporcito, idea que, ig

noro por qué causa, no se ha llevado á cabo todavía.

Entre las costumbres curiosas de los galenses, se hace notar la celebración de conciertos-exposiciones, que tienen lugar de vez en cuando, y que atraen concurrencia hasta de seis y siete leguas á la redonda. Estos conciertos que duran largas horas—tanto que en un entreacto el público hace colación,—tienen un programa variado: canto, declamación, concursos poéticos y exhibición de objetos debidos á la industria de los colonos.

Un jurado distribuye los premios, que consisten á veces en una simple distinción; á veces también en la distinción y una pequeña suma de dinero.

A estas funciones suelen asistir hasta 600 perso nas, que es en proporción como si en Buenos Aires se presentaran en una fiesta más de 100.000 concurrentes...

Bien es cierto que los galenses son muy unidos, se prestan entre sí toda clase de servicios, y llegan en su concordia hasta ocultar los delitos de sus compañeros, para que éstos no caigan en manos de la justicia argentina, que no es para ellos digna de respeto—quizá con alguna razón, si se recuerda cómo andaba ella por los territorios nacionales no hace muchos años...

V

En plena germinación.

—¿Volverá usted al Chubut?

—¡Quién sabe!

—*La Nación* ha hecho un noble esfuerzo, enviándonos quien nos oiga y nos vea de cerca. Pero es necesaria la reiteración. Estamos abandonados. El gobierno se desinteresa de nosotros, la prensa no se ocupa, el país casi ignora que existimos... Y sin embargo, aquí hay ya un gran plantel, un almácigo en plena germinación. Diga usted que lo envíen de nuevo, más tarde, para detenerse aquí y vivir algunas semanas con nuestra vida.

—Eso se hará. Vendré, vendrá otro, es lo mismo —pero tenga usted la seguridad de que el diario mira con verdadero interés estos territorios, que—como usted dice,—son grandes semilleros que sin duda nos guardan muchas sorpresas. Pero entretanto, usted mismo, don Pedro, puede colaborar en la tarea... Deme usted informes, todos los informes que tenga sobre esta tierra.

Me dirigía á don Pedro Derbes, antiguo habitante del Chubut—á quien ya antes me he referido varias veces,—tipo del pioneer criollo, cuya cara tos-

tada y cuya barba negra como sus ojos vivos y brillantes, hacen recordar los varoniles é inteligentes rasgos de nuestro gaucho, mientras que sus maneras y lenguaje corresponden al hombre culto de nuestras ciudades.

—¿Datos? cuantos usted quiera. Pero si han de ser exactos, me parece que va á faltar tiempo...

—Sí, el Villarino zarpará dentro de un rato... Pero... Escríbamelos usted para recogerlos á la vuelta.

—¡Oh! yo estoy más hecho á manejar la picana que la pluma. Pero, en fin, haré lo que pueda...

Y lo que pudo el señor Derbes complementa tan bien lo que he dicho ya á propósito del Chubut, que mis lectores se darán con ello cuenta exacta de la importancia de aquel territorio.

La importación durante el año 1897 ha sido por valor de $ 235.784, divididos así:

Substancias alimenticias	$ 27.037,57
Bebidas	5.538,50
Aguardientes y licores	8.597,30
Tabaco	9.518,80
Hilados y tejidos	30.545,94
Ropa hecha y confecciones	33.191,20
Substancias y productos químicos	7.980,52
Madera y sus aplicaciones	19.926,45
Hierro y sus artefactos	216,23
Máquinas y útiles de labranza	27.674 —
Diversos metales	12.517,38
Piedras, tierra, cristalería	11.541,21
Combustibles y artículos para alumbrado	126,60
Artículos y manufacturas diversas	2.272,70
Productos nacionales	2.981,21
Papel y derivados	216,23
Cuero y aplicaciones	27.674 —
Importación extranjera	7.778,42

No es este el movimiento del puerto del Rosario, ni menos el de Buenos Aires; pero en nuestra ma-

no está, puede decirse, dar impulso decisivo no sólo á ese, sino á todos los demás puertos patagónicos.

—¡Ah!—me decía un compañero de viaje.—Cuando usted llegue á Punta Arenas, se quedará asombrado de su desarrollo. Hoy es ya el plantel de una gran ciudad, y Trelew, Gayman, Rawson, Santa Cruz, Gallegos y Ushuaia, juntos, parecerían una aldea á su lado.

—¿Y á qué se debe ese progreso tan grande y tan rápido? ¿A los vapores de ultramar?

—No, señor. Sencillamente á que nuestro Gobierno se esfuerza por fomentarlo...

—¿Fomentar á Punta Arenas? ¡Qué me dice usted! ¿Cómo puede el Gobierno argentino?...

—¡Punta Arenas es puerto libre, y se ha con vertido por esa razón en proveedor de la costa patagónica y de la Tierra del Fuego. Haya ó no haya aduanas, los artículos de consumo salen de allí para todas partes. Si hay aduanas, se contrabandea; si no las hay, mejor. Y no sólo eso: los productos argentinos van á embarcarse allí para Europa, de tal modo que nuestra importación y exportación se hace por Chile... y se hará mientras nuestros gobiernos continúen ciegos. Indirectamente, pues éstos protegen á la nueva ciudad chilena.

—¿No exagera usted? Al fin, aunque no sean oficialmente libres, según tengo entendido—Gallegos y Santa Cruz,—lo son en la práctica...

—¡Sí!, ¿pero hasta cuándo? ¿Y si á la nueva convención se le ocurre no darles definitivamente esa franquicia? ¿Quién se arriesga á establecerse con semejante inseguridad? Desde que no tiene aduana, Gallegos ha progresado de una manera notable; pero su progreso no seguirá en la misma proporción si

cesa ese estado de cosas, porque ya no afluirán alli los comerciantes que acuden hoy, y Punta Arenas mantendrá su absoluta preponderancia.

A mi regreso á Buenos Aires me he encontrado con que la esperanza de los habitantes de la Patagonia se había desvanecido, pues la convención reformadora juzgó mejor dejarlos sin franquicias. Afortunadamente, el Congreso y el Ejecutivo pueden favorecerlos, y deben preocuparse de ello, pues es de alta conveniencia material y hasta patriótica, propender á que se pueblen aquellas regiones en que hasta hace bien pocos años casi no habíamos ejercido nuestra soberanía... ¡Descuido imperdonable que pudo muy bien costarnos caro!

...Pero volvamos al Chubut, cuyo movimiento comercial nos ha traído á esta digresión, al observar su relativamente lento desarrollo.

La exportación ha sido durante el año 1897 poco mayor que la importación y alcanzó á un valor oficial de $ 236.392,92. Hay que hacer observar que este valor es generalmente más bajo del real. Esta exportación se detalla como sigue:

Trigo	ks.	6.059.966	$ 151.499,15
Cebada	»	79.861	1.597,22
Semilla de alfalfa	»	187.215	9.360,75
Cerda	»	4.124	1.649,60
Cueros vacunos secos	»	20.878	3.089,16
» lanares »	»	17.162	4.175,60
Lana de oveja	»	122.022	28.065,06
Quillangos de guanaco		2.915	17.326 —
» de Pluma		221	1.326 —
Pluma de avestruz	»	7.078	8.493,60
Cueros de guanaco	»	999	249,75
» de lobo	»	288	223 —
» diversos	»	1.359	339,75
Lana de guanaco	»	217	54,25
Guano	»	150.000	4.800,00
Artículos nacionalizados	»	—	3.980,03

La exportación supera á la importación en un valor oficial de $ 608,84.

En 1897, se exportaron 79.579 kilos de trigo más que en 1896, y el aumento en otros productos ha sido: semilla de alfalfa, 133.107 kilos; cerda, 1647; cueros lanares, 1.529; lana de oveja, 29.647; quillangos de guanaco y avestruz, 960 unidades; guano, 150.000 kilos, etc., etc.

En el mismo año han entrado en los puertos del Chubut 17 buques de vela con 1.407 toneladas de carga y 132 tripulantes, tres en lastre de 856 toneladas y 23 tripulantes, y 28 vapores con 19.980 toneladas de carga y 1.735 tripulantes. Naturalmente, sólo parte de esta carga iba con destino al territorio, pues se trata de los transportes nacionales y de barcos que hacen escala en muchos otros puntos. Pero la estadística suele tener esta poesía de inflación de números, que hay que perdonarle. De todos modos, resalta el hecho de que no faltan grandes barcos que recalen en Golfo Nuevo y negocien con los chubutenses.

Y aunque no se me perdone la aparente aridez de estos capítulos, tan útiles al hombre práctico, seguiré acumulando informes.

La generalidad cree aún que el Chubut es exclusivamente agrícola, pero la ganadería toma impulso de algún tiempo á esta parte, como podrá verse por las siguientes cifras, representativas del número de cabezas de ganado:

Vacuno	60.000
Ovino	170.000
Yeguarizo	20.000
Porcino	683
Caprino	677

Este es un plantel pequeño aún, pero aumenta cada día por la implantación de nuevos estableci-

mientos ganaderos, y por la incorporación á aquel pueblo naciente, de hombres de brío, convencidos de que allí hay campo vasto para el aventurero del trabajo, muerto en vida en las ciudades, y en las comarcas desecadas por el enorme drenaje de la competencia mercantil é industrial, y llamado al triunfo y la riqueza si riega aquel terreno con sudor fecundante.

Conversando con uno de los pioneers que están ya á punto de conquistar la fortuna, inquiría yo:

—¿De modo que aquí el hombre cuenta con un porvenir cierto? ¿Los que vienen conquistan seguramente la riqueza?

Y mi interlocutor, haciendo una mueca expresiva y despreciativa y abarcando el horizonte con el ademán de su brazo derecho:

—Según—me contestó.—Aquí sólo tienen éxito los hombres de acción, de trabajo y de perseverancia. El que venga á Patagonia á *mandar hacer*, puede estar seguro de un fracaso; el que se imagine que se enriquecerá sin sacrificio, quédese, es mejor... Aquí, muchas veces, hay que sufrir hambre y sed... Aquí sólo medra el trabajo personal, continuo. Pero el que, en medio de estas privaciones, sea obrero y patrón, sobrelleve necesidades y fatigas, y luche con esperanza y sin tregua, ese llegará infaliblemente á rico.

Y me contó la odisea de la formación de su estancia: el arriendo y la adquisición del campo con las mil dificultades *protectoras* que opone el Gobierno á los verdaderos pobladores, mientras regala lo mejor de todo á los favoritos, que lo entregan á la especulación inútil y dañina; la perforación de pozos en medio del arenal, para hacer jagüeles de agua salobre que sólo llega á ser potable por medio

del trabajo incesante, del *baldeo* continuo; la conducción de las primeras ovejas desde los confines de la Pampa Central á la provincia de Buenos Aires, por interminables travesías en que la sed acecha al viajero, y lo mata después de horribles padecimientos; las noches de insomnio, pasadas en rondar el rebaño, inquieto en aquel terreno desconocido, y que no quiere echarse á descansar; las abrumadoras jornadas al paso del caballo escuálido y sediento, entre el polvo de la majada y la tropilla; la pérdida de los animales enloquecidos á la vista del mar, precipitándose á la orilla, para morir al día siguiente de sed, después de haber bebido.

—¡Oh, qué animosos y qué dignos del triunfo son esos hombres del sur, que pasean la Patagonia desde los Andes hasta el Atlántico, sin más defensa que su propio esfuerzo, sin más protección que la ayuda propia, y que abren á la civilización y al progreso aquella inmensa tierra ignota y virgen, ingrata para el muelle, generosa y maternal para el bien templado!

De pronto, en medio del campo reseco y polvoroso, una tosca crucecita de ramas abre y retuerce los brazos, señalando el sitio donde descansa el cadáver gesticulante y crispado de algún pioneer que mató la sed... El viento de la montaña levanta espirales de fino polvo, y las arrastra girando sobre sí mismas como extrañas columnas salomónicas, transparentes y móviles, que van á derrumbarse allá á lo lejos... Y el *tropero* con ademán temeroso y preocupado, se asegura de que su provisión de agua no corre peligro, de que no se filtra del zurrón de cuero en que la lleva, de que no le faltará hasta que pueda renovarla... ¡Y cuando falta!...

—Un día--me contaba el señor José Siches, joven hacendado de la península Valdez,—un día era tal la sed que me acosaba, que me tiré del caballo en un cañadón, y comencé desesperado á cavar la arena con las uñas, en busca de un poco de humedad... y no hallando agua, me llené dos y tres y más veces la boca con esa misma arena apenas humedecida, lastimándome encías y paladar para disminuir siquiera un poco mis horribles padecimientos... Cuando llegué á una población horas más tarde, tenía la boca negra y completamente ulcerada.

¡Y cuántos han caído! ¡Cuántos caerán aún en esas travesías!

El viajero debe llevar consigo el agua necesaria, ya en chifles, ya en botas, ya en zurrones de piel de guanaco: de otro modo, su muerte es segura. El ingeniero Schieronne, que tanto ha andado por aquellas soledades, ideó servirse—y lo hizo con éxito,—de las árganas y tarros que usaran hasta hace poco los lecheros; sin embargo, el sistema es engorroso, pues hay que equilibrar muy bien la carga, so pena de perderla. Otros utilizan pellejos de liebre y de nonato y pieles de guanaco y zorro, pero aún no se ha encontrado nada verdaderamente cómodo y práctico, pues los pellejos dan generalmente mal gusto al agua, y hasta la descomponen, en cuyo caso los viajeros la sanean ventilándola.

Otro recurso inestimable (según me dijo, causándome mucha extrañeza, un habitante de esos parajes) es el guanaco mismo, que me afirma tiene en el estómago un depósito como de un litro de agua fresca y cristalina, aunque con cierto saborcillo de que se burla el sediento, capaz de beber cosas

peores cuando la necesidad apura: ¡la sangre de los animales degollados de propósito, las mismas secreciones del cuerpo!... Casos conozco capaces de hacer erizar los cabellos, como el de dos infelices disputándose á mano armada una botella conteniendo orines... Pero, ¿para qué insistir? ¿No basta lo dicho como demostración del mérito de esos hombres, en lucha á brazo partido con la Naturaleza, que quiere ser vencida antes de entregar sus favores á quien con ella se atreve?

Sin embargo, esto tiene remedio, no por parte de los individuos aislados, sino de la colectividad, más poderosa.

El Gobierno, en efecto, podría, con poco gasto, establecer cisternas (las hubo hasta en Arabia), ó mejor aún, pozos semisurgentes, á lo largo de esos caminos desamparados, con tanta mayor razón, cuanto que el mantenimiento de la línea telegráfica que va á tenderse los hará de imprescindible necesidad. El pozo semisurgente, que hoy cuesta una insignificancia, favorecería de una manera inmensa al valeroso poblador del sur, y sus servicios deberían hacerse extensivos á la costa patagónica, cuyo único y desolador defecto es la falta de agua. Pero, ¡vaya usted á esperar algo de la ignorancia de casi todos nuestros hombres públicos en lo que se refiere á aquella región! Tanto valdría aguardar á que esos progresos se realizaran por generación espontánea...

Volviendo á la situación actual del territorio del Chubut, añadiré que de las 30.000 hectáreas destinadas á la labranza, 15.000, ó sea la mitad, están desmontadas, niveladas y habilitadas para el riego,

y 5.633 de éstas, en pleno cultivo y en la siguiente forma:

Sembradas con trigo	....	4.616
» » alfalfa	....	922
» » cebada	....	64
» » maíz, papas, etc	......	14

La producción se estima así: trigo, 7.811.150 kilos; alfalfa, 5.000.000; cebada, 184.500; semilla de alfalfa, 200.000.

Los colonos se preocupan también de la plantación de árboles, y hoy crecen en aquel terreno 2.403 frutales, 55.367 forestales y 4.530 cepas de viña, ensayo este último digno de ser observado y seguido en sus diversas fases, y que muestra cómo conquista poco á poco nuestro suelo la vid que ya en Bahia Blanca y Patagones se creía vencida por los rigores del clima.

He hablado antes de la moralidad de los galenses.

Como la moral es una *reglamentación* relativa, claro que la patagónica tiene que ser peculiar. Y en grado sumo.

No puede suponerse que hombres del temperamento y la energía de los que pueblan aquellas comarcas, se encierren en el estrecho círculo de convenciones en que se desenvuelven más ó menos incómodamente los que viven en los grandes centros sociales; ni puede exigirse que quien de tal modo renuncia á la sociedad, continúe sintiéndose cohibido por sus mandatos.

Así, no extraño que se me hayan contado, acerca de la familia galense, aberraciones que no quiero creer, aunque crea necesariamente en ciertas libertades no delictuosas, á que invita sin duda esa clase de existencia semiprimitiva, de sencillez ab-

soluta, que hace que los colonos del Chubut resistan nuestra influencia y nuestras costumbres, para mantenerse solidariamente aislados.

Pero la estadística habla también en favor de ellos.

La policía tomó durante el año 1897 veinte personas por contravenciones, nueve por escándalo, diez por ebriedad y uno por ostentación de armas.

El exgobernador Tello tenía, pues, razón cuando decía en una de sus últimas memorias, que los galenses eran gente honrada y moral, *aunque* protestante.

De los veintisiete presos encerrados en la cárcel durante aquel año, diecisiete eran del territorio, dos del de Santa Cruz y ocho del de Tierra del Fuego, y las causas de su condena: cinco por homicidio, ocho por cuatrería, seis por robo, cinco por heridas, tres por violación y siete «presos policiales»; especificación que, como ustedes ven, da ancho margen á las suposiciones.

En medio de esta paz, el Chubut crece con una fuerza de desarrollo que hace pensar en los verdaderos milagros que produciría una sabia protección por parte de nuestro gobierno: el aumento de la población, la multiplicación de los ganados y de los cultivos, las comunicaciones facilitadas, el territorio por fin incorporado á la vida nacional. Pero aquí, como en tantos otros países, la acción del Gobierno se traduce, sobre todo, en trabas y limitaciones, cuando en los territorios lo único que se necesita, la condición ineludible para el progreso, es la amplia libertad, y una liberal distribución de beneficios materiales, que los dote de aquello que hace falta y que la iniciativa particular no puede procurarse. Resumiendo: cuanto menos gobierno, mejor,

siempre que se cuide del territorio considerándolo plantel para el futuro. Yo los asimilaría á una caja de ahorro, á una alcancía en que se fuera echando la moneda menuda, sin contarla ni hacer uso de ella, para encontrarse á la vuelta de algunos años con un capitalito.

Pero no piensan así nuestros hombres públicos, ni pensarán sin duda. Baste como ejemplo y prueba la siguiente página arrancada del último libro del doctor Moreno, en que habla algo de lo mejor del Chubut—la colonia 16 de Octubre,—y que puede hacerse extensiva á casi toda la Patagonia:

«Cuando regresé en 1880 de mi viaje á esa región, é hice pública su fertilidad, nadie creyó en mis afirmaciones: la rutina decía que Patagonia era sinónimo de esterilidad, y ¡vaya uno á fiarse de entusiasmos de viajeros que dicen lo contrario! Pero las poblaciones de los colonos son el mejor justificativo de la bondad de la tierra y del fruto que ésta da cuando se la trabaja con ahinco y perseverancia. Hay comodidad en aquellas cabañas humildes, y si los colonos que llegaron y se establecieron allí desde 1888 recibieran en propiedad el lote que se les prometió, que poblaron y que aun no se les ha otorgado, indudablemente la colonia 16 de Octubre sería hoy la más importante de Patagonia; pero desgraciadamente no pocos tropiezos tienen en sus afanes, pues las tierras que rodean el valle ya han sido *ubicadas* desde Buenos Aires, y las quejas que oigo sobre avances de los nuevos propietarios, me apenan. ¿Cómo hemos de desarrollar la población en Patagonia, cuando tras una iniciativa laudable se dictan medidas que la anulan?

»Más de un pedido he recibido de esos pobres colonos para que trate de impedir que se reduzca el

perímetro de la colonia; pero ¿qué hacer cuando no se escuchan voces de tan lejos y se procede de manera tan contraria á los intereses del país? Gran beneficio produciría una resolución general del Gobierno de la nación, ordenando la suspensión de toda ubicación de terrenos y de todo remate de tierras en Patagonia mientras no se conozca el valor de esas tierras y la mejor forma para su aprovechamiento.»

¡Tal es el abono con que se trata de enriquecer aquel semillero en plena germinación! Tal es el sistema adoptado para dar incremento á aquellas nacientes poblaciones.

¡Y si fuera eso sólo!

VI

Proa al Sur.

Todo era animación en la pequeña cámara del Villarino, donde se comentaba vivamente la determinación del doctor Brodrick, ocupado aún de su equipaje depositado en el fondo de la bodega; mistress Brodrick distribuía saludos amables y vigorosos apretones de mano; el perro—aquel curioso perro negro de aguas, con una cruz de Malta en el lomo, y caireles, y collares y brazaletes de pelo en todos lados, que el doctor trasquilaba el dia entero sobre cubierta, perfeccionando los extravagantes dibujos que le daban aspecto tan original,—andaba también de un lado á otro, como adivinando que algo inesperado iba á ocurrir. Miss Mary X miraba melancólicamente á su compatriota, por encima del libro en que trataba de leer, pensando quizá en los caprichos del destino, y con una vaga sonrisa de indecisión y de misterio.

Miss Mary X venía de Londres, se había detenido en Buenos Aires sólo para aguardar la partida del transporte, y se dirigía á Río Gallegos, también en busca de una posición social. Iba á casarse. Ella misma nos hizo la confidencia: en la capital del te-

rritorio de Santa Cruz la aguardaba su prometido, un inglés, mister M., bien colocado, estanciero, á cuyo lado pensaba ser feliz. Lo conocía desde muchos años atrás, y no lo había visto hacía largo tiempo. El compromiso se contrajo por medio del correo: «Si usted quiere casarse...» «Sí, señor; quiero...» «Entonces, venga, que la aguardo...» E iba.

Iba sola, defendida únicamente por su valor de inglesa acostumbrada á manejarse por sí misma en el mundo, y por el natural respeto de los demás; los sajones han observado bien y prácticamente: mejor defensa es la educación que el cerrojo, y la mujer modesta y enérgica lleva una egida en que se embota, en medio de la sociedad naturalmente, la grosería y el apetito de los hombres...

Junto al Villarino, amarrada á la escala, meciase la lancha medio llena ya por el equipaje del médico, los chubutenses venidos á bordo se despedían alegres por su adquisición, y la máquina del barco retemblaba pronta á ponerse en movimiento á todo vapor. Era más de la una.

—Buena suerte, doctor.

—*¡Good by! Thank you.*

Los que habrían de quedar en Madryn embarcáronse en la lancha, iluminada á medias por uno de los faroles del Villarino; y destacándose sobre el fondo de tinta de la noche y el mar, los pasajeros, sobre cubierta, miraban la maniobra, no sin cierta melancolía—ese vago sentimiento de malestar que se experimenta en viaje, cuando se deja á un compañero poco antes desconocido y que poco después será sin duda indiferente—y la ola mansa y profunda, batía con golpe de caja destemplada los flancos del buque.

—¡Abre!

La lancha se separó de nuestro costado.

—¡Arma!

Y los remos, moviéndose cadenciosos, se llevaron la embarcación, allá, á lo obscuro, mientras la hélice del Villarino hacía hervir el agua á popa, produciendo un torbellino luminoso, un pululamiento de moléculas fosforescentes que iba alargándose y tranquilizándose hacia atrás, para semejar más lejos, en la estela, ondulante cinta de plata.

Pero no anduvimos mucho. Había en el golfo mar de fondo, y fuera muy mal tiempo, de modo que recalamos en Crakes Bay, frente á la pesquería de Eyroa, muda y triste, para zarpar de allí al día siguiente, que amaneció bonancible y claro.

Y al salir del golfo, admiré de nuevo la soberbia entrada de aquel lago inmenso, cuyos extremos, escuetos y elevados, parecen hechos para una fortificación inexpugnable y dominadora. ¿Por qué no se ha construido allí nuestro puerto militar? ¿Por la escasez de agua, cuando tan fácil es conseguirla? ¿O, más bien, porque ofrece muchas ventajas?... ¡Quién sabe!

La vida de á bordo se había hecho más soportable, gracias á los numerosos pasajeros que desembarcaron en el Chubut; ya casi todos teníamos camarotes, y la cámara no presentaba por las noches los caracteres de un campamento improvisado, con el tendal de las camas en el suelo. La atmósfera era más respirable, la comodidad mayor, y la temperatura fresca comenzaba á resarcirnos de los intensos calores sufridos en Buenos Aires.

Pude examinar entonces, con relativa calma, diversos documentos que se me habían proporciona-

do, relativos al Chubut, que los lectores ya conocen hasta cierto punto.

Añadiré á lo dicho antes, para contribuir al conocimiento de aquellas regiones, que en su estado actual sólo han sido descriptas en el reciente libro del señor Teodoro Alemann, titulado *Ein Ausflug nach dem Chubut-Territorium. Allerlei über Land und Leute im Chubut*—y en las memorias más ó menos completas, presentadas al Gobierno nacional por los gobernadores del territorio, Tello y Conessa.

El libro del señor Alemann es por muchos conceptos interesante, y está inspirado en el noble deseo de hacer prosperar aquel territorio, que describe dividiéndolo en dos partes, como el resto de la Patagonia: la región de la costa y la de la cordillera, muy seca la primera, sobre todo hacia el norte, y húmeda, surcada por numerosas corrientes y cubierta de abundantes pastos la segunda. En el valle del Chubut, dice, la temperatura varía entre +38° y —6° centígrados, pero la nieve no permanece, como tampoco en la costa, al revés de lo que ocurre en el interior y en las mesetas. Extracto lo que sigue:

¿Es conveniente para el colono alemán ó suizo emigrar al territorio del Chubut? No lo aconseja ni á éstos ni á otros inmigrantes europeos, mientras no haya fuertes sociedades colonizadoras que los protejan. Los galenses son muy exclusivistas, no hay tierras extensas para formar centros agrícolas cerca de las costas, y en el interior faltan comunicaciones. Más que la agricultura conviene la ganadería, y especialmente la cría de animales ovinos. Sólo indicaría que fueran al Chubut los colonos de Santa Fe y Entre Ríos que han perdido sus cose-

chas, á los que propone un medio muy curioso de establecerse. Compren ustedes—les dice,—ovejas y caballos en el sur de la provincia de Buenos Aires, y avancen poco á poco en dirección al Chubut, eligiendo el invierno, en que el agua es más abundante: atraviesen el valle y continúen á lo largo de la costa, hasta encontrar sitio apropiado para instalarse. No les preocupe la propiedad del terreno: la mayoría de los ganaderos del Chubut se compone de intrusos; si el campo es particular, su dueño tiene que correr muchos trámites antes de expulsar á quien lo ocupa indebidamente en su ausencia; éste, por otra parte, no le hace daño alguno. Si la expulsión llega, se repite la operación en otro sitio, hasta ganar lo suficiente para arrendar ó comprar tierra. El consejo no es muy moral—continúa,—pero las leyes nacionales no ayudan al pobre, y las mismas autoridades del territorio no han conseguido que se remedie la triste situación del poblador. De las 9.750 leguas cuadradas que componen el territorio, sólo se hallan legalmente ocupadas 14 de la colonia galense, 50 de la 16 de Octubre y 20 de la compañía argentina Sud de Tierras, las ubicadas por la ley de tierras del Río Negro, 2 leguas en Teca, 2 en Valle Genoa, 5 en Camarones, 10 en Cabo Raso, etc., etc.; un total de 145 leguas, en las cuales habrá unas 80.000 ovejas y unas 42.000 cabezas de ganado bovino y caballar. El resto de los animales está repartido en las tierras ocupadas sin derecho por pobladores que poseen hasta 8 y 10.000 ovejas.

La causa de este estado de cosas es, según el señor Alemann, la tramitación larga y enojosa que hay que seguir para arrendar el campo. Muy á menudo sucede, también, que los especuladores com-

pran la tierra arrendada, perjudicando al poblador... Por fin ofrece un interesante ejemplo práctico de lo que puede producir un pequeño capital dedicado á la ganadería en el Chubut: Con $ 8.800, y arrendando campo, al cabo de seis años el ganadero tendrá animales por valor de: $ 22.756, y además una ganancia por venta de lanas de $ 2.248; habrá, pues, triplicado el capital, ú obtenido mayor ventaja aún si compró la tierra...

La memoria del exgobernador interino señor Alejandro E. Conessa, á que me he referido, tiene importancia, no sólo por la preparación y experiencia de su autor, sino también por contener numerosos datos generalmente desconocidos. Entresacaré lo de mayor importancia y en primer lugar algo que corrobora lo que afirma en su libro el señor Alemann:

«El principal factor de la colonización patagónica y la única forma práctica y viable de realizarla sin grandes erogaciones fiscales, ha de tener por base la liberal y conveniente distribución local de la tierra pública entre los pobladores de buena fe. Con gran perjuicio para los territorios patagónicos se ha generalizado en demasía un grave error, que consiste en la exageración siempre creciente de la excelencia y el valor de sus tierras, á consecuencia de una propaganda especulativa hecha á favor de los compradores metropolitanos, poseedores de grandes áreas únicamente destinadas á la especulación.»

Observa que sólo 145 leguas están ocupadas legalmente, y añade:

«Pero es el caso notable que esos propietarios no representan la tercera parte de la cifra que arroja la ganadería territorial»; luego «existe una pobla-

ción importantísima que se halla en condiciones precarias, ya radicada en campos fiscales, ya en terrenos de propiedad particular que no han sido poblados, ocupando una superficie doble ó triple de la que utilizan los dueños ó concesionarios autorizados.»

Para poner remedio á esta situación, el señor Conessa ha proyectado una ley destinando mil leguas á la colonización pastoril, y por la cual se favorecería á los actuales ocupantes y se estimularía la construcción de pozos, sin los que no podrá poblarse la mayor parte de los campos de la costa...

Se detiene también el señor Conessa en el relato de las aventuras de seis familias polacas que fueron al Chubut y se encontraron sin las tierras laborables que se les había concedido aquí, y con la resistencia de los galenses en cambio. Como afortunadamente poseían algunos medios, se fueron con el señor Julio Kaulosky á establecerse sobre el río Mayo ó á la laguna Blanca, donde el Gobierno haría bien en concederles tierras, abriendo así el camino á otros inmigrantes de la misma nacionalidad que pudieran acudir.

Otras noticias interesantes, que sintetizo lo más posible: El sistema de irrigación es muy deficiente, y urge la construcción de dos represas proyectadas en 1883 por el ingeniero Tornu. No hay fondos suficientes para la construcción de puentes y caminos, que se impone.

«Valle de los Mártires»: La tierra de esta colonia, fundada en 1891, es idéntica á la de la colonia galense, pero está á 50 leguas de los puertos, y las cien hectáreas que se conceden á los pobladores no compensan los gastos. Podría dedicarse con éxito á

la colonización agropecuaria, lo mismo que el Paso de Indios.

Las colonias pastoriles Sarmiento, sobre los lagos Musters y Colehuape, á 15 y 20 leguas del puerto Tilly-Road, y San Martín ó Indígena en los valles andinos del río Genua, están aún en barbecho, pues no se ha practicado la subdivisión necesaria. Tienen, sin embargo, pobladores ubicados transitoriamente.

«16 de Octubre»: uno de los más hermosos valles patagónicos, está bastante poblado, y no necesita sino un poco de atención por parte del Gobierno nacional, para convertirse en un notable centro productor...

... A mi regreso al Chubut, supe que había sido nombrado Gobernador del territorio el coronel O'Donnell, jefe por tantos conceptos digno de aprecio, y que tan buenos servicios ha prestado en la dirección del Colegio Militar, etc. A su llegada se le recibió con grandes demostraciones, que me relató pintorescamente un vecino:

—¡Oh! ¡le hicimos una fiesta inolvidable para nosotros! Nunca hubo nada igual en el Chubut. Nombramos comisiones, nos vinimos todos á Madryn, dijimos discursos, y se dió un lunch, y quemamos fuegos artificiales, soltamos globos, tiramos bombas... ¡Figúrese usted! Toda la guardia nacional, los cuarenta hombres, formó en Trelew y escoltó al coronel hasta Rawson. Bueno, ya comprende que con el cansansio no hubo fiesta posible aquel día. ¡Pero al siguiente!... A las tres se sirvió un té en la Gobernación para el pueblo, para los pobres, y al mismo tiempo otro más *paquete* en el club para el Gobernador y su comitiva. Al anochecer, banquete, con un discurso del doctor Alvarez,

que no había más que pedir, y una contestación del coronel que nos dejó contentísimos. La capital estaba toda embanderada... En fin, amigo, estábamos satisfechos y teníamos que hacerlo ver. ¡Ojalá todos los gobernadores fueran tan buenos gauchos como O'Donnell!

VII

Deseado y el telégrafo estratégico.

Pasamos de largo frente á la bahía de Camarones, á propósito de la cual dice Fitz-Roy en su derrotero:

«Esta gran bahía alcanza desde puerto Santa Elena al cabo Dos Bahías, que dista de aquélla 22 millas. La costa es de piedra hasta la punta Fabián, desde la cual se transforma en chinos y continúa de esta manera hasta el cabo. En el fondo de la ensenada hay un islote alto y pedregoso con otros dos cayos más bajos y pequeños hacia el norte; todos ellos son totalmente blancos por lo cual se les denomina cayos ó islotes blancos; esta blancura la ocasionan los excrementos de miles de pájaros acuáticos que en ellos se posan.»

Pero — ya que no pude detenerme, — el señor Campbell, que acababa de recorrer aquellos parajes, me facilitó datos bastante completos acerca de Camarones, cuyo desarrollo comienza apenas.

Los principales pobladores son los señores Camerón y Greenshields, que poseen cuarenta leguas de tierra, en las que van á instalarse con 6.000 ovejas de Malvinas. Este establecimiento se llama Lochiel, nombre de un highlander escocés.

Existe otra estancia de dieciséis leguas, con 2.500 ovejas, pertenecientes al señor Julio Schelkly, que se propone aumentar ese plantel dentro de poco, y entre el resto de los pobladores se llegará á unas 5.000 ovejas y á unas 3.000 cabezas de ganado vacuno, caballar y porcino.

Entre los arbustos espinosos que desgarran el vellón de las ovejas, pululan las perdices, las liebres y los guanacos que corretean en rebaños por aquellos campos, y suelen con su empuje derribar los alambrados. Tampoco falta el ñandú, cuya pluma se vende á buen precio, y cuya carne comen con placer los habitantes de la Patagonia. No he podido comprobar la afirmación varias veces oída, de que es mejor para comer que el avestruz de Buenos Aires, tan duro y mal oliente.

Los campos de Camarones no son tan buenos para la ganadería como se dice generalmente, á juzgar por el hecho de que no soporten bien más de 1.500 ovejas por legua. Algunos pobladores, sin embargo, hacen subir teóricamente ese número á 3.000 pero no han hecho la prueba todavía.

En cambio, aunque escaso, el pasto es salado y de buen engorde, y el clima favorable. La oveja malvinera da excelente lana y se reproduce muy bien. Pueden aprovecharse los valles, que son lo más apto para la ganadería, con bastante éxito, aunque los mismos médanos tengan hierba también.

El agua es generalmente salobre y escasa, pero en algunos puntos se la ha encontrado de buena calidad.

La población de Camarones alcanzará hoy á unos 60 habitantes entre propietarios y peones, en su mayoría gente del norte de Europa, avezada al clima. Los peones son generalmente criollos.

Es de notar allí la estancia del señor Fisher, establecida en Cabo Raso, con 3.000 ovejas, y una cómoda casa de material, la mejor de todo el territorio del Chubut.

—¿Y usted va á establecerse en Camarones, mister Campbell?—pregunté cuando me hubo dado estos informes.

—¡Oh! no—contestó vivamente.—La tierra es muy cara á causa de la especulación. Ahora voy á Santa Cruz, donde creo encontrar campos mejores y más baratos.

En la bahía hay mucho y muy buen pescado, como también camarones, etc.

Pasamos algo más tarde frente á Malaspina, donde se está planteando una estancia perteneciente á Mr. Keen, todavía sin animales, y luego frente al golfo de San Jorge, cuyas costas están desiertas y son muy poco conocidas, probablemente á causa de la escasez de agua potable.

Era ya de noche cuando cruzamos el golfo, por lo común agitado y bravo. No sé cómo habían llegado estas noticias á los pasajeros de proa, que por la tarde se decían unos á otros:

—Luego estamos de baile *en lo de don Jorge.*

El baile, aunque lo hubo, no fué tan animado como se temía, pero sí lo bastante para hacer retirarse á sus camarotes á los que, desde Madryn, gozaban de una tregua en el mareo. Rolaba el Villarino, que cuando rola lo hace de veras, y no para que se burle de él cualquier estómago de tres al cuarto, y la despoblación de la cubierta y de la cámara, cuyas maderas crujían, como quejándose, volvió á producirse más acentuadamente que nunca.

Uno de los peones de la comisión de límites, que

dormia sobre cubierta envuelto en un poncho, despertó sobresaltado de repente, y viendo que el transporte se inclinaba de un modo tan violento como amenazador, se puso en pie de un brinco, recogió el poncho, y conservando con dificultad el equilibrio, dió la voz de alerta á sus descuidados compañeros:

—¡Guarda, muchachos, que se da vuelta el barco!...

La frase, que tuvo un éxito colosal de hilaridad, corría poco después de boca en boca.

Pero la cosa no pasó de bandazos y crujidos, y el día siguiente amaneció sin otra novedad á bordo que la desaparición de uno de los patos que el señor de la Serna llevaba á la Isla de los Estados, y que probablemente se asó en algún rinconcito de la máquina.

Las Tres Puntas, en que termina el gòlfo de San Jorge y que—cosa curiosa—coincide casi exactamente con los Tres Montes de la costa del Pacífico, nos presentaron aquel día sus tres cerrillos de tierra, perfectamente destacados sobre el horizonte.

La navegación continuó sin incidentes hasta que avistamos Deseado. Alguien nos vió desde la costa, porque de pronto apareció una humareda, anunciadora de nuestra llegada. Los *humos*, como los llaman por allí, sirven de telégrafo óptico en la Patagonia, y con ellos se comunican los habitantes y los viajeros á largas distancias, estableciendo anticipadamente su significado convencional. Un humo quiere decir una cosa, dos otra, y así sucesivamente. Como ciertas hierbas producen humo de distinto color, ya negro, ya blanco, se hacen combina

ciones, y asi pueden multiplicarse las señales todo lo necesario.

Pero á pesar del oportuno aviso, Deseado nos deseó en vano esta vez, porque pasamos de largo.

Este puerto, situado en la boca del rio del mismo nombre, es difícil por la fuerza de la marea, por la falta de espacio en su entrada y por los bajos de piedra que hay en ella.

Todavía existen allí las ruinas á que se refiere Fitz-Roy en su Derrotero:

«Hace tiempo se fundó en este puerto una colo-



Antiguas fortalezas españolas en Puerto Deseado.

nia española; pero no correspondiendo á las esperanzas que sus fundadores habian concebido, la abandonaron. Las ruinas de los edificios, que son de piedra, y los restos de un jardin de árboles frutales que todavía en 1829 producian membrillos y cerezas, indican distintamente la localidad.»

Muchos cerezos han caido, mandados cortar para hacer fuego por un jefe de nuestra escuadra, hoy comodoro.

Deseado fué descubierto en 1586 por el célebre navegante inglés Thomas Candish, quien fondeó en él con cinco buques y le dió ese nombre, que era el

de uno de ellos. Peleó con los patagones en esa primera estadía, que repitió en 1591, yendo como antes al estrecho de Magallanes. Más tarde, en 1599, lo visitó el marino holandés Oliverio Noort, quien cazó allí gran número de pingüinos.

También Le Maire estuvo en Deseado, dejando allí una inscripción, de la que se apoderó el caballero inglés Juan Narborough, y monumentos conmemorativos de su viaje, que halló el capitán Wood en 1671.

Lo más curioso de la historia de este puerto, es que dos veces se ha tomado posesión de él en nombre de Inglaterra, la primera en marzo de 1670 por John Narborough, y la segunda un año más tarde por el capitán Wood.

Pero pasemos á otro orden de observaciones.

El verano pasado (1897), el comandante Funes, que iba con nosotros á bordo del Villarino, reconoció los terrenos comprendidos entre Puerto Deseado y Santa Cruz, con el objeto de establecer la línea telegráfica militar que ha de unir Buenos Aires con el extremo sur de la República. El me ha proporcionado interesantes informes sobre aquella región, de los que voy á valerme.

Después de recorrer el río Santa Cruz y la isla de Pavón, exploró el río Chico y sus alrededores, entre ellos el gran bajo de San Julián, situado á la altura del paso de la Tapera, en el mismo río, y que tiene 25 leguas de largo de este á oeste por cinco leguas de ancho, aproximadamente. Desde el río Chico hasta el extremo este del bajo, los terrenos son casi siempre pobres de pasto, y carecen de agua, notándose sólo la aguada de Pan de Azúcar, á once leguas del río. La línea telegráfica tendrá que correr, pues, por el este del paso de la Tapera

unas dos leguas y media, para continuar luego en dirección á San Julián.

A seis leguas se encuentra un puesto de la estancia de mister Hope, y el camino que á él conduce permite el tránsito de carros, siendo de notar que desde el extremo del bajo hasta el puerto los campos tienen mayor abundancia de pastos. Desde el establecimiento citado hasta San Julián no hay agua en un trayecto de nueve leguas; la hay al oeste, como también pasto abundante, pero la línea tendría que detenerse en el bajo de San Julián, que á esa altura es intransitable.

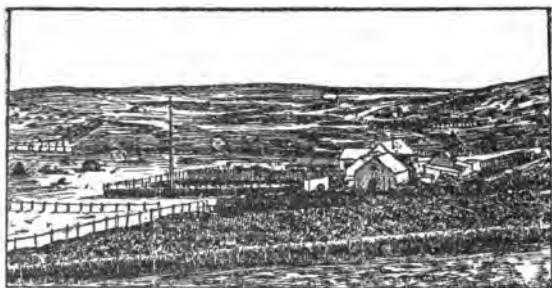
Más al norte, de San Julián á Deseado, hay un camino que corre á lo largo de la costa y del mar á distancia que varía de una á cinco leguas de ella, transitable para vehículos. Sobre él á 24 leguas del primero de dichos puertos, está situado el establecimiento de los hermanos Arnold; más lejos hacia Deseado, los campos continúan siendo buenos en una extensión de 35 leguas aproximadamente, y tienen cuatro aguadas; del Tordillo, del Petizo, del Buque y del Lobuno, dos de ellas á 15 leguas de distancia entre sí, y la última á tres de Deseado.

Al contrario de la creencia general á propósito de la Patagonia, los campos son buenos aunque sin agua hacia la costa, y malos hacia el oeste, como que no tienen pasto, son pedregosos y además de carecer de agua también, están sembrados de grandes salinas. Las abundantes lluvias de invierno forman depósitos de agua dulce, pero los calores y los fuertes vientos, tan frecuentes allí, los hacen desaparecer en el verano, por lo cual no hay que contar mucho con ellos, y preferir las aguadas permanentes donde, con más ó menos trabajo, siempre se obtiene agua.

El comandante Funes añade que el camino de San Julián á la boca del rio Santa Cruz no puede servir para establecer la línea, porque atraviesa campos yermos, sin agua ni pasto.

Del Santa Cruz á la boca del Coy Inlet corre un camino carretero en buenas condiciones y en una extensión de 45 leguas aproximadamente, por campos feraces, provistos de agua, hasta unas 15 leguas del segundo río, donde comienza á ser escasa, aunque se la encuentre acercándose á la costa del mar.

La línea telegráfica tendrá que desviarse hacia la laguna de la Leona, entre el Coy Inlet y Río



Una estancia cerca de Río Gallegos.

Gallegos, para atravesar el río por el paso de Guaraique, pues más cerca del mar los desbordes del Gallegos, la fuerza de sus corrientes y los témpanos que arrastra, derribarían los postes inutilizando el telégrafo.

Del paso de Guaraique al puerto de Gallegos y de éste á Punta Loyola, que dista aproximadamente ocho leguas, sólo se presenta una dificultad: el paso del río Chico, que en invierno inunda el valle y que mantendría en el agua algunas partes, cosa que

sucederá más acentuadamente aún en el valle del Coy Inlet.

Por estos datos puede colegirse el aspecto general de aquella región, ya bastante poblada, y en que prosperan las haciendas, se encuentran guanacos y avestruces, y vagan animales vacunos y yeguarizos, alzados, que el gaucho y el pioneer no desdeñan, como que les ofrecen abundantes y suculentos asados sin exigir más que un buen tiro de bolas á carrera tendida.

Entre San Julián y el cañadón 11 de Septiembre, en una extensión de 24 leguas hacia Deseado, existen los establecimientos de los hermanos Patterson, Mata Grande, y de los hermanos Arnold, con ganado ovino, como la estancia de mister Jenkins Binfien, á tres leguas de Deseado.

Los establecimientos de Victoriano Vázquez, Reina, Smith, Guillaume, Woodman y Rodman, y Hamilton, dedicados especialmente á la cría de ganado lanar, se encuentran situados entre Santa Cruz y Loyola, el de Reina en el cañadón de las Vacas, el de Smith en la boca del Coy Inlet, el de Guillaume al otro lado del mismo río, y el de Hamilton justamente en Punta Loyola. Deben señalarse también el de Hope, á nueve leguas de San Julián, y el de Manzano, en la costa norte del río Santa Cruz.

Todos estos hacendados, á quienes el telégrafo prestará grandes servicios, haciendo cesar la incomunicación en que se encuentran, cooperan en lo posible para su ejecución, y han prometido dar local para las oficinas, alojamiento y manutención para el personal, y caballos para los guarda-hilos. Así, pues, no hay sino que poner manos á la obra, que—dicho sea de paso—debería haberse ejecutado

muchos años hace, no sólo teniendo en cuenta la defensa militar del país, sino también el progreso de aquellas regiones argentinas, más alejadas de las provincias hermanas—en el hecho—que estas últimas de la misma Europa, como que sólo fondea en sus puertos un solo transporte nacional cada mes largo... Y eso, algunas veces; porque cuando no se les ocurre...

La prolongación de la línea telegráfica desde Punta Loyola hasta el Cabo de las Vírgenes, se hará por medio de un cable submarino, según el proyecto del ingeniero Luiggi. Más tarde será necesario complementar esta obra, siguiéndola hasta San Sebastián, Ushuaia é Isla de los Estados, donde el telégrafo sería de grande utilidad.

Para la línea terrestre entre Deseado y Gallegos, se necesitarán 10.600 postes—que ya comienzan á llevarse á la costa,—en la forma siguiente: á Deseado 375, á Spring Bay 375, á Bahía Desvelos 1100, á San Julián 2.550, á Santa Cruz 2,600, á Coy Inlet 2.600 y á Gallegos 1.000.

Pero se ha cometido un error muy grave, al elegir la madera de Tierra del Fuego, si esa madera no es pura y exclusivamente del corte de invierno. La procedente de los cortes hechos en verano, es tan poco apropiada para el objeto, que todas las personas entendidas convienen en que con tales postes la línea telegráfica será de tan poca duración, que puede decirse que apenas terminada por un extremo estaría en el suelo por el otro... El fagus cortado en verano tiene el grave defecto de rajarse de arriba abajo, y de podrirse una vez enterrado, de tal modo que en Santa Cruz hay que renovar sin tregua los corrales hechos con postes de esa madera, que en Tierra del Fuego son, en cam-

bio, de gran duración, tanto al aire como bajo el agua. Y si á esto se añade los fuertes vientos, los animales alzados y los guanacos sarnosos que irán á rascarse en los postes, la tensión del alambre, etc., se comprende fácilmente que la línea será «pan para hoy y hambre para mañana», como dice el refrán. Pero con buena vigilancia puede evitarse en mucha parte el inconveniente.

Entre otros informes que me dió el señor Funes sobre aquellos parajes, que no me era posible recorrer sin dedicar muchos meses á ello, son interesantes los que se refieren al puerto de San Julián y al Coy Inlet.

Allí practicó reconocimientos del fondo de la bahía, y valiéndose de una mala chalana, única embarcación con que contara, hizo varios sondajes y encontró un fondeadero con nueve á diez brazas de agua en marea baja, abrigado de los vientos y de la mar que entra con temporal de afuera. Ese fondeadero está mucho más adentro que el señalado en las cartas inglesas, que carece de abrigo, y es por lo tanto, mucho más cómodo. Con poco trabajo puede obtenerse agua potable, y convendría hacerlo, pues San Julián está rodeado de estancias, cuyos productos irán á Buenos Aires cuando haya mayores comunicaciones. Hoy se envían directamente á Inglaterra, porque los transportes nacionales no se detienen allí, lo que perjudica al mismo tiempo á los hacendados y al fisco.

La entrada del Coy Inlet presenta dos canales, uno al norte y otro al sur, y adentro hay un fondeadero abrigado, con seis brazas en marea baja. La barra es de piedra, pero plana, y no la atacan sino muy rara vez los vientos de afuera, pues rei-

nan sobre todo los del tercer cuadrante (1), disminuyendo por lo tanto el peligro de una varadura. Las mareas son allí de siete brazas, de modo que cualquier buque puede entrar al fondeadero.

---

(1) Los marinos llaman vientos del primer cuadrante á los comprendidos entre el norte y el este inclusive, del segundo á los del este al sur, del tercero á los del sur al oeste, y del cuarto á los de oeste al norte.

VIII

Carnaval en Santa Cruz

Santa Cruz, adonde nos dirigíamos á todo vapor, y ayudados por las velas cuando el viento era propicio, fué hasta hace poco la capital del territorio de su mismo nombre, que hoy ha sido trasladada á Gallegos.

Pero antes que lleguemos á esos puntos, séame permitido añadir algunas líneas á propósito de Deseado.

Como han de recordarlo aquellas personas que se han preocupado de los progresos del sur, los primeros colonos de ese puerto llegaron á él en 1882, y se establecieron bajo las órdenes de un personal oficial, numeroso y bien remunerado, que poco ó nada útil era.

Dos años trabajaron asiduamente las familias colonizadoras, pero sus esfuerzos resultaron infructuosos, y poco á poco fueron retirándose, quedando sólo tres que han logrado formar un capital bastante apreciable. La desorganización de las subprefecturas y la falta de comunicaciones, no han sido ajenas á este resultado, la una sembrando la desconfianza en los habitantes, la otra impidiendo el

desarrollo de los productos naturales. Los transportes—¡siempre los transportes!—han dejado de visitar á Deseado con la relativa frecuencia con que visitan á algunos otros puertos del sur, y han abandonado á los colonos á su propia suerte... Por otra parte, la subprefectura en cuestión ha dado lugar á un número tal de sumarios, que no puede compararse á otra oficina pública, según verá el curioso en los archivos...

El clima, como en toda esa parte de la Patagonia, es variable pero seco, y también, como en el Chubut, la escasez del agua se hace sentir y ha impedido que los campos se pueblen más.

Otra particularidad, un recuerdo, mejor dicho, de la vieja colonia española, es la existencia del perejil, cuya semilla, arrastrada por el viento, ha ido á germinar en los cañadones, á muchas leguas de la costa, y que probablemente de año en año va extendiendo su conquista hacia el interior.

Respecto de aquella tierra, á menudo inhospitalaria, conviene citar aquí los datos que me comunica un antiguo habitante de ella.

«En 1885, casi á la entrada de la habia Spiring, se perdió el vapor inglés Rochester, cuyos tripulantes, por casualidad, dieron con un colono, quien los llevó á la subprefectura, donde permanecieron cerca de cinco meses, por falta de transporte.

»Luego, en 1887, se perdió nuestro Magallanes, y los pasajeros y tripulantes no se cansan de contar las penurias que han sufrido hasta la llegada de socorros.

»En 1895, para hacer economías, fué abandonada la subprefectura, y sólo en el año corriente se restableció, sin que se hubiera dado noticia de esto á los cónsules de las naciones *marítimas*...»

Menos mal que se haya vuelto sobre esta medida, y que ya se piense en dar estabilidad á las reparticiones nacionales de la Patagonia, sobre todo las que son de tan imprescindible é insustituible auxilio. Pero ya hemos visto á la subprefectura de Madryn casi sin botes en que poder separarse algunos cables de la costa, y ya veremos otras lindezas análogas...

Largas horas de navegación nos faltaban para llegar á Santa Cruz, punto de arribo del doctor Moreno y su comitiva, y gran parte de ellas la dediqué á reunir recuerdos y pedir informes acerca de aquella región.

—Santa Cruz y Gallegos—me dijo uno de mis compañeros de viaje,—son dos puertos característicos por sus ríos y la gran semejanza de sus condiciones climatéricas y topográficas. El primero de estos ríos es más caudaloso que el segundo, y se cree que es navegable casi en toda su extensión...

(Esto último acaba de comprobarlo el doctor Moreno con toda felicidad, como lo relataré á su tiempo.)

—Este río Santa Cruz—continuó mi interlocutor, —es una arteria de comunicación de la más alta importancia, como han sabido comprenderlo muchos compradores de tierra que la han monopolizado.

—¿Y del Gallegos?—pregunté.

—Podría decirse lo mismo, aunque en menor escala, en lo referente á las tierras. Varios ciudadanos chilenos vienen desde 1880 ocupándose de recorrer todo el territorio de Santa Cruz, y hoy algunos de los hacendados que poseen extensos campos á ambas orillas del Estrecho de Magallanes, en sue-

lo chileno, poseen también los mejores campos de esta región argentina.

Esta especie de monopolio, que se hace extensivo no sólo á los habitantes de un país extranjero—que al fin pueblan sus campos y contribuyen á su progreso,—sino también á los favoritos de la suerte, representados en el caso por empleados públicos de más ó menos campanillas, este monopolio, repito, se hace por la desidia y con la anuencia inconsciente del Gobierno, que nunca se ha preocupado con la debida dedicación del porvenir de esas tierras y de la facilidad de existencia de sus colonos actuales. ¿Dónde están los estudios concienzudos ó siquiera esmerados de aquel suelo, desde el punto de vista práctico? ¿dónde la legislación lógica que permita no deshacer mañana lo que se está haciendo hoy? ¿dónde la tendencia de crear sobre bases experimentales la estabilidad de propósitos que nos es tan necesaria para que nuestra marcha sea seria y realmente progresiva?

Apenas se ha explorado una región desconocida, y apenas se sabe en las oficinas públicas que hay en ella terrenos aprovechables, cuando esos terrenos se solicitan por la especulación, que los obtiene sin dificultad, aunque ellos estén poblados desde muchos años atrás por hombres de trabajo y sacrificio, que tendrán que desalojar á la intimación de los nuevos posesores.

—¡Ah, señor!—decía á un miembro de la comisión de límites uno de esos antiguos habitantes de la Patagonia.—Aquí he pasado una gran parte de mi vida; todo lo que ustéd ve, esta estancia, lo he hecho yo con mis propias manos y es todo mi capital. Si mañana alguno, comprador ó arrendatario del Gobierno, viene á sacarme de aquí, yo ale-

garé mi mejor derecho, hasta con las armas si es preciso.

Y ese hombre representaba en su frase enérgica, la irritabilidad de que se encuentran presa los que se hallan en sus mismas condiciones, y que allá, en medio del desierto, han hecho obra más meritoria y patriótica que aquellos que, por el simple hecho de frecuentar los ministerios, pueden hoy echarlos de su hogar.

Más tarde veremos lo que suele suceder con las denuncias de yacimientos mineros, que es curioso, por no decir otra cosa.

Y ese desamparo, esa injusticia del Gobierno están probados en todas las formas, hasta en la misma ubicación de las subprefecturas y de las capitales, que ya hemos visto pasearse de un lado á otro; en el nombramiento de funcionarios y empleados poco idóneos, sólo dedicados á su interés, y por lo mismo, autoritarios y despóticos; en la falta de una inspección severa que hubiese podido evitar desde faltas muy graves hasta simples ridiculeces.

En cierta época, los marineros de la subprefectura de Santa Cruz andaban vestidos de chiripá y bota de potro, por no tener otra cosa que ponerse.

El presidio militar, que tanto dinero costó, está hoy abandonado, sus casillas de madera se caen á pedazos, ó se venden á precios irrisorios; el depósito de carbón, vacío, con análoga suerte, y lo único de extrañar es que el despilfarro se detenga aparentemente ahí.

El 20 de febrero, domingo de carnaval, llegamos á Santa Cruz, después de una navegación bastante agradable, pasada sin incidentes, en la amena y fácil intimidad de á bordo.

Las largas horas transcurridas sobre cubierta,

con una temperatura benigna y un sol radioso, parecían cortas por la contemplación del mar, cuyos tonos cambiantes, según el momento, la profundidad y la marea, reclaman un pintor. Van del azul obscuro, casi negro, hasta el verde claro, pasando por todas las gradaciones y matices intermedios. A popa, la espuma de la hélice y la de la ola que acaba de cortar y surca el barco, forma curiosas vetas sobre el fondo verdoso y transparente, que me hacen recordar el mármol de San Luis. A lo lejos, la marejada mansa trae á la memoria la Pampa con sus suaves ondulaciones. La luz juega el principal papel en este cuadro siempre variado y siempre el mismo, y los vapores nos hacen representar á menudo é instintivamente la escena de Hamlet y Polonio:

Hamlet—¿No ves aquella nube que parece un camello?

Polonio—Cierto, parece un camello.

Hamlet—Pero ahora me parece una comadreja.

Polonio—No hay duda, tiene aspecto de comadreja.

Hamlet—O de ballena.

Polonio—Verdad, sí, de ballena...

Hamlet—...Tanto harán ustedes, que me volveré loco de veras.

Pero estas visiones, bellísimas entonces, iban á desmerecer muy luego y casi á borrarse de la memoria ante otros espectáculos más grandes y tangibles que todavía guarda el sur casi desconocido, y que no sé cómo no han atraído ya á todos los amantes de la Naturaleza...

La entrada á Santa Cruz es menos monótona que la de Madryn, porque sus costas descarnadas, y tristes también, son más abruptas, y la vista des-

cansa en los altos acantilados, en los montes y las colinas, en la rápida corriente del río, que, cuando baja la marea, llega á ser torrentosa.

A la derecha, á lo lejos, en un vallecito escondido, está Misioneros, el que fué presidio militar y hoy no se sabe cómo continúa siendo asiento de la subprefectura y del *correo*, aunque se halle á más de una legua de los verdaderos centros poblados.

En frente se ven una cuantas casas de comercio, destacándose sobre la inmensa y alta playa de cantos rodados y de arena fina; á la izquierda los grandes galpones para depósito de carbón que el Gobierno tiene abandonados y sin un pedazo de hulla, aunque tanto necesite de esa facilidad la navegación del sur, y aunque Chile nos haya dado el ejemplo en toda la costa oeste y en Punta Arenas mismo. Más lejos, colinas pedregosas de cantos rodados, en que crecen matas de esa yerba fuerte que vive en las tierras saladas, y que da á esos cerrillos tintes verdinegros, que se hacen más intensos hacia el pueblo propiamente dicho—el Quemado,—extendido sobre un pequeño llano á 1.900 metros de la costa, y unido á ella por una calle bastante bien hecha, y de 25 metros de ancho.

En la playa, multitud de fardos de lana estaban tirados desde meses atrás á la espera de un barco que los transportara, y echándose á perder á la intemperie, aunque á pocos pasos se levante el depósito inútil del carbón, que bien pudiera prestarse á los colonos para defender su mercadería.

Y tirada sobre uno de los costados, imagen desolada de nuestra actividad administrativa, la antigua barca Ushuaia, que según se me dijo estaba en venta, sin que se hallara comprador.

Tiempo, y largo, tuve para contemplar este paisaje, pues el bote de la subprefectura que debía darnos entrada, tenía que trasladarse desde Misioneros, cuyas casillas negras se distinguían apenas allá á lo lejos, detrás de un monte (Punta Witte), rico en curiosidades naturales, entre ellas la magnífica ostra fósil de la Patagonia que figura en todos los museos.

La población de Santa Cruz data de 1879, pero tomó incremento realmente desde 1881; aun antes, en 1877, el comandante Piedrabuena edificó en la isla Pavón; pero en la última fecha estableciéronse allí los colonos Gregorio Ibáñez, Cipriano García, Manuel Coronel y Gregorio Albarracín. De éstos sólo queda hoy la sucesión del primero, porque los demás tuvieron que ceder sus derechos. ¡Y con razón! ¡Vivían en el más completo abandono, y su única comunicación era un barco que llegaba con intervalos de ocho y más meses. El Gobierno, que les había prometido animales, no se los dió, y para alimentarse tenían que recurrir á la caza de avestruces y guanacos, porque ni la pesca abunda... Los barcos que llegaban vendíanles víveres, pero escasos, y ¡á qué precio!... En una ocasión se vendió en Santa Cruz el quintal de harina á $ 50 oro.

Y todos aquellos colonos que habían ido allí con sus familias, fiados en nuestros gobiernos protectores del inmigrante, tuvieron por fin que retirarse, no sólo á causa de las tremendas penalidades que sufrieron, sino también porque *hasta ahora* no han logrado título de la legua de campo que por ley les corresponde como colonos.

El 84 volvió á poblarse Santa Cruz, yendo en la barca Williams Seeck á establecerse allí el nuevo comisario de la colonia, señor Augusto Segovia, y

los colonos Marcelino Tourville, Pedro Semino, Silvestre Alquinta y Pedro Sanveliche. Dióse á cada uno de ellos una casilla de madera y forros de hierro galvanizado para la misma, víveres para un año y unos pocos animales.

El Gobierno, que se había comprometido, según decreto y contrato, á darles 250 ovejas, 50 animales vacunos, 12 caballos y útiles de labranza, etcétera, á cada uno, no les dió nada en resumen de cuentas; pero ellos, á fuerza de trabajo y perseverancia, consiguieron algunos animalitos, y hoy son estancieros y cuentan con un serio capital.

Eso sí, ¡tampoco se les ha dado el título de la legua de campo! Aviso á los especuladores.

¡Oh! hay que machacar sobre esto, que es la carcoma de aquel territorio, desde el río Negro hasta los canales del Beagle. Aquellos hombres no pueden ser despojados, porque han hecho demasiado esfuerzo para que les resulte inútil, porque han hecho muchísimo bien al país en que viven, para que éste no les recompense, dándoles siquiera lo prometido.

El señor Williams, que en aquel tiempo era suprefecto marítimo, les daba para que pudieran, no vivir, sino no morirse de hambre, los víveres sobrantes de la subprefectura, lo que él podía de sus propias reservas, y aun así veíase obligado á salir á cazar ó mandar á su hermano con sus caballos y sus perros, para darles de comer. Uno de ellos, don Pedro Semino, que habitaba en una casilla del Gobierno con su mujer y dos hijos menores, tenía por único haber... ¡una yegua!... Los nuevos colonos de la Patagonia no sabían andar á caballo, no tenían recursos, estaban en el más completo abandono, y sin embargo, han triunfado. Véase por esto

lo que hubiera sido aquella región con una más hábil y generosa distribución de los beneficios gubernativos, ó mejor dicho, con un cumplimiento más estricto de sus deberes y obligaciones...

Hoy, en el departamento de Santa Cruz solamente, cuéntanse 250.000 ovejas y 1.000 animales vacunos, los que no dan resultado, y sólo se tienen para las necesidades de la pequeña población, que entre Santa Cruz y San Julián es de unos 250 habitantes. Santa Cruz tiene además 2.000 caballos, y San Julián 100.000 ovejas.

Las casas principales de comercio de Santa Cruz son la de Braune y Blanchard (sucursal, notadlo bien, de la de Punta Arenas), con un capital de 25.000 pesos; la de don Benito Fernández, antiguo contramaestre de nuestra escuadra y de la Escuela Naval, con 20.000; la de Tito Martínez, etc., etc.

Pero hay que hacer observar que estas pequeñas casas tienen su capitalito en continuo movimiento, y realizan beneficios muy apreciables, lo que las hace en realidad de mayor importancia.

...Llegó por fin el bote de la subprefectura, dióse entrada al Villarino, que borneaba con la marea bajante. Allí iba á quedar gran parte de los pasajeros con el doctor Moreno, unos para remontar con él el Santa Cruz, otros para seguir por el río Chico, á las órdenes del capitán Uriburu, que debía reunirse con la novena subcomisión de límites.

Además de la lancha, que era necesario armar á bordo, tenía que procederse al desembarco de las mulas de la comisión, taciturnos y melancólicos compañeros de viaje, de que no me he ocupado quizá como debiera, y que mirándose unas á otras, vuelta el anca al mar, rumiaron tristemente durante largos días el pasto seco que se les daba, cuando

no se sentían atormentadas por el mareo ó á medias cocidas por el vaho ardiente de las calderas. La operación iba á costar varios días de trabajo.

La caldera de la lancha Tornycroft, número 2, que tan airosamente iba á navegar muy luego el río Santa Cruz, no se hallaba en buenas condiciones; la prueba que de ella se hizo en el puerto de Buenos Aires no fué suficiente, como lo demostró otra que—esta vez con vapor y no con presión de agua—se efectuó á bordo del Villarino poco antes de la arribada. Se repasó toda ella, ajustándosele tubo por tubo, y la larga operación no estaba aún concluida en el momento del desembarco.

Bajamos á tierra. La marea había dejado á descubierto la ancha y tersa playa de arena, coronada por la gradiente de cantos rodados, de pedregullo, que forma una verdadera colina de falda completamente plana. Se calculará la altura de esta costa, sabiendo que en las mareas de luna llena las aguas tienen entre baja y pleamar, una diferencia de *42 pies.*

El doctor Moreno, sus ayudantes y sus peones fueron á instalarse en el abandonado depósito de carbón, mientras uno de su comitiva quedaba á bordo para vigilar la descarga de los víveres y pertrechos.

Al mismo tiempo comenzaba el carnaval, el único que hemos tenido, el de las mulas.

Con la baja marea el Villarino estaba á distancia relativamente corta de la playa, y para ahorrar trabajo y no estropear demasiado á los animales, se procedió á echarlos al agua y hacer que, nadando, ganaran la orilla. Abrieron la marcha los caballos del coronel Rosario Suárez, sobre todo el *Bayo*, «su crédito», corcel que fué de un cacique del

sur, y que viejo y todo como es hoy, dió muestra de su brío cortando vigorosamente el agua correntosa del Santa Cruz, y dando ejemplo á sus compañeros. ¡Pobres animales! Después de tanto día de traqueteo infernal, de mareo y de hambre, aquel jueguito de carnaval al uso antiguo no debía hacerles mucha gracia. Al pisar la arena se detenían temblando, sacudiéndose, desorientados, como si les faltase el balanceo del buque. En el agua los arriaban la lancha á vapor del transporte y los botes, pero hubo que abandonar el procedimiento, porque, espantados, se iban corriente abajo, á perecer en cuanto se fatigaran. Solos, se desenvolvían perfectamente, y llegaron sanos y salvos.

Sentados en el pedregullo, mirábamos el interesante espectáculo; muy divertidos, porque en esos viajes largos y monótonos todo incidente es entretenimiento, y recordando que también en Buenos Aires se desembarcaban de ese modo los animales antes de que tuviéramos el puerto Madero, como se desembarcaban en carretas las personas...

—Lindo carnaval, ¿eh?

—¡Lindo, lindo! Ahora falta el corso: vamos hasta el Quemado.

—Vamos.

Y emprendimos la marcha hacia la aldea, que, como he dicho antes, está á 1.900 metros de la costa. Aquí comenzaron las penas, pues para ganar el bulevar teníamos que recorrer un trayecto bastante largo por el pedregullo, que se apartaba crujiendo bajo nuestro peso, destrozándonos los botines, no hechos para esas andanzas. Afortunadamente, un carrito de carnicero acertó á pasar cuando ya estábamos dando al diablo la caminata, y el carre-

ro, dirigiéndose al doctor Luque, que iba con nosotros:

—¿Usted es el médico de á bordo?—le preguntó.

—Sí. ¿Qué desea?

—¿Quiere hacer el favor de venir á ver á un enfermo en casa de Tito?

—¿Dónde está esa casa?

—Allá, en el Quemado.

—Bueno, ahora mismo iré.

Yo tomé parte en la conversación entonces, iluminado por una idea salvadora.

—¿Por qué no *nos* llevaría en el carrito?

Y en el carrito sucio de sangre, nos fuimos, en efecto, el doctor Luque, de uniforme, y yo, porque los compañeros no quisieron seguirnos, suplantando el suplicio del pedregullo por el de los barquinazos del vehículo, que nos obligaban á asirnos fuer temente para no caer. Así vimos la casa de comercio de Braune y Blanchard, el galpón negro con una cruz en el remate, que sirve de iglesia, donde no se dice misa porque no hay ornamentos, y el resto del pueblo, alegremente dorado por el sol, plácido y tranquilo entre las altas colinas que lo rodean por tres lados, y que no dejan de tener algo de pintoresco.

El doctor Luque hizo su visita médica, luego tuvo que montar á caballo para ir á hacer otra en Misioneros—un regular galope,—y por fin todo el día estuvo solicitado, llevado y traído, sin dársele punto de reposo. En Santa Cruz no hay médico, como no lo había en el Chubut, y cuando llega un transporte, el de á bordo ya tiene para rato, por poco complaciente que sea, porque en cuanto á recompensa, sólo habría que esperar la celeste.

Don Juan Williams, juez de paz de la localidad,

y que hace de agrimensor, de consejero, etc., asiste á los enfermos también como Dios le da á entender, y algunas veces con excelentes resultados. Pero... no hay medicamentos, es decir, no hay sino aquellos de uso más común, como la sal de Inglaterra y algunos específicos; buscó, por ejemplo, el doctor Luque yoduro de potasio, y tuvo que recurrir al botiquín de á bordo.

Este señor Williams, que fué subprefecto marítimo en tiempos de la segunda fundación de la colonia cuya historia he referido rápidamente, ocupándome al paso de él, es un hombre alto y seco en apariencia, de larga barba entrecana y ojos llenos de juventud. Gran jinete, infatigable cazador de guanacos y avestruces, ha corrido por aquellas colinas pedregosas y abruptas, arriba y abajo, con riesgo de la vida, y eso durante años enteros. Diez y siete ha estado allí, sin venir sino tres veces á Buenos Aires, y conoce aquella tierra palmo á palmo, como conoce cuanto ha pasado en ella. El fué quien me dió minuciosos é interesantes detalles sobre esta región, que me han servido y me servirán en adelante.

—¿La vida no será en Santa Cruz tan fácil como podría serlo?—le pregunté en una de nuestras largas conversaciones.

—¡Oh! á pesar de todo lo que se sufre, esto es hoy el paraíso, comparado con lo que fué antes. Ahora hay recursos, no muchos, pero suficientes, y en un principio no había nada, todo estaba como la palma de la mano...

—Usted ha prestado muchos servicios á los colonos, que le deben no haberse muerto de hambre en ciertas ocasiones. Me ha dicho Tourville, por ejemplo...

—Ya hubieran salido solos del paso—dijo, rehuyendo la contestación.

Cambiamos de tema, y al ver una cantidad de troncos y tablas esparcidos por el suelo, en medio del campo, pregunté:

—¿Para qué es toda esa madera?

—Estamos de edificación—me contestó.—Santa Cruz adelanta á pesar de todo. Ahora va á poblarse todo el terreno amojonado que usted ve, y dentro de poco nuestro pueblito habrá crecido notablemente. Se dan lotes de 25 por 50 y de 50 por 50 á los que se comprometen á poblar, con la única condición de que depositen 50 pesos como garantía de que construirán el cerco y la casilla. Muchas de ellas serán de madera solamente, pero, como habrá visto en el Quemado, allí las hay de material, es decir, de adobe.

—Y, á propósito de progresos y facilidades de existencia: ¿ha cesado por completo la carestía de otros tiempos?

—Sí, ahora tenemos vacas, cuya carne no se consume, porque los animales enflaquecen demasiado; capones excelentes, muy sabrosos, algunas aves, muy pocas legumbres, que cultiva cada uno para sí—papas, habas, cebollas, etc.,—vino chileno abundante y barato, como el azúcar, el café, té, licores...

—¿Que vienen naturalmente de Punta Arenas?

—De Punta Arenas, sí. Se exporta mucho para allá también, porque los transportes no bastan, las mercaderías que vienen se quedan en Buenos Aires, y las que deberían ir... Esos fardos de lana que ve usted en la playa, están allí hace más de dos meses, y tendrán todavía que aguardar. En cambio hay otras ventajas, como por ejemplo, el aumento

anual de las ovejas, que dan 85 por 100 aquí, en ocasiones hasta 110 en San Julián y hasta 140 al pie de la cordillera... Y eso con una sola parición al año.

—¿Tanto? ¿Y cómo puede ser que...?

—Es que esta raza, cruza de Cheviot y Lincoln, que es más ó menos la de las Malvinas, adquiere gran desarrollo y es mellicera. Las ovejas tienen dos y á veces tres corderos, la mortalidad es muy pequeña, no hay epidemias, y el clima demuestra ser muy favorable.

—¿Y la lana es tan buena como la carne, que en efecto es sabrosísima?

—Se lo diré todo con decirle que el año pasado ha obtenido en Inglaterra hasta 8 3/4 peniques.

Miré el campo en torno y quedé sorprendido de que aquellos matorrales desolados, escasos, morados y verdes, pudieran servir de alimento, con tan visible éxito, á los miles de animales de que se trata. Pero recordé que en Patagonia no se tienen las majadas como en el norte, en espacios reducidos; que cada oveja cuenta con un vasto radio en que comer el jume blanco, y que esos animales están desde varias generaciones adaptados al medio, como que proceden de las Malvinas, donde ya Darwin, en su viaje de circunnavegación á bordo del Beagle, observó la curiosa adaptación y el desarrollo del ganado vacuno; caso que ha ocurrido también en lo que respecta al ovino, que literalmente no cabe en la isla.

Tanto es así, que algunos hacendados malvineros matan millares de cabezas á la orilla del mar para utilizar las pieles y dejar el animal á disposición de las aves carnívoras y del capricho de las

olas. Otros hacen sebo, y otros, por fin, venden los animales en pie á precios muy bajos.

Muchos de esos hacendados han hecho todo lo posible para ir á poblar la Patagonia, pero se han encontrado con esta dificultad: no se les garantizaba la posesión ni el arrendamiento del campo necesario, y no podían aventurarse hasta el extremo de tener ovejas y no donde ponerlas. Eran siete ú ocho, que hubieran llevado un plantel de mucha importancia. El señor Williams envió innumerables notas, tocó cuantos resortes pudo, pero sin que se lograse como servicio lo que en verdad era un beneficio general. Y los malvineros se fueron á Chile.

Entretanto, aquella tarde se había desembarcado todo el equipaje del doctor Moreno y comitiva, y gran parte de las mulas y caballos, operación esta última que tuvo que suspenderse porque comenzó á soplar el vientecito patagónico, y á correr el Santa Cruz que se las pelaba.

La comisión de límites estaba ya instalada en el galpón, organizando los víveres y pertrechos, bajo las órdenes inmediatas del perito, incansable en la tarea y que tomaba parte en ella como los demás. Las visitas se encargaban del mate amargo, que no hubiera circulado de otro modo, y ya junto al fuego se doraban lentamente los cuartos de un capón, que al poco rato fué manjar delicioso para nuestros estómagos hambrientos.

Crujían bajo nuestros pies los cantos rodados que han quedado en enormes montones en el piso interior, y redoblaba sobre nuestras cabezas el techo de hierro, sacudido por la *brisa* que, según el anemómetro de á bordo, corrió aquella noche más de 60 kilómetros por hora. Algunas veces anda

más, y por eso aquel puerto es tan temible para las embarcaciones menores, pues se le alía la corriente, y como suele soplar arrachado, con ráfagas violentas, ni puede utilizarse la vela, ni puede el remo con el torrente aquél.

—¡Hermoso carnaval!

—¡Hermoso!

—Mientras sólo dure los tres días...

Buque ha habido que ha tenido que quedarse allí, á dos anclas, semanas enteras, por no poder desembarcar un fardo ni con la lancha á vapor.

Cuando, después de comer, hicimos señas al Villarino para que nos mandara bote, comenzó á inquietarnos no notar á bordo movimiento alguno. A las señales con pañuelos, sucedieron más tarde, ya entrada la noche, las de los faroles, las fogatas y los tiros de revólver. Nada.

Nadie se movió, ninguna embarcación bajó de sus pescantes, y el Santa Cruz siguió rodando con ruido fragoroso sus aguas verde claro.

—Hay que renunciar á que nos manden bote.

—¿Pasará algo á bordo?

—Es extraño que no contesten, porque tienen que haber comprendido las señales.

—Y el comandante Murúa también está en tierra y desearía embarcarse.

Estas y otras observaciones cambiábamos cinco de los pasajeros del Villarino, y un peón, cargado de trebejos, los que más habíamos andado aquel día; no descontábamos lo que la experiencia enseña á los que frecuentan aquellos parajes. Nadie escarmienta en cabeza ajena.

Sin embargo, el río es verdaderamente temible en esa altura.

La corriente llega á tener una velocidad de siete

á ocho millas por hora, y si el viento, tal como lo he descripto—con sus 60 y 70 kilómetros,—corre en contra de ella, bien pueden comprender los lectores que no exagero.

Pero no podíamos pensar en dormir incómodos allí cuando á bordo nos aguardaban nuestras camas y nuestros abrigos—habíamos declarado terminantemente nuestro propósito de no quedarnos en tierra,—desconocíamos, ó mejor, no queríamos creer en los riesgos que presenta aquel relativamente angosto caudal de agua, cuando el Villarino estaba casi puede decirse al alcance de la mano, y por amor propio y temeridad resolvimos embarcarnos de cualquier modo. La suerte no quiso que halláramos lo necesario: bote sí—había varios en la playa,—pero faltaban los remos. Hubiéramos tomado cualquiera, para devolverlo al día siguiente, pero no era posible hacerlo sin tener con qué bogar.

Una choza baja, tan baja que era menester entrar casi á gatas, cerrada apenas con unas chapas de hierro galvanizado, aislada en la costa, nos pareció depósito de artículos navales.

—¿Abriremos?

—¿No abriremos?

—*A la guerre comme à la guerre.*

Y se abrió. Había allí, en efecto, cabullería, tarros vacíos de pintura, bombillas, hasta un timón, pero ni un solo remo.

—¿Durmamos aquí?—propuso uno.

—¡Qué hemos de caber, hombre! Y además, tanto valdría dormir afuera, y en el galpón estábamos mejor.

Seguimos buscando, naturalmente, sin hallar, á lo largo de la playa, sobre los cantos rodados, bajo

el viento cortante como hoja de cuchillo, hasta que al fin, cansados, lacerados casi, acabamos por donde debimos comenzar, dirigiéndonos hacia la única casa de comercio que permanecía abierta todavía, la de un obsequioso andaluz que habíamos conocido aquella tarde.

—Venimos en procura de un bote; ¿tiene usted alguno, ó cualquier otra cosa, para irnos á bordo?

—¿A bordo?...—preguntó extrañado.—¿Con este tiempo?

—Sí, hemos resuelto irnos.

—Pues no, señores, no tengo bote, y me alegro.

—¿Ni remos?

—Tampoco.

Inició una disquisición sobre los peligros, pero se la cortamos, preguntándole si no habría al alcance algún lanchero. Había, se le mandó llamar, y fué. Era un marinero portugués, de cara ancha y abierta, sonriente y tranquilo. A nuestra pregunta, hecha casi en coro, contestó categóricamente:

—No, señores, no puedo llevarlos; mi compañero no está; un hombre solo no rema bastante; y aunque estuviera, él no querría... ni yo tampoco.

—¿Por qué?

—Ustedes no quieren creer lo que es este río; se ha comido mucha gente; se ha de comer mucha todavía, y no hay que jugar con él...

Y nos contó varios naufragios, marineros perdidos con el bote, que había ido á encenegarse allá abajo en el cieno, hombres robustos, arrebatados por la corriente... y todo esto sin dejar la expresión risueña y franca.

Nos miramos las caras. Volver al depósito de carbón era declararnos en plena derrota. Pero no

había que hacerle. Lo que no tiene remedio, remediado está.

Agotados todos los medios de que hubiera podido disponerse para ir á bordo, natural es que resolviéramos... quedarnos en tierra. Pero ¿dónde? Nos consultamos, consultamos al almacenero andaluz, al marinero portugués, y ya íbamos á optar por ir á dormir en la playa sobre el pedregullo—¡con aquel viento!—ó invadir el depósito de carbón, cuando la situación se despejó como por ensalmo.

—Yo me voy al depósito—dijo uno.

—Tengo una cama para usted—murmuró el ventero al oído de otro, conocido suyo de tiempo atrás.

Un tercero preparó sus baterías y las abocó al marinero, que se había quedado observando la escena con cara risueña:

—¿Y usted no tendrá algún rincón?...

—Sí, pero mi casilla es chica y no podría llevar sino á uno.

—Bueno, el peón dormirá en cualquier parte, en el suelo, donde menos incomode.

Y los que quedábamos en blanco, que éramos tres, comenzamos, envidiosos, á tratar de que se echara atrás, denigrando la habitación sin conocerla. Pero el huésped replicó, sin enfadarse, risueño como cuando se negaba á llevarnos:—No, el cuarto era muy limpio, *hasta* recién empapelado, con una buena cama.

—¡Oh!—terminó,—siempre pasa lo mismo con los pasajeros; muchas veces he pensado hacer una *comodidad* y la haré en cuanto pueda...

Creí entender por *comodidad* algunos cuartos para huéspedes, y eso era en efecto.

—Bueno, pero ¿y nosotros?

—¡Ah!

Y se desentendían los ya ubicados, tan egoístas como nosotros envidiosos. «Una noche como quiera se pasa», sí, ¡pero aquella! El que se quedaba en el almacén nos sugirió de pronto una idea salvadora.

—¿Por qué no van á casa de Braune y Blanchard?

—¡A esta hora! (ya eran cerca de las doce, y la noche estaba como boca de lobo).

—Sí, pues. Seguro que les dan hospedaje.

—Pero es imposible que á media noche...

—Vayan tranquilos, y llamen si la casa está cerrada.

No había que discutir, pues la disyuntiva era fatal: ó ir á fastidiar al prójimo, ú optar por el pedregullo del depósito, incomodando también allí para procurarnos algunas mantas. ¡En marcha, pues! Y azotados por el viento, en medio de una obscuridad tal que no nos veíamos aunque camináramos juntos, echamos á andar en busca de la larga calle que ya aquel día habíamos recorrido varias veces. Los demás tomaron rumbo también, y las peripecias cesaron. En casa de Braune y Blanchard nos recibieron en palmas de manos, aunque ya estuvieran todos acostados; cedióme su cama el gerente, á pesar de mis protestas; la otra que ocupaba un empleado, le tocó en suerte á uno de los compañeros, y el último, Nesler, tuvo un magnífico catre. Poco despuès dormíamos todos con un sueño tan bien ganado desde el punto en que comenzó á ser vaga aspiración, que necesariamente tenía que ser profundo.

Al día siguiente, cuando volvimos á la playa, supimos que otros compañeros, menos afortunados,

habían forzado también la puerta de la casucha, y entre los baldes y los cabos habían pasado la terrible noche. De esta última aventura nadie ha dicho palabra, nadie se ha jactado, de manera que sus actores permanecen desconocidos... hasta cierto punto.

En el depósito de carbón ya casi todo estaba dispuesto para la marcha; los víveres en sus cajas á propósito para el carguero de las mulas, repartidas las armas, las mantas, las ropas. Sólo faltaban las mulas que no habían podido desembarcarse el día anterior, para que la comisión de límites pudiera fijar definitivamente su partida. El doctor Moreno, levantado desde el amanecer, ocupaba su actividad en mil detalles, sin demostrar impaciencia por el retardo. Bien es cierto que aun desembarcadas las mulas, faltaría la lancha, que, en efecto, el Villarino dejó varios días después, con uno de sus maquinistas, para terminar el arreglo de la caldera. Pero he observado en él esa cualidad de no impacientarse, mientras se esfuerza por ganar tiempo á la vez, en varias ocasiones. Cuando varamos en plena dársena, y después de seis eternas horas de espera, cuando los nervios de todos nosotros vibraban como cuerdas de violín, recuerdo que le dije:

—¿No le parece esto desesperante, doctor?

—Cuando se viaja es necesario aprender á tener paciencia—me contestó.

La experiencia, en efecto, me lo ha estado demostrando en esta larga excursión. Pero sería necesario examinar si algunos temperamentos son aptos para aprenderlo.

Pasamos aquella mañana mirando el río y mirándonos las caras. No había otra cosa que hacer hasta la hora de almorzar, lejana aún, si es que no se

considera hacer algo el sorber mate tras mate, y comentar el ruido del viento y el de la arena que arrastraba para imitar el rumor de la lluvia que no cae por allí.

Curioso fenómeno: antes no llovía jamás en la costa este de la Patagonia y Tierra del Fuego; ahora comienzan á notarse algunas escasas lluvias, sobre todo en la isla. El clima varía, en efecto, y observaciones aproximativas hechas en Bahía Thetis, Buen Suceso y Policarpo, dan en cuatro años un aumento notable en la lluvia caída y en la humedad atmosférica. También se ha notado una pequeña disminución en la velocidad de los vientos. Datos exactos á este propósito tienen los padres salesianos de Río Grande, y el observatorio de Córdoba, que mantiene una estación en la Isla de los Estados.

Y ya que hablamos de meteorología—aunque rudimentaria,—¿por qué no añadir que el clima de Santa Cruz es tan extremoso que de 22 grados centígrados de temperatura en el verano, el termómetro desciende en invierno á 13 y más grados bajo cero? Los vientos que predominan, con la velocidad que ya he dicho, son los del tercero y cuarto cuadrante, nieva todo el invierno, y el mismo río suele helarse á una y otra orilla, hasta no dejar sino un pequeño canal en el centro, como sucedió en julio de 1895. Verdad que en aquel mes, desde el 12 al 16 sobre todo, la temperatura era, de 8 á 9 de la mañana, de 15 grados bajo cero.

—¿Vamos á almorzar?

—¡Ya era tiempo!

IX

Lunes de carnaval.

A la tarde el viento amainó un poco, pero no lo suficiente para que pudieran continuarse las operaciones de desembarco. Habíamos hecho honores á un gran puchero y á un buen asado de capón en casa de Tito, en el Quemado, y trabado más amplia relación con Marcelino Tourville, quien me prestó su caballo para ir hasta el depósito-alojamiento de la comisión de límites, y usarlo luego según me pareciera.

—Es un servicio inestimable, pues recorreré la costa, veré Misioneros, y me libraré del pedregullo—me dije.—Cierto que hace años que no monto á caballo, pero ¡bah! quien bien aprende, tarde olvida.

Hubiera deseado mayor tiempo para internarme algo en el territorio, pero ni podía perder el Villarino, so pena de quedarme allí un mes entero, ni podía tampoco adivinar que el viento iba á jugarnos la mala pasada que tenía en preparación.

Pero, otros dirán por mí el concepto que les merece aquella región, tierra adentro, y el primero será uno de los hombres que más han contribuido, en

épocas anteriores, al conocimiento de la Patagonia: el capitán Moyano que, refiriéndose á ella, dice:

«La zona vecina á la costa contiene pastos escasos, pero de una calidad especial que permite aprovecharlos para la cria de vacas, ovejas, caballos y cabras, y que la práctica ha probado pueden soportar el clima de todo el año, y algunos retazos en los valles de los ríos y cañadas se prestarían para la agricultura, aunque no en grande escala. La zona central es menos apta á estos objetos, porque á la escasez mucho más acentuada de su vegetación, reune la seria desventaja de que dando una prueba de su inhabitabilidad en esta estación, los mismos animales salvajes, como guanacos y avestruces y aves que á millones bajan en ella á las costas, tal vez no permita en ella la estadía de los animales en el invierno, doblemente más crudo que el de la costa, por la elevación de las mesetas que la forman, y su distancia del mar, que tanto atempera el clima. La zona andina, ó sea la zona montañosa, que empieza con los primeros contrafuertes de la cordillera, está caracterizada por espesos é interminables bosques de hayas antárticas, y una vegetación herbácea que satisfaría al estanciero más exigente.»

La reciente obra del doctor Moreno es más explícita en lo que respecta á la Patagonia Central, y los trabajos que él y sus colaboradores tienen en preparación arrojarán mucha luz sobre ella.

Pero aparte de que era justo recordar al explorador citado—á cuyos trabajos he tenido que referirme ya,—sus consideraciones son de mucho valor, y merecen ser recordadas.

Darwin, que remontó con Fitz-Roy el río Santa Cruz, y que si hubiera seguido todavía algunas de

sus vueltas habría avistado y descubierto el lago Argentino, puesto que anduvo 224 kilómetros de su curso, y el lago estaba como si dijéramos al alcance de su mano, se expresa con mayor severidad y no sin cierta injusticia, acerca de la topografía de aquel territorio.

«El paisaje—dice,—continúa ofreciendo escaso interés. La similitud absoluta de las producciones en toda la extensión de Patagonia, constituye uno de los caracteres más notables de este país. Las llanuras pedregosas, áridas, tienen en todas partes las mismas plantas achaparradas; en todos los valles crúzanse los mismos matorrales espinosos. Por todas partes vemos los mismos pájaros y los mismos insectos. Apenas si un tinte verde, algo más acentuado, corre por las orillas del río y de los arroyos límpidos que van á arrojarse á su seno. La esterilidad se extiende como una maldición sobre todo este país, y la misma agua que corre sobre un lecho de guijarros, parece participar de esa maldición...»

La falta de víveres, más que otra cosa, hizo que Fitz-Roy no siguiera adelante; otros más tarde lo hicieron, y por último ha tocado al perito argentino la honra de remontar á vapor el Santa Cruz—como aseguró que era posible en 1877,—de entrar al lado Argentino, de ir por el Leona, hasta el lago Viedma, sirgando sólo unos veinte metros á la altura del cerro Fortaleza. Pero no adelantemos los sucesos, como se dice en las novelas de intriga, y recordemos que el doctor Moreno, sus ayudantes y sus peones, están todavía en el depósito de carbón. Sin embargo, venía esto muy á cuento al hablar del territorio, pues contra lo que afirman los exploradores citados, el doctor Moreno, que no limitó sus

trabajos al curso mismo del río, sino que estudió también sus márgenes, en una extensión bastante vasta, ha encontrado—según mis noticias,—campos espléndidos para pastoreo, y lo que es mejor, maderas en abundancia, y hasta minas de carbón de piedra (¿lignito?)

La navegabilidad del Santa Cruz era un problema de alta importancia, cuya solución va á entregar al trabajo y al progreso una nueva y vastísima zona, casi despoblada hasta hoy; si el parásito de la especulación, que impide el desarrollo y ejercicio de las fuerzas vivas que están aún latentes en toda la Patagonia, no invade también aquella región, y si el Gobierno tan descuidado siempre la reserva hasta estudiarla y hallar el modo de entregarla á los pioneers que la hagan prosperar para bien suyo y del país.

No tengamos, por Dios, otra concesión Grünbein, ni se dé esa tierra á intermediarios cuya sola misión sería hacerla pagar más cara á los trabajadores, cobrando su influencia como mercadería, y contribuyendo así á desacreditar nuestros procedimientos administrativos. Hay que reaccionar; es necesario no descontar ya el porvenir, sino prepararlo para que sea más próspero.

...Santa Cruz debe su nombre á Magallanes, que lo descubrió el 26 de agosto de 1520, después del recio temporal que hizo naufragar una de sus naves. Pero durante muchos años no se ocuparon de aquel puerto los españoles, en cuyo nombre había tomado posesión de él quien estaba llamado á mayor gloria aún, el navegante de quien Camoens dijo:

Ao longo desta costa que tereis
irá buscando á parte mais remota
ó Magalhaes, no feito con verdade
portuguez, porém nao na lealdade.

Según Pigafeta, el historiador de aquella expedición por tantos conceptos memorable, el puerto era bueno y seguro. D'Orbigny supone que más tarde hubiera cambiado, porque en 1746 la nave española San Antonio lo encontró impracticable á causa de la acumulación de arenas. Pero no ha habido tal cambio; el San Antonio no habrá logrado entrar á causa de la barra que sólo puede pasarse cada seis horas; la enorme diferencia de las mareas, que he señalado ya, permite en pleamar el paso de buques de cuatro y cinco mil toneladas, sin el menor inconveniente.

Magallanes, sin embargo, pudiera haber hecho una pequeña variación profética en el nombre con que bautizó á esa Pesada Cruz para sus primeros pobladores... para los pasajeros del Villarino, y especialmente para mí, que en el overo de Tourville, abiertas las piernas como para desarticularlas sobre el ancho recado, y después de dar algunos galopes de aquí para allá, caí muy ufano al depósito, para averiguar cómo marchaban las cosas. Todo iba á pedir de boca, menos lo dependiente de la voluntad del río, que corría en forma de hacer inverosímil que pudiera helarse alguna vez, ni aun en el mismo polo.

—¿Por qué no va á Misioneros?—me preguntó el Dr. Moreno.

—Es mi proyecto.

—Entonces, hágame el favor de ver si hay cartas para la comisión de límites.

—Con mucho gusto.

Bajé á tomar un mate, y ya comencé á notar que el recado no estaba hecho para mí ó yo no estaba hecho para el recado. Disimulé como pude una manera de caminar que aún no me conocía, y traté de

alejar de mi mente los tristes y dolorosos presagios que la asaltaban. ¡Caramba, un criollo, que ya en 1880 hacía largas etapas en Curumalal con don José María Muñiz!

Entre los visitantes semiforzados del depósito estaba el ingeniero Tapia, que:

—Si encontrara caballo, lo acompañaría con gusto—me dijo.

—Y yo también—añadió el comisario Martínez.

Encontraron: Martínez un jamelgo y Tapia una linda mula, trotona y falsa, como la del romance; montamos los tres, y para llegar más pronto, echamos á galopar por el camino más largo. Fuimos de nuevo al Quemado, y desde allí, al trote, para gozar del paisaje, á la subprefectura, por la falda de los cerros que dominan el río.

—¡Pero qué andar tan duro tiene este animal!— Y recordaba, allá en mis adentros, la aventura que el dia anterior habia ocurrido á un joven francés, compañero de viaje, que tuvimos por muerto tres ó cuatro veces. A la quinta, y después de recogerlo casi del suelo, no pude menos que decirle:

—*¡Mais vous vous faites mal!*

—*J'en ai eu bien d'autres... au manège... et encore, le caporal etait-là, pour m'obliger à remonter en selle...*

Y volvia á subir como si tal cosa

Al pie de los cerros, riquísimos en fósiles, el camino es fácil y el río hace en la playa, un poco más lejos, caprichosos encajes. Misioneros no se ve, aunque se halle á menos de una legua, oculto como está por la punta de Witte. El viento parece haber dejado de soplar, quizá porque lo detienen las alturas que faldeamos.

—¡Pero qué andar de caballo!

—¿Quiere la mulita?—me preguntó risueñamente Tapia.

La miré, lo miré... El es pequeño y no va mal en una mula como las excelentes llevadas en el Villarino, de cuya recua formaba parte aquélla. Pero yo... Mi montura, cuando pasé los Andes, parecía extraño fenómeno con seis extremidades.

—¡Muchas gracias!—contesté.

—¿Quiere que regresemos?

—¡Qué esperanza!

Este modismo era trasunto de mi temor á una rechifla. ¿Y las cartas? ¿Dónde estaban las cartas? ¿Conque no había llegado á Misioneros?... Me encomendé á Pellicer, mártir en Santiago del Estero y... ¡á galope para concluir de una vez! No sé cómo puede uno olvidarse de tal modo de andar á caballo. ¿Será el recado? ¡pues! ¡tan ancho! En una silla inglesa, menos mal...

Por fin se presentaron á nuestra vista las casillas negras del antiguo presidio, la habitación del subprefecto, menos tétrica, y la mancha roja del buzón federal, allí en la playa, donde nadie ha depositado nunca cosa alguna, si no es el viento las arenas y las piedrecitas que arrastra.

Nos apeamos á la puerta de las oficinas subprefectoril y postal, y nos recibieron el subprefecto Máximo Rivero y el ayudante y administrador de Correos á la vez. Mi modo de andar del depósito se había acentuado un tanto, pero aún era presentable.

—¿A usted lo manda *La Nación*?—me preguntó el subprefecto.

—Sí, señor.

—¿Y para qué?

—Hombre... para ver... para observar...

—¡Ah! ¿De modo que viene al *tuntún*?

—En efecto, al *tuntún*. Siempre andamos así, y á veces es muy curioso...

(Hay que recordar que estábamos en lunes de carnaval, y que era obligatorio divertirse en algo. Nunca falta quien suministre asunto.)

Recogí luego las cartas, montamos, y aunque fuera un poco tarde, Tapia y yo nos quedamos en la punta Witte para recoger algunos fósiles.

Desde Darwin se conocen esos fósiles, pesadas ostras que llegan á tener un pie de diámetro y que parecen enormes y cenicientos pasteles de hojaldre. El comisario Martínez siguió marchando al paso, para que lo alcanzáramos.

Llenamos de ostras las alforjas de la mula, que desgraciadamente tenía floja la cincha, y mientras armábamos un cigarrillo y cambiábamos impresiones, se preparaba la catástrofe.

—¡Cuidado!—gritó de pronto el ingeniero Tapia.

Y apenas lo hubo dicho, cuando sentí silbar junto á mi cabeza el más vigoroso par de coces que cuadrúpedo alguno haya tirado nunca, y en seguida una loca, una furiosa carrera por las piedras de la loma.

—¡De buena se ha escapado!—exclamó mi compañero, que montó de un salto á caballo y se puso en persecución del espantado animal, que fué sembrando el suelo con ostras fósiles, bajeras, cincha y montura, dejándome boquiabierto, tan rápidamente se había desarrollado este final de acto.

¡Pero qué carnaval, señor!

Filosóficamente fuí recogiendo las prendas de la montura, y luego me senté sobre ellas á contemplar las peripecias de la cacería en que Tapia se había empeñado. Triunfó por fin, volvió haciendo

cabrestear al animal, lo ensillamos, y sin que mediara negociación alguna, él se quedó con el caballo y yo lo seguí modestamente enhorquetado en la acémila, y todavía agradecido por no haberme quedado á pie.

Los fósiles, que fueron á buscar nuevo yacimiento, se quedaron por esa vez allí.

En el camino encontramos á Martínez, que volvía á ver lo que pasaba, y como se acercaba la noche, echamos por la quebrada playa, arribando felizmente al depósito. Cuando eché pie á tierra tuve que hacer heroicos esfuerzos para que no se me conociera la enorme fatiga, el dolor del cuerpo entero, desde los omóplatos hasta los tobillos.

A pesar del resultado un tanto negativo de mi cabalgata de ese día, pensé poner en planta un proyecto que mascullaba en mi interior, casi desde el principio del viaje: pedir permiso para agregarme á la comitiva del perito, y acompañarlo en su expedición á través de la Patagonia, para ir con él á Santiago y regresar de allí á Buenos Aires. En tál caso tendría que haber modificado el plan primitivo de la excursión, dejando para otra vez la interesantísima visita á Tierra del Fuego é Isla de los Estados. Como lo pensé lo hice, pero á la primera insinuación, el doctor Moreno me dió á entender que no tenía para qué exponerme á un fracaso seguro, solicitando claramente un favor que no me concedería. Y pues había observado ya con qué severidad alejaba á los que no pertenecían á la comisión, me di por entendido, y puse punto en boca. Más tarde, en Buenos Aires y de regreso, le pregunté si, en caso de insistencia, me hubiera autorizado á seguirlo.

—No—me contestó categóricamente.

Traigo esto á cuenta, porque algunos diarios de ultracordillera han hecho viajar al enviado de *La Nación* con los expedicionarios de la comisión de límites, criticando y dando por realizado lo que sólo fué un proyecto periodístico muy natural, pero que ni siquiera se formuló. Y como no ha faltado tampoco aquí quien recogiera la especie, no estaba de más desvanecerla, aunque mi itinerario se haya encargado ya de ello.

...Pasando por alto otros incidentes de menor cuantía, cayó la tarde, amainó bastante el viento, y los pocos que en la playa estábamos vimos con júbilo que se desprendía un bote del costado del Villarino. Había que aprovecharlo y embarcarse. Nos despedimos antes de que la embarcación llegara á la playa.

—¿Pero volverán? Vengan mañana á comer un asado al asador.

—Sí, *¡cómo no!* Pero bueno es despedirse... por si acaso. Con estos vientos no sabe uno á qué atenerse, ni puede confiar mucho...

—Buen viaje, entonces.

Y deseando al perito Moreno que realizara la proyectada y felizmente resuelta navegación del Santa Cruz, nos lanzamos al bote, que tomamos por asalto, con un gran suspiro de satisfacción, aunque fuéramos á encerrarnos en círculo más estrecho: el barco.

La embarcación iba llena de gente, pero apenas golpearon á compás los remos y nos separamos de la orilla, cuando acudieron de varias partes á la playa, á todo correr, otros compañeros de viaje, á quiénes no pudimos ir á tomar, por desgracia suya. Los rezagados suelen llevar la peor parte... y este fué el caso, pues la calma que en ese momento

aprovechábamos, era sólo un *recalmón*, precursor de una ventolera de dos mil y pico de demonios.

A bordo nos recibieron con grandes agasajos un si es no es fisgones, pues los prudentes que no des embarcaron, se daban cuenta de que todas no habían sido rosas la noche anterior. Habían oído los tiros y visto la fogata, pero ¿qué hacerle con semejante tiempo? Los botes que se ocupaban del desembarco estuvieron la tarde anterior en serio peligro: el chinchorro, con los que habían salido á pescar, en tremendos apuros, y la misma lancha á vapor no llegó sin esfuerzo al costado del buque. ¿Cómo ir en busca, entonces, de los que «andaban pa seando»?

—¿Y probó la picana con piedra?—me preguntó el segundo Méndez, que se había divertido mucho con nuestras aventuras diurnas y nocturnas.

—¡Cómo quiere que saliéramos! Además, tendríamos que haber andado mucho para encontrar avestruces.

La picana con piedra es un plato indígena del que hablan primores cuantos lo han comido; consiste en la armazón posterior de un avestruz gordo —ó flaco si no hay otro,—en cuyo interior se echa una piedra previamente calentada todo lo posible; luego se cierra el caparazón cosiendo la piel, que se ha dejado á ese objeto, y se pone el todo un rato al rescoldo. En un momento más la picana está hecha, se abre, y en la fuente natural queda un guiso exquisito—dicen cuantos lo gustaron,—en que los trozos de carne se bañan en una salsa que no podría imitar el más hábil cocinero.

Pero ese manjar, antes cuotidiano en Patagonia, escasea hoy sobre la costa, porque los avestruces han ido retirándose hacia el interior, en un replie-

gue defensivo á que los han obligado los intrépidos é infatigables cazadores. Digo intrépidos, porque se necesita valor real para correrlos á rienda suelta, cuesta arriba y cuesta abajo, por campos cubiertos de piedras y guijarros, donde si no hace la vizcacha sus madrigueras, practica sus obscuras minas el *tucu-tucu*,—más temible, porque sus trampas no se ven, como las del otro roedor. Este avestruz—creo haberlo dicho antes,—difiere de su hermano de la provincia de Buenos Aires, no sólo en su carne, más apetitosa, sino también en varias particularidades, que lo han hecho llamar *Struthio Darwinii*, mientras el otro lleva el nombre de *S. Rhea.*

No se le caza entre muchos, como en las *boleadas* de nuestra provincia; en Patagonia suele un solo jinete ir con sus perros—esos extraños perros que sólo se ven allí y en el Jardín Zoológico,—y volver con varios ejemplares del enorme pájaro, cuya pluma se vende á buen precio, cuyos alones y *picana* se comen, y de cuya piel del pescuezo se hacen tabaqueras *(chupas)* sacándola al estilo de las botas de potro.

Los perros—especie de galgos mestizos de largo hocico,—adiestrados ya por el atavismo y perfeccionados por el ejercicio, tienen tan rara habilidad, que á veces cazan sin necesidad de ayuda; corren, matan el ave, y luego vuelven en busca del amo para conducirlo adonde está la presa. Pero éstos son excepcionales, y la mayoría se limita á retardar la carrera del avestruz y hasta detenerlo colgándose de él á pesar de sus patadas, que rehuyen con agilidad pasmosa.

En cuanto á las costumbres del ave gigantesca de la Patagonia, nada digo, por cuanto han sido ya tan descriptas, que no incurriré en el exceso de

volver sobre ellas. Corren como el viento, ayudándose con las alas; la hembra pone gran número de huevos que el macho incuba; sabe y puede nadar largos trechos, aunque no le agrade el agua; es muy curioso, y tiene un estómago... de avestruz.

El guanaco, tan desconfiado como su vecino patagónico, y al mismo tiempo tan curioso como él, se caza en la misma forma, y son los perros los que hacen el mayor gasto en las partidas cinegéticas. Este animal, que Darwin señalaba como análogo en Patagonia al camello en Oriente, suele encontrarse en gran número en las *travesías* más extensas, donde no hay agua en decenas de leguas á la redonda. Muchos afirman que bebe agua salada; lo cierto es que puede pasar mucho tiempo sin sufrir sed, y luego corre con tal rapidez, que no existen para él distancias demasiado largas. Ya hice referencia á la versión—que trato de comprobar—de que, á semejanza del camello, llevan un depósito de agua en el estómago. Es verosímil, puesto que se trataría de una adaptación al medio, en forma más perfecta que la poca ó ninguna necesidad de beber de ciertos animales— hasta la misma oveja del territorio que se contenta con el rocío cuando no tiene otra cosa.

La caza del guanaco es de más peligro que la del avestruz, porque aquél, como la gamuza europea, trepa montañas y salta precipicios y grietas, poniendo en duro trance al jinete que lo persigue. Pero como los perros, los caballos se han habituado á esa suerte de ejercicios, y no es raro verlos bajar á galope por una cuesta ruda y pedregosa, casi tan rápidamente como los cantos que hacen rodar sus patas, de tal modo que no se sabe á

quién admirar más, si al noble animal ó á quien lo monta.

El guanaco sirve para comer cuando no está muy cansado; la fatiga hace desmerecer mucho su carne, que en ese caso se acepta sólo por necesidad.

En la región, y como recurso, hay también liebres—ya en menor cantidad que más al norte—algunas veces, y el mismo tucu-tucu, que bien preparado es un aceptable manjar. Más al centro aparece el *huemul*, el ciervo chileno, que cerca de la cordillera no teme todavía al hombre, ó lo observa con la misma curiosidad del guanaco y del avestruz, pero más ingenua y confiadamente. Las grandes manadas de animales alzados, de *baguales*, que caza y come con tanto placer el habitante de la Patagonia, se han retirado mucho, y van en marcha hacia el sur. También con ese rumbo han ido las vacas, que antes vagaban por el territorio del Río Negro, rechazadas poco á poco por el hombre, que las persigue sin descanso.

Para la caza de estos animales, el perro es también poderoso auxiliar, y se adapta á ella con singular resultado, como se adapta á la del zorro, que abunda, pero que se toma preferentemente por medio de trampas, evitando así trabajo y gastos. Con la piel del zorro se hacen *quillangos*, no tan estimados como los de guanaco y avestruz, y pues se necesitan muchos para hacer uno solo de esos curiosos tapices, esparcidos hoy por el mundo entero, no vale la pena de matar caballos y de cansar perros en su busca. Pero los canes suelen hacer esa caza por su cuenta y de pura afición, cuando la encuentran á tiro ó la olfatean en las cercanías.

—¡Oh! yo no creía que estos animales fueran tan buenos cazadores, aunque me lo hubieran afirmado muchas veces personas serias y conocedoras del país.

Esto me decía un ingeniero francés que acababa de explorar aquella región.

Y me contó cómo un día, que—poco después de llegar—recorría el territorio, vió á lo lejos, á una distancia tal que era locura pensar en perseguirlo, un avestrz de gran alzada.

El perro que llevaba, y que era un hermoso ejemplar perteneciente á un explorador francés que lo había precedido, se puso á ladrar, como invitándolo á que lo siguiera. En lugar de hacerlo, ordenó á un peón que detuviera al animal, pero, como si hubiera comprendido, éste se lanzó á toda carrera, antes de que el peón se hubiera bajado del caballo, en dirección al avestruz y hasta perderse de vista... Largo rato después, y cuando el explorador creía que el perro se había escapado, volvió jadeante, y con sus ladridos, ora alegres, ora disgustados, tanto hizo, que un peón lo siguió hasta donde el avestruz yacía con el cuello fracturado por sus mordiscos.

Bastará, por ahora, de perros, cuando diga que en Patagonia sirven también, y con mucha fidelidad y eficacia, de pastores de rebaño. La escasez de hierba hace, como ya lo he dicho, que las majadas de ovejas tengan que esparcirse en vastísimos espacios, calculándose algunas veces, y en ciertos parajes, que se necesita una hectárea por animal. Para el hombre sería ímprobo trabajo rodearlas y recogerlas, pero el perro se encarga de ello y lo hace á las mil maravillas. Aún más: toma y detiene á la res que el amo le indica, y llena sus

funciones con una seriedad y una competencia que pocas veces se halla en los *puesteros* y peones de estancia, más aficionados al fogón que á la labor.

El comercio de quillangos tiene alguna importancia, y su factura ha ido perfeccionándose poco á poco. A los comunes que todos conocen, han sucedido otros hechos con ciertas partes especiales de la piel, como por ejemplo, la pequeña mancha color torcaz en la frente del guanaco, ó las salpicaduras blancas del cuerpo y el pecho; este producto tiene que ser caro, pues cada quillango se compone de piezas cosidas entre sí, que no alcanzan á un decímetro cuadrado cada una. Combinando colores, se hacen también de bonitos dibujos simétricos.

Los indios los cosen con *tientos,* ó fibras del mismo guanaco, y muestran en ese trabajo mucha habilidad; hechos así, los quillangos son de larga duración, doble ó triple de la que alcanzan los de otra factura menos prolija y con materiales distintos. Una vez *sobadas* las pieles, y cosidas unas á otras, suelen los indios pintarlas del lado del revés con tierras coloreadas, haciendo algunos dibujos semigeométricos, en que el contraste de las tintas no deja de tener gracia.

Además de los quillangos de guanaco y de zorro, los hay—y pueden encontrarse en el comercio—de piel de avestruz, con sus plumas, naturalmente, siendo los más estimados, más hermosos, y de más alto precio, los hechos con las plumas más blandas y blancas, sobre todo los llamados de «avestruz de huevo», que se hacen sólo con pichones, á costa de mucho trabajo y sobre todo de paciencia. Pocos ejemplares hay de esta clase, y si la moda se inclinara á ese lujo, no dudo de que el *Struthio Darwi-*

nii iría muy pronto á aumentar el catálogo de las especies extinguidas.

El precio á que pueden adquirirse en Patagonia misma—los quillangos inferiores, precio para los viajeros que pasan por los puertos y tienen el capricho de poseer uno—varía entre quince y veinte pesos papel; los especiales suben en proporción á su mérito, y algunos cuestan una fuerte suma.

Otro animal que, si no es característico de aquella costa y la correspondiente región mediterránea, frecuenta ambas habitualmente, es el cóndor de los Andes, que suele verse como un punto negro en las alturas, cerniéndose en busca de la presa que su extraordinario poder visual ha de indicarle. Remito al lector á los que han descripto antes al rey de las aves, ya científica, ya literariamente, y sólo me permitiré hablar de unos cóndores *domésticos*.

El señor John Wilson, vecino de Puerto Deseado, tuvo la buena fortuna de tomar varios cóndores pichones, que crió en su casa hasta su completo desarrollo. Naturalmente, siempre impidió que volaran, para que no se le escapasen—é ignoro si para ello los tuvo encadenados de una pata, como se estila, ó solamente enjaulados—y allí vivieron sus primeros años los «calvos moradores de la montaña».

Pero un buen día—también ignoro por qué—resolvió mister Wilson desprenderse de los esclavizados monarcas, y los regaló á una persona residente en Santa Cruz, que se los llevó á ese puerto y los tuvo algún tiempo en la subprefectura. Una mañana le avisaron que las aves habían desaparecido.

«La cabra tira al monte y el cóndor á los Andes» —dirán ustedes.

Pues no, señor. Cual modestas palomas mensajeras que vuelven al palomar paterno, los cóndores alzaron el vuelo, trazaron sus círculos cabalísticos en el aire, y de un solo golpe de alas fueron á dar á Puerto Deseado y á casa de Mr. Wilson, que, naturalmente, los acogió como merecían. Repito que esos cóndores no habían volado nunca, lo que habla mucho en favor de su instinto, y que volvieron voluntariamente al cautiverio, lo que demuestra que podría domesticarse si no fuera por *ungues et rostrum.*

Ya me parece verlos de carteros en la Patagonia, llevando paquetes de impresos bajo el ala, como las palomas los livianos mensajes que se les confían. Eso sería mejor que hacerlos alzar muchachos en las garras, como hizo Julio Verne, ó contruir nidos como nuestro alto poeta.

«¡El cóndor mensajero!» Vale la pena repetir el ensayo que, sin pensarlo, hizo el señor Wilson, para lo cual podrían utilizarse los ejemplares que parpadean mustios en las jaulas de Palermo; sólo que éstos encontrarían en la provincia de Buenos Aires muchos más pollos y gallinas en que entretenerse, que sus filosóficos hermanos de la Patagonia, y puede que no volvieran á la querencia, como regresaron los que tenían allí la vida asegurada.

¡Qué diablos! no siempre se halla en las estepas patagónicas un cadáver de guanaco en que cebar el pico: aunque sea más ayunador que Tanner y que Succhi, (1) también el cóndor ha de ser aficionado á comer todos los dias.

Si *aquila non capit muscas*, menos aún el cóndor, sobre todo cuando ha sentado su real en esos terri-

(1) Puede pasarse semanas sin comer, sin perder el vigor.

torios, donde no he visto una sola mosca, ni para remedio... es decir, en tierra, pues las que con nosotros venían en el Villarino—y aunque Darwin diga lo contrario,—vivían en cámara y camarotes, aunque decreciendo en número á medida que avanzábamos hacia el sur. Verdad que la doctrina del sabio inglés no queda contradicha por el hecho; al contrario. Si las moscas no se adaptan al medio patagónico, el transporte nacional está adaptado especialmente para su conservación y propagación... lo que no quiere decir—¡cómo ha de querer!—que sea sucio en demasía.

Observé algunas cuando volví esa tarde: estaban semiatontadas, pegadas á las paredes y especialmente al techo; su hora final se aproximaba. Y recordé entonces con cierto espíritu de venganza satisfecha, cuánto y con qué insistencia y de qué modo me habían fastidiado, incomodado, atormentado, cuando eran enjambre, al zarpar de la dársena y luego allá en alta mar, donde estaban de perpetuo jolgorio, sin soñar en la suerte que las aguardaba...

...Aquella noche estuvimos de fiesta á bordo. Fiesta de marineros: acordeón, guitarra y baile, sin que faltara probablemente el trago echado á hurtadillas, pues á pesar de todos los reglamentos y de todos los castigos, la tripulación de nuestros buques se ingenia para procurarse licores, y suele hacer proezas que dejan chiquita á la famosa pesca de botellas de los mosqueteros.

No sé de dónde sacaron aquellos alegres mozos ropas de mujer y otra indumentaria carnavalesca; es el caso que pronto aparecieron sobre cubierta varias parejas de máscaras, y después de un paseo triunfal por todo el barco, rasgueó una guitarra,

chilló un acordeón y dió principio el baile, á la luz de las lamparillas incandescentes, atrayendo á todos los pasajeros, para quienes ya cualquier cosa era diversión, y que formaron corro en torno de los grotescos bailarines... Un cuadro digno de ser pintado: sobre el fondo negro de la noche, como estrellas, las luces del pueblito; una, titilante y vaga, allá á lo lejos, en Misioneros; la cubierta en la penumbra, creciente hacia proa, con la mancha blanca y violenta de una lamparilla incandescente; un grupo de figuras indecisas en lo obscuro; otro destacándose con vigor, vibrando colores, en plena luz; marineros sentados ó echados en el suelo; pasajeros de proa hablándose ó riendo á voz en cuello; oficiales en pie, con su traje galoneado, y en medio, girando al compás de la música áspera, los mascarones mal prendidos, con el rostro cubierto de hollín (que, dicho sea de paso, nos ha llovido el viaje entero)... Tal fué, después del de las mulas y la cabalgata, el famoso carnaval santacrucense, que por mucho tiempo me dejará recuerdos, gratos ó ingratos, según me refiera al espíritu ó al cuerpo.

Todo el mundo estaba alegre, menos la única pasajera de cámara, miss Mary X, la joven inglesa que iba á Gallegos, á casarse. ¿Por qué? Misterio... Ella tan risueña, tan jovial en los días anteriores, melancólica y callada, apenas si se acercó al corro para dirigir una mirada mustia á los bailarines.

—¿Qué tiene, miss Mary?

—Nothing.

De pronto cambió completamente de expresión, iluminándosele el rostro, y se puso á hablar con mucha animación á un joven, compañero nues-

tro desde Buenos Aires, que le daba la réplica en un inglés mediano, pero muy sugestivo al parecer... ¡Acabáramos de llegar!

Sin duda en ausencia nuestra se habría hecho allí *un nudo*, y estaríamos en pleno reinado de la intriga amorosa, aunque inocente.

Ella joven, sola, agradecida á las atenciones de que la rodeaba él, buen mozo y emprendedor... No, no podía ser de otro modo, y más cuando la monotonía del viaje, el aire tibio y vivo, los efluvios del mar, la luz, la confianza de á bordo, todo había estado tomando parte semanas enteras en la muda complicidad de las cosas...

Medio derrengado, me senté en un banco á observarlos: no—¡Dios me libre!—por malsana curiosidad, ni menos por burlona indiscreción. Pero todo es materia de estudio, todo tiene un significado, todo contribuye á dar—al que sabe observarlo—idea del medio en que se halla, de los hombres que codea, de las peculiaridades que flotan á su alrededor, invisibles para la mayoría.

Y pensaba: He aquí una mujer que, dando muestras de verdadero temple de ánimo, viene de uno al otro hemisferio, en busca de su pareja, confiada en el varón, fuerte por sí misma, pero susceptible de cambios y adaptaciones inesperadas, sensible á las influencias externas, como el compás en los canales del Beagle, perturbado por la atracción de los minerales de hierro de la costa... Esta mujer, sentada frente á mí, junto á un argentino que representa bien el tipo nacional, forma con él un símbolo de la fuerza de atracción de estos países y estas razas nuevas. Ella, de cualquier modo, sea que realice su proyecto matrimonial, sea que el inocente *flirt* de hoy se desarrolle en novela más ó menos

interesante y efectista, va desde luego á convertirse en pobladora de la Patagonia, tiene un significado histórico, es una nueva energía que colaborará desde hoy en la obra de las energías poderosas que allí trabajan. El, con su juventud, con su brío, con la corriente de simpatía franca y jovial que emana de los latinos de América, regenerados y reforzados por otras sangres más ingenuas pero más fuertes, viene á ser en el caso, representativo y útil; porque reune nuestras cualidades de atracción y tiene en su persona y en su modo de ser, la juventud, el desprendimiento, la despreocupación de nuestro país... todo eso *malo*, que á nadie daña sino á nosotros mismos.

Y esa mujer, libre como lo son sus compatriotas, que ni teme á hablillas, ni cree peligroso conversar con un hombre—seguía yo reflexionando,—da, á bordo del Villarino y en pequeño, la nota tónica del progreso de esta región, que á mi juicio está llamada á ser, geográfica y sociológicamente, la homóloga de los Estados Unidos del Norte, pese á la ceguedad de los gobiernos.

Este fuerte sexo débil ha desalojado ya en mucha parte de la Patagonia á la india Tehuelche, de enérgica é inteligente raza, sobre cuyos—cada vez más escasos—ejemplares, domina desde las estancias inglesas y alemanas, salpicadas en el desierto como núcleos de futura civilización. Ante ella, la mujer que llevaban los ejércitos de fronteras, y que allí quedó llenando sus funciones étnicas, y la mestiza que nació del contacto entre indios y cristianos, ceden palmo á palmo el terreno, que prepararon ha tiempo, como tipos de un período de transición.

Vienen de fuera, al par de miss Mary, y en continua y poco observada inmigración, á cooperar en

la tarea evolutiva, miembros femeninos de pueblos varoniles crecidos en climas análogos; de pueblos que ora han podido entonar el *Rule*, ora han dado florescencias intelectuales tan extraordinariamente poderosas como Escandinavia. Y—sin perjuicio de eso—allá en Rawson, y en Gayman, y en Trelew, se forma desde hace años una ¿cómo diré? una especie de *haras* humano, cuyos productos están llamados á extenderse por gran parte de la Patagonia y á influir de una manera decisiva en el tipo de su población, como influirán—sin darse cuenta, pero no menos eficazmente por eso,—las semillas esparcidas y cuasi aisladas en toda esta zona inmensa. Invito al lector á considerar los nombres —sólo eso —de los pobladores de aquella tierra, cuando poco más adelante, inserte el plano del territorio de Santa Cruz con los establecimientos ganaderos que lo pueblan; y lo invito á que medite sobre ello, para arribar á la conclusión de que, en efecto, en Patagonia se prepara una raza distinta de la nuestra, no sólo porque el medio lo exige así, sino también por que los elementos que trabajan en su formación, los antepasados de los nietos por venir, son diferentes en absoluto de nuestros abuelos.

Aun los de esta generación hemos asistido como testigos oculares á transformaciones sociales de mayor cuantía, como por ejemplo, á la disminución y casi extinción del negro, no perdido en medio del número que creó la decuplicación de los habitantes de Buenos Aires, sino lisa y llanamente desaparecido por el mestizaje primero, y por la escasa vitalidad del mestizo después. Todo, usos, costumbres, hasta rasgos fisionómicos, ha variado de un cuarto de siglo á esta parte, en la capital como en la provincia, como en Santa Fe, como en toda

comarca á que han afluido diversas inmigraciones. El gaucho de los alrededores fué suplantado por el *orillero* en otra época, y hoy este mismo se funde en el pueblo común, sin características determinadas, porque el tipo general es indeciso todavía. Y en este centro la influencia era más difícil de ejercer, porque el plantel que lo formaba tenía acentuados rasgos propios, como que venía de una sola raza, y se había establecido bajo la superintendencia absoluta de ésta. ¿Cómo, pues, no prever lo que está preparándose en Patagonia? ¿Cómo creer que aquel almácigo—muy *ralo* hoy, á decir verdad—va á producir plantas análogas á las que nacen y prosperan de este lado del Río Negro?

¡Oh, miss Mary! ¡Si usted supiera el interès etnológico que tiene su persona, en su carácter futuro de antepasada!...

Sabía yo muy bien que mi compañera de viaje no emigraba por casualidad y excepción hacia esas tierras. Otras la precedieron, otras la seguirán.

Las familias de estancieros ingleses y alemanes, gustan de ser servidas—aunque no hayan sido gentes de fortuna en su país—con más corrección y delicadeza de la que puede esperarse y exigirse de los ásperos hijos de nuestra campaña, y generalmente traen de ultramar las personas que han de ocuparse de los servicios de dentro de casa.

Los ingleses, sobre todo, han introducido en Patagonia sus *house-maids*, con un contrato en que establecen generalmente, además de la soldada, el compromiso de pagar el viaje de retorno y otras recompensas, las obligaciones comunes en esa clase de trabajo, y la de que «no han de casarse» mientras dure el contrato, so pena de perder los salarios del término entero... Esto no puede impedir, y na-

turalmente no impide, que se casen cuando hallan un buen partido, cosa no difícil si se tiene en cuenta que en Patagonia escasea la población femenina, y que la masculina, crecida en relación, no es muy exigente ni de belleza, ni menos de patrimonio. Las que no se casan mientras dura su *enganche*, regresan á Europa si tienen allí un compromiso preestablecido; pero en su mayoría se quedan, inducidas á ello por una fuerza de inercia aparentemente negativa, pero en este caso muy positiva y muy benéfica... La Naturaleza echa mano de medios complicados y á veces invisibles para arribar al resultado final que se propone y á que siempre llega. Hizo una raza de ovejas para la Patagonia; con facilidad igual, sin el concurso de sabios ni estadistas, está haciendo un pueblo...

Y mientras estas ideas, informes aún, bullían en mi cerebro, se confundían con observaciones extravagantes y con recuerdos melancólicos, sin destacarse claras y aisladas como ahora; miss Mary y su galán seguían hablando dulcemente, en íntima confidencia, ajenos á la sospecha de que pudieran ser punto de partida de una meditación sobre las razas futuras, terminada en un sueño de lo porvenir.

Porque así terminé: Patagonia estaba ya poblada desde Viedma hasta la punta Dungeness, desde el Atlántico hasta los valles habitables de los Andes; cada puerto era un pueblo, cada caleta una aldea; luego la población se hacía más densa á medida que avanzaba á la falda de la cordillera, donde vivía con una vida intensa y pacífica, libre y feliz. Esos pobladores eran ya tostados y nervudos hombres de campo, derechos sobre el caballo ó encorvados sobre la esteva, manufactureros vigorosos, leñado-

res, mineros... Los trenes llevaban á la costa los productos de todo el interior. Por los grandes ríos que bajan de la montaña, iban y venían las chatas á vapor, llenas de mercaderías, de minerales, de maderas. Variaba el clima, brotaba el bosque hasta en el arenal, perdía Patagonia su fisonomía misteriosa y amenazadora, y de aquel territorio inculto y casi desierto, surgían una, dos, tres provincias que reclamaban el *self gobernment*, con más razón que muchas otras, diciendo: «¡Ah! nos habéis dejado, y hemos crecido solas, por nosotras mismas, con nuestras fuerzas personales, sin ayuda, sin simpatía, sin educación casi, y hoy tenemos otro modo de ser, otras costumbres, otros hijos distintos de los vuestros. Y contad que sólo queremos ser estados dentro del estado... Nos habéis dado gobiernos que han detenido nuestro progreso, preocupados sólo, egoísta, delictuosamente, del progreso individual de los que los componían; nos habéis hecho permanecer largos, muy largos años, en un destierro que comercialmente nos acercaba á Inglaterra y á Chile más que á vosotros... Ahora venimos á daros la sorpresa de nuestra mayoría de edad, en que no pensasteis nunca, para la cual no nos habéis preparado...»

Bien. Esto es pura fantasía. Pero, sea lo que fuere, ese ensueño se puede realizar, porque Patagonia, más que geográficamente, está alejada del resto de la república por la indiferencia.

Más aún: en los centros de población, los hijos del país se consideran extraños, cuando no enemigos. Han ido á ellos antes, van á ellos ahora, como se va á una tierra conquistada (¿es esto atavismo?) y pesan sobre los pobladores de otras nacionalidades con toda su autoridad delegada ó usurpada

pues también suelen crearse autoridades sin base legal. De ahí un retraimiento, una desconfianza por lo que procede de nosotros, que se manifiesta claramente hasta en lo más mínimo.

Ejemplo de ello es que allí donde pueden ejercer los habitantes algún derecho político, lo ejercen haciendo abstracción de los argentinos. Así, en el Chubut, donde se eligen municipales, éstos pertenecen en su totalidad y genuinamente á la colonia galense, con exclusión de los ciudadanos de raza latina.

Pero nuestros gobiernos no tienen costumbre de considerar problemas políticos estos cuyo planteo se inicia ahora, y dejarán que Chubut y Santa Cruz especialmente no afinen sus instrumentos para entrar acordes en el *concierto* nacional. ¿Es esto para mal? ¿es para bien? ¡Quién sabe! Considero que allí se prepara una raza poderosa; que las fuerzas de la Naturaleza trabajan activamente, en colaboración con las fuerzas sociales que están en perpetuo movimiento en todo el mundo y encuentra allí terreno nuevo y libre donde actuar y acrecer, y que hora es ya de no limitarse á considerar *política* el cambio de un gobierno ó la elección de un candidato, para que el pensamiento pueda abarcar mayores conjuntos y llegar á conclusiones más amplias y positivas.

X

Los adioses de Santa Cruz.

A la mañana siguiente era el viento tan violento, que no se pudo acabar con el inacabable desembarco de las mulas.

Apenas si se botó al agua la hoy famosa lancha Thornycroft que ha remontado el Santa Cruz, pero con su caldera incompleta y sus adornos desdeñados, porque no hay paciencia humana capaz de resolver el rompecabezas de las piececillas accesorias é inútiles que hay que ordenar, como el forro de la regala, las bancadas de proa y popa y los lujosos enjaretados. Remolcada, la lanchita dió ya idea de sus buenas condiciones, quedó más libre la cubierta del Villarino y nosotros exonerados de una de nuestras preocupaciones.

De vuelta, un bote nos trajo tentadora invitación á no sé qué asado al asador de carne caponil, fresca y gorda; y relamiéndonos, tratamos el caso de conciencia de desembarcar ó no desembarcar, de ir ó de no ir, de comer ó no comer, porque esta última era la disyuntiva entre el famoso plato nacional y los platos anti-internacionales de á bordo.

—¿Vamos?

—¿Y si no podemos volver?

—Sí, pero... ¿y el asado?

—Bueno... ¿pero y el viento y la corriente?... Acordémonos de ayer...

—¡Vamos!

—Yo no voy...

Y en ese instante Eolo hinchó los carrillos y se puso á soplar con tanta fuerza, que imagino que tras de la arena volaron los cantos rodados de la playa, y tras éstos las ostras patagónicas, y después todo cuanto se levantaba sobre la superficie de la tierra.

Corría arremolinado y verde de rabia el Santa Cruz; en la costa nubes de polvo ocultaban el árido paisaje; algún remolino de arena erguía su línea opaca y móvil, más visible que el resto del cuadro, y súbitamente desaparecieron de la escena cuantas personas animaban la costa melancólica del río...

Supe después que los pocos pasajeros que permanecían aún en tierra, se habían visto obligados á quedarse en el sitio en donde estaban, pues salvo caso de fuerza mayor, no se hubieran atrevido á poner las narices afuera.

Pero, como todo tiene que acabarse, nuestro cautiverio santacrucense tuvo fin al fin, y una buena tarde nos hallamos todos á bordo, sin grandes desperfectos, dispuestos á zarpar y deseosos de hacerlo.

Sin grandes desperfectos, excepción hecha del doctor Luque, quien, almorzando en el depósito de carbón con el doctor Moreno y comitiva, quedó con la mano agujereada de una puñalada, en cierto encarnizado combate con una patria galleta... Nos llenó de sangre el barco, palideció mucho, detuvo la hemorragia después de revolver todo el botiquín,

y los aires salobres y saludables del extremo austral de América no tardaron en reponerlo después de la sangría.

Las que no pudieron reponerse fueron algunas docenas de fotografías que había yo tomado y cuya pérdida lamento aún. Los negativos procedentes de un foto-gemelo con objetivo Seiz de Lepage, estaban cuidadosamente guardados á la luz de una lámpara roja en un estuche especial, negro y sin rendijas, donde la luz tenía rigurosamente prohibida la entrada. Pero no faltó mano de compañero curioso, ó de mozo entrometido que destapara la caja y diera paso al enemigo de las placas sensibles. Total: perdí muchas vistas interesantes, de cuya catástrofe sólo he venido á darme amarga cuenta acá. Lo siento, porque la falta es irreparable...

...Todos los pasajeros estábamos en la borda agitando en el aire nuestros pañuelos; subía y bajaba lenta en la popa, la bandera azul y blanca; hervía el agua atrás, y en la superficie del río iba quedando un surco, como de tierra arada. Sobre el fondo negro del depósito de carbón movíanse coloreadas figuras liliputienses, y en el ambiente brumoso había olor y electricidad de sensaciones nuevas. Marchaba el Villarino. Quedábanse Moreno y sus segundos. Y á aquel trapo que ondulaba á popa, al estridente silbido que una, dos y tres veces rasgó el aire, envuelto en tenue nube de vapor, contestó de pronto, mudo y solemne, flameando sobre el techo del depósito, otro paño blanco y azul, que más adivinamos que distinguimos y que hemos seguido con la vista hasta que se perdió en la bruma.

¡A Gallegos! Ibamos á ver el último centro de población que la Argentina tiene en Patagonia, la ca-

pital de Santa Cruz, el pueblo que tarde viene á disputar la hegemonía á Punta Arenas.

¿Qué sorpresa agradable ó desagradable podría guardarnos Río Gallegos? Pocas horas nos faltaban para saberlo y también para dar principio al fin de nuestro viaje por esa tierra austral argentina, ya que el remoto sur del continente está en otras manos, merced á la geométrica y curiosa raya del paralelo 52.

Despreocupado de la charla amena de los compañeros y de la música de Rinaldi, el maestro de piano del Villarino, que tocaba no sé qué barcarola sentimental, allá en cubierta me puse á revisar mi cuaderno de notas, para añadir las muchas que faltaban y no fiar demasiado á la memoria.

En la vida de repórter se observa á la larga cuán malos colaboradores son el lápiz y la cartera de apuntes. Un periodista habla con un individuo sobre cualquiera cuestión interesante, le pregunta, está obteniendo de él datos preciosos, tiene toda la confianza y toda la locuacidad del interlocutor en favor suyo. Pero de pronto saca el *carnet*, esgrime el lapicero, y la fuente se ciega como por ensalmo. La confianza se trueca en temor, la locuacidad en reticencia, y los datos positivos, á veces, en rotundas negativas...

No aconsejo á los colegas el uso de las notas, sino *ex post facto*.

Yo agregué algunas á mi cuaderno, entre otras una denuncia de vecinos caracterizados del Quemado contra un funcionario de la localidad, cuya denuncia, cubierta de firmas, tengo en mi poder, y dice:

«El comisario de este departamento comete los

abusos y arbitrariedades que á continuación se expresan:

»Han ocurrido tres muertes violentas de hombres sin que la policía haya averiguado nada al respecto, aun teniendo conocimiento de ellas.

»El señor comisario ha establecido un despacho de bebidas á nombre de otra persona, donde todo individuo puede embriagarse impunemente y á su vista, sin sufrir castigo alguno, mientras que, si esto hacen en otra casa de negocio, se le cobra una fuerte multa, ó en su defecto, es castigado con prisión en un sucio calabozo.

»Las jugadas en todas las casas son prohibidas, y castigadas con multas, mientras que en la casa del señor comisario no sólo son admitidas, sino que también se ha establecido un sistema de *coimas* á favor de la casa, en la taba, el monte criollo y el choclón.

»Los gendarmes, que son solamente dos, los emplea el señor comisario en su servicio particular, y en apalear personas indefensas por el solo hecho de no haberse embriagado en su casa de negocio.

»Han sido enviadas muchas quejas al gobernador del territorio, sin que hayan sido atendidas.»

Este grito no ha de extrañar á nadie y ha de ser absolutamente ineficaz. Es el caso, ó nunca, de la voz que clama en el desierto, y convencido de ello, no lo traería á estas páginas si no fuera prueba viva de lo que está consignado en el capítulo anterior.

Las autoridades que manda el país, pueden hacerlo, por lo menos, antipático á la Patagonia. Los gobernadores no observan bastante las necesidades y las pasiones del pueblo que nace bajo su mano. Son indiferentes á sus quejas, fundadas ó infunda-

das, y suelen sufrir que los desacredite un subalterno por no haberse hecho bastante accesibles á la masa, considerando alcurnia lo que por hoy sólo podria compararse á una transitoria jefatura de tribu, ó si se quiere que modernicemos, á la dirección de una empresa agrícola, de una factoría, en que cada trabajador es moralmente un socio.

Iban esos vecinos de Santa Cruz á presentarse al Ministro del Interior, desesperando de hallar en el Gobernador del territorio ecos á su queja. No era el camino. Además, quién sabe si habrán hablado de una manera tan categórica al Gobernador, en quien —lo creo,—vivirá, pronto á exteriorizarse, el espíritu de la justicia que no se ha manifestado, sólo por no presentársele la ocasión.

Y, al par de esa prueba de la tirantez existente entre los colonos y sus gobernantes, nos da el documento indicios de lo que es el comercio en aquellas regiones: el alcohol prima sobre las otras mercaderías, ó por lo menos ocupa uno de los primeros lugares entre ellas. Es natural: esparcidos en una gran extensión de territorio, los pobladores de Patagonia van al *pueblo* con dinero en el bolsillo, ó crédito que lo valga, no sólo en procura de vitualla y ropas, sino también á divertirse en la posible manera, allí donde no abundan los sitios de recreo. La *esquina* del gaucho pampeano, la *pulpería* famosa, teatro de dramas y sainetes, se ha trasladado allá con otro carácter, ha diezmado al tehuelche, y cobra diezmo crecido al trabajador patagónico, que deja en ella gran parte de su salario, si no todo.

El comercio de artículos de tienda está también muy comprometido, pues lo practican, al par de las casas especiales, los mismos establecimientos ganaderos, que mandan sus lanas á Inglaterra y pi-

den que, en cambio de una parte de su valor, les envien un *surtido* ó pacotilla de prendas de vestir, que luego venden con poca ganancia á los peones que en ellos trabajan, tanto más fácilmente, cuanto que no se les cobra derechos de importación.

Este es uno de los grandes argumentos que tienen á su servicio los que se oponen á los puertos libres en Patagonia, como si el enriquecimiento de unos pocos negociantes equivaliera al bienestar de la generalidad de los que pueblan aquel suelo.

Claro que el importador que introduce grandes partidas de mercadería, puede hacer menos pesadas las tarifas aduaneras; pero tan claro como eso es que, no habiendo derechos, mejor para cada uno es tener los menos intermediarios que sea posible.

Luego después, Patagonia no será ni en muchos años comercial sino por accidente; tiene funciones determinadas de productora, sobre todo en el ramo de ganadería, pues exceptuando el Chubut, la agricultura no prospera en ella aún. Los temores que por su comercio se abriguen, son extemporáneos, y pensar en proteger á los almaceneros y tenderos, es curarse en salud. Ya se protegen ellos solos...

—Verá usted—me decia un hacendado de Santa Cruz,—verá usted cómo las provincias colonizadoras como Santa Fe, se oponen á que nos den los puertos libres, poniendo de relieve razones que no son las verdaderas.

—¿Por qué?

—Porque no les conviene decir la verdad, y hacen lo que dice el cantar criollo: hacen como el teru-teru.

que chilla lejos del nido
pa que no encuentren los huevos.

—¿Y cuáles son las razones verdaderas?

—Una, sobre todas: que si se declararan estos puertos libres, todos los colonos que hoy sufren al norte por la pérdida de sus cosechas, etc., se vendrían inmediatamente aquí...

—Puede que acierte usted.

—Estoy en lo verdadero, y como decía *La Honradez* «los hechos me justificarán...»

He sabido después que, en efecto, las provincias agricultoras se opusieron en el seno de la convención, por medio de sus representantes, á las franquicias de los puertos patagónicos, logrando que no se les dieran. Pero aunque esa oposición no triunfara, la exigencia injustificada de las ya formadas y constituidas provincias del Norte, hubiera hecho muy difícil, si no imposible, dar ese decisivo impulso á los territorios del extremo sur. Pretendemos servirnos de la experiencia de Estados Unidos, y no acertamos á imitarlos en aquello que ha cooperado con más eficacia á su engrandecimiento, como las extraordinarias facilidades que dieron para poblar sus comarcas desiertas, y la absoluta libertad de que gozaron sus primeros habitantes. Aquí todas son trabas, y cuando el *pioneer* se lanza por fin á aquellos incultos y pobres campos, después de vencer dificultades sin cuento, encuentra en las autoridades el mismo afán de gobierno á todo trance que viviendo en un centro de civilización.

Y repito que no son aquellos hombres del mismo corte que los que trabajan en nuestras provincias: la necesidad les hace aguzar el ingenio, y la lucha tenaz por la vida, los prepara para todas las tareas.

Uno de Santa Cruz, llamado Charles Ross, realiza la síntesis del colono patagónico,

Este individuo, que habita el territorio desde hace muchos años, comenzó á abrirse camino en las condiciones más precarias que imaginarse pueda. Para adquirir un caballo, no teniendo dinero disponible ni de dónde sacarlo, dió al que se lo vendía, por *ochocientos pesos* de trabajo. (1) Ross es al mismo tiempo herrero, carpintero, mecánico, maquinista... y hoy alquila su caballo *Tucu-Tucu*, á tanta costa obtenido, por botellas de coñac ó de ginebra, nunca por dinero... Como él hay otros, y los antiguos colonos que vinieron del viejo mundo sin saber palabra de la nueva vida en que iban á iniciarse, se han convertido en camperos, jinetes y cazadores que corren el avestruz y el guanaco (2) cual si hubiesen nacido en plena pampa, y se han avezado de tal modo á las necesidades de aquella existencia solitaria, que hoy se bastan á sí mismos, y pocas veces tienen que recurrir á extraño auxilio. Sólo reclamarían la acción de un gobierno, para libertarse de enemigos tales como los cuatreros, y eso simplemente porque no se les permite tomarse justicia por su mano, porque poco

(1) Un caballo inferior, un *mancarrón*, cuesta aún hoy en Santa Cruz, Gallegos ó Punta Arenas, ¡cien pesos nacionales! En tiempo en que Ross obtuvo el suyo, los caballos escaseaban más, y eran por lo tanto más caros.

En cuanto á los ochocientos pesos de trabajo, debo añadir que un peón cualquiera gana sesenta pesos mensuales por lo menos, amén de la comida. Así, no es extraño verlos usar excelente ropa interior, llevada de Europa y que les cuesta relativamente poco, por no pagar derechos.

(2) El señor Onelli, miembro de una de las comisiones de límites con Chile, que conoce á fondo gran parte de la Patagonia, que hace poco ha regresado de una exploración y que inmediatamente emprende otra en busca de la subcomisión 9.ª, que se cree perdida, me suministra datos interesantes acerca de la matanza de guanacos por los indios tehuelches.

Estos indios, que actualmente se han refugiado al Noroeste del

les costaría, como á los primoros habitantes del Far West, formar liga para perseguirlos y ahuyentarlos.

Uno de estos cuatreros, Asencio, no deja de ser original.

Hace sus incursiones dos veces al año, sin que la policía se preocupe mayormente, y roba caballos, ovejas, cuanto encuentra á mano, para volver después con toda tranquilidad á su escondite, y prepararse para el *malón* siguiente.

Esto viene de tiempo inmemorial, y parece que continuará por largos años todavía, con gran detrimento de las ovejas, en balde tan prolíficas. (1)

Otro de los apuntes de mi cartera, hechos á bordo, despuès de la excursión por Santa Cruz, dice:

«He visto pocos indios tehuelches, y los pocos que he visto están asimilados á las costumbres comunes á nuestra campaña, que no pueden considerarse ya como genuinos.»

---

territorio, abandonando sus antiguos paraderos *(aiken)*, hacen grandes cacerías de guanacos, en la forma de acorralamiento que ha descripto Darwin *(Voyage d'un naturaliste*, pág. 178) ó empujándolos hacia alguna quebrada sin salida.

El señor Onelli me afirma que los indios han sacrificado este año y sólo en campos del Chubut, *sesenta mil* guanaquitos de la última parición, cifra que á muchos parecerá extraordinaria, si no excesiva.

Pero los tehuelches tienen una tradición según la cual es el guanaco su verdadero cuerno de Amaltea. Dice la leyenda que «cuantos más guanacos maten, más habrá», de modo que no puede detenerlos en la matanza el temor ó la previsión del día siguiente.

Y como en las quebradas inaccesibles hay todavía millones de guanacos no perseguidos, claro está que considerarán verdadera la leyenda por muchos años aún.

(1) He oído poner en duda la facilidad de llevar ovejas de Malvinas á la Patagonia. Hasta se discute su baratura.

Ahora bien: Malvinas tiene campos muy pobres, que no pueden soportar numerosos rebaños sin detrimento de los mismos, y los hacendados tratan de mantenerse en una cifra prudencial, para no exponerse á perderlo todo.

Sus costumbres, su físico, hasta sus mismas creencias religiosas están bien diseñadas por los muchos exploradores de Patagonia, una vez desvanecida la leyenda de los gigantes que inventó Pigafeta, y que repitieron tantos.

El fantástico historiador del viaje de Magallanes, los decía de cuatro varas de estatura, invención que corre parejas con la de que los tehuelches hablaron con el diablo, casi en presencia suya, con la de que los pájaros del Pacífico se meten dentro de las ballenas, y con la de que un rey americano tenía dos perlas como huevos de gallina...

Son efectivamente altos, bien formados, fuertes, y el quillango que constituye su único traje y que llevan como manto, no sin cierta gracia, los hace parecer de mayor estatura, como sucede con cuantos usan ropa talar. Son dolicocéfalos, es decir, tienen el cráneo oval en la parte superior, y más largo que ancho. Viven de la caza, en que demuestran gran habilidad; su inteligencia es clara, sus costumbres sencillas, y sólo la civilización que les ha llevado el alcohol asesino, ha podido hacerlos degenerar. Pacíficos y bondadosos, han sido los amigos de los primeros europeos que visitaron la Patagonia, con quienes comerciaron y á quienes sir-

---

El precio de una buena oveja es allí, como máximum, de seis chelines.

Los capones se venden de cuatro chelines cuatro peniques á cuatro chelines seis peniques, en muy buen estado.

Los compradores de ovejas gozan siempre del uso de la carne de capón mientras están en puerto, y un capón de regalo por cada tantas ovejas que adquieran.

Puede inducir en error el hecho de que en Punta Arenas sea caro el ganado ovino. Por otra parte, y contra la creencia general, todo suele ser caro en Punta Arenas.

Así, por ejemplo, yo he pagado sesenta centavos argentinos por un par de huevos de gallina.

vieron en muchas ocasiones. Los primeros navegantes—después de Magallanes,—los encontraron ya con caballos.

Respecto de ellos dice Darwin: «En tiempos de Sarmiento (1580), esos indios estaban armados de arcos y flechas que luego han desaparecido. Ya también entonces poseían algunos caballos. Hecho curioso es éste, que demuestra con cuánta rapidez se multiplicaron los caballos en la América del Sur. Los primeros fueron desembarcados en Buenos Aires en 1537; la colonia fué abandonada durante algún tiempo, y los caballos volvieron al estado salvaje; y en 1580, sólo cuarenta y tres años más tarde, ya se les encuentra en las costas del Estrecho de Magallanes.»

En otra parte dice el sabio naturalista. «Sus grandes capas de guanaco (de los tehuelches), sus largos y flotantes cabellos, su aspecto general, les hacen parecer más grandes de lo que realmente son. Tienen por término medio seis pies de alto; algunos son más grandes; otros, pero en número muy escaso, más pequeños. Las mujeres son también muy altas. Esta es, en suma, la raza más grande que se haya visto. Sus rasgos se parecen mucho á los de los indios que vi con Rosas en el Norte; tienen, sin embargo, un aspecto más salvaje y formidable; se pintan el rostro de rojo y negro, y y uno de ellos estaba cubierto de líneas y puntos blancos, como fueguino.

El malogrado Ramón Lista, en uno de sus últimos trabajos, ha hablado bastante extensamente de la curiosa leyenda que los tehuelches relatan como historia de su raza. Lista, que fué gobernador del territorio de Santa Cruz, estuvo muy en contacto con esos indios, tanto que llegó hasta vivir entre

ellos, valiéndose de medios que no son para contados ahora.

Dice que tienen en su mitología un ser fuerte, sabio, benéfico, creador del Universo, á quien llaman *El-lal*, autor de los tehuelches ó *Tzónekas*, que animó á las fieras que infestan al mundo, reveló al hombre el secreto del fuego, le dió armas, abrigo é ideas morales. *El-lal* llega á la tierra desierta, vence al puma, al zorro y al cóndor. No *ha nacido*; vivo le arrancó Nosjthej del vientre de la madre sacrificada y quiso devorarlo, cuando un roedor auxilia y esconde al niño en su madriguera. *El-lal*, nómade, vence luego al gigante *Goshg-e*, pide la mano del hijo del sol y es burlado. Se metamorfosea en pájaro entonces, y en alas de un cisne se aleja para siempre de aquella tierra ingrata.

Añade Lista que, según la tradición, *El-lal* procedía de Oriente, pero que también se le hacía aparecer por primera vez en la montaña.

«*Nosjthej*, padre de *El-lal*—escribe,—mata á su mujer, ábrele el vientre con tajante pedernal, y arranca al niño que ansía devorar; pero en tan supremo instante siente un ruido extraño bajo el suelo que se estremece, quédase suspenso y olvida al niño.

»Aparece entonces *Terguerr*, el roedor, que coge á El-lal y va á esconderle en el sitio más recóndito de su morada. En vano *Nosjthej*, repuesto de su sorpresa, intenta realizar su abominable propósito: sus manos chorrean sangre, la cueva es profunda y estrecha. Arde en su mirada la cólera salvaje; grita con voz que repercute en los Andes; pero todo es inútil: el dios seguirá creciendo al amparo protector de la tierra.

»Nosjthej vuelve los ojos extraviados hacia el ca-

dáver sangriento de su víctima. ¡Oh, portento! Una fuente cristalina fluye del vientre herido... Y pasan los años, y los siglos se suceden á los siglos, y ahí está—frente á Teckel, camino de Ay-aike al Senguerr—el manantial maravilloso, *Jentre,* en cuyas aguas se han bañado muchas generaciones de niños *Tzónekas.*

»Los primeros años de El-lal pasaron ignorados en la soledad del desierto. El roedor fué su sostén, le enseñó á comer hierbas, le abrigó en su nido de lana de guanaco, le hizo conocer los senderos de la montaña. El-lal siguió creciendo, inventó el arco y la flecha, y muy pronto dió principio á sus correrías vagabundas. Al volver cada noche á la cueva, llevaba algún pajarillo cazado con sus armas divinas.

—»Ten cuidado—le decía el roedor; - las fieras son hijas de la obscuridad.

»Y El-lal se sonreía.

»Una mañana iba siguiendo el borde sinuoso de un torrente; de repente le acomete un puma enorme. Arma su arco, silba la flecha certera y va á herir en el ijar al cruel felino, que lanza un rugido pavoroso. Otro rugido le responde. El-lal se halla entre dos fieras, la una herida pero en pie, la otra, más temible aún, oculta en la maleza. El cazador está sonriente; ni siquiera ha vuelto á armar el arco. Luego sigue su rumbo, trepa una colina, se acerca al borde de un río caudaloso, coge algunas piedras de su lecho, se aparta un tanto de la orilla, reune aquí y allá pequeños trozos de leña, desmenuza unos, rompe otros... y el fuego brilla por primera vez en la soledad de los campos.

»Otro día más que pasa. El-lal ve un cóndor parado en la cumbre de un cerro.

—»Dame una pluma de tus alas para poner en mi flecha.

—»¡Imposible!—le grita el pájaro.—Las necesito, son mi abrigo, con ellas hiendo el aire.

»Insiste El-lal, ruega, amenaza.

—»¡Imposible! ¡Imposible!

»Y el cóndor despliega sus alas, remonta el vuelo y ya casi desaparece en el espacio, cuando El-lal arma su arco con cuidado, suelta la cuerda, vibra el aire... y el ave desciende en revueltos giros.

—»¿Qué plumas queréis? ¿Qué plumas queréis?

»Y llega á tierra con la garra entreabierta. El-lal le coge del cuello, le arranca las plumas de la cabeza y le dice:

—»¡Vuélvete á la cúspide del cerro!

»El dios-hombre tiene ya la fuerza y la musculatura de la juventud; ningún animal le resiste: el puma se le humilla, el cóndor le acompaña en sus correrías, el cóndor no le niega ya sus plumas. Todo está sujeto á su imperio.

»Pero un día reaparece Nosjthej.

—»Yo soy tu padre—le dice.

»El-lal lo conduce á su antro, le enseña sus armas, sus arcos, sus flechas, sus tallados pedernales y sus hondas; le muestra sus trofeos, las pieles de los pumas, los caparazones de los armadillos gigantescos, las alas enormes de los cóndores.

»Después coge un hueso, extráele la médula y se la ofrece complacido...

»Transcurre algún tiempo. Nosjthej es el amo; el héroe le obedece, pero un día se subleva contra sus mandatos y huye á esconderse en la montaña. Su padre le persigue... Ya le alcanza... El-lal se detiene un instante, hiere la tierra con el pie, lanza un grito estridente, y el bosque, la selva enmara-

ñada, se alza como una barrera insalvable delante del colérico padre.

»La tierra ya se ha poblado de hombres, y un gigante, Goshg-e, siembra en ella el terror y la desesperación. Cada noche desaparece algún niño. El monstruo devora, también, al cazador extraviado. El-lal sale en su busca, le encuentra en la linde de la selva... Pero el gigante es invulnerable... las flechas del héroe se astillan ó rebotan... Las víctimas se suceden á las víctimas. El espanto no tiene límites.

»El-lal toma entonces la apariencia de un tábano, busca otra vez á Goshg-e, se introduce arteramente en sus fauces, penetra en su estómago, híncale el aguijón. El gigante se retuerce y lanza gritos nunca oídos, gritos que el viento arrastra por los campos como la última amenaza del monstruo...

»Luego hay un lapso de tiempo en que todo es vago y misterioso, en que todo se confunde y contradice. El-lal pierde casi por completo su carácter divino, toma un nuevo nombre. Su cabellera va sujeta á la frente con la *vincha* indiana; el hacha de piedra y el dardo aparecen en sus manos; su albergue es de ramas entrelazadas. Otros seres como él le acompañan por todas partes. Da caza á los guanacos, vigila en la noche. Tan pronto se le ve á la vera del bosque como al borde del mar. Es ictiófago, es carnicero...

»Nosjthej se llama entonces Tkaur.—El roedor dormita en la cueva...

»Aparece Sintalk'n, guerrero poderoso y sagaz. Lucha con El-lal. La sangre de los hombres empaña la tierra. Las bestias feroces vuelven á sus correrías destructoras.—Renace Goshg-e, más espantoso; su frente sobrepasa á los cerros más altos.—

Hasta la misma Naturaleza parece conturbada. El sol se obscurece, la tierra palpita en su corteza, el viento brama incesante. El-lal ya no es dios. Su boca blasfema, en su corazón arden todas las pasiones de los hombres.

—»¡Sintalk'n! ¡Sintalk'n!

»Este nombre resuena al borde del Océano y al pie de la montaña... Pero el guerrero es vencido y aprisionado... y devorado. El-lal vuelve á ser omnipotente. Solicita en matrimonio á la hija del Sol y de la Luna, pero éstos, no atreviéndose á rechazar abiertamente la alianza, se valen de un subterfugio para no acceder al pedido; una sierva joven toma el vestido y el nombre de la niña; los emisarios de El-lal la reciben y conducen al lado del héroe, quien descubre inmediatamente el engaño. Su voz truena entonces contra el Sol, y su arco le amenaza con sus flechas más agudas.

»Pero no termina aquí el mito tehuelche.

»Disgustado El-lal, va á alejarse para siempre del teatro en que se desarrolla su obra de dios y de héroe. Su misión ha terminado: ha hecho al hombre primitivo, ha purgado la tierra de los monstruos que la asolaban; ha echado la primer semilla de moral en el corazón de la criatura humana, y le ha enseñado el secreto de la combustión y los rudimentos de la industria; le ha dado armas, le ha dado abrigo de pieles, le ha proporcionado albergue. Ha removido para él todos los obstáculos de la ingrata Naturaleza, y le ha dicho:

—»¡Anda! ¡El horizonte es tuyo!

»Metamorfoséase luego en avecilla, reune á los cisnes sus hermanos, pósase en alas del más arrogante de ellos, y en bandada rumorosa va á través

de los mares, hacia el este, descansando en las islas misteriosas que surgen de las ondas heridas por flechas invisibles.

—»Allá, por donde andan los vapores, allá desapareció El-lal con los cisnes sus hermanos—me decía el anciano Papón.»

Esta confusa mitología, llena de saltos y lagunas, y que quizá necesite mayor comprobación, ofrece gran margen para el hombre estudioso, porque inconexa y todo como es, tiene vagas reminiscencias de otras mitologías y otras teodiseas. Cuando lleguemos á hablar de los indios de la Tierra del Fuego—de una de sus razas, sobre todo—nos servirá la página de Lista para establecer puntos de comparación, no exentos de interés positivo, é indicios fehacientes de afinidades no comprobadas hasta ahora.

Repito nuevamente que, entre los múltiples trabajos de Lista, los que versan sobre los tehuelches son los que tienen más valor, y los que pueden tomarse con mayor confianza, por los medios de que se valió para entrar en las costumbres y en la intimidad de esos indios. Conviene, pues—ya que no he logrado acercarme á ellos,—utilizar ese folleto, muy escasamente conocido, según mis informes. Habla Lista:

«Ambos sexos llevan en sí el sello peculiar á todos los pueblos indígenas sudamericanos y éste es el de la tristeza, detalle que se advierte al primer golpe de vista. Es un aire doliente, pesado, lánguido é indiferente á la vez, y sin que ello importe el querer hacer una frase, diríase que el tehuelche retrata en su semblante la desolación, la árida monotonía del país en que ha nacido. Es poco dado á la

risa, y cuando lo hace es á manera de estallido, anormal, como que su temperamento no se presta á tal manifestación.

»De otra parte, he observado que conversan poco y con cierta indecisión, que en las horas aflictivas se convierte en balbuceo.

»Dado este modo de ser, nada tiene de extraño que las manifestaciones de sus más íntimas alegrías, siempre breves, revistan un carácter de brusquedad turbulenta y salvaje.

»Estos indios no se sorprenden de nada; todo lo miran con la mayor indiferencia, al menos aparente, y ni siquiera las obras arquitectónicas ó mecánicas más notables despiertan en ellos signos externos de asombro. El cacique Papón visitó conmigo, no ha mucho, el Río de la Plata; mas nada llegó á alterar la fría serenidad de su rostro. Figurábame que todo le era conocido: ferrocarriles, monumentos públicos, instalaciones de industria, alumbrado eléctrico. Lo único que llegó á interesar su curiosidad, fué la pareja de elefantes del jardín de aclimatación en Buenos Aires.

—»¡Oh! ¿Cómo llamar ese animal grande?... *Keteshk* (lindo)—agregó en su lengua; y se quedó callado, girando su mirada á otra parte.

»La expresión facial parece como que se comunicara al cuerpo todo; y esto que tal vez parezca absurdo á muchos, es para mí evidente. Observad á un indio que anda: su andar es vacilante, se inclina hacia el suelo, diríase que le abruman hondos pensamientos.»

Falta ahora, para que el lector forme concepto acerca del tehuelche, copiar modelos de literatura que el mismo Lista ofrece, quizá exagerando su ni-

tidez, pero ciertos en el fondo, sin embargo. Son dos fábulas. Una de ellas—la primera—la conozco pasada por la pluma de Fernández Bremón y con un personaje sustituto del zorro; la otra, tan ingenua, no tiene, según mis impresiones, una analogía entre los apólogos conocidos.—Véase, que será útil.

«*El zorro y la piedra.*—Un zorro desafió á correr á una piedra; ésta se excusó:

—Soy muy pesada.

—Correremos cuesta abajo de este cerro—insistió el zorro.

—Soy muy pesada, pero... guardaos de mí.

—¿Alcanzarme? ¡Qué locura! Yo corro como el viento.

—En fin, corramos—dijo la piedra.

Y el zorro partió como una flecha... se echó á rodar la piedra entonces, y de tumbo en tumbo fué á herir de muerte á su rival, que ya llegaba al pie del cerro.»

La segunda fábula á que me refería, es la siguiente:

«*El zorro y el puma.*—Un puma se encontró al linde de un pajal con un zorro muy donoso.

(Es de advertir que éste tenía un vistoso copete en la cabeza).

—¡Qué lindo adorno llevas, amigo mío! ¿Cómo lo has confeccionado?—habló la fiera.

—Muy sencillamente: raspéme la cabeza con un pedernal, y luego introduje en ella las lindas plumas de un avestruz.

—¡Qué admirable! Yo deseo someterme á la misma prueba. ¿Quieres tomarte la molestia de hacerlo por mí?

—De mil amores.

Y el zorro comenzó á raspar el cráneo del puma hasta que lo hubo adelgazado lo suficiente para quebrarlo de un solo golpe de pedernal.

Y murió el puma.»

XI

Rumbo á Gallegos.

Acompaña á este capítulo un plano de una parte del territorio de Santa Cruz—la comprendida entre el río del mismo nombre y el límite argentinochileno, que deja á la vecina República el sur de la Patagonia y todo el estrecho de Magallanes. Este plano, hecho sobre el del ingeniero Siewert, de reciente data, tiene por objeto dar á conocer la población é industria ganadera de esa interesante región de nuestro territorio. Para no llenarlo de confusos letreros, se ha usado en él de los números, cuya explicación va en seguida, y sólo se han señalado los lotes de la concesión Grünbein, para que el observador pueda abarcar de una ojeada el modo cómo se han desflorado aquellos terrenos: los lotes elegidos, y que hoy pertenecen, ya á Grünbein, ya al Banco de Amberes, están encerrados por líneas rectas; la mensura de esas posesiones, acaba de ser aprobada por el Gobierno.

Pero antes de continuar, consignaré las notas explicativas referentes al plano.

Núm. 1—Establecimiento de la concesión Piedrabuena, con 8 ó 10.000 ovejas más ó menos.
» 2—Mr. Jonhson, 4.000 vacas.
» 3—León Pouchet, 4000.
» 4—Señor Cressard, 4.000.

Núm. 5—Kurtz y Wahlen, 15.000 ovejas. Hay en ese campo hacienda alzada.

» 6—Enrique L. Reynard, 12 ovejas.

» 7—Estancia de Manuel Coronel, uno de los primeros pobladores del territorio, que ha estado en continuo contacto con los indios y conoce toda la Patagonia desde el Río Negro al estrecho de Magallanes. Ha vivido con los indios más de quince años, y hoy cuenta de 65 á 70 de edad. No posee gran número de haciendas.

» 8—Pearson y Patterson, 2.000 ovejas.

» 9—Smith, 8.000.

» 10—Puesto de Contreras, con 500 vacas. Las subcomisiones de límite acostumbraban proveerse allí de carne.

» 11—Puesto de Coronel, con 1.000 ovejas. En los alrededores hay liebres patagónicas, ó mejor dicho agutíes.

» 12—Puesto de un oriental, llamado don Tomás, con 1.000 ovejas.

» 13—Guillaume, pequeña población sin animales todavía.

» 14—Aubone, ex-secretario de la Gobernación de Santa Cruz, puesto con 6.000 ovejas.

» 15—Guillaume, francés, establecido allí desde hace muchos años. Tiene 8.000 ovejas procedentes del Río Negro, 300 vacas y 300 yeguas.

» 16—Montes, español, 20.000 ovejas ó más. Un poco más arriba, sobre la costa del Atlántico, hay pasto fuerte y abundante.

» 17—Jameson, australiano, 2.000 ovejas.

» 18—Terrenos inhabitados; algo más al sur hay dos grandes lagunas de agua dulce, que se unen en la época de las crecientes.

» 19—Fernández, español, 4.000 ovejas.

» 20—Establecimiento de varios pequeños hacendados con un total de 1.200 ovejas.

» 21—Riquez, oriental, 6.000 ovejas.

» 22—Urbina, 5.000 id.

» 23—Redman y Woodmann, sobre el cerro Guar-Ayken. 20.000 ovejas.

» 24—Felton, 18.000 id.

» 25—Halliday, 12.000 id.

» 26—Riveira, 10.000. Estos campos están cubiertos de mata negra, pasto fuerte y de buen engorde para los animales. Sobre la costa y sin número, ocupando el cabo Buen Tiempo, está el establecimiento de Rudd, con 10.000 ovejas.

» 27—Meyer, 12.000 id.

» 28—Douglas, 12.000 id.

» 29—Roux, 2.000 vacas.

» 30—Noya y otros, 7.500 ovejas.

» 31—Roux, 9.000 id.

Hotel y posada en el paso del Guar-Ayken.

Núm. 32—Gran campo alambrado de los señores Hamilton y Saunders, escoceses, con un plantel de 10.000 ovejas, que piensan aumentar introduciendo mayor número de animales.
» 33—Establecimientos de Bartlett y de Molesworth, con 10.000 ovejas cada uno.
» 34—Establecimiento de Montes, con unas 10.000 ovejas, y campo de Celestino Bousquet, con hacienda vacuna bravía, compuesta de 3.000 cabezas, más ó menos.
» 35—Clark, 6.000 ovejas.
» 36—Bitsch, 6000 id.
» 37—Eberhardt, 20.000 id.
» 38—Cark, 6.000 id.
» 39—G. Sauders, 12.000 id.
» 40—Ross, 2.500 id.
» 41—Scott, 9.000, y Grant, 3.000 id.
» 42—Hamilton y Saunders, 10.000.
» 43—Grandes bosques de hayas antárticas. Hay allí una puntita de ovejas del señor Lemaitre.
» 44—Woods y C.ª, que poseen una inmensa zona de terreno. Tienen allí más de 10.000 ovejas, pero no he podido precisar el número.

Una de las casas de comercio más importantes del territorio, me facilitó la lista de los principales hacendados, propietarios y arrendatarios de tierra, algunos de los cuales no figuran en el plano adjunto, ya por estar establecidos al Norte del Santa Cruz, ya por no haber obtenido en tiempo oportuno informes fidedignos á su respecto. Son los señores:

Aubone; Alonso, Martín (Deseado); Auvern, Tomás; Bousquet, Celestino; Bresca y C.ª; Barreiro; Braun Moritz; Braun, Cameron y Lippert (San Julián); Burlotti, Eugenio; Clark, William; Coronel, Manuel; Clementi, Máximo; Dobree y Cressard (comerciantes en Punta Arenas también); Eberhardt; Felton, Herbert; Grant, Roberto; Game y Catlle; Guillaume, Augusto; Halliday, Williams; Hamilton y Saunders; Hope, W. (San Julián); Jameson; Jenkis (Deseado); Kark y Oxenbruj; Burgmeistor; Mc George; Molesworth; Montes, José; Noya, L.; Nees, William; Nash; Patterson, Donald;

Rivera, Victoriano; Rieques, Juan; Rudd, Juan; Reynardo y Greenwood; Magan; Suárez, Rodolfo; Scott; Smith, Juan; Urbina, Pedro; Woodman y Redman; Van Praet; Wallace, Williams (San Julián); Wahlen y Kurtz, etc., etc.

Puede observarse bien aquí lo que queda dicho en el capítulo anterior acerca de la población de Patagonia (1) y los elementos de que se compone su plantel en la actualidad, teniendo en cuenta también que los hacendados ingleses prefieren muy á menudo llevar sus peones y capataces de Inglaterra, desconfiando mucho—y no sin razón,—de la actividad de los hijos del país.

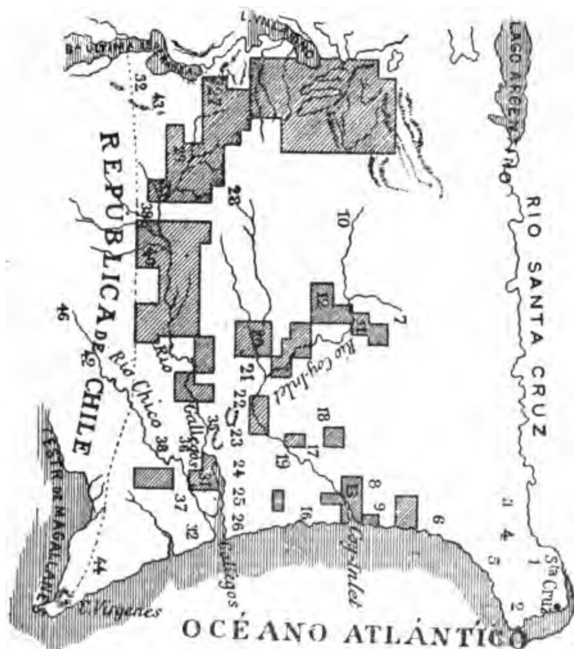
Y se habrá observado también la forma de población de ese pedazo de territorio, que si bien es más densa hacia la costa, no desaparece sino muy poco á poco hacia la cordillera, en cuyos primeros contrafuertes y á inmediaciones de los lagos, hay todavía algunos establecimientos, como uno de Carpenter con 3.000 ovejas, otro de Kark con 5.000, un tercero de Eberhardt con 4.000 etc., que no figuran en el plano. Poco tiempo más, y se verá el efecto de esos jalones plantados en el desierto, y que invitan á que otros vayan á ubicarse entre ellos, disminuyendo las distancias y aumentando los recursos de aquella zona.

De la concesión Grünbein, ¿qué puedo añadir á lo que ya se ha dicho en todos los tonos? La elección que ha presidido á la ubicación de los lotes, está bien patente en el plano. Se ha seleccionado todo lo mejor, se ha desdeñado lo mediano y lo malo, y

(1) El anciano fundador de la colonia galense del Chubut ha ido últimamente, según mis noticias, al principado de Gales, en busca de nuevos colonos. Los galenses comienzan ya á colonizar Punta Ninfas.

se ha quitado el mérito á mucha tierra que pudiera tenerlo si contara con las aguadas que servirían con una división que consultase más el interés común.

En fin, eso está hecho, y parece que sin remedio,



Terrritorio de Santa Cruz.

aunque semejante modo de ubicar tierra no tiene precedentes sino en la República Argentina; ahora lo que importa es que no se repita esa desastrosa errata—quiero llamarla así—en las nuevas zonas que van á abrirse á la civilización.

De los terrenos de la concesión Grünbein, los mejores son los del oeste, situados casi sobre los lagos Sarmiento y Maravilla, al norte del seno de la Ultima Esperanza. Estos campos, excelentes para la ganadería, pertenecen hoy, en gran parte, al Banco de Amberes, y ocupan el vasto cuadrado que se ve en la parte alta del plano.

...Desde nuestra partida de Santa Cruz el tiempo nos favoreció, como en las anteriores singladuras. Roló algo el Villarino, molestado por el viento de tierra y un poco de mar de fondo, pero sin llegar á mayores. La vida á bordo era tranquila y plácida. Ibamos más solos, cada vez más solos, dejando no sin cierta vaga melancolía muchos compañeros en cada puerto, especialmente en Madryn, que es de mucho movimiento de pasajeros, y en Santa Cruz, donde acabábamos de separarnos de la comisión del doctor Moreno. Añadíase á esto la falta de noticias de Buenos Aires, que ya se dejaba sentir, produciendo en todos los no avezados á esos viajes, un desasosiego no por lo reprimido menos sensible.

—¡Bah! Telegrafiaremos en Punta Arenas...

—En Punta Arenas no hay telégrafo.

—A Buenos Aires no, pero á Santiago... Y haciendo retransmitir desde allí los despachos...

—No hay telégrafo á Santiago...

No lo hay, en efecto, aunque aquí se crea generalmente lo contrario, tanto que yo iba convencido de ello, y esperaba poder comunicarme desde el Estrecho con la dirección del diario y con los míos. Es tan natural que no se deje completamente aislada del país una zona que le pertenece, y que tiene importancia real, política y comercialmente considerada, que atribuíamos á los vecinos más activi-

dad de la que nosotros hemos demostrado... y demostramos; porque todavía es difícil que aprovechando todo el verano próximo y trabajando firme, quede tendida la línea, establecidas las estaciones y en aptitud de funcionar el telégrafo. Ahora, la correspondencia con Buenos Aires es de una lentitud desesperante. Pasando los transportes una vez por mes, cuando no más, (1) una carta no obtiene contestación sino sesenta días después de escrita... Patagonia está, pues, más lejos de Buenos Aires que la misma Europa.

...La falta de noticias, el aislamiento en que uno se encuentra en Patagonia, es lo que hace desagradable un viaje que en otras condiciones sería de placer, aunque la costa, árida y triste, tenga muy poco de pintoresca. La monotonía de aquellas tierras, ora pedregosas, ora cubiertas de arena, siempre con escasa y pobre vegetación, es un prólogo que prepara bien el ánimo para los cuadros sorprendentes que han de verse después. Y el mar, como si se diera cuenta de la poca variedad del paisaje, se esfuerza en cautivar la vista, combinando sus más curiosos juegos de color, y excediéndose á sí mismo en las auroras triunfales y en las sanguíneas puestas de sol. El mar es, por sí solo, un espectáculo altamente sugestivo: invita á meditar, aclara las ideas, permite concentrarse y hacer síntesis de lo que se ha observado. En él se suprime con la imaginación el estrecho límite del barco, y el pensamiento flota libre en la inmensidad. Todo contribuye á este resultado, desde la falta de pre-

(1) Después de distraer al vapor Santa Cruz que hacía el servicio del sur, para mandarlo á Europa, el Estado Mayor acaba de ocupar al Villarino y el 1.° de Mayo en otras funciones. El Tiempo no ha comenzado sus viajes. Sáquese la consecuencia.

ocupaciones materiales inmediatas, hasta el mismo á veces cuasi cariñoso cabeceo del buque mecido por la ola. El movimiento del agua, la luz que la colora, el cielo en que pasan, ya lentas caravanas de nubes, ya escuadrones lanzados en rápida carrera; el aire que juega con la vela ó con el gallardete, las aves que revolotean sobre la superficie móvil, diezmando los bancos de crustáceos ó de pececillos, son elementos siempre iguales y siempre nuevos, de un cuadro que se pinta en el espíritu y que reclamando una atención vaga y soñadora, permite pensar, y sugiere nuevos rumbos á la idea.

Aquella tarde el Atlántico estaba bravo; desde lejos corrían hacia nosotros batallones de olas coronadas de espuma, que cortaba el Villarino, más gallardo que nunca, moviéndose de proa á popa, de popa á proa, con movimientos de corcel brioso. De pronto, con fragor de hojas sacudidas por el viento, una salpicadura de espuma blanca entraba por delante, se estrellaba contra la casilla del timonel, bifurcábase por babor y estribor, corría largo trecho, dando un tinte obscuro á las maderas claras de la cubierta, y llegaba hasta la popa, arrastrada por el viento como fresca y salada llovizna...

Todos los pasajeros estaban en la cámara. Ya se veía la costa, más accidentada allí, con médanos y serranías, cubiertos de pasto fuerte, y donde pacen numerosas ovejas, desde el Santa Cruz hasta el Coy Inlet, hasta el cabo Buen Tiempo, hasta la punta Dungeness. El río Coy es una arteria de mucha importancia, cuyo curso no se conoce todavía sino desde el meridiano 71° 30′ que tiene numerosos brazos y va á echarse en el océano en el paralelo 51°, á poco más de medio grado al norte de Río Gallegos. Se le llama allí generalmente el *Coi-*

e, adulterando el nombre como lo hacen á veces hasta los mismos hombres de ciencia. Darwin, inducido en error por la pronunciación inglesa, y como Fitz-Roy también, llama *Chupat* al río Chubut, y escribe *Tandeel, Tapalguen*, etc. Esta ortografía subsiste en las traducciones al francés de sus obras, perdiéndose así hasta el parecido de la pronunciación, como sucede, por ejemplo, con Walleechu (hualichu), que todavía en inglés se pronuncia de una manera análoga á la tehuelche. Aquella región está cruzada por una verdadera red de corrientes de agua, aunque aquí y allí no falte una que otra travesía sin recursos. Los campos mejoran hacia la cordillera, y sobre ella comienza el bosque de árboles corpulentos, recurso inapreciable para los futuros pobladores de la comarca, como lo serán las minas de lignito que se encuentran sobre el estrecho de Magallanes y suben hacia el norte, presentándose en todos los territorios, inclusó el Neuquen. El combustible no abunda hacia la costa, y los tehuelches usaban la *leña de guanaco*, de la misma procedencia de la *leña de oveja* utilizada en la provincia de Buenos Aires, y fácil de obtener por los grandes montones de estiércol que forman esos animales, acostumbrados á usar una sola *huanera*.

Y, ya que hablo de huano, recordaré que lo hay en bastantes cantidades á lo largo de la costa patagónica y en algunos islotes. Desvelos es uno de los puntos más ricos de ese abono, pero parece que el producto no es de muy buena calidad. Es curioso el aspecto que suelen presentar esos depósitos blancos, sobre todo si, como en Deseado, se destacan como grandes parches de cal sobre las peñas obscuras, casi negras.

Hace algunos años el transporte Villarino sor-

prendió y apresó en Desvelos á dos buques que se ocupaban en cargar huano, contra lo que manda la ley, quitándoles más de trescientas bolsas llenas del producto, que dejó en el mismo puerto. Pero no por eso dejan de ser explotadas las huaneras, y en toda la costa se piratea y se pesca sin miedo del castigo, pues los transportes nacionales no tienen interés en perseguir buques cuya captura es difícil por lo veleros y el poco calado, cuando nunca se obtiene el prometido premio por la buena presa...

Lobos, cazones, huano, ballenas, peces exquisitos, mariscos, nada falta en aquellos mares, aunque escasee en ciertos puertos: en otros, en cambio, se presentan con sorprendente abundancia, y es realmente raro que todavía no se haya formado una empresa seria—la de bahía Crakes tuvo la mala suerte que se sabe—para la explotación de la pesca en grande escala y la fabricación de conservas. Pero ya vendrá todo eso, cuando se cuente con un servicio regular de comunicaciones, y Patagonia, hoy exclusivamente ganadera, se prepare para la industria, acercándose más á los mercados de consumo. Para ello es necesario que el Gobierno se preocupe de aquellas regiones, y que cese de ser cierta la siguiente observación de Martín de Moussy:

«Las tentativas de colonización ejecutadas desde 1580 hasta 1782, tenían por objeto principal garantizar aquel pedazo de territorio contra su ocupación posible por otra nación.»

Tan poco caso se hace aún de la Patagonia, que la frase del geógrafo francés parece escrita hoy mismo, tal es su actualidad... Pero no se ven indicios todavía de que comience á variar ese estado

de cosas, y si no fuera porque aquellas comarcas tienen una gran vitalidad propia, estarían tan desiertas como hace un siglo.

No lo están hoy—lejos de eso—y todo el que recorra el territorio del río Santa Cruz hacia el sur, se sorprenderá de su progreso rápido aunque extraoficial.

Un proyecto de excursión—que tuve que abandonar después, porque hubiera implicado renunciar á la visita á Tierra del Fuego é isla de los Estados, pero que recomiendo á los que vayan con más tiempo á la Patagonia Austral,—tenía el siguiente itinerario:

De Gallegos por el valle que cruza el río, hasta los canales del Oeste y el lago Maravilla—una cabalgata de ocho días;—de allí á la comisaría de Mollesworth, situada al sudeste, y luego al establecimiento de Bonvalot, para seguir después á la estancia de Saunders, y llegar á Punta Arenas pasando por la garganta formada entre Otway y Wather y el Estrecho de Magallanes, y en que muchas cartas geográficas sitúan equivocadamente la cordillera. Esa garganta es, por el contrario, un bajo salpicado con numerosos charcos de agua, restos sin duda de un viejo canal.

La excursión es cómoda y fácil, por los abundantes elementos con que puede contarse, el carácter servicial de los hacendados de la región, y la benignidad del clima durante los meses del verano. Según se me ha informado, aquellos campos son excelentes, y los paisajes muy hermosos, sobre todo cerca de la cordillera y en el lago Maravilla, que al decir de cuantos lo han visto, tiene muy merecido su nombre.

La más desagradable de las peripecias que pue-

dan ocurrir al viajero en este trayecto, será el encuentro con algún puma, como le sucedió al doctor Moreno en el rio que llamó Leona en recuerdo del peligro corrido. Los pumas, en efecto, llegan muy al sur, para no detenerse sino ante la barrera que les forma el Estrecho. Pero no son muy temibles. Sólo atacan al hombre cuando se ven acorralados y no pueden huir; entonces esgrimen furiosos la zarpa y el colmillo.

«Este animal—dice Darwin—habita las comarcas más diversas; se le halla, en efecto, en las selvas ecuatoriales, en los desiertos de Patagonia y hasta bajo las latitudes 53° y 54°, frias y húmedas de Tierra del Fuego. He observado sus huellas en la cordillera de Chile central, á una altura de 10,000 pies por lo menos. En las provincias del Rio de la Plata, el puma se alimenta principalmente de venados, avestruces, vizcachas y otros cuadrúpedos pequeños. Rara vez ataca á las haciendas y caballos, y menos aún al hombre. En Chile, por el contrario, destruye muchos potrillos y terneros, probablemente á causa de la escasez de otros cuadrúpedos... Se afirma que el puma mata siempre su presa saltándole sobre la cruz y tirando hacia él con una de sus patas, la cabeza de su víctima, hasta romperle la columna vertebral. He visto en Patagonia esqueletos de guanacos cuyo cuello estaba dislocado así.»

Según los habitantes de Santa Cruz, el procedimiento del puma es otro, aunque se parezca al descrito por Darwin: salta sobre la grupa de su presa, y el solo golpe de su caída basta para descuadrilarla, y reducirla á la inmovilidad.

El ingeniero Siewert, me dice que ha encontrado numerosos pumas en los cerros del sur de Galle-

gos, habitando en las cuevas naturales que allí existen.

Entretanto, íbamos acercándonos á Gallegos, y al mismo tiempo al desenlace ó cosa así de la novelita de miss Mary. Un indiscreto—que nunca faltan—se había preocupado de verificar en Santa Cruz la existencia del novio. Sí, lo había, el hecho era indiscutible. Pero no reunía las condiciones con que lo exornaba la fantasía de la joven, por lo menos según los informes del indiscreto en cuestión. Hombre de carne y hueso, ya un poco maduro, con escaso capital, mayordomo y no propietario de estancia, desvirtuábase un tanto en nuestro concepto, antes muy alto, por las reflexiones que sugería aquella mujer haciendo viaje tan largo en busca suya.

—Ya estamos cerca, miss Mary.

—¡Oh, sí!

Y reprimió un suspiro mientras buscaba con la vista á su caballero accidental.

Eramos varios los que seguíamos con interés el desarrollo de ese drama sin peripecias ni golpes de efecto, tan humano en su sencillez como poco teatral, y no era posible rehuir el comentario.

—Me parece que esta mujer no se casa—decía uno meneando la cabeza con aire perplejo.

—Lo que nos importará á nosotros que se case ó no...—replicaba un segundo, que sin embargo estaba dedicadísimo á la observación.

—Sería lástima, porque esa joven es muy correcta, y su posición se haría difícil si no se casara...

—¡Bah! Es inglesa, y si no su cónsul de Punta Arenas, cualquier compatriota la reintegraría á su tierra. Los ingleses se ayudan tanto entre sí como

tienen poco en cuenta á los de otras nacionalidades, los argentinos inclusive...

En estas y otras pláticas llegamos á la entrada del río Gallegos, entre el cabo Buen Tiempo y la Punta Loyola. Esa entrada es más pintoresca que la de otros puertos visitados antes. A uno y otro lado se elevan grandes barrancas cubiertas de pasto fuerte, que terminan al norte en un promontorio bastante alto. A lo lejos, al sur, se ve un sistema de cerros, llamados impropiamente Los Frailes y Los Conventos, sin que nada justifique ni un remoto parecido.

Esas montañas son de piedra y presentan en su interior tres cráteres estriados, en cuyas paredes se notan todavía las huellas del fuego que debe haberse extinguido en una época relativamente cercana. Junto á esos cráteres principales hay muchos secundarios más pequeños.

La playa de Gallegos es de ripio, y bastante elevada, pues las mareas son tan poderosas ó más que en Santa Cruz. Cuando fondeamos. frente á la capital más austral de la Patagonia argentina, en el puerto sólo había un pequeño buque fondeado, perteneciente á una de las casas de comercio de Punta Arenas, que tienen sucursales en nuestro territorio. Otros dos buques varados y tumbados en la playa daban al sitio un acento de tristeza, una nota melancólica y sugestiva.

XII

La capital de Santa Cruz.

—Aquí, en Patagonia, se sale de un buque para entrar en otro.

—Es mucha verdad.

Ibamos á instalarnos en el hotel, recién establecido, y que es más confortable de lo que en aquellas comarcas pudiera esperarse. La casa, de madera, está dividida en varias salas, y tiene también algunas habitaciones para huéspedes. Pero tanto esa como las demás del pueblo naciente, están asimiladas á barco, hasta por el olor peculiar que partiendo de la cocina se enseñorea de todos los rincones del edificio.

Gallegos tiene unas cien casas, y quinientos habitantes, más ó menos. De esas cien, la mitad son establecimientos comerciales más ó menos importantes, cuyo capital en giro alcanzará á medio millón de pesos. Ha tomado mucho impulso de algunos años á esta parte, desde que se trasladó allí la capital del territorio, y gracias sobre todo á las franquicias aduaneras de que gozó bajo cuerda, y que incitaron á varios comerciantes á establecerse con casas de cierta importancia como la de Braune

y Blanchard, la de Dobrée y la que acaba de fundar el señor Jacobs, exvicecónsul argentino en Punta Arenas. Las otras dos son, también, sucursales establecidas para comerciantes de la ciudad chilena.

El *palacio* de la gobernación es una gran casilla de madera, cuyo techo rojo domina el resto, con una nota más vibrante de color. Las calles, apenas esbozadas, son rectas—ó lo serán cuando aumente la edificación,—y un ancho camino bastante bien tenido conduce del centro del pueblo á la playa. En los corrales adyacentes á las casas, se ven animales domésticos, gallinas, patos, avutardas, cuya presencia sugiere la idea de cierto bienestar, y aquí y allí, levantándose escuetas, las armazones de nuevas casillas, anunciadoras de un progreso bastante rápido.

También allí se oyen quejas amargas contra los transportes nacionales, aunque la cercanía de Punta Arenas haga menos dura la situación, con algún beneficio para los habitantes y mucho para nuestros vecinos del Estrecho, que acaparan aquella clientela, le importan mercaderías, y le exportan los productos.

Los transportes no llevan carga para el puerto chileno, pero el intercambio no disminuye por eso, como que varios veleros de cabotaje y algunos vaporcitos hacen la carrera, cobrando escaso flete, (1) y resulta una ventaja para productores y comerciantes, hacer sus operaciones por allí.

Muchos de los que tienen que viajar á Buenos Aires, prefieren irse por tierra á Punta Arenas, y

---

(1) La misma línea de vapores del Pacífico acaba de rebajar el valor de los pasajes y fletes de Montevideo á Punta Arenas, convencida de que esa resolución aumentará notablemente su movimiento, á causa del desprestigio de los transportes argentinos.

embarcarse en los grandes vapores que tocan allí tan á menudo.

...Hay un momento triste en esta vida de perpetuo examen que llevamos los periodistas: arribar á una síntesis, á una conclusión—después de haber *visto*,—es una tarea agotadora, una exacerbación del gasto nervioso, que produce un cansancio excesivo, y que no rinde ni en líneas abundantes, ni en líneas elegantes, el esfuerzo que significa.

Ya en Gallegos, casi en el límite de la Patagonia argentina, me era imprescindible echar una ojeada general al país que iba á dejar horas más tarde: y con la indolencia que en los largos viajes crea esa especie de cuna que se llama un barco, dejaba pasear mi fantasía por las vagas regiones de lo inmaterial y de lo abstracto. Patagonia era para mí, en aquel momento, una tierra geográfica, cuyo papel exclusivo se limitaba á las cartas y á los textos, y cuya *acción* no iba más allá de un ensueño de novedades áridas y poco sugestivas... Cuando uno de mis compañeros de viaje, inteligente y claro, poniéndome la mano sobre el hombro, me dijo:

—Ya sé...

—Ya sabe usted... ¿qué?

Se sonrió, y repuso:

—Ya sé lo que usted piensa... Está preocupado en busca de una idea...

—Puede... Yo mismo ignoro lo que me trabaja...

—La idiosincrasia de Patagonia...

—¿Cómo adivina?

—Las mismas causas determinantes, producen los mismos efectos... No es adivinanza, entonces.

Callamos un instante, pero al fin mi curiosidad pudo más que mi amor propio, y pregunté:

—¿Y qué piensa usted de Patagonia?

Mi interlocutor se quedó perplejo, y no contestó.

Gallegos, silencioso, se extendía á lo lejos, envuelto en la noche. Algún perro celoso ladraba á los marineros que cruzaban las calles. La paz tranquila del extremo sur de América envolvía seres y objetos,—y mi pregunta se ensanchaba, tomaba proporciones de problema, agitaba sus enormes alas sobre el pueblo casi dormido. Y se repetía:

—¿Qué piensa usted de Patagonia?

Y mientras aguardaba la respuesta, ella iba formulándose en mi mente, clara y determinada, cuando el interlocutor, perplejo, buscaba las palabras para vestir la idea. Recordaba los nombres de sus exploradores, sus trabajos científicos, su esfuerzo, que pocos tienen hoy en cuenta; hacía revista de los viajes y las recaladas, cuando marinos valerosos iban á surcar aquellos mares, á vela, desafiando peligros que no desafían hoy los barcos de vapor. Asociaba los nombres de la costa á los nombres de los que la visitaron cuando aquello parecía buena presa para las potencias marítimas. Soñaba en el estadista que hubiera hecho de aquellas comarcas un centro nuevo de civilización. Y en la exaltación creadora del pensamiento, repetía la aspiración desvanecida del maestro Zola, y á la amarga y no contestada frase de Pedro en la ciudad de los Césares y de los Papas, sustituía otra más lógica y más positiva y más real: «Una nueva América! ¡Una nueva América!»

Entretanto, después de la pausa larga y sugestiva, mi interlocutor contestó:

—Patagonia es hijastra. Tiene toda la voluntad de las hijastras, descuidadas y sin embargo dignas de atención, de respeto, de ayuda. Si sus cualida-

des naturales responden á su ambición, puede que triunfe sobre sus hermanas.

—¿Cree usted próximo ese triunfo?

—Próximo ó lejano, ¡quién sabe!

Cambiamos de conversación, pero creo que no nos apartamos ni un momento del asunto principal.

Patagonia no debe al Gobierno sino vejámenes unas veces, desdenes otras.

Gallegos mismo, que comienza á prosperar hoy, está amenazado de muerte segura, si la convención reformadora ha dicho la última palabra respecto de su suerte...

Vivir de Punta Arenas es bien triste para los que habitan zonas tan favorecidas por la Naturaleza; vivir sin ella es imposible, cuando no se tienen comunicaciones con el resto del país, y cuando sólo gabelas se aguardan de sus gobernantes, que no quieren abrir los ojos. Todo es exigencia de parte de los argentinos para aquellos parajes; todo es tolerancia, de parte de los chilenos, para aquella comarca.

—Fíjese usted—me dijo, apenas desembarcado, el señor M., joven argentino, á quien preocupaba el hecho que iba á señalarme.—Fíjese usted; aquí todo el mundo es semichileno.

—No lo extraño—le contesté.—Si examinamos bien, hemos de ver que más servicios les han hecho los chilenos que los argentinos... Nosotros... apenas si ahora comenzamos, extraoficialmente, á ocuparnos de esto y á darnos por apercibidos de que vive gente aquí...

No insistiré sobre la importancia del territorio de que Gallegos es capital, ni sobre la clase de sus productos, su modo de población, la calidad de sus tie-

rras, etc., tanto más, cuanto que desde aquel punto casi extremo, la atención comienza á ser fuertemente atraída por lo que ha de verse días y aun horas más tarde: el Estrecho, que las consejas del sur rodean de majestad tan terrible; la inmensa isla de Tierra del Fuego; la colonia de Magallanes, mercado y almacén de Patagonia; el paso del Breecknock, semillero de piedras y de escollos; los canales de la Beagle, estupendos de belleza, y por fin, las últimas poblaciones perdidas del país, Lapataia, Ushuaia, San Juan del Salvamento...

Sólo se reflexiona sobre la única preocupación dominante á lo largo de la costa, el tema obligado de todos los días, el que llega á apoderarse del espíritu y se convierte en obsesión: las comunicaciones. Sin ellas no se progresará; con ellas, dadas las fuerzas vivas que tiene aquel inmenso pedazo de nuestro suelo, se irá lejos, y muy fácilmente, como lo demuestra Punta Arenas con su rápido incremento, que ahora nada detendrá.

Pero poca suerte ha tenido la tierra patagónica desde su descubrimiento hasta la fecha, y el sistema de desdén y abandono data de siglos.

A este respecto cuenta Martín de Moussy, que los hermanos Viedma emplearon el año 1780 en examinar el puerto de Santa Elena (43°30') y de San Gregorio, las costas del golfo de San Jorge, el Puerto Deseado y el de San Julián. Habiendo dejado á su hermano en el puerto San José (golfo de San Matías), Francisco Viedma se decidió por Puerto Deseado, donde estableció provisionalmente una parte de los colonos que llevaba consigo; luego, pareciéndole preferible el puerto de San Julián, hízolo asiento de un establecimiento definitivo. Aquella localidad era, en efecto, muy ventajosa por

lo profundo del mar y la abundancia de leña, pastos y agua potable. En los alrededores vivían indios pacíficos, que habían recibido bien á los españoles.

«Después de una invernada que fué ruda para los colonos, cuya instalación no podía ser completa—añade el sabio geógrafo francés,—Viedma aprovechó su buena voluntad para llevar un reconocimiento al interior del país en noviembre de 1782. Llegó casi hasta la vertiente oriental de la cordillera, después de haber tenido que atravesar los afluentes, entonces considerables, del río Santa Cruz. Los indios tehuelches que encontró en el camino, eran hombres de talla superior á la de los españoles, y tenían seis pies (1 m 74) término medio—es la media que da d'Orbigny,—aunque los hubiera mucho más altos aún.»

...«Viedma consideraba, pues, el puerto de San Julián como el mejor de toda la Patagonia para un establecimiento colonial, cuando el virrey ordenó que se abandonara, á pesar de toda la oposición de su gobernador, que con razón hacía resaltar sus ventajas, su porvenir, y los gastos que ya se habían hecho en él.»

Ese sistema de población y abandono lo ha continuado y perfeccionado la República Argentina, como ha podido verse en Santa Cruz, por ejemplo, y se verá luego en Buen Suceso, Bahía Thetis, etcétera, etc., gastando sumas importantes sin beneficio para nadie, ó mejor dicho, con particular beneficio para unos pocos. Unas veces el abandono ha tenido razón de ser, por haberse elegido mal el sitio donde se ubicaba ya el presidio, ya la subprefectura, ya el futuro pueblo; otras ha obedecido á causas de menor cuantía, á meros caprichos, ó á

propósitos no muy confesables que digamos. Pero es tiempo de que esto cese, tanto más, cuanto que la experiencia ha costado millones al país, y nuestros vecinos han llegado á éxito mayor con menos esfuerzo, sencillamente porque han sabido administrar, han sido más prácticos que teóricos, y—fuerza es decirlo tambien—porque sus marinos, frecuentadores de los mares del sur, no han hecho de ellos un espantajo, dando margen á que se pensara que querían conservar el usufructo. Véase cómo cuenta Moussy, ya citado, la fundación de Punta Arenas, y cómo su perspicacia le hacía prever el porvenir de la pequeña colonia:

«A pesar de todas las exploraciones—dice hablando del sur de Patagonia,—no se creó establecimiento alguno en aquellos parajes, hasta que en 1843 el Gobierno chileno se decidió á ocupar el Estrecho de Magallanes y sus dos orillas. Una pequeña expedición que salió de Chiloé el 10 de septiembre, llegó el 21 á Puerto Hambre y echó los cimientos de una colonia, á la que se dió el nombre de Punta Bulnes, en honor del entonces Gobernador de la república chilena. Seis años más tarde, en 1849, el establecimiento fué trasladado á dieciséis leguas de allí, á un pequeño cabo llamado *Punta Arenas*, donde la temperatura era más elevada, la leña más abundante y el aspecto más alegre. Creóse allí la ciudad de *San Miguel* (1) que existe todavía.

»Un motín, continuación de la tentativa revolucionaria hecha el año anterior en Copiapó, ensangrentó la colonia en 1852; pero el jefe de la revuelta, el autor de los actos de ferocidad que entonces

(1) Hoy Magallanes.

se cometieron, Cambiaso, fué pasado por las armas y la colonia—que tiene ya veinte años de existencia—comienza á prosperar, según parece.

»Este punto se hará muy importante cuando se establezca en el Estrecho la navegación á vapor. Un informe del último Gobernador, señor Schythe, afirma que se encuentran yacimientos de carbón en las cercanías de la colonia. Esta circunstancia contribuiría poderosamente á dar valor á esa creación, *porque no es dudoso* que, tanto el Estrecho de Magallanes como las costas patagónicas, tendrán con el tiempo una población civilizada y establecimientos serios.

»La gran pesca de anfibios, la de la ballena, la explotación del huano de los islotes de la costa de Patagonia, pueden abrir desde hoy fértil campo á la industria; muchos navíos á vela antes que doblar el Cabo de Hornos preferirían el paso del Estrecho, si hallaran en él remolcadores á vapor, absolutamente necesarios, á causa de las calmas y las corrientes.»

Los mismos vapores de la P. S. N. C., que hoy recalan en Punta Arenas, al cruzar el Estrecho, los de la Kosmos y otros, podrían haber sido atraídos á hacer escala en algún punto de la costa argentina, ofreciéndoles análogas comodidades á las que, para refrescar víveres, etc., tienen en el puerto chileno. Y eso, que no hubiera sido inmediatamente benéfico para toda la Patagonia, hubiéralo sido á la larga, contribuyendo á formar una población de importancia, desde luego mucho mayor que la de Gallegos y Santa Cruz.

Un solo día permanecimos en el puerto: la carga era muy poca—pues las mercaderías van de Punta Arenas, donde se obtienen más baratas,—siendo

colmados de atenciones por los señores Aubone, Magan, y otros propietarios y pobladores del territorio. A la mañana siguiente á nuestra llegada debíamos zarpar, aprovechando la marea, porque la barra es de difícil acceso, y la última noche que pasáramos en la Patagonia Argentina transcurrió rápida en amable conversación que duró hasta altas horas.

Había desembarcado miss Mary, en compañía de su prometido, que fué en su busca á bordo.

Era éste un hombre alto y fuerte, ya de alguna edad, pero de aspecto juvenil todavía. Tenía las características del inglés de nuestra campaña, hecho ya á los usos del país, *acriollado* en su traje y sus maneras. No fué muy efusivo con la novia, que lo fué menos con él, pero en la expresión del rostro se le conocía la íntima satisfacción de que estaba poseído. Ella no pudo ocultar cierta esquivez, cierta desilusión, y sus ojos se empañaron un tanto. ¡Vaya! Tiene razón Campoamor:

«Pasan diez años, vuelve él,
y al encontrarse él y ella:
—¡Dios mío! ¡y éste es aquél!
—¡Dios santo! ¡y ésta es aquélla!»

Vinieron las presentaciones, que miss Mary hizo con gracia, recomendándonos á la gratitud del futuro por la atención que todos sus compañeros de viaje habíamos tenido con ella, y especialmente uno, el mismo de las largas charlas sobre cubierta, que entre burlón y entristecido miraba á la pareja, pensando quizá en que todo tiene un término en la vida, y especialmente el *flirt* á bordo de los vapores.

El novio, muy gentil, nos estrechó la mano, agra-

deció en pocas palabras, y después de desembarcar, paseó toda la tarde por el pueblo, llevando del brazo á miss Mary, con una plenitud de satisfacción que le brotaba visiblemente por todos los poros...

Pero vino la noche, y con la noche la sorpresa.

Un caballero inglés, que iba con nosotros en el Villarino, y que acabábamos de ver hablando con la joven, se acercó á un grupo de pasajeros, é hizo estallar la bomba:

—Miss Mary no quiere casarse...

—¡Hola! ¡Hola!

—¿Cómo es eso?

—¿Qué nos cuenta usted?

Y nos mirábamos sorprendidos, aunque con un aire que estaba diciendo: «Pero si eso era inevitable.»

—Así me lo acaba de declarar—repuso el viajero—pidiéndome consejo, y autorizándome para que consultara con ustedes qué es lo que puede hacer, como más conocedores que son de las costumbres del país.

—Hombre, sencillamente que no se case, si no quiere...

—Es natural.

—Nadie puede obligarla.

Pero, después de la sentencia vino la reflexión, y el interrogatorio:

—Pero ¿por qué no quiere casarse?

—¿No conocía ya al novio?

—¿No será esto un capricho pasajero?

—Ella declara terminantemente que ni se casa ni se queda en Gallegos; que lo ha pensado bien, y que ahora no le conviene en manera alguna... Yo

le he hecho reflexiones, pero de nada han valido...

—¿Y qué podemos hacer nosotros?

—No veo con qué títulos intervendríamos...

—Sí, pero dejar que una mujer se case contra su voluntad...

—¡Pues, señor! ¡Esto sí que es comedia!... De cómo se quiere hacer representar el papel de providencia en el «Sí de las niñas...»

Al fin, y como galantería ineludible, se resolvió que una delegación iría á hablar con miss Mary, para conocer su última palabra y resolver luego lo que podría hacerse dentro de lo correcto y lo caballeresco; la delegación partió en su busca, conversó con ella largo rato, y regresó diciendo que habían fracasado todas las tentativas de arreglo, que miss Mary quería irse á Punta Arenas para tomar el primer vapor del Pacífico que la volvería á Inglaterra, y que rogaba á sus compañeros de viaje que le ahorraran una penosísima explicación con mister Z., representándola y diciéndole que renunciaba á su mano.

—¡Vaya un compromiso en que nos coloca!—exclamó uno.—Bonitos nos pondría el novio...

—¿Y quién va con esa carta del negro?—preguntó otro.—Si se tratara de parientes ó de amigos...

—Tanto más—agregó otro—cuando puede suceder que miss Mary cambie nuevamente de opinión. *Souvent femme varie...* Bueno fuera que mañana quisiera casarse...

Como el Villarino salía al día siguiente, el problema tenía siquiera una dilación, ya que no una solución.

—Dejemos el asunto para mañana, pues.

—Claro, es lo mejor. Así tendremos tiempo de reflexionar, los novios inclusive.

A primera hora del siguiente día, nueva consulta á miss Mary, que se ratificó en su firmísima intención de no casarse, y rogó de nuevo que se la sacara del apurado trance, casi con lágrimas en los ojos. Y nueva consulta en cónclave de pasajeros, ya resueltos á hacer algo por la joven, pero sin hallar el medio decoroso y decisivo, que tampoco hiriera muy cruelmente al novio, quien, por otra parte, ya podría haberse apercibido de que algo terrible estaba tramitándose contra su corazón... Porque ¡figúrense ustedes lo que significará una mujer querida para esos hombres del desierto!...

—¿Y si consultáramos con alguno de los vecinos que conozca bien á Z., y que lleve la parte cantante en este final dramático? Nosotros lo acompañaríamos como coristas...

—Bien pensado. Pero ¿á quién?

—A N. Es influyente, creo que tiene negocios con Z., y puede, por lo menos, darnos un buen consejo. Casualmente, ahí va, hacia la playa, donde también están los novios... Y ya nosotros debemos ir pensando en embarcarnos.

El señor N. nos dió efectivamente la solución del problema.

—Puede que se trate de una tontería, de un simple capricho, de algún pasatiempo tomado á lo serio; según lo que ustedes me dicen, eso es fácil... Entonces, ya que la joven ha hecho lo más, que haga lo menos. Vino de Inglaterra, pues que se quede aquí unas semanas, hasta conocer mejor á Z., que es un excelente sujeto, y quizá entonces quiera lo que no quiere hoy. Yo le ofrezco mi casa; en ella puede hospedarse el tiempo necesario para el experimento, y si su negativa continúa, yo me comprometo á enviarla á Punta Arenas para que

su cónsul la reintegre á Inglaterra, como lo hará sin duda.

Tan sensatas palabras tuvieron la acogida que merecían, y todos vimos el cielo abierto ante ese allanamiento de las dificultades que un momento antes nos parecían casi insuperables. Pero faltaba poner el plan por obra, que convencer á miss Mary, que preparar á mister Z., y por fin... que embarcarnos, porque la marea crecía rápidamente.

Se hizo como se pensó. Después de algún llanto de la joven, de un susto terrible del prometido, que no sabía si tomarlo á burla ó á veras, trágica ó indiferentemente, pues no estaba preparado para el golpe de una conferencia explicativa entre ambos, mister Z. se fué á sus quehaceres, miss Mary con el señor N. á casa de éste, nosotros al bote que nos esperaba al pie de la costa de pedregullo, escenario triste de aquella escena, y poco después, silbando como espectador descontento, echó á andar el Villarino en las aguas tranquilas de la mar llena.

—

Mes y medio más tarde, pasando de vuelta por Gallegos, pregunté:

—¿Y miss Mary?

—Está en la estancia.

—¿En qué estancia?

—En la de Z.

—¡Cómo! ¿Se ha casado?

—Pocos días después de irse el Villarino.

También éste es un desenlace lógico y natural: había que esperarlo, como había que esperar el que estuvo á punto de ser decisivo.

XIII

En el Estrecho de Magallanes.

Al dia siguiente, muy de madrugada, pasamos á la altura del Cabo de las Vírgenes, aquel cabo famoso que hace más de diez años despertó en Buenos Aires la fiebre del oro, haciendo que chicos y grandes se precipitaran al Ministerio de Hacienda á solicitar pertenencias mineras, que quedaron inexplotadas porque el rendimiento de las arenas y las pepitas auríferas no equivalía al sacrificio que representaba obtenerlas. Sin embargo, no faltan hoy mismo cateadores y mineros que frecuenten aquellos parajes, trabajando en sociedad y con algún resultado, pues viven de poco, y se contentan con unos cuantos gramos de oro que les permitan divertirse más ó menos dias en Punta Arenas.

En efecto, vimos dos carpas de mineros en Zanja Pike, situada más arriba del cabo, en cuya demanda íbamos.

Es urgente el establecimiento de un faro de primera clase en el Cabo de las Vírgenes, llamado así por Magallanes, que lo descubrió el año 1520 y el día de las Once mil Vírgenes. Dicho faro, que sin duda formará parte del vasto proyecto de ilumina-

ción de nuestras costas formulado por el ingeniero Luiggi, será de mucho auxilio para los barcos que navegan en demanda del Estrecho ó del Cabo de Hornos, pues no teniendo hoy cómo situarse en noches obscuras, corren serio riesgo, y muchas veces naufragan—los de vela sobre todo,—cuando sobreviene una calma y los arrastra la corriente hacia tierra. Un casco de navío de buen porte, que vimos náufrago en el cabo, es mudo pero elocuente testigo de la necesidad de esa obra.

Poco más tarde, y pasando la línea de fronteras argentino-chilena, que sigue el paralelo 52 hasta el meridiano 70, baja de allí, recta, hasta el monte Aymont, y corre luego, sinuosa, á cortar el monte Dinero y la punta Dungeness, doblamos ésta y penetramos en el Estrecho de Magallanes, tranquilo como una balsa de aceite.

A nuestra derecha se elevaba, no muy altivo, no muy majestuoso, el monte Dinero; á la izquierda veíamos vagamente la costa de Tierra del Fuego, más baja que la de la Patagonia chilena, y al contemplar aquel paisaje algo monótono, algo desabrido, desvanecíase la temerosa esperanza de asistir á uno de los grandes espectáculos de la Naturaleza. Nada de lucha de los elementos, nada más que una gran masa de agua arrastrada por las corrientes, entre costas relativamente bajas, y que nuestro buque cortaba tranquilo con su proa. Sin embargo, la idea que uno se forma del Estrecho es terrible, y no sin razón. Las penalidades que han sufrido los primeros navegantes que por aquel paso se trasladaron al Pacífico, los peligros que acechan hoy también á los barcos, tienen que rodearlo de un nimbo temeroso. ¡Ah, cuando reina la calma, y el agua se precipita del uno al otro mar, con rapi-

dez vertiginosa, no hay muchas veces paño que baste al velero para salvarse del naufragio!... ¡Ah! cuando sobreviene un chubasco, y el horizonte se cierra á pocas brazas de la proa del vapor que navega confiado, y su comandante no tiene cómo saber si corre á embicar ó si sigue el rumbo que le marcan las excelentes balizas y columnas puestas meticulosamente por orden del Gobierno chileno, barcos de vela, buques de vapor, juegan su vida al entrar en ese estrecho, para mí tan tranquilo, menos proceloso aún que nuestro río, en las suestadas que lo enloquecen...

Al oir hablar de las dificultades con que tropiezan, de los riesgos que corren, de las catástrofes que sufren los marinos de hoy, con buques tan perfectos, causa asombro el valor y la pericia de los que, como Magallanes, se atrevieron á surcar, en verdaderas cáscaras de nuez, mares hasta entonces desconocidos, y temibles aún ahora, cuando las cartas del Almirantazgo, de Fitz-Roy y de la Romanche señalan casi hasta la más mínima piedra.

Los cinco buques con que Magallanes realizó la proeza, sumaban, *en total, quinientas toneladas*, es decir, menos que un pequeño transporte de hoy, y su tripulación se componía de ¡doscientos treinta y siete hombres! De estas cinco naves, la *Santiago*, que mandaba Serrano, se perdió en la costa patagónica; otra, la *Victoria*, vió en octubre de 1520, al sur del Cabo Vírgenes, una «abertura que después de averiguado era un estrecho,» y que algunos llamaron por eso de la Victoria. Mandó Magallanes que se explorase el paso, la tripulación de una de las naves se sublevó y regresó á España, otra nave volvió días después, diciendo sus oficiales que sólo habían visto una gran bahía rodeada de

bajios y escollos, y por fin súpose que la tercera habia andado tres dias sin dificultad, y que lo alto de las costas, el excesivo fondo y el movimiento de las mareas hacian muy creíble que aquél fuera un estrecho entre dos mares. Magallanes resolvió seguir el mismo camino con las tres naves que le quedaban, abandonando á la sublevada de que no se tenía noticias, y el 6 de noviembre de 1520 entró en el Estrecho, y el 28 del mismo mes lo había recorrido de extremo á extremo, y desembocaba en el mar que llamó Pacífico, porque el tiempo constantemente favorable les permitía hacer singladuras hasta de setenta leguas.

Poco iba á gozar de su triunfo el gran navegante, que el 26 de abril de 1521, cinco meses después de su descubrimiento, moría á manos de los indios. Los historiadores portugueses de la época, y también Argensola, hacen notar que al mismo tiempo y en circunstancias análogas, moría en las Molucas, Juan Serrano, grande amigo de Magallanes, y cuyos informes incitaron á éste á buscar un paso entre los dos Océanos.

Los indios diezmaron á la tripulación de las naves, que—por no poder llevarla,—tuvo que quemar una de ellas, la *Concepción;* la *Trinidad* fué tomada en la Malasia por los portugueses, y sólo la *Victoria*, mandada por Sebastián de Elcano, con *dieciocho* tripulantes, volvió á España en septiembre de 1522.

Oceanum reserans navis Victoria totum
Hispanum Imperio clausit utroque polo.

Magallanes tiene un monumento en el sitio en que cayó, en las Islas Filipinas, y otro más grande é imperecedero en el estrecho que lleva su nombre,

poniendo de relieve su enérgica figura ante los ojos de cuantos navegan esas aguas que él surcó el primero.

Siguiendo sus huellas, y antes de que el Estrecho fuera frecuentado y se abriera definitivamente á la navegación, muchos navegantes expedicionaron á él, mandados por España y otras naciones.

En 1525, siete buques con un total de 1010 toneladas y 450 hombres de tripulación, al mando de García Yofre de Loaisa, partió para el Magallanes, recorrió la costa patagónica y el estrecho; una de sus naves, el *San Lesmes*, que corrió hacia el sur, volvió porque parecía que donde había llegado «era acabamiento de tierra» (probablemente, según Urdaneta, vió el Cabo de Hornos), y fué tan perseguido por la desgracia, que doce años después sólo Urdaneta había regresado á España.

Gaboto preparó una expedición para ir en socorro de Loaisa, pero no pasó del Río de la Plata.

En septiembre de 1534, salía de España don Simón de Alcazaba, con dos naves, y el 18 de enero de 1535 entraba en el Estrecho. En la entrada de éste halló un mástil elevado en tierra con una gran cruz y esta inscripción: 1526; y los restos de un navío, que supuso fuera uno de Elcano. Por la rudeza de la estación (era verano, sin embargo) la tripulación le obligó á volverse de la mitad del Estrecho. Alcazaba desembarcó en la costa, hízose jurar gobernador, realizó algunas pequeñas expediciones al interior, y fué poco después asesinado por algunos de los suyos, que pretendían hacerse piratas. El maestre y contramaestre de la capitana, ayudados por algunos marineros fieles, lograron apoderarse de los asesinos, pasando por las armas á los principales. Pero los sobrevivientes lle-

garon á tal estado de escasez, que la ración quedó poco á poco reducida á una libra de carne de lobo y una taza de vino para cada tres hombres. Se dieron, por fin, á la vela, dejando en la costa algunos desterrados por complicidad en el crimen cometido, pero las naves se separaron sin causa, y sufrieron toda clase de penalidades, naufragios, avances de los indios, etc.

Pero, no obstante estos fracasos, cuatro años después, don Alonso de Camargo partió con tres navíos con rumbo al Estrecho de Magallanes. Perdióse la capitana en la primera angostura, el 22 de octubre de 1539; otra tuvo que correr hasta el Cabo Vírgenes, y la tercera, muy maltratada, pasó al Pacífico, recogiendo á Camargo y los náufragos, y llegó á Arequipa, dando por primera vez noticias de la costa.

En 1557, el capitán Juan Ladrilleros con dos navíos, salió de Valdivia por orden del gobernador y capitán general de la provincia de Chile; recorriólo dos veces, estudiándolo con esmero, y volvió con sus marineros diezmados por los grandes azares del viaje.

Hiciéronse otras muchas expediciones por orden de los gobernadores de Chile y el Perú, perdiéndose muchos buques, otros renunciaron al intento, y por fin España abandonó el Estrecho, de cuya existencia llegó á dudarse, siendo opinión de muchos que se habia cerrado, hasta que otras naciones desvanecieron semejante error.

Inglaterra, en sólo dieciséis años, hizo seis expediciones, siendo la primera en fecha la del célebre Francisco Drake, grande y arrojado marino, pero no menos pirata por eso. En abril de 1578 llegó á San Julián, donde empleó un patíbulo erigido

por Magallanes para castigar á insubordinados, colgando de él á Thomas Dougthie, que trataba de hacerle un motín; peleó contra los tehuelches, y el 17 de agosto embocó el Estrecho, teniendo que retroceder por un viento contrario. Por fin, lo pasó en 17 días, viaje el más rápido que se hubiera hecho hasta entonces. Luego, y después de sufrir un temporal de cuarenta días, navegó el Pacífico hacia el norte, tomó y saqueó á Valparaíso y otros pueblos de la costa, y á la altura de Panamá se apoderó de varios navíos españoles cargados de dinero, por el cual *dió recibo*, arruinó á Guatalco, y cargado de riquezas dió la vuelta al mundo, para arribar á Plymouth tres años después de su partida...

Por perseguir á Drake, España reanudó sus expediciones al Estrecho de Magallanes, enviando una al mando de don Pedro Sarmiento de Gamboa, caballero de Galicia, que ya en el Callao y en Panamá había peleado con el marino inglés. Sarmiento era muy experto navegante, aunque nunca creyera que hubiese variación en la aguja imantada, y se confiaba mucho en su pericia.

Esta expedición de Sarmiento fué una de las que arrojó más luz sobre el Estrecho de Magallanes, aunque los medios de observación de que se disponía en el siglo XVI, fuesen muy escasos y dieran lugar á grandes errores. Valióle ser honrado con el título de capitán general del Estrecho de Magallanes y gobernador de cuantas tierras poblase en él, pues había logrado que Felipe II resolviera fortificar la primera angostura y establecer más tarde colonias en ambas márgenes.

Con este objeto, que iba á dar á España el dominio definitivo de aquella zona, armóse una se-

gunda expedición, llamada también de Sarmiento, y mayor que todas las anteriores, pues la escuadra se componía de 23 navíos.

Zarpó esta flota, del puerto de Sevilla, el 25 de septiembre de 1581, con anuncios de mal tiempo.

Los pilotos hacían notar que, como se acercaba el equinoccio, era peligroso darse á la vela, pero el duque de Medina Sidonia les obligó á zarpar, como lo hicieron, para tener que refugiarse días después en Cádiz, habiendo perdido totalmente cinco de sus buques y ochocientos hombres. Antes de salir perdieron otras naves, y en la travesía á Río de Janeiro se enfermaron y murieron más de ciento cincuenta tripulantes. En Río, donde invernaron, murieron otros tantos y varios desertaron... Los navíos comenzaron á podrirse, menos los acorazados ó *emplomados del rey*, y á hacer agua... Los desastres de esta expedición fueron en aumento. Los jefes Flores de Valdez de la flotilla, y Sarmiento, del Estrecho y sus futuras colonias, ya desavenidos, se separaron. Los capitanes y maestres de las otras naves vendían las provisiones destinadas á las colonias, cambiándolas por productos del país... Zarparon, por fin, en noviembre de 1582, pero para perder un bergantín y una lancha, y luego la Riola, de quinientas toneladas, con 350 personas, la Santa María y la Proveedora. Flores, cuya intención parece haber sido la de que fracasara el viaje, dejó otros tres buques—la Almiranta, la Concepción y la Begoña—con trescientos soldados, en las costas del Brasil, diciendo que no aguantaban el mar.

Más tarde se separó de la expedición para irse por tierra á su gobierno de Chile, don Alfonso de Sotomayor, con tres naves y muchas provisiones y

gente, aunque tuviera orden de auxiliar antes á la expedición en el Estrecho.

Sólo con cinco naves llegó Sarmiento al Magallanes el 7 de febrero de 1583; pero Flores se echó atrás, á pesar de todo cuanto Sarmiento le dijera y sin motivo alguno plausible, volviéndose á Rio de Jainero y de allí á España.

Sarmiento con el almirante Rivera, cinco naves y 530 hombres, volvieron á emprender la expedición, llegaron al Estrecho el 8 de diciembre, pasaron la primera angostura, fondearon cerca de la segunda en febrero de 1584, pero perdieron las amarras (las anclas sujetábanse entonces con cabo, no con cadenas como hoy) y tuvieron que volver atrás, á ponerse al reparo del Cabo Vírgenes.

Allí se fundó el primer establecimiento que haya existido en el Estrecho de Magallanes, con trescientas personas y con el nombre de ciudad del Nombre de Jesús. El desembarco fué muy difícil. Rivera, sin orden de Sarmiento, marchóse una noche á España con tres fragatas; otra, mal varada para alijarla, no podía servir, de modo que sólo La María quedó al servicio de la colonia.

El animoso Sarmiento no desesperó por eso, y después de otras mil peripecias, combates con los indios, penosísima excursión por tierra, fundó en mitad del Estrecho una segunda ciudad que llamó del Rey Don Felipe (1) en cuya construcción trabajó hasta abril. Luego, como fuera con su nave y treinta hombres á visitar la ciudad Jesús, corrió un temporal, tuvo que desembocar al Atlántico, y subir hasta el Brasil, desde donde intentó repetidas veces, y siempre en vano, volver al Estrecho. La

(1) Hoy Puerto Hambre, en recuerdo de su historia.

historia de Sarmiento parece desde un principio, y especialmente á partir de este punto, una novela de aventuras, fogosamente escrita por él mismo. Derrotado, viejo y enfermo, llegó á España en 1590, aquel hombre de indomable energía, cuya empresa mereció mejor fortuna.

En cuanto á los pobladores de las nuevas ciudades, sin recursos, sufriendo los rigores de aquel clima, desamparados, hicieron inútil tentativa de escapar á una muerte segura, construyendo bajo la dirección de Biedma, que los mandaba, dos barcos, uno de los cuales naufragó... Pasaron dos inviernos en medio de tantas penalidades—casi sin otra comida que mariscos, agotados por el frío,—que al fin del segundo invierno sólo quedaban quince hombres y tres mujeres de las dos colonias...

Los españoles afirman que el marino inglés Thomas Candish, que pasó por allí en 1587, fué informado por el marinero Tomé Hernández, de la desesperada situación de sus compañeros, que Candish dijo á éste que les avisara su presencia, pues los tomaría á su bordo, pero que luego se hizo á la vela, abandonándolos. El diario de Candish dice lo contrario; pero parece que, en efecto, no hizo todo lo que debiera por aquellos desgraciados primeros pobladores de las costas donde hoy pacen grandes rebaños de ovejas, y donde bajo excelentes auspicios nace la vida civilizada.

Esa expedición de Candish abre una larga serie de otras realizadas por ingleses, como la de Sarmiento cierra con una catástrofe las de los españoles. Pasó Candish el Estrecho, hizo buenas presas en el Pacífico, y volvió á Inglaterra dos años después de su salida.

Su teniente Davis, arrojado muy al este de Puer-

to Deseado (que descubrió Candish y así llamado por el nombre de uno de sus barcos), avistó unas islas, probablemente las Malvinas, descubiertas en 1700 por los marinos de Saint Malo.

Andrés Merik, que siguió á Candish en 1589, no pudo entrar en el Estrecho, y regresó á Europa. La misma poco más ó menos, fué, en 1591, la suerte de la escuadra de John Chidley, y de la segunda expedición de Candish, que sólo llegó á Puerto Hambre, y vuelto atrás, la tripulación lo obligó á dirigirse á Inglaterra. Se cree que murió en el viaje.

En 1593, otro inglés, Richard Hawkins, cruzó el Estrecho, avanzó por el Pacífico hacia el norte, y fué tomado por la escuadra del Perú, cesando con esta expedición las de los corsarios de aquella nacionalidad.

En cambio, los holandeses fijaron la vista en el Estrecho, para intentar un comercio regular con las Indias. El primero de éstos fué Mahu, al mando de cinco buques de 150 á 500 toneladas y 547 tripulantes. Pero murió Mahu del escorbuto, y asumió el comando el vicealmirante Simón de Cordes, que dió su nombre á una de las bahías al sudeste de la península de Brunswick, después de larga navegación en que no le faltaron penalidades. Poco más adelante fundaron la orden del «León desencadenado» para—decían,—«perpetuar la memoria de un viaje tan extraordinario y peligroso, en un estrecho que ninguna otra nación había intentado pasar con tantos y tan grandes buques.» Curiosa es una de las cláusulas á que debían sujetarse los caballeros del León, por la cual era su deber «exponer libremente la vida y hacer todos sus esfuerzos, para que as armas holandesas triunfasen en el país de donde el rey de España sacaba tantos tesoros emplea-

dos tan largos años en hacer la guerra y oprimir á los Países Bajos...» Pasó el Estrecho, perdió varios de sus buques, y el último que quedaba fué tomado en las Molucas por los portugueses...

Olivier Van Noor, otro holandés, pasó el Estrecho en 1600 y dió la vuelta al mundo. Siguiéronle más tarde Sebald de Wart, Joris Spilberg, y Jacobo Lemaire.

Este último es el glorioso descubridor del Cabo de Hornos—de *Horn*, mejor dicho,—y del Estrecho que lleva su nombre, y nos ocupará más tarde.

Reanudaron entonces sus expediciones los españoles, con las de los hermanos Nodal, que fueron hasta la isla de Diego Ramírez, llamada así por el hidrógrafo que llevaban con ellos; los ingleses volvieron también á la carga, enviando primero á sir John Narbourough, encargado de fundar en la costa patagónica establecimientos que no fundó, pero quien tomó posesión de Deseado, y pasó al Pacífico; y después al capitán Wood, con dos buques. El capitán Wood tocó en Puerto Hambre en noviembre de 1671, pasó al Pacífico, donde los españoles le tomaron alguna gente prisionera, volvió á cruzar el Estrecho en sólo dieciocho días, y regresó á Inglaterra.

Siguen á ésta una expedición española mandada por don Antonio de Vea (1675), otra de los famosos corsarios llamados *Flibustiers*, cuya historia—muy interesante—no es del caso, y la inglesa de Strong (1689) que no tuvo resultado.

Toca ahora, después de España, Inglaterra y Holanda, el turno á Francia, que acaba de coronar últimamente sus exploraciones, con la utilísima y famosa de la Romanche á Tierra del Fuego y Cabo

de Hornos, que en estos años tanto ha contribuido al conocimiento de aquellas regiones.

El primer navegante francés que surcó las aguas del Estrecho (1696) fué M. de Genner, con seis buques y el geógrafo M. Froger. Tuvo, después de llegar al cabo Froward y de bautizar en las inmediaciones la Bahia Francesa y el río Genner, que regresar á su tierra, tan falto de víveres, que cinco días antes de llegar á la Rochela tuvo que dar ración única de chocolate y azúcar á su tripulación. Fundóse luego en Francia una compañía para establecimiento y explotación de colonias en Sud América, la cual envió al capitán Beauchesne, quien invernó en Puerto Hambre, tomó posesión de una de las islas del sur, que llamó Luis el Grande, y después de hacer gran comercio con los indios, volvió doblando el Cabo de Hornos. La isla se abandonó por el advenimiento de los Borbones al trono de España.

Pero la dificultad del paso del Estrecho hizo que los muchos franceses que acudieron á negociar en el Pacífico, prefirieran el camino del Cabo, hasta que M. Marcant entró en Magallanes, descubriendo al Este de la isla Clarence un canal que llamó Bárbara, como su buque (1713).

Entretanto, el rey Felipe V quiso hacer extensiva á Patagonia la pacificación y colonización intentadas en las Pampas, y ordenó una expedición que salió de Buenos Aires el 15 de diciembre de 1748, formando parte de ella los padres jesuitas José Quiroga, Cardal, Strobl y Falkner, quien se quedó en Patagonia hasta la expulsión de su Orden, é hizo una descripción algo fantástica, pero en muchos puntos apreciable, de aquellas regiones. La expedición llegó hasta el Estrecho, pero no lo atravesó.

Luego Inglaterra mandó á Byron (1764) á hacer un viaje de circunnavegación pasando por el Magallanes, como lo realizó; á Wallis, que de 1766 á 1768, dió *dos veces* la vuelta al mundo, en 637 días, á bordo de su Delfín; á Carteret, que separado de Wallis en el Estrecho, también dió dos veces la vuelta al mundo.

Bucarelli mandó, por esos años (1767) una expedición á la Tierra del Fuego, que colonizó en ella sin oposición de los indios, que, por el contrario, se mostraban serviciales; pero la colonia fué abandonada por su distancia y porque se la consideraba un lugar de destierro.

Esta expedición, mandada por Felipe Ruiz Puente y compuesta de las fragatas Esperanza y Liebre, salió de Montevideo el 28 de febrero de 1767 junto con el célebre Bougainville, que mandaba la Boudeuse y L'Etoile, y que iba á entregar á España las Malvinas, cedidas por Francia mediante la indemnización de 2.412.000 reales de vellón.

Bougainville fué el primer francés que diera la vuelta al mundo, y la narración de sus viajes es palpitante de interés y de verdad.

En 1779 hizo otra expedición Juan de la Piedra, no llegando sino hasta San Matías, donde fundó una colonia que diezmó el escorbuto.

En 1785 y 1786, la fragata Santa María de la Cabeza, mandada por el capitán de navío don Antonio de Córdoba, practicó un minucioso reconocimiento del Estrecho, y la relación de su viaje es documento de mucho valor para la historia del Magallanes.

En este siglo pocos viajes hay que notar, si no es el de d'Orbigny, que sólo llegó al golfo de San Matías, y muy especialmente el de la Beagle y la Ad-

venture, mandadas por Philip Parker King y Robert Fitz-Roy (1826 á 1834), de que formó parte Darwin, el del comandante Mayne (1867-68) y el de la Romanche (1883). Pero esos pocos viajes, á partir de Fitz-Roy, han bastado para desvanecer muchas consejas, hacer dar algunos pasos á la ciencia y ofrecer al navegante guías inapreciables en el laberinto de los mares del sur.

Por nuestra parte, aunque descuidáramos mucho aquella región, hemos mandado varias expediciones, ya á Tierra del Fuego, ya á la Isla de los Estados, que si bien no se han ocupado especialmente del Estrecho, lo han recorrido del uno al otro extremo. Tendré oportunidad más tarde de ocuparme de éstas expediciones, entre las cuales la más interesante es la de la subcomisión de límites, que ha practicado estudios y reconocimientos de importancia, al oeste, aunque no en las mismas aguas del Magallanes.

Los chilenos se han preocupado más, y son utilísimos los trabajos hechos en 1885 y 1886 por sus buques de guerra Toro, Aptao y Cóndor, que lo valizaron en toda su extensión, facilitando aquel camino para la navegación, hoy tan importante.

Las valizas y boyas colocadas en aquella época, á tan corta distancia unas de otras, que siempre están á la vista del piloto, se cuidan meticulosamente, y un vaporcito que recala en Punta Arenas, las recorre sin cesar, desagotando las boyas, cuidando de que no se desvíen y manteniendo siempre correcta esa inapreciable guía del marino.

Tal es, á grandes rasgos, la historia del Estrecho de Magallanes, desde su descubrimiento hasta el día. Quien desee conocerla más en detalle hasta fines del siglo pasado, puede recurrir á un libro, cu-

yos datos he aprovechado en gran parte de lo què dicho llevo. Es la *Relación del último viaje al Estrecho de Magallanes, de la fragata de S. M. Santa María de la Cabeza, en los años 1785 y 1786. Extracto de todos los anteriores desde su descubrimiento, impresos y manuscritos, y noticia de los habitantes, suelo, clima y producciones del Estrecho. Trabajada de orden del Rey.* Me he referido al viaje de la Santa María, tan interesante bajo todos conceptos, algunos renglones más arriba, como uno de los que más contribuyeron al conocimiento del Estrecho; debo añadir què la relación de ese viaje es de lo más completo y claro que he visto en la materia, y afirmar como seguro, que si los navegantes de la nave citada hubieran poseído los instrumentos con que se cuenta hoy, sobrellevando menos fatiga y haciendo menos esfuerzo, habrían dado una nota definitiva á propósito del Magallanes.

Cuando se piensa en lo que hicieron aquellos hombres con tan escasos elementos, luchando en forma tal contra dificultades hoy desaparecidas, se toman bajo beneficio de inventario las cuasi proezas de los navegantes actuales de Piedrabuena abajo, y de ese inventario resulta que más es el ruido que las nueces, como vulgarmente se dice, y que ir hoy con un barco á vapor á surcar el temeroso Estrecho, es más fácil que internarse sin práctico en uno de nuestros mansos ríos.

Pero los que han hecho la navegación del sur, han cuidado de presentarla como temible, para dominar sobre ella primero, y para infundir temor después.

Del miedo sale el monopolio.

Mas los amigos de Piedrabuena, que adquirió la

República para su servicio, como quien hace alianza con una potencia, le habrán oído decir, en la intimidad, cuán fácil era surcar siempre á vela aquellas aguas del Atlántico, si menos mansas, tan poco devastadoras como las del Pacífico.

Murúa, el comandante del Villarino, discípulo y cultor de Piedrabuena, cuyo retrato está en su camarote, sonríe cuando se le habla de los pretendidos peligros de aquel derrotero, pero calla, puesto que es humano admitir que uno hace algo más de lo que los otros serían capaces de hacer... Y su segundo, Méndez, suele encogerse imperceptiblemente de hombros, y cuando mucho, observa:

—El paso del Breacknock suele ser serio, en caso de neblinas y chubascos. Pero... lo preferiría al canal de la Mancha...

Y sin embargo...

Llega á mi noticia, alguna sobre los últimos naufragios ocurridos en el Estrecho, que dan qué pensar. No son todas, al fin, flores.

En un intervalo de diez días, allá en 1884, perdiéronse en el Estrecho dos vapores; el uno de la compañía francesa Chargeurs Réunis, llamado Arctic, encallado en una restinga que sale del Cabo Vírgenes; el otro, de la P. S. N. C., el Cordillera. Salváronse en ambos las vidas, pero no la valiosa carga (ya se verá en otro sitio cómo son los salvamentos y cuánto cuestan).

El Arctic naufragó de noche, durante un chubasco de nieve, y con sus propios recursos desembarcó los pasajeros y envió un chasque en demanda de auxilio á Punta Arenas. Aunque hubiera naufragado en costa argentina, nuestras autoridades no intervinieron para nada...

Todo el cargamento del Arctic, mercaderías ge-

nerales, telas y paños, vino, etc., fué transportado al puerto chileno, con ayuda del vapor aviso Comodoro Py, y á pedido del señor Sampayo, gobernador de Magallanes.

El Cordillera se perdió en la Punta San Isidro, también de noche y durante un chubasco de nieve, como el anterior (12 de octubre). Salváronse los pasajeros, que fueron llevados á Punta Arenas, como el cargamento, que se vendió en L 500 á los señores Julio Haas y José Fiol, que tenían un buzo como socio industrial. Las mercaderías resultaron muy averiadas, pero la maquinaria y rieles de ferrocarril que llevaba el Cordillera, dieron á los compradores una ganancia líquida de 20.000 pesos oro.

En 1885, el transporte chileno Angamos tocó en una piedra desconocida hasta entonces, y apenas si se salvó, muy averiado, gracias á los socorros del vapor Malvina.

Recientes son las pérdidas del vapor alemán Kambyses y del inglès Coro-Coro en el Cabo San Antonio, y de otro cuyo nombre no sé, en el canal de Smith, donde estaba trabajando actualmente el vapor Albatros, chileno.

Por mucho que el valizamiento del Estrecho sea eficaz para la navegación durante el día, no es suficiente para la navegación nocturna. Hace falta un sistema bien combinado de faros en vez de las pirámides y boyas.

Toca también al Gobierno argentino el establecimiento de dos faros: uno en el Cabo Vírgenes, como ya he dicho, y otro en el Cabo Espíritu Santo, y ambos de bastante alcance. No darían quizá beneficio inmediato, pero lo procurarían considerable para los transportes que pasan por el Estrecho.

XIV

La joya del Magallanes.

—¿Qué es aquello? ¿La casa... la cruz negra... el pontón?...

—La Congeladora.

—¿Y el pontón que se ve tan cerca entre las casas y la cruz?

—Pertenece á la fábrica. También tiene una parte de la maquinaria.

—¿Es muy importante el establecimiento?

—Mucho. Pertenece á Woods y Compañía. Ahora va á ocuparse de la exportación de ganado en pie. Ya ha hecho un ensayo con buen éxito.

—¿Estamos en la primera angostura? ¿No se llaman angosturas estos pasos más estrechos?

—En la primera; según se cuente... Ya sabe usted lo del cesante que vivía en el primer piso, á partir desde el cielo...

Un poco más tarde:

—¿Qué son esos puntos blancos que se mueven en la costa?

—¿Cuáles?

—Aquéllos... Parecen terneros...

—¡Ah! sí; son ovejas...

—Y muchas... Probablemente malvineras como más al norte, del tamaño de animales vacunos... ¡Cuántas!

—¡Y las que no se ven!... Son de Menéndez. Aquí, sobre la costa, tiene más de 100.000.

—¿Sin exageración?

—Más de 100.000, seguro.

Poco rato después:

—Más ovejas, ¿no?

—En efecto.

—¿De quién?

—De Reynard.

—¿Cuántas?

—Más de 100.000 también.

—¡Pero, hombre! ¡Pero, hombre!

Y se me abrían los ojos, y me decaían las mandíbulas, con aquella sorpresa. ¡Cómo! ¿Había en el extremo de América establecimientos así? ¿planteles semejantes de fortuna? ¿capitales tan grandes en juego? ¿fuerza tal de expansión y crecimiento?

—¿Conque Reynard? ¿Conque Menéndez? ¡Cien mil y más ovejas cada uno!

—¡Oh! Menéndez tiene y tiene... Ahora puebla en Santa Cruz y se establece en Tierra del Fuego. Los planos locales están llenos de la repetición de su nombre, y tiene en Punta Arenas una casa de comercio que no estaría mal en Buenos Aires, y una línea de vapores, y... ¡qué sé yo!

—¿Algún capitalista europeo?...

—Un hombre de su trabajo, y un hijo de sus obras. Vino pobre, hace muchos años. Se cuentan sobre él las historias más raras. Sus orígenes humildes han dado lugar á una porción de leyendas, interesantes como todas las leyendas; rapsodias por lo común, en que se le cuelgan milagros que no ha

hecho, y se le atribuyen parecidos con otros triunfadores de los países nuevos...

—¿Por ejemplo?

—Con Barnatto... sin las minas.

—¡Cuente usted eso!...

—Y usted, indiscreto, lo contará á su vez en *La Nación*... ¿Verdad?

—Para eso estamos.

—Pero no garantizo la autenticidad de la narración...

—Ni yo diré que usted me la ha hecho. Verdad ó mentira, también la biografía tiene su interés, cuando sale de la órbita de lo vulgar. E imagine, amigo mío, qué bien parecerá algo de ameno, por ejemplo, después de la historia del Magallanes, y de un sinnúmero de datos estadísticos... Lo de Barnatto me ha intrigado... Decía usted que Menéndez...

—El señor Menéndez, hoy millonario, gran hacendado, progresista, hombre de negocios de mucho olfato, y muy correcta persona en el trato social—ya lo conocerá usted,—vino hace muchos años á Punta Arenas, en una situación precaria, según se dice. Acompañaba—agrega la leyenda—á un pobre saltimbanqui que traía un teatrito de títeres. La población, deseosa de diversiones, acogió aquélla como un verdadero regalo, y aunque el espectáculo no fuera muy atrayente ni muy subyugante, lo frecuentó, permitiendo á sus introductores hacer algunas economías. Menéndez, muy cuerdo y muy práctico, se sirvió de ellas para establecerse con una pequeña casa de comercio, que prosperó gracias á su espíritu de empresa, á su sagacidad para los negocios, á su tesón y... al medio en que actuaba.

—Sí, el medio... El medio es uno de los pocos semivírgenes que van quedando en el mundo: no ha aprendido á ser ingrato todavía. Me gustaría compararlo con la Australia de los primeros tiempos... tanto más, cuanto que esta es la tierra más austral del continente americano... Pero el personaje vale lo que el medio, es un gran producto de estos países, una síntesis determinada de sus pobladores... aunque sólo sea cierta una parte de su leyenda.

—Poco más ó menos... Otra lo presenta como elemento de una compañía de circo, que —más inteligente que sus compañeros—se quedó en Punta Arenas, con la visión del porvenir, perseverando hasta el extremo de trabajar él solo, como un Proteo, en todos los papeles, ó como dicen los acróbatas y artistas, en «todos los números», bajo una carpita que se llenaba de mineros, de piratas, de todos los *ecumeurs* de estos mares y estas costas, pródigos como cuantos ganan fácilmente el dinero. En fin, Menéndez está rodeado del prestigio que le presta su éxito y del enorme que le añade la envidia, yendo á buscar sus principios, para denigrarlo, y que sólo consigue hacerlo un personaje de novela.

—¡Interesantísimo!

—¡No! no tome usted notas... ó prométame no decir quién le ha contado eso.

—¿Para qué decirlo?... ¿Y está usted seguro de que podré conocer á Menéndez?

—Y de que se encontrará usted con un hombre muy agradable y de ideas muy claras, que extiende hoy su radio de acción á nuestro país, como ya le he dicho. Sí, lo conocerá, como podrá conocer gran parte de la población de Punta Arenas, la más extraordinaria que haya usted visto hasta aho-

ra, por sus componentes y por... su fermento. Porque aquello fermenta que es un gusto, y está produciendo algo muy raro: un pueblo con caracteres propios.

Seguíamos navegando sobre las aguas apresuradas del Estrecho, en medio de una atmósfera tibia, clara y tranquila; del uno y del otro lado veíamos la costa chilena de Patagonia y de Tierra del Fuego, con montículos y entalladuras cubiertas de yerba, más amena ya que la Patagonia propiamente dicha, como si tras larga navegación por tierras áridas y frías fuéramos entrando en la zona templada.

Y nuevas preguntas:

—¿Qué es aquello? ¿Un canal? ¿Una bahía? ¿La entrada esa?...

—Bahía Peckett. La isla que se vislumbra allá, á proa, es la Isabel. Ya estamos cerca de Punta Arenas.

—En efecto, comienza á animarse el paisaje. Hay más ovejas...

—Pocas. Son de Hamilton y Saunders, pero no se *recuestan* mucho á la costa.

—¿Cuántas tienen?

—Treinta mil... Si usted dejara la profesión... Pero no quiero hacer epigramas.

—Gracias. Me vengaría... Ahora comienzan á verse algunas casas aisladas; supongo que irán aumentando un poco hasta las cercanías de Punta Arenas...

—Y un mucho también. Punta Arenas va á ser una sorpresa para usted, que ya tiene el ojo acostumbrado á Madryn, Santa Cruz, Gallegos...

... Cuando, con gallarda maniobra el Villarino trazó una curva sobre la ola rizada, y á la voz del

comandante redobló la cadena del ancla en el escobén, saltó el agua pulverizada hasta la borda, sonó el telégrafo con el campanillazo de «máquina atrás» y luego con el «Stop» final, y quedamos fondeados, sólo entonces me di cuenta de lo que era y de lo que valía la joya del Magallanes, Punta Arenas, tendida sobre colinas verdes, casi casi como una risueña Montevideo del sur.

Aquella tarde no desembarcamos.

Tuvimos que aguardar, primero, á que la capi-



Punta Arenas.

tanía del puerto nos diera entrada, como lo hizo sin gran pérdida de tiempo; luego se trasladó á bordo el cónsul interino de nuestro país, Mr. Jacobs, que se quedó á comer con nosotros, y que nos dió noticias relativamente frescas de Buenos Aires.

Es que, mientras los transportes invierten semanas en el viaje de la capital de la República Argentina á Magallanes (verdadero nombre de Punta Arenas), los vapores de la P. S. N. C. que salen de Montevideo, llegan en 120 horas de navegación, poco más ó menos, y adelantan, naturalmente, la correspondencia una porción de días.

¡Oh! Punta Arenas es la población del sur más socorrida en cuanto á comunicaciones, y su movimiento tendrá que hacerse más intenso cada vez, gracias á ellas. Véase sus líneas de vapores:

Pacific Steam Navigation Company, con dos buques cada mes, que tocan á la ida y al regreso en Magallanes.

Lloyd Norte Alemán con un vapor por semana. Tocan, pues, ocho veces al mes en dicho puerto.

Messageries Maritimes, un vapor quincenal.

Kosmos (de Hamburgo) quincenal; cada mes toca una vez en las islas Malvinas.

Chargeurs Réunis, en combinación con la M. M., quincenal.

Hay además una compañía italiana que hace servicio regular cada veinte días ó un mes, y una norteamericana, que sirve de vez en cuando á aquel puerto. Pero esto no es todo.

Para el cabotaje, salvamentos, etc., existen también en Punta Arenas cuatro compañías locales de vapores: la de Brau y Blanchard, con cuatro buques, Lovart, Torino, Vichuquen y Antonio Díaz; la de Kurtz y Wahlen, con dos; la de Menéndez con dos también, y la sociedad anónima qne arma el Albatros.

Cúters, goletas, pailebotes de dos y tres palos, de veinticinco á doscientas toneladas y más, abundan en el puerto, y llevan casi sin excepción la bandera chilena; estos barcos hacen toda especie de trabajo, desde el flete sencillo, hasta las expediciones á caza de lobos ó en busca de oro en la Tierra del Fuego; y sea lo que hagan, contribuyen á impulsar y fomentar la colonia, que de pocos años á esta parte progresa de una manera no sólo visible, sino también sorprendente.

Podíamos, desde la cubierta del Villarino, examinar á nuestro sabor el panorama de la risueña villa, que iba poco á poco esfumándose con la lenta caída de la tarde: las calles accidentadas, los largos muelles que se internaban en el agua, las casillas de madera del puerto, las más vistosas del centro, y aquí y allá, dominadores, uno que otro edificio de material, con aspecto de palacio, la esbelta torre de la iglesia, todavía con su andamiaje, todo ello destacándose sobre el doble telón de las colinas en cuya falda se tiende Magallanes. ¡Qué sorpresa para los que esperábamos hallarnos frente á un pueblecito mal trazado, de casas diseminadas y tristes, como los otros de la Patagonia! Las calles centrales, bien delineadas, corrían compactas, y sus edificios, de forma graciosa, tenían tonalidades alegres en medio de la atmósfera clara; animaban el puerto carros y carretas ocupados en operaciones de carga; resonaban martillazos en la costa, en los pequeños astilleros donde se construyen buquecitos de cabotaje; lanchas á vela y á vapor surcaban las aguas tranquilas, ya dando largas bordadas, ya marchando en inflexible línea recta. Y Magallanes tenía un aspecto de actividad jubilosa; parecía más grande, ya ciudad hecha, con sus cinco mil habitantes escasos, después de la visión melancólica de los cuasi abandonados pueblos de la costa argentina...

Ya tiene, en efecto, vida propia, y en la faja de tierra que pertenece á Chile y corre sobre el Estrecho, existen numerosos é importantes establecimientos ganaderos, algunos de los cuales he señalado ya, y cuya ubicación puede verse en el plano adjunto. Los principales son los siguientes:

Menéndez, ya nombrado, con 100.000 ovejas;

Reynard, que tiene también una gran grasería, 100.000; Hamilton y Saunders, 30.000; Rous, hacienda vacuna, ignoro en qué cantidad; Wagner, 5000 ovejas; Shuitembourg, estancia con vacas pertenecientes al señor Adet; Rivera y Blanchard, 15.000 ovejas; Bonvalot, 10.000. Cuéntanse, además, numerosos establecimientos de menor cuantía, estanzuelas y puestos que pueblan casi todo el territorio.

Hacia el norte están los toldos del cacique tehuelche Mulato, que posee unas trescientas vacas, otras tantas yeguas y ha formado una especie de pueblito indígena.

Todo esto asegura á Magallanes los medios de existencia, la seguridad de atender á las primeras necesidades de la vida, sin tener que esperarlos de fuera; contribuye también á su enriquecimiento, cuya fuente principal no es, sin embargo, la ganadería, sino el comercio, la explotación de minas... de mineros sobre todo, la caza de anfibios, los salvamentos y ¿por qué no decirlo? hasta la piratería misma, plaga que en muchos años no se desterrará de los mares del sur.

Después de comer nos preparamos á bajar á tierra, acompañados por el señor Jacobs, que nos invitó á pasar un momento en su casa.

—Lástima que no hayan llegado ustedes anoche —nos dijo.

—Hubieran conocido de una sola vez á la sociedad de Punta Arenas, porque, festejando el entierro de carnaval, hemos tenido un gran baile en el club. ¡Oh! ha estado muy bueno, muy animado, y se hubieran sorprendido ustedes agradablemente.

Cuando trepamos al muelle de pasajeros, cómodo y bien construido, era completamente de noche, y

reinaba en el pueblo una obscuridad sólo interrumpida aquí y allá por las luces de una que otra casa de comercio. Las calles de acceso al puerto se hallan en bastante buen estado, pero poco más lejos comienzan los pantanos y los rompecabezas, que la falta de alumbrado hace más temibles. Punta Arenas no ha tenido gobierno municipal, lo que explica el abandono de los servicios públicos.

—Pero dentro de poco tiempo vamos á tener luz eléctrica—nos dijo Mr. Jacobs.—Está contratada la maquinaria.

No era ya hora de visitar las casas de comercio, que cierran temprano, pues el movimiento nocturno es naturalmente escaso con la ciudad á obscuras; de otro modo, nos hubieran sorprendido algunas por su importancia y la multiplicidad de sus artículos.

Es curiosa la historia de algunos de esos establecimientos, como lo es la de las fortunas que en ellos y fuera de ellos se han formado. Repetiré una parte de lo que me han contado y de lo que he podido averiguar, como contribución al estudio de aquel pueblo extraño.

El fundador de una de las casas más fuertes de Punta Arenas, hoy fallecido, era desertor de una goleta lobera norteamericana. Quedóse allí, con intención de hacer por su cuenta la pesca del lobo, y asociándose con algunos presos de la entonces colonia penitenciaria, construyó un barquichuelo, en que se embarcó junto con veintitrés compañeros más, con destino á las *roquerías* de la Tierra del Fuego. Los expedicionarios permanecieron allí cuatro meses, en la mayor escasez, alimentándose casi exclusivamente de carne de lobo. Pero, en

Los establecimientos de Magallanes.

cambio de este sacrificio, volvieron á Punta Arenas con 22.000 cueros, ¡una verdadera fortuna!

El feliz iniciador de la expedición lobera, ó más hábil ó más cauto que sus compañeros, invirtió su capital á tanta costa adquirido, en la fundación de una casa de comercio, que prosperó á pesar de su ignorancia—ó gracias á ella; ¡quién sabe!—pues no conocía ni la o por redonda. Sus compañeros quedaron en la pobreza, y los que viven aún son simples trabajadores, mientras la fortuna que ha dejado aquél, suma muchos miles de pesos.

El actual vicecónsul de su majestad británica,—sucesor de Mr. E. S. Younge—señor Stubenrauch, llegó á Punta Arenas en 1883, como dependiente de los señores Wehrhahn y C.ª de Hamburgo y Valparaíso, que acababan de comprar la pequeña casa de comercio de Schöder, la mejor de la localidad en aquel entonces. Más tarde dirigió dicha sucursal, que hoy la ha comprado, dándole gran impulso. Ha sido el primer poblador de la Tierra del Fuego chilena, fundando un establecimiento ganadero en Gente Grande, allá por 1886.

Otro de los fuertes comerciantes de Magallanes, tuvo un punto de partida aún más humilde, pues llegó en 1882 como inmigrante y sin un centavo. Era un judío polaco, empeñoso y hábil, para quien todos los oficios eran medios de llegar á la realización de sus aspiraciones: fué panadero, fondista, carnicero, estanciero, y en pocos años alcanzó efectivamente á la fortuna.

Otro judío austriaco, desembarcado en 1884 en Punta Arenas con unas cuantas monedas de plata por único capital, puso un pequeño despacho de bebidas que atendía su mujer, mientras él trabajaba como blanqueador, vidriero, carpintero y otros me-

nudos oficios. Hoy tiene una casa de importación y exportación, cuyo capital no bajará de $ 150.000.

Harry Gray, que había sido mayordomo de un vapor del Pacífico, quedóse en Punta Arenas, según él mismo cuenta, poseyendo solamente dos libras esterlinas, con las cuales emprendió el comercio de objetos curiosos de los indios, quillangos, artículos de bazar, libros, etc.; trabajó con tan buena suerte, que cuando la revolución chilena, pudo presentarse al gobernador general Valdivieso, ofreciéndole cinco mil libras esterlinas en moneda contante.

Los que se han establecido ya con algún capital, como Aimé, Jounge, Blanchard, Meidell, Kurtz, Dobrée, etc., no han sido menos felices. Pero no faltan fracasos, sin embargo.

El más sonado es el de Mr. Saunders, víctima más de su confianza que de otra cosa. Saunders había sido herrero de la gobernación, y con sus economías estableció el Unión Hotel, á cuyo frente puso á su esposa, para dedicarse él á otros trabajos. El descubrimiento de yacimientos auríferos en Porvenir, puerto de la Tierra del Fuego chilena, situado al este de Magallanes, le incitó á probar fortuna como minero. En un principio marchó bastante bien, tanto que se embriagó con la facilidad del triunfo, y desechando medios más lentos pero más seguros, invirtió todo su capital en una mina —la Martha.

Las perspectivas de los primeros tiempos fueron muy halagüeñas, los rendimientos de la Martha, asombrosos: con cuatro ó cinco peones, á quienes pagaba $ 25 y la comida, extrajo de 400 á 500 gramos de oro por mes. Sus ilusiones subieron de punto, juzgaba aquello un tesoro inagotable, y para

explotarlo con mayor amplitud, dedicó todas las ganancias á adquirir instrumentos de trabajo, vías férreas, etc...

Desgraciadamente, en un viaje que hizo en busca de nuevos materiales para su mina, dejóla en manos de un empleado infiel que lo defraudó y huyó. Cuando regresó Saunders, habían desaparecido las arenas auríferas recogidas en su ausencia, los peones estaban impagos, las herramientas destruidas... Era la miseria.

Saunders ha vuelto, después de estar á un paso de la fortuna, á ser herrero de la gobernación de Punta Arenas.

De modo que aquella vida se ha formado, especialmente, con hombres de esfuerzo propio, y de modestos cuando no culpables antecedentes, llevados allí, ya por la indigencia, ya por el odio al castigo ó á la sujeción. Porque la primera población de Punta Arenas ha sido—como debe saberse—de presidiarios y de desertores. Curiosa amalgama de que tenemos algún ejemplar en el país, como varios que están dando la mano á los territorios del sur, y cuya historia no es del caso recordar.

La rápida formación de esas fortunas justificaba la afirmación del compañero de viaje: pocas comarcas quedan en la semivirginidad de esos parajes, pocos *pioneers* pueden ir todavía á trabajar donde no los haya precedido la especulación; el ruín artificio de valorizar terrenos que aún no han producido cosa alguna, justificaba esa afirmación y hacía nacer este pensamiento:

—¿Cómo gente tan patriota, abnegada, hábil, imbuída en los secretos de la economía política, vidente del porvenir, pronta al esfuerzo eficaz, puede gnorar aún que existe Punta Arenas, y que Punta

Arenas es una lección? ¿No está aquí la prueba palpable de que hemos errado el camino? Magallanes ¿no demuestra de un modo práctico y concluyente que era necesario *dejar hacer*? ¿Ha creado Chile esta colonia? ¿Se ha preocupado de formarla?

Lejos de eso. El vecino, hoy mismo, no vende tierras: las arrienda. Pero ha tenido el verdadero concepto del desierto.

—¿Quiere usted ir... tan lejos?

—Sí, señor.

—Pues, vaya usted.

—Pero... ¿garantías?

—Las que usted se procure.

—¿Inmunidades?

—Las que usted mantenga.

—Si. Pero ¿y la autoridad?

—La enviaré tarde, y entonces lo incomodará á usted lo menos posible.

—Mas, los derechos de aduana, para quien se arriesga á tanto...

—No los habrá.

—Y la policía, tan vejatoria en la campaña...

—Usted será su propia policía...

Y este concepto que vimos practicado por vez primera, en este siglo, allá en el Far West Americano, es el que ha formado á Punta Arenas, la más importante población del sur; como que con tales franquicias nadie temió ir á ubicarse, y á invertir capitales, aunque no tuviese el terreno en propiedad.

(Porque Chile no ha vendido ni vende esas tierras, y queda como propietario enfitéutico de ellas; política práctica que hoy, sin embargo, parecía darle resultados adversos, pues sus hacendados compran campos en la Argentina... Pero él se queda

con los suyos, que no se desarriendan, y que valen más cada vez.)

Australia, California, el Africa del Sur, todo viene al recuerdo cuando se visitan estas regiones recién abiertas al trabajo y la ambición.

Punta Arenas, ayer no más presidio, ha comenzado á crecer, á hacer *humus*—si se me permite decirlo—con verdaderos sedimentos sociales; y como se repitió á propósito de una colonia análoga, «tiene un clima moralizador», corrige y perfecciona. Es decir: los que van allí, después de una falta cometida porque el medio los obligó á ello en cierto modo, no la repiten, porque no la necesitan. *Sublata causa...* Buen argumento para los que solemos ver en el delito la obra de una fatalidad completamente humana.

Aquel pueblo, en parte, se compone de piratas, desertores, mineros, loberos, comerciantes sin escrúpulos, prostitutas, militares sin cabida en otros centros, marinos semipiratas, jugadores... y sin embargo es un pueblo que—aparte de ciertas exterioridades al fin y al cabo perdonables—puede ser comparado con cualquier otro, y de los más correctos...

¡Otro tema de estudio!

Cuando salimos de casa de Mr. Jacobs, que nos había invitado con una copa de champaña, y cuya señora había sido extremadamente amable con nosotros—visto que sólo estaban abiertas las confiterías, nos preguntamos unos á otros:

—¿Adónde podemos ir?

Y el problema parecía sin solución, cuando una voz exclamó, determinada:

—¡A casa de Piña! ¡A buscar á Piña!

¿Quién es Piña? El amigo de los argentinos. ¿Qué

hace? Comercio. ¿De qué especie? De todas. Es farmacéutico, fotógrafo, cigarrero...

—¡Vamos!

Y fuimos.

Y nos encontramos con Piña, un hombre grueso y jovial, ya entrado en años, que hace hoy por afición lo que antes hiciera para formar fortuna; vale decir que ha comanditado á sus antiguos dependientes que tienen la botica, la fotografía, la cigarrería... y lo demás.

Presentaciones hechas:

—¿Qué piensan hacer ustedes?—pregunta el señor Piña.

—Lo que usted quiera—le contestamos.

—¿Ir al club?

—¿A qué club?

—Al de Bomberos.

—¿No hay otro?

—No, señores, salvo el del Pito, sociedad recién formada y que todavía no tiene local. Ella es, justamente, la que dió el baile de anoche.

Desde Santiago de Chile conté á los lectores de *La Nación* lo que eran las sociedades de bomberos. Una de ellas existe en Magallanes, tan igual á sus iguales que no tengo por qué describirla.

Es el club de Bomberos un vasto edificio de madera, con varios salones, uno de ellos suficientemente grande para que se celebren en él funciones teatrales y bailes á que concurre toda la *haute* de Punta Arenas; en este salón están las bombas de incendio, los carros y demás elementos que posee la compañía de voluntarios; en otro salón más pequeño hay billares, mesas de juego, etc. El club es muy frecuentado, como que, fuera de los cafés y confiterías, es el único sitio de reunión.

Los viajeros fuimos muy galantemente recibidos por los socios, que nos agasajaron cuanto lés fué posible, como por regla general sucede á los argentinos que van á Chile, y pasamos en el club horas muy agradables en amena plática. A veces no faltan, sin embargo, descomedidos, pero en aquella ocasión el recibimiento no pudo ser más agradable y satisfactorio.

Cuando salimos del club era ya tarde, y sólo quedaba abierta en la villa una que, otra taberna ó fonda, y reinaba en ella un silencio profundo. Muchos de los que habíamos bajado á tierra, optamos por quedarnos á dormir en el hotel, vista la distancia relativamente larga á que había fondeado el Villarino.

En el hotel, bastante limpio y muy confortable en relación á los otros que habíamos visitado en Patagonia, encontramos enfermo en cama al teniente Guttero, comandante del Golondrina; tenía una afección bastante dolorosa á la garganta, pero felizmente no de gravedad, pues merced á los cuidados del doctor Luque, pocos días más tarde pudo volver al servicio.

Estaban también allí el ingeniero Krause y otros miembros de la subcomisión de límites, que pensaban reanudar sus tareas un momento interrumpidas. Allí iba á quedar, también, el ingeniero Pastor Tapia, acompañado por sus ayudantes Vernet Lavalle y Ambone, para trasladarse luego á San Sebastián, punto de partida de sus trabajos de mesura, amojonamiento y entrega de los lotes de campo en Tierra del Fuego, que acababa de vender el Gobierno nacional. La base de la operación era la línea de límites con Chile.

He olvidado decir que Tapia debió haber desembarcado antes en San Sebastián.

En efecto, cuando salimos de Gallegos hicimos rumbo á ese puerto para dejarlo allí antes de ir á Punta Arenas. Tarde y en una noche obscura como boca de lobo, avistamos las luces del Páramo, el establecimiento minero que fundara Popper; pero el mar estaba agitado, la costa es brava, la noche negra mostrábase lo menos propicia para un desembarco, así es que, apenas dejamos atrás las luces del Páramo, viró de bordo el Villarino, y navegó hacia el Estrecho, renunciando á su primera intención con gran pesar del ingeniero Tapia.

Este pudo afortunadamente encontrar en Punta Arenas los elementos necesarios para trasladarse con su comitiva y pertrechos á San Sebastián, donde le aguardaban nuevas y más penosas dificultades.

También en Punta Arenas quedaba otra serie de estimables compañeros de viaje: Sabatier, Nesler, y alguno más que habían contribuido á amenizar las largas horas de navegación.

Pero no había lugar para la tristeza.

La mañana siguiente amaneció radiosa, dorando las casitas de madera, haciendo brotar chispas de los cristales en las anchas ventanas, abiertas casi de extremo á extremo de las fachadas para aprovechar la escasa luz del invierno. Risueño era el aspecto de Punta Arenas, fresca y suave la temperatura; las vías públicas animadas presentaban un aspecto de fiesta consolador después de tantos días de soledad en los monótonos pueblos patagónicos.

Recorrimos, pues, las calles, á la espera del almuerzo, admirando algún edificio, como la casa de la señora viuda de Noguera, que no haría mala

figura en la Avenida Alvear, los numerosos establecimientos comerciales, atestados de mercaderías, los pequeños jardines como el del Banco de Londres y Tarapacá, y los improvisados en las ventanas, tras de cuyos vidrios brillaban las flores. Las calles son accidentadas, como las de Montevideo, y presentan pintorescas perspectivas; sólo que están—como ya he dicho—en un abandono tal, que no hay quien se anime á internarse en algunas de ellas.

Abundan los restaurants, los despachos de bebidas, los billares; no encontré en mi camino una sola librería, ya que no merece el nombre de tal una taberna donde se vende papel y algún libro escolar; pero no hay que extrañarlo, primero porque aquella población no es ni tiene por qué ser muy lectora, y porque artículos de escritorio y obras *de batalla* los hay en todos los bazares.

Pronto conocimos la villa entera, que—lo repito—nos agradó y sorprendió, más aún en aquella hermosísima mañana, y dirigimos nuestros pasos hacia el puerto, nos detuvimos ante el gran depósito de carbón del Gobierno chileno, y paseando por la calle Körner, tuvimos ocasión de visitar algunos astilleros, en que se construyen chatas y hasta vaporcitos destinados al servicio del Magallanes.

En las aguas del puerto había, aparte de nuestro Villarino y el Gaviota, dos ó tres buques mercantes, un sinnúmero de embarcaciones menores, y un buque de guerra chileno.

Allí tuvimos las primeras noticias del Bélgica, cuyas huellas íbamos á seguir hasta San Juan del Salvamento, para no tener luego más noticias de él.

El buque explorador que se dirigía á la Tierra de Graham, había estado pocas semanas antes en Punta Arenas, á refrescar sus víveres y sin novedad á bordo. Sus jefes y oficiales fueron muy agasajados durante su estadía en el puerto, y un vecino que posee una cría de palomas mensajeras les regaló varias, para ser el primero en conocer el resultado de su viaje... Un mes más tarde supe que de esas palomas sólo una había regresado, pero sin mensaje alguno...

Como se verá después, el Bélgica había sufrido algunos contratiempos bastante serios antes de llegar á la Isla de los Estados.

...Del puerto pasamos á las colinas que limitan la villa formándole como un telón de foro, y desde allí pudimos abarcar el panorama de la ciudad, sentados al pie de una cruz conmemorativa de una misión.

—¡Quisiera que alguno de nuestros gobernantes viera esto!—exclamó uno de nuestros compañeros. —¡Le daría vergüenza el abandono de los pueblos que nos pertenecen en el extremo sur!...

Y así es la verdad.

Un argentino que pise el suelo de Punta Arenas, no puede reprimir un movimiento de disgusto, de desconsuelo, y hasta cierto punto de envidia; no de envidia destructora y estrecha, sino de la que crea la emulación é incita á hacer, á esforzarse, á aprovechar elementos prácticamente utilizables, como lo demuestra aquel pueblo que seis años hace era apenas un villorrio...

Chile no descuida sus más alejados territorios. No hace mucho ha enviado un nuevo contingente de población á Punta Arenas, unos mil chilenos, cuya incorporación artificial á la villa no deja de

presentar serias dificultades, porque todavía no hay trabajo suficiente para todos, y la vida se les hace ardua en esas condiciones.

Pero obviará eso realizando obras públicas de importancia, ya proyectadas, con cuyo sacrificio logrará probablemente su propósito de nacionalizar aquel pueblo que hasta ayer era compuesto en inmensa parte de extranjeros.

XV

Los pobladores del Magallanes.

No había aún sonado la hora del almuerzo, y no sabíamos en qué ocupar el resto de la mañana.

—¿Vamos al Diluvio?—propuso uno de nosotros, ya conocedor de Punta Arenas.

—¿Qué es el Diluvio?

—Un café.

—¿Y por qué iríamos á un café y no al hotel, donde estaremos mejor?

—Por dos razones: porque en el Diluvio veremos á una parte, no poca, curiosa de la población, y porque allí podremos oir un poco de música. El dueño, que es un catalán bajito, colorado y cabezón, toca el piano con bastante habilidad, y luego, allá van á tomar el vermouth muchos loberos, mineros y merodeadores de las costas...

—Vamos, entonces.

El Diluvio es un pequeño establecimiento cuyo mueblaje se compone de un mostradorcito atestado de botellas, dos billares, un piano, algunas mesas y las sillas necesarias. Cuando entramos, presentaba un aspecto animado, pues casi todas las mesas

estaban ocupadas, y el propietario tocaba con brío una tanda de valses.

Este café y sus habituales frecuentadores han sido ya descriptos amena y fielmente por José S. Alvarez, en su trabajo «En el mar austral», aparecido hace poco, y no me detendré más sobre él. Pero como es, efectivamente, un punto de reunión característico, él también tiene que servirme como medio de conocer á los habitantes de aquellas extrañas regiones.

Había allí, como me lo indicaba mi compañero, curiosas individualidades, hombres enérgicos de rostro curtido por el aire del mar, seres innobles de mirada de ave de rapiña, jóvenes marcados con el estigma del vicio, y trabajadores agobiados por las fatigas de una existencia de lucha. Y de las mesas se elevaba una confusa y extraordinaria algarabía, mezcla de todos los idiomas, en que resaltaba de vez en cuando un modismo del país pronunciado con acento extranjero, ó un juramento que dominaba de pronto las sonoras y marcadas cadencias del piano.

En Punta Arenas se hace mucho la vida de café, lo que ha contribuido á dar á sus habitantes una fama no envidiable, sobre la que han recalcado muchos viajeros, desde Popper, que hizo la más cruel diatriba de aquel pueblo, hasta los que han escrito más recientemente.

Como, fuera de las expediciones á caza de lobos ó en busca de oro, la actividad es muy restringida, el café atrae á la gente, que en él hace vida social y en él se encuentra para hacer sus negocios.

En aquellos días el tema principal de las conver saciones era la reapertura de la caza de lobos, que después de cuatro años de prohibición, porque co-

menzaban á escasear dichos animales, tendría lugar el cercano 1.° de marzo.

Muchos se preparaban á emprender el lucrativo negocio, ya por su cuenta, ya por la de algún capitalista. Los que forman una expedición por su cuenta, no tienen generalmente grandes recursos, así es que se reunen varios, hacen sociedad, fletan un barquichuelo, invierten los fondos que les restan en provisiones de boca y ropas de abrigo, y se lanzan al mar, muchas veces para no volver, pues ora los destruye un naufragio, ora los arrebata el oleaje de sobre alguna roca desnuda en que han desembarcado para sorprender á los lobos... Cuando vuelven y la caza ha sido productiva, malgastan el dinero ganado á costa de tantos esfuerzos y peligros, en las tabernas, con mujerzuelas, ó en el juego devorador del *pocker*, que en Chile baja desde los clubs hasta los figones de última especie.

Los capitalistas que emprenden la caza del lobo son cada vez menos: el comercio da mejores rendimientos, con exigencias no tan grandes. Igual cosa ocurre con las minas, que ya no parecen ser sino recurso de desesperados. Más fácilmente se enriquece el que provee á los mineros y les compra oro, que el que lo saca de la negra arena en que está envuelto.

Las expediciones de mineros se hacen poco más ó menos lo mismo que las de los loberos. Se asocian cuatro ó cinco con cuarenta ó cincuenta pesos cada uno, compran víveres, compuestos de porotos, carne salada, charqui, harina, té y azúcar, adquieren lona para hacer carpas, fletan una pequeña ballenera, á veces un simple bote, y se van al sitio elegido, sobre el que alguno de ellos posee datos, ó

sencillamente á buscar terreno propicio en las cercanías de yacimientos conocidos ya.

Entonces comienzan los trabajos y padecimientos. Generalmente para obtener un puñado de oro, tienen que lavar arena meses enteros, de la mañana á la noche, sin tregua ni descanso, sufriendo los rigores de la intemperie, con hambre, aglomerados por la noche como indios en sus miserables carpas. Muchos no vuelven, porque se mueren de frío ó de enfermedad, generalmente producida por el *guachacuy*, aguardiente anisado de que llevan consigo abundante provisión.

Pero á veces la cosecha suele ser fructífera, y el minero regresa rico á Punta Arenas, de donde salió pocos meses antes empujado por la miseria.

Seis que volvían no hace mucho de una de esas expediciones felices, y que habían recogido dieciocho kilogramos de oro, fueron sorprendidos en medio del Estrecho por una formidable racha que les tumbó la ligera embarcación en que iban, arrebatándoles el fruto de sus fatigas y la vida misma de casi todos ellos.

Este año, y en el canal del Beagle, sucumbió otra expedición de mineros. Volvían también á Punta Arenas, cuando su pequeña ballenera fué tumbada del mismo modo. Los que en ese instante estaban sobre cubierta, menos dos que desaparecieron, lograron asirse de la quilla, quizá sólo para prolongar su agonía... De pronto sintieron golpes en el casco... dentro habían quedado, como en una campana de buzo, los compañeros que se hallaban abajo cuando el siniestro. ¿Cómo socorrerlos? ¿Cómo darles aire, para que pudieran vivir hasta la problemática y providencial llegada de auxilio? Si abrían un agujero, el nivel interior de las aguas subiría

inmediatamente, precipitando su muerte; si no lo abrían, la asfixia no podía tardar en producirse... Y los golpes de aquel ataúd flotante se repetían cada vez más desesperados, aumentando la angustia de los tristes que, á cielo abierto, también veían acercarse á grandes pasos el momento postrero...

De pronto el agua hirvió y se agitó junto al casco volcado, surgió una cabeza, luego un cuerpo, y no sin trabajo izóse un hombre hasta la quilla, donde hacían equilibrio sobre el abismo sus compañeros de desgracia.

Era uno de los que quedaron encerrados, un marinero correntino, gran nadador, que, buceando, había encontrado la escotilla y salido por ella, con rara fortuna... Los otros no sabían nadar... Descansó el hombre, y luego volvió á sumergirse en el agua, con su navaja abierta en la mano. Iba á tratar de desprender uno de los botes, trincado casualmente con cabo y no con cadena sobre cubierta: era la única esperanza de salvación, pues imposible sería mantenerse mucho tiempo en aquella postura sobre el resbaladizo casco. Dos y tres y cuatro veces sumergióse así, y por fin sus esfuerzos se vieron coronados, y el bote subió á la superficie... Entretanto, los golpes continuaban en el interior de la ballenera... Allí adentro, en la horrible obscuridad de la cámara, debía desarrollarse un drama que desgraciadamente sólo podía tener un desenlace: el abandono y la muerte...

Así fué, en efecto: el correntino y sus compañeros enderezaron y desagotaron el bote, y dando el último adiós á los enterrados vivos, se alejaron de su embarcación arrastrados por la corriente... Después de mil padecimientos, medio muertos de sed, de hambre y de frío, llegaron á Punta Arenas, más

pobres y desamparados que nunca. Allí estaban, en el Diluvio, contando su lamentable historia mientras bebían una copa de pisco, prontos quizás á emprender de nuevo análogas aventuras...

Y allí me contaron otras no menos desastrosas, algunas de las cuales acabo de encontrar de nuevo en una conferencia de Julio Popper, á quien prefiero ceder la palabra.

«Reproduzco—dice el conferenciante—la siguiente relación, hecha por un marino que hoy reside en Punta Arenas, el capitán Harry Michelsen. La doy á título de curiosidad, porque el espíritu humano se resiste á concebir todo lo aterrador que resume en algunas palabras.

»En uno de los viajes loberos que efectuó hace años á la Isla de los Estados, halló en sus playas un barril que contenía carne salada, que examinada detenidamente resultó proceder de restos humanos... ¡Horroroso producto de la desesperación!... ¡Carne de hombre en conserva!

»¿Habrá sido resultado de algún sorteo caníbal? ¿El último recurso de náufragos que por largo tiempo esperaron la salvación llevada por algún buque de paso? Nadie sabrá decirlo...

»Pero lo que puede afirmarse con seguridad, lo que está fuera de toda duda, es que un drama que tomó origen en la corte de Austria, en el que coincidía la alta nobleza del protagonista con los novelescos antecedentes de un casamiento morganático, que llamó la atención de todos los hombres ilustrados del mundo, tuvo su trágico desenlace en las abruptas costas de la Isla Desolación, donde, según todos los indicios, fué á estrellarse la Santa Margarita, templo flotante de una pasión amorosa. El archiduque Juan de Austria ó más bien Juan Orth,

y su adorada Milli Stubel, con todos los tripulantes que los acompañaban, encontraron su trágico fin destrozados quizás por la innumerable fauna que pulula á lo largo de las costas fueguinas, ó sepultados en la playa, bajo las cenagosas arenas eternamente azotadas por las rompientes.

»El capitán Goyet, comandante de la fragata francesa Almendral, de 1670 toneladas, perteneciente á la casa Bordes de Burdeos, refiere que el 24 de agosto del año próximo pasado, fué empujado por un temporal deshecho hacia los escollos del cabo Pilar, extremo oeste del Estrecho de Magallanes. La fragata se hallaba ya en el recinto de las enormes rompientes que se estrellan contra las rocas circundantes; el viento soplaba furioso; colosales olas iban á estrellarse contra el puente del buque, arrancando todo lo que se oponía á su paso. De un momento á otro podía chocar despedazándose contra los escollos que por todas partes le rodeaban, cuando por una circunstancia que el mismo capitán no se explica, encontróse arrastrado por una fuerte corriente hacia el interior del Estrecho, considerablemente averiado el buque, pero fuera ya de peligro. Detrás de él, en la misma desesperada situación, pero algo más al sur, frente á la Isla Desolación, quedaban luchando contra los desencadenados elementos, cuatro buques más, que seguramente perecieron, uno de los cuales respondía á la inscripción del Santa Margarita.»

La frecuencia de los naufragios, de que ya me he ocupado antes, da margen á una especie de oficio bastante lucrativo, á que se dedican muchos de los habitantes de Punta Arenas: el salvamento.

Por esta clase de operaciones, en que se ocupan algunos vaporcitos de las compañías ya citadas, y

las embarcaciones pequeñas, se cobran enormes sumas. Sé de un capitán que recibió en pago el 75% del cargamento que salvó.

Esas mercaderías van, por cuenta de las compañías de seguros, al comercio de Punta Arenas, que las expende baratas, dando mayores facilidades de vida á la población, aunque no al viajero de paso, á quien no se tiene consideración alguna.

—Aquel que ve usted allí—me dijo la persona que me servía de *cicerone*, señalándome á un hombre alto y fuerte, de aspecto decidido,—es minero, y si usted quiere, puede darle informes interesantes sobre el oro de estas costas.

—Si quiero... *¡puj hombre!*—¡como dicen por aquí!...

Lo llamó, y previas las presentaciones y la invitación al vermouth, el minero se puso en situación de ser interrogado.

—¿Abunda el oro por estos parajes?—pregunté.

—Aunque se haya perdido mucho el ánimo por los fracasos sufridos, hoy se trabaja todavía, y no con mal resultado.

—¿En dónde?

—Especialmente en Sloggett, en la isla Lenox, en la Nueva, en la Navarino, en todo el archipiélago que se extiende al sudoeste de esta última isla, hasta el paso del Breacknock, en la península Brunswick, y en la Tierra del Rey Guillermo donde Chile está colonizando...

—¿Y se saca mucho oro?

—Un tal Orestes Grandi, que trabajaba con algunos indios en la isla Lenox, sacó más de seis kilos en tres meses, lo que es bastante regular. Pero hay yacimientos mejores, que la casualidad puede hacer descubrir un día.

—Pero si usted afirma que los hay, será porque ya han sido descubiertos...

—Lo han sido, pero diré á usted... El minero que encuentra un buen paraje, trata de guardar su hallazgo secreto, para explotarlo él solo. Así ha ocurrido con Ceferino Mora, que en poco más de un mes, y ayudado por una mujer india, con elementos escasos y sin herramientas apropiadas, sacó más de dos kilos de oro, no se sabe de dónde. Lo sorprendió una helada, y á duras penas logró venirse á morir aquí; la india había muerto antes. Conociendo algunos el buen resultado material de su expedición y el gran rendimiento obtenido, quisieron comprarle el secreto, pero él no cedió y se lo llevó consigo, aunque le ofrecieran dos mil pesos y la mitad de lo que se sacara con mayores elementos, peones, etcétera. Era la fortuna, si se trataba de un sitio tan bueno como parecía... Ahora bien, usted comprenderá que ese yacimiento no está perdido, y que alguien ha de encontrarlo, tarde ó temprano.

—¿Y sólo hay oro en los puntos que usted me ha citado, ó también en otros?

—También se encuentra en las barrancas de Carmen Sylva, al este de Tierra del Fuego, en el Páramo, donde se estableció Popper; y se busca en varios parajes. Algunos mineros han ido hasta la Isla de los Estados, pero parece que sin éxito, aunque Pablo Hansen, vecino de este pueblo, diga que lo ha encontrado. Probablemente será en cantidad tan pequeña, que no compense el trabajo. En Zanja Pike, que usted habrá visto antes de doblar el Cabo de las Vírgenes, se encuentra oro hasta á doscientos metros sobre el nivel del mar... En cuanto á mí, creo que el oro de aluvión concluye en la línea

que corre del Cabo Peña á la bahia de Sloggett, y es fuera de duda que no lo hay lejos de la costa.

—Le agradezco mucho estos informes, señor, y aunque abuse de su paciencia, le pediré otro. ¿Qué tales relaciones median entre loberos y mineros?

El buscador de oro se sonrió, puso el codo sobre la mesa, apoyó la cara en el puño, y me miró un instante.

—Son lobos de la misma camada—dijo por fin.—El minero de hoy es el lobero de mañana, y viceversa. Unos y otros se prestan auxilio en caso de desgracia. Pero los loberos no frecuentan los mismos parajes, pues podrían ser perseguidos. Digo podrian, porque no se les persigue mucho que digamos. Figúrese usted que vienen desde Europa, como lo prueba el hecho de que en una de mis excursiones encontré en Puerto Cook una flecha clavada con la punta para abajo, con una tabla en que se leía este letrero, en inglés: «Un lobero á vapor *Jason*, capitán Larsen, 27 de octubre de 1893.» Enterrados al pie de la flecha había un tarro de carne conservada y una botella de whisky. La goleta lobera Sarah W. Hunt, norteamericana, cazó durante nueve años consecutivos, hasta que en 1895 le echaron el guante dos vapores chilenos. De aquí salen todos los años en julio, agosto y septiembre, goletas y pailebotes que van á cazar al sur, en las cercanías del Cabo de Hornos. Nosotros no vamos tan lejos, pero alguna vez los buques loberos que pasan de vuelta nos socorren.

—¿Y es muy importante el comercio de pieles?

—Mucho, sí, señor.

—¿A pesar de la prohibición de la caza?

—Sí; para cerciorarse no tiene usted sino que ver

las publicaciones comerciales inglesas. Los noruegos y los belgas son los que más se ocupan de esto, y con resultado, de tal manera que las precauciones que se toman para que no se extingan tan útiles animales, son completamente inútiles, y los gobiernos pierden con ellas entradas importantes para el erario. ¿Cómo perseguir á los loberos, cuando los lobos de dos pelos se han refugiado al sur, en las inmediaciones de Cabo de Hornos, donde no pasan buques de guerra, sino muy rara vez?...

Llegados á este punto, ya era pasada la hora del almuerzo, así es que nos despedimos del amable interlocutor, y salimos de El Diluvio para encaminarnos al hotel, donde ya nos aguardaban varios compañeros de viaje, echando pestes por nuestra tardanza. Se almorzó bien y alegremente aquel día, después de tantos de mala comida á bordo, y por la tarde se reanudó el paseo, menos interesante ya, pues habíamos visto casi todo lo que hay que ver en Punta Arenas. Por la noche debíamos embarcarnos para zarpar á la madrugada siguiente.

... En las fondas y bodegones había algunos marineros, escasos compradores en las grande tiendas, en las cuales el movimiento era pequeño: uno que otro carro dirigiéndose al puerto ó regresando de él cargado de mercaderías, pocos transeuntes ocupados en sus negocios, sin prisa, con mucho tiempo por delante. El sol alumbraba como con cariño aquella escena; parecía que quisiera despedirse de nosotros, y en efecto, después estuvo muchos días ausente de nuestra vista, haciéndonos recordar y echar algo de menos aquel día hermosísimo. Sólo por momentos, allá en los canales, nos dió inolvidables espectáculos, y en la prolongada residencia de la Isla de los Estados, asomó curioso para

vernos y escapar en seguida, haciendo que lo deseáramos más...

—Mucho se ha hablado hoy de naufragios—me dijo el compañero con quien recorría nuevamente las calles de Punta Arenas,—y de loberos, y de mineros, y de comerciantes. Todo eso es de gran interés, porque tiene cierto gusto á nuevo para nosotros. Si tratáramos de saber algo más al respecto, ya que no hay cosa mejor que hacer...

—Era mi idea—contesté.—Vamos.

—Pero, ¿adónde?

—¿Adónde ha de ser sino al Diluvio? Probablemente allí nos aguardará el minero de esta mañana, que podrá darnos más noticias.

Debo advertir una vez por todas, y como demostración de agradecimiento, que la mayor parte de mis compañeros de viaje se han constituido por propia voluntad y con la mayor galantería—tanto los que fueron, como los que regresaron conmigo, —en otros tantos decididos y utilísimos colaboradores de este trabajo que, sin tal ayuda, hubiera sido más incompleto de lo que es. Y continúo:

Fuimos, en efecto, al Diluvio, que estaba—cosa extraña—completamente solo. Pero no tardaron en llegar clientes que ocuparon los billares, acompañando con el chis-chas de las bolas, el trozo de ópera que el dueño de casa tocaba en el piano á pedido nuestro. También fué el minero, que se acercó inmediatamente á nuestra mesa. Entonces pude examinarle á mi sabor.

Era, como ya he dicho, un hombre alto y fuerte. Sus anchas espaldas estaban, sin embargo, algo agobiadas, y su rostro enérgico, poblado de barbas bermejas y coronado por espesa y dura cabellera, tostado aquí, rojizo allá, presentaba hondas y te-

rrosas arrugas, sobre todo en la frente y junto á la nariz ruda y arqueada. Adivinábase que había padecido y gozado mucho en los treinta y cinco ó cuarenta años de su vida, y que su mano callosa y seca había manejado tanto el plato del lavador de oro cumo el cubilete de los dados. Quizá sea presunción, y este descubrimiento del carácter por los rasgos fisionómicos haya venido *ex post facto*, después de conocerlo por los indirectos informes recibidos y por la relativa saturación del medio... Sea como sea, el hombre era interesante.

Nos relató diversas aventuras, nos describió los múltiples padecimientos del aventurero de esas regiones, contónos de hombres enriquecidos y empobrecidos en un abrir y cerrar de ojos, nos hizo historia de otros, llegados de repente al bienestar...

—Pocos—terminó—han podido triunfar por falta de elementos, por no tener suficientes capitales, ó por no tenerlos en absoluto. Para dar gran rendimiento, la arena aurífera tiene que ser trabajada con procedimientos modernos, con buena maquinaria... Popper tenía razón.

—A propósito de Popper—interrumpí,—¿qué se piensa de él por acá?

—¡Pschél No se le quiere mucho que digamos, ni aun después de muerto. También es verdad que antes habían querido matarlo, y que el obispo Fagniano y otros lo salvaron de una pueblada y lo hicieron embarcar. Sin embargo, era un hombre fuerte é inteligente, cuya influencia se ha sentido para bien de estos parajes, aunque sobre todo se ejercitara en beneficio suyo. Al fin, él fundó el establecimiento minero de San Sebastián—el Páramo—y él más que otros hizo conocer lo que era la Tierra del Fuego. Aquí, despreciativamente, le llaman aven-

turero, y yo digo «¿y qué somos nosotros? ¿qué es la mayoría de los habitantes de estas tierras y de estos mares? Sólo que Popper era un aventurero de talento y un hombre de hierro». Y es verdad: su carácter dominador lo hizo extralimitarse algunas veces. Luchó con gobernadores, con policías, con mineros que iban en hordas á su concesión, con los indios, con todo el mundo... y por fin acuñó moneda que daba en cambio de oro en polvo, é imprimió estampillas de correo, que hasta en Chile circulaban... ¡Oh! nunca fué blando. Me he tenido que sonreir, al leer una de sus conferencias en que se lamentaba de la amarga suerte de los indios, como si él no los hubiera cazado también cuando su primera expedición, con detalles que no son para repetidos. Pero era un hombre de una actividad pasmosa, de una energía indomable, cuyo papel estaba limitado á lo que hizo: conquistar en cierto modo estas regiones y darlas á conocer al mundo. Y eso lo hizo bien, aunque muriese joven, con tanto impulso se lanzó á realizarlo...

—Mas ¿por qué quisieron hacerle daño aquí, en Punta Arenas?

—¿No lo adivina usted? Pues es muy sencillo. El, con un piquete de policía, rechazaba á los mineros que iban de aquí á lavar en el Páramo y sus alrededores. Hasta una vez corrió á un grupo con muñecos atados á caballo... Luego después, los que habían trabajado con él, no estaban contentos con la paga recibida... Natural era que no se le quisiese, y hasta que se tratase de jugarle una mala pasada...

—¿*Boycotearlo* lynchándolo?

—Justamente.

—El procedimiento es expeditivo. Pero Popper

se ha vengado de él, diciendo lo indecible de Punta Arenas.

—Y lo han vengado otros, que hoy hacen lo mismo, ó peor que él, aprovechándose del trabajador, pagándole con vales que sólo tienen curso en su establecimiento—un *boliche* con bebidas y un poco de ropa, en que se quedan todos los salarios, por crecidos que sean. También es cierto que el trabajador europeo tiene que soportar la tremenda competencia que le hacen los chilotes, los de Chiloé y Chonos, que se *conchaban* por diez, doce y quince pesos mensuales para trabajar en las minas, y que vienen á ser como una especie de esclavos, pues siempre deben más á sus patrones, por *guachacay* y alguna camiseta, que lo que han de ganar en muchos meses. Pero ellos soportan bien estas estrecheces, acostumbrados como están á vivir de choros y luche.

—¿Qué es eso?

—Choros son mariscos, los que ustedes llaman mejillones; y luche es una preparación que hacen con la fruta del cachiyuyo, de esas algas que verá usted después en gran abundancia. Los chilotes, cuando han juntado algunos fondos, suelen decir: «Vámonos á Chile á comer comida», con lo que expresan que van á Valparaíso ó Santiago, donde comerán carne. ¡Oh! esos hombres son muy curiosos, y si fuera á Chiloé no perdería usted su viaje. Hasta vería—como yo lo vi hace algunos años, y si no han cambiado las cosas—remates de mujeres, que el marido ó el amante vende para siempre, por unos cuantos gramos de oro ó alguna otra fruslería. Usted no lo creerá, pero es así.

—En efecto, permítame usted que lo dude hasta que lo vea... y no se ofenda por ello.

—¡Ofenderme!... Ya sé que es una verdad inverosímil...

En el curso de la conversación habíame sorprendido la facilidad y la corrección relativa con que se expresaba, y se lo dije en una perífrasis más ó menos acertada.

—No lo extrañe—repuso.—He sido muchos años marinero, me he acostumbrado á ver y á comprender las cosas en mis largos viajes por todos los países del mundo, y algunas lecturas me han enseñado cómo se dice lo que se sabe. Hay muchos que todavía visten la blusa del marinero, que ustedes juzgan toscos é ignorantes y con quienes conversarían horas enteras. Así se sorprenderá usted cuando le diga, que aparte del español, que he aprendido en España, en la Argentina y aquí, hablo bien el alemán—lo soy,—más que regular el francés, el inglés, el italiano, el portugués... y comprendo el ona y el yagán...

El minero nos contó, luego, en pocas palabras, su vida desde que desertó de Buenos Aires hasta que fué á dar á Punta Arenas, en la última miseria. Allí había podido trabajar por su cuenta gracias á lo que le produjo su participación en un *raque*...

—¿*Raque*? No entiendo.

—Así decimos nosotros, y tenemos también un verbo especial: *raquear*.

—¿Qué significa?...

—Ir á un salvamento. «Vamos al raque» ó «Vamos á raquear» quiere decir: «hay un buque náufrago, y en el salvamento puede ganarse dinero; vamos.»

—¿Y de dónde sale ese modismo?

—Es una corrupción de la palabra inglesa *wreck*,

que se pronuncia *rek* y que significa naufragio. Tantos ha habido, y tantos han vivido de ellos, que, ya ve usted, hasta verbo hay para la operación...

Iba avanzando la tarde, queríamos comer en tierra, y era preciso embarcarse aquella noche. El minero no aceptó nuestra invitación, le agradecimos sus curiosos informes, y nos despedimos de él, quizá para no volver jamás á verlo.

XVI

Antes de zarpar.

Punta Arenas tiene dos periódicos: *El Magallanes* y *El Porvenir*. *El Magallanes*, que es el más antiguo, sale dos veces por semana, presenta buenos materiales, y está empeñado en una campaña contra los padres salesianos, que lleva con cultura, y que tiene verdadero interés.

«No nos guía—ha dicho—el espíritu de abrir una campaña religiosa contra la institución salesiana establecida en Punta Arenas. Unicamente queremos defender los intereses de industriales de Magallanes, y, á la vez, los de mil quinientas ó más personas que viven en esta región del trabajo de los aserraderos de madera... Defendemos los derechos de esos centenares de personas que quizás antes de un año van á quedar sin el pan de cada día...»

Cuenta el citado diario que, llegados los padres salesianos á Magallanes, comenzaron por establecer una hacienda de ovejas en la isla Dawson, estancia que va adquiriendo notable desarrollo.

Más tarde—añade—se hicieron armadores, pro-

veyendo hasta ahora la goleta María Auxiliadora, cuyo mantenimiento les cuesta bien poco, puesto que la tripulan con indígenas fueguinos que no perciben sueldo alguno, teniendo sólo un capitán pagado. Posteriormente han establecido en Dawson un aserradero á vapor, en cuya instalación han invertido algo como treinta mil pesos. Tienen ahí también una curtiduría que principia á funcionar. Por último, quisieron establecer en Punta Arenas el alumbrado eléctrico de la población, pero este nuevo negocio puede considerarse como fracasado.

«Como se ve por la ligera enumeración anterior— termina *El Magallanes*,— los salesianos no sólo se dedican al culto divino, sino también al cultivo de industrias diversas, mereciendo de sobra el calificativo de sacerdotes-industriales.»

He tenido ocasión de pedir opiniones é informes sobre el asunto á personas serias y penetradas de él, cuyas opiniones han coincidido con las de que efectivamente los establecimientos mercantiles de los salesianos, dañan más que benefician, pues ni siquiera tratan de civilizar á los indios, sino de valerse de los que á ello se prestan como instrumentos gratuitos de trabajo. El mismo proceder observan en la Tierra del Fuego argentina, por lo cual es más interesante aún la campaña del diario chileno, que se alarma con razón del abaratamiento artificial de la madera en un aserradero que no paga la mano de obra, arruinando á los que pagan á sus obreros. Tomemos nota de los datos que ofrece.

«En los alrededores de Punta Arenas, desde Tres Brazos por el sur, hasta Río Seco por el norte, hay nueve aserraderos establecidos, algunos de ellos desde muchos años, y son:

Tres Brazos, á vapor, de D. M. Braun.

Leñadora, hidráulico, de la sucesión de D. José Baereswyll.

Río de la Mano, á vapor, de D. F. Mateo Bermúdez.

Montaña, á vapor, de D. H. Booten.

Río de las Minas, á vapor, de D. R. Hamann.

Comisiones suizas, á vapor, de los hermanos Davet.

Tres Puentes, á vapor, de D. Juan Bitsch.

Río Seco, á vapor, de D. A. W. Scott.

Puede calcularse el valor de estos nueve aserraderos entre terrenos, edificios, maquinarias, muelles, ferrocarriles, etc., en trescientos mil pesos.

En los contornos de algunos de ellos, como en Tres Brazos, Tres Puentes y Río Seco, se han formado verdaderos núcleos de población. Los de Río de la Mano han hecho llegar hasta allá la población de Punta Arenas, de modo que se les puede considerar como incluidos en la parte urbana de la capital.

Los nueve aserraderos nombrados ocupan, más ó menos, de 700 á 800 hombres, entre cortadores de palos, aserradores, carreteros, mecánicos, empleados en las maquinarias, etc.

Ese número de hombres representa quizás quinientas familias, lo que significa de 1500 á 2000 personas (hombres, mujeres y niños). Puede, pues, calcularse que de una cuarta á quinta parte de la población total del territorio, vive de los establecimientos de aserrar maderas. Y se comprende que sea así, puesto que toda la ciudad de Punta Arenas, ya bastante extensa, está construida en madera, como también las instalaciones y casas de todas las estancias de la Patagonia, tanto chilena como argentina, las de la Tierra del Fuego, y aun las po-

blaciones de Gallegos y Santa Cruz, que se surten de esta plaza.»

Nótese que el dato último es perfectamente exacto, aunque tengamos un aserradero *oficial* en Ushuaia y uno particular en Lapataia... Pero ¿qué hacer si los transportes casi no conducen carga, en relación con las necesidades de nuestras poblaciones patagónicas?...

Otro mercado importante para las maderas de Punta Arenas, son las Islas Malvinas, en donde no tocan nunca nuestros buques de guerra—los transportes lo son,—por las razones que comprenderá á primera vista el lector.

La cantidad diaria que los nueve establecimientos citados pagan á la población obrera, puede estimarse en $ 1.000, porque el jornal medio de cada operario varía entre $ 2.50 y $ 5. Unos tienen sueldo fijo y los más trabajan por su cuenta, vendiendo los palos á los aserraderos. Todas las familias que viven de los aserraderos han construido sus casas más ó menos grandes, cultivan su huerto, poseen algunos animales, etc., lo que en el conjunto significa una riqueza para Punta Arenas.

«Pues bien—exclama el diario,—esa valiosa industria, esos hombres y sus familias, se hallan ahora con la gravísima amenaza de no tener en qué ocuparse, lo que significa el hambre para dos mil personas.»

La baja constante del precio de la madera, provocada por los salesianos de la Isla Dawson, ha sembrado, en efecto, el pánico entre todos los aserradores que, si continúa, tendrán que clausurar sus establecimientos, que ya hoy mismo no les dan beneficio alguno. Ese sería un rudo golpe asestado á Punta Arenas, y que retardaría indudablemente su

progreso, dando á una sola sociedad comercial el monopolio de la industria más favorable al aumento de su población.

El precio á que los salesianos venden su madera, es el de cuatro centavos papel el pie, y á los demás propietarios de aserradero les será imposible competir, mientras no hallen el medio de hacer trabajar gratuitamente á sus hombres.

Tal es el grave problema planteado hoy en Magallanes, y del cual pende en cierto modo su porvenir, pues la ganadería reclama pocos brazos, y no es la industria más indicada para formar pueblos.

Lástima sería que ese tropiezo se convirtiera en obstáculo invencible, agrandado como está por la resolución de no vender las tierras fiscales, que en el momento actual, y como ya he dicho, retrae un tanto la afluencia de nuevos pobladores, y la radicación definitiva de los antiguos.

Pero Chile tiene el derecho de gobernarse en su casa completamente á su gusto; y decidir—por otra parte,—si hace bien ó mal en no desprenderse de esos campos, sería partir de ligero; no hay que olvidar, en efecto, los perjuicios que al país ha causado la venta inconsiderada de nuestra tierra pública, ni tampoco el escasísimo adelanto de las zonas que han sido reservadas. Un poco de ambos sistemas, prácticamente combinados, sería lo mejor, y el eclecticismo se impone, para que la inmigración encuentre donde ubicarse y trabajar, y para que la nación no se despoje por completo de lo que mañana puede serle eficacísimo recurso.

Entretanto, y aun en su situación actual, si no se agrava, Punta Arenas seguirá atrayendo gente de todas partes, como centro comercial de primer orden en el sur, como puerto de movimiento y como

villa proveedora de una zona inmensa, que va desde el golfo de San Jorge hasta el Cabo de Hornos.

Hasta hoy sólo Gallegos podría hacerle competencia, pero... Gallegos es uno de sus clientes principales, y lo será ostensiblemente, ó por medio del contrabando, mientras no se le coloque—y al par de él á los demás puntos patagónicos,—en situación de hacer comercio con Europa, sin necesidad de ayuda de vecinos.

La importación y exportación libres de derechos, es una condición imprescindible de progreso para la Patagonia, tanto más, cuanto que lo contrario es perfectamente inútil. Para impedir el contrabando, el fisco tendría que gastar en un año diez veces más que el producto de todas las aduanas del sur, y todavía se vería burlado y defraudado. En cambio, con la libertad aduanera, ganaría la formación rápida de pueblos como el que me ocupa, toda vez que los gobiernos de territorio no se opusieran inconscientemente á él.

Pero no es sólo la libertad de aduana lo que crea el predominio comercial de Chile al sur de América: la vecina república tiene algo que ofrecer á los navegantes europeos: carbón. Este carbón es de mala calidad, mejor dicho, es lignito; pero les permite dejar en sus bodegas mayor espacio para sus mercaderías, sirviéndose de él—mezclado con hulla—hasta llegar á Montevideo.

Nosotros también tenemos carbón análogo, pero no se explota todavía por falta de hombres de empresa, y de fomento inteligente por parte del Gobierno. Si hubiera carbón de buena calidad en la Tierra del Fuego argentina, á la entrada del Estrecho—y puede obtenerse con el mismo lignito, valiéndose de procedimientos industriales poco cos-

tosos, — no hay duda de que los trasatlánticos aprovecharían esta circunstancia, no para abandonar completamente el mercado carbonero chileno, sino para no cargar tanto combustible, y adquirir lo consumido en el trayecto, realizando así una nueva economía.

Mas todo esto será también inútil, mientras no se haga un plan completo de gobierno para esas comarcas, y mientras vayan á dirigirlas hombres sin preparación, sólo preocupados de los detalles visibles del momento; ó convencidos de que esas gobernaciones son medios de medrar, y no otra cosa; ó enfermos de autoritarismos que no hallan campo más amplio en que dar pábulo á su pasión. En esto se ha mejorado bastante, á decir verdad. Pero, siendo los Gobernadores sólo prefectos del Ejecutivo Nacional, ¿obedecen á un criterio único y bien determinado, como debiera ser?...

Y ¿qué añadiremos, en esta ligera recapitulación, á lo ya dicho, sobre los transportes nacionales, que tan mal sirven á todo ese sur, abandonado á su suerte, más alejado de nuestros grandes centros comerciales de lo que éstos se hallan de Europa?...

La comunicación es la incorporación. Si se quiere que Patagonia y Tierra del Fuego sean argentinas, hay que ligarlas estrechamente á los núcleos argentinos. ¿Los medios? Cualquier hombre, por poco versado que esté en lo que se llama ciencia político-económica, podrá arbitrar teóricamente unos cuantos. En la práctica, teniendo en cuenta las costumbres oficiales sudamericanas y especialmente las de nuestro país, sólo hay uno: entregar la navegación del sur á empresas particulares.

De cuatro transportes nacionales con que se

cuenta hoy para ese servicio, uno está en Europa, el Santa Cruz; otro en comisión, el Villarino; el tercero, en compostura desde hace larguísimos meses, con trabajo para muchos meses más, eterno y achacoso como su nombre: El Tiempo. Sólo el 1.° de Mayo anda en funciones, y en su último viaje el 1.° de Mayo tardó, como el arca de Noé, ¡cuarenta días y cuarenta noches en llegar de San Juan del Salvamento á la dársena sur!...

No hay que contar el transporte Ushuaia, al servicio exclusivo de la Gobernación de Tierra del Fuego, y cuyo itinerario se limita al extremo austral.

¡Dígase, después de esta rápida enumeración, que aquellas regiones son protegidas y ayudadas!...

... Comprenderán los lectores que, entretanto, había sobrevenido la noche, habíamos comido, y después de despedirnos estábamos ya á bordo del Villarino, que se preparaba á zarpar. Izábanse los botes, probábase la máquina, y en la driza dirigida al sur flotaba la bandera de salida.

Quedábamos á bordo un puñado de pasajeros: el comandante Funes, el capitán Demartini, de la Serna, jefe del faro de Punta Laserre y su señora, el doctor Pinchetti...

Parecía que nos despidiéramos del mundo civilizado...

XVII

El triunfo del paisaje.

Al partir de Punta Arenas, nuestro itinerario era el siguiente: canal de la Magdalena, canal Cockburn, paso del Breacknock, canal Darwin, canal del Beagle, bahía de Ushuaia...

Quien examine con algún cuidado el plano que acompaña á este capítulo, comprenderá que en ese trayecto iban á presentarse ante nuestra vista espectáculos por lo menos curiosos de la Naturaleza: los tuvimos sorprendentes, grandiosos, inesperados. Los accidentados y tortuosos canales que iba á recorrer el Villarino, después de salir del Magallanes, navegando primero hacia el sur, luego al sudoeste, para dirigirse después al este, casi en línea recta, son una verdadera maravilla, insospechada por cuantos imaginan el sur como un páramo helado, sin vegetación, sin vida, como un desierto casi polar, que sólo fuera sugestivo por su misma inmensidad.

El pequeño plano, tomado con bastante exactitud de la carta Fitz-Roy, corregida y aumentada por los hidrógrafos de la Romanche, bastará para dar una

idea clara de la extraña topografía de aquellos parajes, no bien delineados en los mapas de uso común. Se verá en él sinnúmero de islas, escollos,

peñascos, islotes, caletas, bahías, que forman como un caprichoso encaje, en la costa de Tierra del Fuego, tan extraordinariamente recortada. La extraña forma del cabo Valentín, en la isla Dawson, que ter-

mina hacia el norte, en el Magallanes, como una punta de lanza. La curva relativamente suave de la península Brunswick, sembrada de cerrillos. El canal San Gabriel, que separa la isla Dawson de la Tierra del Fuego y acaba con la aguda y atrevida punta Ansiosa. El de la Magdalena, limitado al oeste por los entallados bordes de la isla Clarence. El Cockburn, curvo, lleno de islotes, con ampliaciones dadas por las bahías y los puertos. La península Breacknock, encorvada como una garra de ave de rapiña, con la concavidad interna de la bahía Courtenay. El paso de Breacknock, cuyos bajíos, escollos y piedras, no ha podido aún demarcar por completo carta alguna. La isla Basket, la isla Quemada, que dejan entre una y otra un claro, un vacío, desde donde se ve la inmensidad del Pacífico, detrás de la bahía Desolada, en que altas peñas surgiendo de las aguas justifican su nombre, y aun más, pues llegan á producir temor hasta cuando la superficie del canal y del mismo océano se riza apenas con la brisa. La isla Stewart, la Londonderry, la O'Brien, que situada entre la anterior y la Tierra del Fuego, forma dos canales que, unidos luego, dan nacimiento al canal de Darwin, continuado después por el del Beagle. (1)

«El canal del Beagle—dice Darwin,—descubierto por el capitán Fitz-Roy en su primer viaje, constituye uno de los notables caracteres de la geografía de este país, y podría decirse de todos los países. Puede comparársele al valle de Lochness en Escocia, con su cadena de lagos y de bahías. Ese canal tiene, más ó menos, 120 millas de largo, con un ancho medio—ancho que varía muy poco—de dos

(1) *Beagle* significa *sabueso.*

millas aproximadamente. Es casi en todas partes tan perfectamente recto, que la vista, limitada á un lado y otro por una línea de montañas, se pierde en la distancia. Atraviesa el Beagle la parte meridional de Tierra del Fuego, en dirección este-oeste; hacia la mitad, un canal irregular llamado el *Estrecko de Ponsonby*, viene á unírsele, formando ángulo recto con él.»

Sobre ese canal están las bahías Yandagaia, Lapataia y Ushuaia, dominada esta última por el agudo pico del monte Olivia.

—¡Ahora sí que va usted á ver panoramas espléndidos!

Era el segundo Méndez, que se acercaba á mí, sonriente, satisfecho de navegar, como marino de raza.

—Pero—añadió,—para verlo todo es necesario no distraerse, no quedarse en la cámara...

Ibamos aún por el Estrecho, con tiempo excelente, algo frío, pero agradable. El cielo comenzaba á cubrirse de brumas, de nebulosidades que en el sur lo ocultan casi continuamente. El Villarino, marchando á todo vapor, se mecía apenas sobre el agua tranquila, y parecía deslizarse con elegancias de patinador, coquetamente, reflejando la blancura de su casco en las ondas verdosas...

Allá, á la derecha, doblaba el Estrecho hacia el noroeste, entre la península Brunswick y la isla Clarence; enfrente, alzábase un monte rodeado de alturas, y el canal de la Magdalena semejaba cerrada bahía, solitaria y triste. Las rocas peladas, el agua mansa, la recortada costa, el cielo turbio, todo se fundía en una coloración melancólica de tonalidad tan armoniosa, que se sentía no ser pintor para trasladarla al papel con los ligeros toques y

las blandas tintas de la acuarela. Era aquello un país de ensueño triste y sentimental, una tierra y un mar, escenario de pasiones insaciadas, de desalientos mortales, de amarguras sin término; allí cabía una novela de descreimiento y desengaño; allí el pincel encontraría el cuadro sugestivo de la aridez de la existencia.

—¡Qué hermoso es esto, á la verdad!

—¡Oh, ya. verá, ya verá!—contestó Méndez.—Espere á que entremos en los canales.

Ningún signo de vida presentaba allí la Naturaleza; un silencio profundo reinaba en torno. «Oíase aquel silencio,» como dijo el fantástico escritor, y la soledad, sin una vela en lontananza, sin un humo en las costas, tenía no sé qué de vagamente terrorífico. Sólo el agua vivía, ondulada hasta perderla de vista, móvil pero también taciturna. Y el Villarino continuaba su marcha, casi abandonado, él, que salió de Buenos Aires llevando á su bordo á un pueblo entero, él, en cuya cámara se oían voces, risas, alegres notas del piano, y en cuya cubierta había siempre un pululamiento, un ir y venir inacabable. Murúa y el timonel en el puente. Méndez y cuatro ó cinco pasajeros á popa... Y así, no distraídos por influencia externa alguna, veíamos pasar ante nuestros ojos, lentamente, como en fantástica procesión, montes y bahías, cerros y costas á pico, islas y escollos, dotados para nosotros de extraño movimiento.

La luz tamizada por nebulosidades, iluminaba sin embargo con vigor el cambiante panorama.

Aquí y allá sobre las costas erguíanse montículos abruptos, y de vez en cuando una mancha verde, tendida en la orilla, anunciaba la cercanía de la vegetación triunfal de los canales.

La nieve, en las alturas, señalábase apenas como una sombra blanca, preparando, en pleno verano, el helado sudario invernal que envuelve las rocas y cuelga de los árboles en pintorescos jirones.

El Villarino avanzaba deslizándose por el agua rizada en la calle que forman las costas más escuetas cada vez del canal de la Magdalena, ya cerca del paso del Breacknock.

—¿Vamos al puente?

El segundo Méndez comenzaba su cuarto; Murúa iba á descansar.

—Vamos.

Desde arriba se abarcaba más amplio el paisaje, el lago aparente formado por la curva del canal, las rocas plomizas, los islotes verdes, el cielo al mismo tiempo claro y ceniciento, sin la victoria del sol.

Seguimos navegando varias horas, que sin embargo, transcurrieron rápidas, y entramos al paso temible del Breacknock, semillero de escollos y bajíos, que en tiempo de niebla es barrera casi infranqueable, siempre amenazadora para el marino.

Fué benigno. La luz intensa, el viento en calma, la mar bonancible, dejaron pasar al Villarino como un gran pájaro austral que apenas humedeciera sus plumas en la onda.

Las cartas marítimas, tan minuciosas sin embargo, no señalan todas las piedras de aquel sitio, piedras que acechan al navegante, descubiertas sólo por el hervor del agua y por las ya lívidas ya rosadas matas de cachiyuyo, esa alga colosal que tiende desde el fondo sus brazos mucilaginosos y llega á veces á 100 metros ó más, á lo lejos.

—¿Ve el cachiyuyo?—preguntó Méndez.

—¿Aquellas manchas verdosas?

—Sí.

—Parece brotar de la superficie del agua, tendiéndose sobre ella.

En efecto. Y el cachiyuyo es el amigo del marinero. En el sur no hay escollo que no esté *aboyado* por él...

—¿Aboyado? ¿Qué quiere decir eso?

—Viene de boya, porque, efectivamente, las matas de cachiyuyo hacen el mismo servicio que ellas, indicando los sitios peligrosos. A veces tal peligro no existe, porque la mata, adherida á la roca, sube desde una gran profundidad.

Más tarde, leyendo á Darwin, he hallado detalles sobre esta planta extraordinaria.

«Encuéntrase en la Tierra del Fuego—dice—un producto marino que por su importancia merece especial mención. Es una alga, la *Macrocystis pyrifera*. Esta planta crece sobre todas las rocas, hasta una gran profundidad, sobre la costa exterior y en los canales interiores. Creo que durante los viajes de la Adventure y del Beagle, no se ha descubierto roca alguna cercana á la superficie que no estuviera indicada por esa planta flotante. Compréndese en seguida los servicios que presta á los barcos que navegan en aquellos mares tempestuosos; á muchos sin duda ha salvado del naufragio. Nada más sorprendente que ver á aquella planta creciendo y desarrollándose en medio de esos inmensos escollos del océano occidental, en sitios donde aglomeración alguna de rocas, por duras que fueran, podría resistir largo tiempo á la acción de las olas. El tallo es redondo, viscoso, liso, y rara vez llega á una pulgada de diámetro. Varias de esas plantas reunidas son suficientemente fuertes para soportar el peso de las gruesas piedras de que brotan en los canales

interiores, y sin embargo, ciertas piedras de esas son tan pesadas que un hombre no podría sacarlas del agua para ponerlas en el bote.

»El capitán Cook dice, en su segundo viaje, que en la tierra de Kerguelén esa planta se eleva de una profundidad de veinticuatro brazas. Ahora bien, como no crece en dirección perpendicular, que forma un ángulo bastante agudo con el fondo y luego se extiende á considerable distancia en la superficie del mar, créome autorizado á decir que algunas de esas plantas se extienden á sesenta brazas y más. No creo que haya otra planta cuyo tallo llegue al largo de 350 pies de que habla el capitán Cook. Además, el capitán Fitz-Roy las ha encontrado á 45 brazas de profundidad.

»Las capas de esta planta marina, aun cuando no tengan una gran extensión, son excelentes rompeolas flotantes. Es curioso ver en los puertos expuestos á la acción de las olas, con cuánta rapidez grandes olas que vienen de fuera disminuyen su altura y se transforman en agua tranquila, apenas atraviesan esos tallos flotantes.»

En una nota observa Darwin que esta planta se extienden por una región inmensa. Se la encuentra desde los islotes cercanos al Cabo de Hornos, hasta los 43 grados latitud norte, por el lado oriental. En el occidental se la encuentra hasta río San Francisco, en California, y quizás también en Kamstchatka.

Más curioso es todavía el hecho siguiente que he podido observar, y que describe Darwin con gran exactitud, diciendo:

«El número de criaturas vivientes de todos los órdenes cuya existencia está íntimamente ligada á

la de estas algas, es verdaderamente asombroso. Podría llenarse un extensísimo volumen con la sola descripción de los habitantes de esos bancos de plantas marinas. Casi todas sus hojas, salvo aquellas que flotan en la superficie, están cubiertas por un número tan grande de zoófitos, que se ponen blancas. Encuéntranse allí formaciones extremadamente delicadas, habitadas las unas por simples pólipos semejantes á la hidra, otras por especies mejor organizadas ó por magníficas *ascidias* compuestas. Vense también, adheridos á las hojas, diversos moluscos. Innumerables crustáceos frecuentan la planta. Si se sacuden las largas raíces enredadas en las algas, se ve caer una cantidad de pececillos, caracoles, cangrejos de todo género, estrellas de mar, magníficas holoturias, planarias y animales que afectan mil formas diversas. Cada vez que he examinado una rama de esa planta, no he dejado de descubrir nuevos animales de las formas más curiosas.

»...Sólo puedo comparar esas grandes selvas acuáticas, del hemisferio meridional, con las selvas terrestres de las regiones intertropicales. Sin embargo, no creo que la destrucción de un bosque, en un país cualquiera, ocasionara ni mucho menos, la muerte de tantas especies de animales como la destrucción del Macrocystis. En medio de las hojas de esta planta viven numerosas especies de pescados que en ninguna otra parte podrían hallar abrigo y alimento; si esos pescados llegaran á desaparecer, los cormoranes y los demás pájaros pescadores, las nutrias, las focas y los marsuinos, perecerían bien pronto también; y, por fin, el salvaje fueguino, el miserable amo de aquel país miserable, redoblaría

sus festines de canibal, (1) decreceria en número y cesaria quizás de existir.»

En algunos puertos tranquilos, de agua transparente, como Ushuaia, Haberton, etcétera, he visto el curioso desarrollo de esas plantas extraordinarias, cuyas hojas, ya salpicadas de puntos blancos por los caracolillos á ellas adheridos, ya sonrosadas y amplias, ya verdes con una tonalidad obscura y barnizada, se extendían, inmóviles ó apenas mecidas por el vaivén de las olas.

El agua, cuando quedaba un instante inmóvil, parecía un cristal que cubriese el extraordinario bosque, haciéndolo sólo accesible á la mirada. Por éntre las hojas corren y se enroscan como víboras las guías de la planta, resistentes y elásticas, tanto que hay que hacer un gran esfuerzo para romper las más delgadas, que se estiran como un grueso pedazó de caucho por su relativa elasticidad.

...Una abertura, en el paso del Breacknock nos dejó vislumbrar por un momento el mar Pacífico, cuya línea horizontal estaba cortada aquí y allá por peladas y cenicientas rocas.

Y los paisajes iban desarrollándose cada vez más interesantes á nuestra vista, con un lujo de color que nadie esperaría encontrar en aquellas regiones. Por momentos aparecía el sol, dorando las alturas crecientes, y dando caprichosos matices á los gruesos montones de nubes, que al propio tiempo señalaban y ocultaban los montes elevados, casi eternamente envueltos en una capa de densos vapores. Comenzaba la vegetación, desarrollándose paula-

(1) No tan miserables, ni el indio, ni el país, como podrá verse en seguida. En cuanto al canibalismo, está comprobado que no reina entre los fueguinos.

tinamente, formando una línea que se extendía hasta perderse de vista, sobre la que se destacaba con tonos más obscuros y enèrgicos, la roca pelada, salpicada aquí y allá por alguna mancha de nieve.

Parecíame estar en plena cordillera de los Andes y recorrer una vez más aquellos parajes, pero después de un desastre colosal, de un diluvio que hubiera cubierto valles y hondonadas, dejando sólo descubiertas las cumbres de la montaña. Aquí, la Isla Quemada, por cuyas grietas parece aún correr el humo, y cuyo desolado aspecto tiene algo de fantástico y teatral; allí un rincón de verdura en que crece el musgo amarillento junto á las gramíneas de un verde más intenso y vivo; allá una ensenadita de aguas especulares en que se retrataba la costa rígida, de líneas violentas; acullá la ligera ondulación de la corriente, en el canal... Y todo esto móvil, envuelto en las gasas ligerísimas de una neblina apenas perceptible, esfumado en las lejanías como un sueño vago, con masas de nubes y claros de azul purísimo, algo semejante á las extrañas y efectistas creaciones de Gustavo Doré... ¿Por qué no van allí los pintores argentinos? ¿Por qué no se inspiran en aquella naturaleza salvaje, tan rica de color, tan variada y tan nueva? Allí encontrarían tema para tantos paisajes, para tantas *manchas* admirables, como puede darlos la Suiza. Ya un lago tranquilo cubierto de hojas de cachiyuyo, rodeado de altas rocas, por las que trepa el ejército del *fagus*, ese árbol austral por excelencia, que resiste las nieves y los huracanes, con su copa verde tendida á favor de los vientos más frecuentes y terribles; ya un panorama polar, con los irisamientos del hielo transparente y la blancura mate

y fria de la nieve; ya un pedazo de selva virgen, con las yerbas altas, y en que se entrecruzan los troncos del fagus y el canelo, y donde crecen grandes flores, blancas ó rojas como sangre, selva que parece tropical, tanta es su vitalidad; ya—cuando el otoño comienza—el cariñoso matiz sonrosado que toman las hojas perennes de la haya, contrastando sobre los diferentes verdes del resto de la vegetación.

Cuando aquello se conozca más, es indudable que la fotografía comercialmente, y la pintura por la parte artística, se apoderarán de aquel tesoro para no abandonarlo ya, como es fuera de duda que no tardarán en fundarse en los canales, aprovechando los sitios más pintorescos, establecimientos de hospedaje á que, en nuestro ardiente verano, acudirán á solazarse las personas que pueden huir de las ciudades, y que amen la Naturaleza.

Algunas de las pequeñas bahías á cuyo frente pasábamos, eran encantadoras. Pero cuando no se navegaba muy cerca, sólo se veían sus grandes líneas, el verdor del cielo, y los árboles tan diminutos, que parecían juncos, aunque á veces tengan un tronco respetable. Esas bahías, muchas de ellas escondidas, suelen ser puerto de refugio de los loberos, su escondite mejor dicho, ó estación y campamento de buscadores de oro, ocultos allí á toda mirada indiscreta. Puntos de esos hay sólo conocidos por unos pocos, donde cualquier pirata, cualquier malhechor puede desaparacer de la vista de sus perseguidores, aun con embarcaciones de cierto porte, sin que éstos logren hallarlo.

Una abertura entre dos rocas, sólo visible desde un sitio dado, un paso ancho y sin peligro, y luego una bahía cuyas puertas se cierran tras el buque, y

cuyas costas ofrecen el más seguro abrigo. Cierto comerciante de uno de los puntos visitados en este viaje, y cuya goleta vimos de pronto á corta distancia del trasporte, navegando con su mismo rumbo, y sin que hubiéramos sospechado su presencia, que nos sorprendió, cuenta que él sabe un sitio de esos, en el que ha solido dejar su embarcación, completamente sola, sin más precaución que la de amarrarla en *arganeo*, y seguro de que nadie la vería... Y como él habrá tantos... casi todos los navegantes de los canales.

De vez en cuando veíase flotar en la superficie como blanco buque, algún pequeño témpano de hielo, desprendido de los ventisqueros cercanos. Nunca son de gran tamaño, aun cuando abunden mucho en la estación avanzada. No es raro que sobre ellos se pose algún shag, como una mancha de tinta en una superficie blanca, ni verlos repentinamente darse vuelta, carcomida su base por las aguas del canal, cuya temperatura es más elevada. Marchan uno tras otro, arrastrados por la corriente en la misma dirección, ó se arremolinan y detienen en los remansos para derretirse lentamente junto á las peñas. Estos témpanos, al desprenderse de los ventisqueros, y caer al agua, suelen producir grandes olas que van á estrellarse contra las rocas de la costa y que pondrían en serio peligro á las embarcaciones que se hallaran en las cercanías. Pero pocas veces se ve por allí otra embarcación que alguna piragua fueguina, ó las goletas de Punta Arenas, que toman siempre el medio del canal, para evitar que una racha las lance contra la costa.

Al regreso, ya en otoño, vi centenares de témpanos que navegaban por el canal y siendo—aparte de las aves,—lo único animado de aquel paisaje

ideal, al que sólo falta el movimiento de la vida humana, para que su pintoresco deje de ser tan selvático y melancólico como es hoy en ciertos parajes. Alguna vez, cerca de nosotros, á tiro de fusil, pasaba un vuelo de avutardas, él, blanco, brillante, á la cabeza de las dos hembras, parduscas, formando triángulo,—ó junto á la costa obsevábamos el hervidero del agua, producido por la marcha del *pato á vapor*, esa ave que nada con la rapidez que le ha valido su nombre, levantando con las alas rudimentarias gotas y espuma, como si fueran ruedas de paletas puestas en movimiento por una máquina poderosa. El pato á vapor no puede volar, pero no he visto ave alguna que nade con tanta celeridad, pues la suya es comparable sólo con la de un pez. O en el cielo tranquilo, alguna palomita del Cabo, de alas pintadas como una falena; ó la mancha negra primero, y el abierto abanico más cerca, del darup, el carancho fueguino, siempre á caza de cadáveres, vecino del pingüino, cuyos pichones devora si logra burlar la paternal solicitud. O en la costa cercana, y sobre las aguas mansas, el blanco plumaje de la avutarda, pescando entre las peñas, ó de los gaviotines diseminados aquí y allá, y devorando los langostinos ó los pececillos que se ponen al alcance de su pico agudo, con gallardos movimientos del cuello, y elegantes revuelos rápidos en que moja las patas en el agua, para levantarse en seguida un metro ó dos, y tornar á descender. O la golondrina de mar, de patas palmeadas, pequeña y de intenso color pardo obscuro, á la que la superstición del marinero atribuye el don de pronosticar desastres, y que le anuncia temporal si llega á posarse en su barco.

Pero toda esa vida animal, toda la que bulle en

las aguas del canal del Beagle, no logra desvanecer la profunda impresión de soledad que producen aquellos sitios, impresión que ha comenzado en el Atlántico sur, donde raras veces se ve una vela, y que se hace más intensa allí. El canal tiene todo el aspecto del desierto, ó una extraña autosugestión lo hace creer. El hecho es que aquellas peñas, aquella nieve, parecen no holladas nunca por el pie humano, y los árboles corpulentos en la costa, más pequeños á medida que trepan á las alturas, hasta hacerse achaparrados y muy diseminados cerca del límite de la nieve, muestran sus hojas siempre verdes con la languidez triste de lo que no alberga á ser viviente alguno.

Ni aun pasaba por nuestra imaginación que sobre aquellos acantilados, ó en aquellas playas, detrás de un tronco ó de una piedra, pudiera ocultarse alguno de esos indios fueguinos en cuyo detrimento se han forjado tantas leyendas, haciéndolos antropófagos, ladrones y asesinos por tendencia, leyendas que no se desvanecerán muy pronto, aunque ya se haya trabajado en ello.

De pronto nos sorprendió el espectáculo de uno de los ventisqueros, el primero que veíamos en los canales, y también uno de los más pequeños, cuya nieve llegaba hasta el mar, con tonos azulados suaves y tenues, muy finos, que hacían resaltar más la blancura casi absoluta de la nieve en la cima, destacada á su vez sobre el fondo plomizo del cielo. Hermoso espectáculo, que nos produjo profunda impresión, aunque entre nosotros fuéramos varios los que habíamos visto glaciares en los Andes. No es lo mismo encontrarlos en una grande altura, que verlos allí, al nivel del mar, rodeados de vegetación, en medio de una temperatura agra-

dable, como de un día plácido de nuestra primavera, y donde parecería que la nieve no pudiera conservarse sino breves instantes. Sorprende el espectáculo, cuya visión se conserva en la retina, y ha de conservarse largos años sin duda.

El contraste de aquel blanco celeste de superficie muda y tersa que baja en rápido declive hasta el agua verde del canal, con las peñas obscuras y las morenas negruzcas, con los mismos cerros que se elevan á su lado, sin nieve los unos, los otros hasta cierta altura cubiertos de árboles, rectos en los puntos abrigados, retorcidos como en ademán de desesperada defensa en aquellos en que el viento no encuentra obstáculo—tiene algo de impresionismo á todo trance, que hace recordar las descripciones del *fjord* noruego, pero que indudablemente tiene carácter propio.

—¡Qué admirable!—exclamó á nuestro lado uno de los pasajeros, que, como yo, veía aquello por primera vez.

—Sin embargo, ya verá usted más lejos otros glaciares mayores—replicó Méndez.—Este es uno de los más insignificantes. Y si el monte Sarmiento tuviera la bondad de sacarse el capote, lo sorprendería también, sin duda. Pero rara vez se deja ver, pues siempre está cubierto de nubes.

En efecto, no lo vimos, ni á la ida ni á la vuelta, y era de todo punto imposible aguardar á que tuviera la galantería de descubrirse, ni aun considerando que ese era uno de nuestros mayores deseos.

Pero llegamos á uno de los ventisqueros mayores, que nos ofreció relativa compensación. Sus proporciones eran colosales, pues medía algunos kilómetros de ancho, y bajaba desde una blanca

montaña que se elevaba allá en el fondo. Visto desde lejos, pues íbamos á distancia de la costa, daba sin embargo idea de su tamaño, y su resplandeciente blancura atraía todas las miradas.

Darwin, que se ha detenido bastante en el estudio de este curioso fenómeno, en zona tan alta todavía, dice de ellos, entre otras cosas de mucho interés, lo siguiente:

«La extensión de los ventisqueros hasta el mar debe depender principalmente (admitiéndose, entiéndase bien, que existe una cantidad de nieve en la región superior) de la poca elevación de las nieves eternas en montañas escarpadas situadas cerca de la costa. Como el límite de las nieves es muy poco elevado en Tierra del Fuego, podía esperarse que muchos ventisqueros se extendieran hasta el mar. No por eso dejé de experimentar profundo asombro cuando—bajo una latitud correspondiente á la de Cumberland—vi todos los valles de una cadena de montañas cuya cima no se eleva á más de 900 ó 1.200 pies, llenos de ríos de hielo que bajaban hasta la costa. Casi todos los brazos de mar que penetran hasta el pie de la cadena más elevada, no sólo en Tierra del Fuego, sino también durante 650 millas (1040 kilómetros) sobre la costa, dirigiéndose hacia el norte, terminan en «inmensos, en asombrosos ventisqueros,» para emplear las palabras de uno de los oficiales encargados de relevar las costas.»

Y otros y otros se presentaron á nuestra vista, con las cercanías cubiertas de témpanos boyando en el agua clara, después de pasar delante de altas montañas cubiertas de fagus, á veces inclinados todos paralelamente hacia un lado, como por un solo golpe de viento.

—¡Este debe ser hielo de verano!—exclamó uno.

En efecto, con aquella temperatura, en ese ambiente nebuloso y húmedo, tiene que sorprender la presencia de tanta nieve, puesto que el ventisquero europeo (1) cuya nieve baja hasta el mar, que se halla más al sur, está casi dos mil kilómetros más cerca del polo que los del canal del Beagle!...

El más curioso por los contrastes que ofrece, es uno que llegando en otro tiempo hasta el agua, ha formado una gran morena con el arrastre continuo de materiales sobre la línea negra de esta formación reciente; se ve bajar enorme río de nieve, como una cascada, mientras en el fondo se alza la montaña blanca que le da nacimiento junto á otra parduzca y sin nieve, y á los costados aparece la costa accidentada, desnuda á la izquierda, cubierta á la derecha de árboles que desde lejos parecen mondadientes...

En esa costa abrupta, aquí y allá, caen cubiertos de espuma, como hilaza de algodón, los chorrillos, pequeños torrentes que se precipitan casi perpendiculares, formando hondas grietas semejantes á cicatrices, en medio de los verdores que los rodean. Estos chorrillos suelen asumir el aspecto de verdaderas cascadas, y se multiplican hasta lo infinito á lo largo de los canales, pagándoles continua, aunque en cada caso pequeña contribución.

—A veces—y desgraciadamente no lo he presenciado,—el espectáculo cambia, y en un rincón desolado, árido y triste, se ve bajar hacia el mar un río de piedras, visión cuasi diabólica que causa asombro mezclado á cierto terror. Enormes piedras

(1) En las costas de Noruega, y á los 67° de latitud, según Von Buch.

siembran un plano inclinado, como olas de un mar inmovilizado, hechizado de pronto. Se espera verlas derrumbarse de repente, retumbando con sordo fragor al caer en el agua, y al mirarlas desde el barco en movimiento, parecen moverse ellas también. Ideas de cataclismo sugiere el paisaje, y la mente se abisma buscándole causa. Los sabios afirman que la Tierra del Fuego ha sido sacudida por grandes terremotos, y al contemplar su aspecto no se duda de que las fuerzas de la Naturaleza hayan trabajado allí con extraño vigor, hasta con rabia; las quebrajas, las grietas, las hendiduras, las caprichosas cortaduras de las rocas, las colinas y los montes, el sello de violencia que se nota en cien partes, lo demuestran de una manera visible. Sólo por un terremoto de inusitada intensidad puede explicarse este fenómeno, que se ve con más frecuencia en la Isla de los Estados y en las Malvinas...

El paisaje es triunfal doquiera se tienda la vista, ya sea que produzca impresiones de terror, como una tierra estéril y maldita, de ásperas y amenazadoras rocas, ya se suavice, y hallando, sin embargo, contrastes rudos de color, aglomere la gran mancha blanca de la nieve con la sombra de las peñas y los verdores de los árboles, ya se haga suave, blando, casi idílico en alguna playita de cantos rodados en que va á morir mansamente la ola espumosa, coronada de árboles, alfombrada de hierbas y de flores, en que brillan los puntitos rojos de las frutillas silvestres, las perlas moradas, casi negras del calafate, y la nota vibrante de las aljabas, de las violetas amarillas, esa extraña flor sin perfume de la Tierra del Fuego... A veces el panorama tiene una grandeza admirable, se hace majestuoso y sereno, con tal armonía, tal fusión de tintas, que

trasladado al lienzo con toda ingenuidad, parecería una creación genial, uno de esos cuadros en que los artistas enormes suelen sorprender y revelar el secreto de la Naturaleza.

Cuando brilla el sol, todo es allí soberbio; la luz se quiebra y centellea en la nieve, dora los riscos, da frescura é intensidad á los árboles, claridades cristalinas al agua; se atenúa en las hondonadas, donde los ligeros vapores que no logra desvanecer, toman reflejos opalinos, esfumando las lontananzas; proyecta sombras violentas tras de los picos, y no satisfecha aún, aprovecha las gotas de agua que han quedado en la atmósfera para describir su semicírculo cabalístico, el brillante arco iris, fenómeno casi diario en aquellos parajes, donde llueve tan á menudo.

Los he visto que iban de una playa á otra, frente á mí, casi al alcance de la mano, dejando en medio, como coronada por un nimbo, una colina ó una roca; los he visto en el mar formando casi un círculo perfecto; y siempre con una nitidez, con una precisión admirables, definiendo sus colores y su dibujo como con un compás... Y, mientras el sol resplandece en medio de una extensión de puro azul del cielo, se ve avanzar por la parte opuesta una nube negra y pesada de granizo, en otro lado la lluvia cae como una cortina sobre el paisaje, y más cerca el arco iris despliega sus galas...

De pronto se desvanece todo; de aquí, de allí, de la montaña, de las playas, de las rocas, de los árboles, acuden las legiones de la niebla, envuelven al barco en un denso tul, que cuelgan de los mástiles y hacen bajar por los flechastes como una tienda de campaña. La popa desaparece para los que están á proa, la proa para los que están á po-

pa, y los trajes de lana se cubren de brillantes gotitas de rocío, redondas como perlas transparentes. Se fondea, y el buque parece entonces alejado, arrancado del mundo para trasladarlo á un país de encanto, de ensueño y... de resfríos.

Estas nieblas suelen ser tenaces, sobre todo cuando se acerca el invierno; entonces pierden su belleza para el viajero melancólico, *splenetic*, anhelante por reanudar la marcha. Pero si el fenómeno se presenta en otras condiciones y no se hace majadero, sorprende y admira, sobre todo por la noche, cuando las luces blancas y rojas de á bordo se ven rodeadas de un núcleo ya lechoso, ya rosado, y todo en torno se funde en un caos fantástico, donde sólo viven ellas como astros de luz implacablemente fija...

Las puestas de sol, cuando se digna asomar entre las nubes, son grandiosas también; no las he visto más bellas, y me han sugerido la idea de haber contemplado el amanecer desde el Righi, porque si los canales tienen algo del fjord noruego, tienen mucho de Suiza, sólo que sus montañas no parecen tan altas como realmente son, quizá porque se las ve desde la base á la cumbre, sin otras elevaciones intermedias. Ya que hablo de montañas, y puesto que no me ha sido posible ver el Sarmiento, así llamado por el ilustre navegante que el siglo XVI exploró el estrecho y las costas de Tierra del Fuego, permítaseme incluir aquí la descripción que Darwin hizo de ese elevado monte:

«Asistimos—dice,—á un espectáculo espléndido: el velo de nieblas que nos oculta al Sarmiento se disipa gradualmente y descubre la montaña á nuestra vista. Esta montaña, una de las más elevadas de la Tierra del Fuego, alcanza una elevación de

6800 pies. Bosques muy sombríos visten su base hasta un octavo más ó menos de su altura total; sobre ellos y hasta la cima, extiéndese un campo de nieve. Esa inmensa aglomeración de nieve que no se funde nunca, y que parece destinada á durar tanto como el mundo, presenta un grande, ¡qué digo! un sublime espectáculo. La silueta de la montaña se destaca clara y definida y gracias á la cantidad de luz reflejada en la superficie blanca y tersa, no se ven sombras en la montaña; no pueden distinguirse, pues, sino las líneas que se destacan sobre el cielo; así es que la masa entera presenta un admirable relieve. Varios ventisqueros descienden serpenteando desde esos campos de nieve hasta la costa; pueden compararse á inmensos Niágaras congelados, y esas cataratas de hielo azul son quizá tan bellas como las cataratas de agua corriente.»

Pero basta. La palabra no puede dar ni pálido reflejo de la impresión producida por el múltiple espectáculo que ofrecen al viajero esos indescriptibles, esos maravillosos canales donde se unen las bellezas del trópico á los helados cuadros polares, pasándose de unos á otros sin transición casi, como en un mágico diorama. Hay que ceder el puesto á los pintores, invitarlos, incitarlos á que vayan á refrescar sus pinceles en aquel baño de hermosura y de grandeza, para dotar luego á nuestro país de lienzos que sugieran al alma altos pensamientos, y rindan culto á los tesoros naturales que nos han cabido en suerte. De los pintores argentinos, sólo Malharro, en época lejana, cuando iniciaba apenas su carrera, visitó aquellas regiones, que esperan desde entonces al artista revelador de su belleza.

XVIII

Los fueguinos.

LAS TRES RAZAS

La maravillosa costa que he tratado de describir, es la *Onayusha*, ó costa de los Onas. Las tierras que se extienden al norte forman la *Onaisin* ó tierra de los Onas, nombre primitivo é indígena de la del Fuego.

Permítaseme que antes de continuar el relato de mi viaje, agrupe aquí las observaciones que en todo ese trayecto he podido hacer acerca de los antiguos señores de aquel suelo, sin seguir como hasta aquí el orden en que han sido hechas ú obtenidas de los viejos pobladores de la región, para dar mayor unidad á este trabajo.

En él he cuidado de no partir de ligero, consultando á las mejores autoridades en la materia, haciendo inacabables preguntas á cuantos hallaba á mi paso, que hubieran vivido largo tiempo entre los indios, y observando por mi propia cuenta cuando la ocasión se me presentaba. Estas son escasas ya, las familias fueguinas se extinguen rápidamente, los indios pierden su carácter en las mi-

siones y en los centros poblados; los que mantienen aún su carácter y tradiciones, andan perdidos ú ocultos en las selvas, los fjords y las montañas más ásperas y fragosas de la isla. Para conocerlos en su «estado natural» sería menester internarse en aquellos desiertos, hacer una verdadera expedición con grandes elementos, pues la misma policía suele no poder dar con sus aldehuelas... No era el caso. Una excursión no es ni una expedición ni una exploración, y aunque la tarea es interesante, no entra del todo en el resorte periodístico. Sin embargo, los lectores tendrán aquí datos completamente nuevos y exactos á propósito de los fueguinos, junto á otros ya presentados en publicaciones científicas, que son necesarios para la mayor claridad de los primeros, y para la unidad de este capítulo.

La Onaisin no es sólo patrimonio de los onas. En ella habitan otras dos razas con caracteres propios y bien definidos—yagán y alacaluf,—todas tres conocidas con el nombre general de fueguinos. El norte y el este y sudeste están ocupados por los onas; el sur por los yaganes, el oeste por los alacaluf, y, como los antiguos navegantes desembarcaron en diversos puntos de la isla y conocieron, sin especificarlas, estas distintas razas, fácil es comprender el cúmulo de contradicciones en que incurrieron, dejando perplejos hasta á los más avisados.

Hoy han cambiado las cosas, y la confusión tiende á cesar, gracias á los viajeros que como Bove, Lista, Popper y otros, se han ocupado de la cuestión. Bove se cuidó más especialmente de los yaganes, Lista de los onas, pero ambos parecen haber bebido en una fuente común, y hecho muy escasas

investigaciones y observaciones directas. La dificultad del idioma es, en efecto, casi insuperable, y conocerlo para poderse entender bien con los indios, es tarea de años. Esta clase de trabajo ha podido ser realizada con éxito por los misioneros anglicanos, conocedores de la isla desde 1850, y especialmente por uno de ellos, mister Thomas Bridges, hoy fallecido, que ha hecho un estudio prolijo del idioma y costumbres de los yaganes. Probablemente á él se deben muchos de los informes publicados luego por otras personas que, en cortos viajes, no estaban en condiciones de recoger muchos elementos. De ahí el parecido que existe entre unos y otros trabajos, aunque sea lógico que la observación de una sola cosa por varios observadores, dé resultados sólo diferentes en los detalles, si todos van de buena fe y con espíritu de verdad.

Darwin se ha ocupado, también, de los fueguinos, como antes lo hicieran Bougainville y otros, —pero no ha dividido las razas, ha incurrido en un error como el de creerlos caníbales, y ha hecho afirmaciones por lo menos aventuradas, aunque su trabajo fuera el más completo y exacto publicado hasta entonces (1845).

Sin embargo, esa división está perfectamente deslindada no sólo por el idioma—son completamente distintos el de los yaganes, onas y alacaluf —sino también por las costumbres y la estructura física de cada uno de esos indios.

El ona, por ejemplo, descendiente indudable de los tehuelches del sur de Patagonia, es cazador, pescador y no navega nunca; el yagán es puramente pescador y marinero; el alacaluf, quizá descendiente de los araucanos del sur de Chile, nave-

ga, pesca y caza. Ni unos ni otros se entienden entre sí, aunque la vecindad y el continuo trato, ya en la guerra, ya en la caza en sitios no deslindados y por lo tanto comunes, hayan creado algunas, aunque pocas, palabras que figuran en los tres idiomas.

No poco habrá contribuido á estas diferencias la topografía de la Tierra del Fuego, tan variada como su clima, cubierta de bosques en el centro y sur, de pastos como la Patagonia al norte, de rocas casi estériles al sur, riquísima para pastoreo al este, lluviosa y nebulosa sobre el canal del Beagle, seca y fría sobre el océano Atlántico. La influencia del medio se nota efectivamente, pues las costumbres de familia de una misma tribu y tribus de la misma raza, son diversas, como se verá después.

Pero señalemos, en lo posible, los caracteres de estas tres clases de fueguinos, de las cuales la yagán es hasta ahora la más conocida, mientras los alacaluf permanecen envueltos en una especie de misterio y sólo se tienen algunos datos incompletos sobre su modo de ser.

Onas.—Comenzando por los más interesantes, son los onas, como ya he dicho, una rama de los tehuelches (1) fuertes, inteligentes y de buena índole como ellos. Son altos, muy bien formados, de color aceituna pálido, y sus facciones no tienen nada de desagradable. Pelo negro, laso y recio, ojos negros también, algo sesgados, nariz generalmente ancha, pómulos un tanto salientes, boca

(1) He aquí algunas voces del tehuelche y el ona, publicadas por Lista y que son iguales ó muy semejantes en ambos idiomas.

Boca: *shem* (o), *sham* (t); Bigote: *ashchij*; Cacique: *corrge;* Carne: *yeper;* Costilla: *parr;* Cuchillo: *pei* (o), *peijen* (t); Dientes: *horr* (o), *orr* (t); Frío: *kojesh* (o), *kokojesh* (t); Mano: *cheif* (o), *chen* (t); Barba: *sheken;* Nariz: *or;* Pescado: *oien*.

de labios gruesos, dientes iguales y blanquísimos. Notable es en las mujeres la pequeñez y belleza de los pies y las manos; tanto más, cuanto que la ona es una caminadora infatigable, y anda casi siempre descalza y con *ojotas* rara vez.

Su carácter es generalmente manso y sociable; son risueños, y al reir muestran su hermosa dentadura. Andan desnudos, cubiertos solamente con un quillango de guanaco ó de zorro, sin taparrabo ni cosa que lo valga, y arrojan aquél cuando pelean ó cazan.

Se dividen en onas del norte y onas del sur, y esta división podría situarse imaginariamente en la cadena de Carmen Sylva. Hay entre unos y otros ciertas diferencias de costumbres, y suelen no entenderse entre sí, aunque su idioma tenga muchas voces de raíz común, como por ejemplo:

	Sur	*Norte*
Agua	Shim	Shem
Brujo	Wo-tel	Wutel
Carne	Yeper	Yaper
Amigo	Yeyogua	Yeyogua

Como he de ocuparme con bastante extensión de los onas, dejo para entonces otras muchas observaciones

Añadiré sólo; que los onas comen preferentemente carne, aves, tucu-tucus y pescado á medias cocidos, nunca crudos, y algunos mariscos. La foca les sirve de alimento solamente en casos de necesidad, y nunca prueban el zorro, por una razón especialísima.

Yaganes.—El yagán es bajo de estatura pero de torso fuerte. Las piernas alcanzan poco desarrollo, porque viven continuamente en la canoa, puestos en cuclillas. Se les niega inteligencia, pero es indis-

cutible que la tienen en cierto grado, y más de lo que parece, como lo prueba el hecho de que se les utilice en diversos trabajos con buen resultado.

Casi se han extinguido por completo, y se me afirma que ya á lo largo del canal del Beagle no existirán más de cincuenta.

Antiguamente ocupaban las dos costas, desde la Bahía Aguirre al Paso de Breacknock.

Los he visto en Ushuaia, en sus canoas hechas de tablas; las de corteza, que describiré después, escasean hoy, porque les es más cómodo hacerlas por un procedimiento semejante al que usan los hombres civilizados.

Sus facciones son abultadas, pero sus ojos vivos y pequeños están siempre avizores, y denotan cierta picardía. Vestidos—éstos,—con ropas que les habían dado los misioneros, tenían un aspecto grotesco. Los pocos que aún quedan libres, andan desnudos y sólo cubiertos por una capa de pieles ó quillango, como los onas.

Son especialmente pescadores, y á esto debe atribuirse la deformación y debilidad de sus piernas.

Alacaluf.—Robusto, aunque no tanto como el ona, es el más guerrero de los fueguinos.

«La fisonomía del alacaluf—me dice quien los ha visto de cerca,—es más desagradable que la del mismo yagán, pero su cuerpo es más desarrollado, porque anda frecuentemente en tierra. Tiene la frente más achatada y ancha, los pómulos menos salientes, la nariz más afinada; es cobrizo.»

El alacaluf habita en Tierra del Fuego y sus islas, desde el canal de la Magdalena al norte, en los alrededores del monte Sarmiento, y al sur de Magallanes, en el archipiélago, hasta el Cabo de Hornos.

Su número es difícil de calcular por su carácter hosco y traicionero, que dificulta en gran manera sus relaciones con los civilizados—se limitan en esto á lo estrictamente necesario para comerciar,—pero tiene que haber disminuido mucho, pues el gobierno de Chile, en cuyo territorio están exclusivamente, los hace transportar á centros poblados y los entrega á particulares que—dicho sea de paso—no siempre los tratan con humanidad.



Indios alacaluf

Pero, de cualquier manera, los alacaluf, que no han sido objeto de tantas persecuciones, son más numerosos que los onas y yaganes juntos.

Son cazadores, pero su especialidad es la navegación, en que muestran mucha habilidad, y la pesca de anfibios.

Los salesianos de la parte chilena han hecho alguna tentativa para reducirlos, pero su carácter indómito y malévolo se presta poco para las dulzuras de la civilización, aparte de que ya saben ne-

gociar y procurarse con los productos de la caza y la pesca aquello que constituye sus únicas necesidades: galleta, guachacay (anisado) y tabaco. Ama el alacaluf su libertad ante todo, y no hay discursos que valgan con él; testigo el caso del padre Stopani, herido de un hachazo en la misma misión por un alacaluf que huyó con cuatro compañeros robándose un bote. De los indios no se supo más; el bote fué encontrado un año después en la costa norte de Magallanes, donde estaba escondido.

Son sanguinarios.

En 1893, asaltaron en Puerto Hope una goletita tripulada por cuatro loberos. Mataron á tres de ellos, y el cuarto, hábil tirador, se salvó haciéndoles certeros disparos á través del tambucho de la embarcación, con lo que puso á varios fuera de combate y logró ahuyentar á los demás. Tratábase de una venganza, porque los asesinados no les habían dado suficiente ración de galleta, guachacay y tabaco.

Como están muy en contacto (en el contacto relativo que ya he dicho), con los blancos, por su activo comercio de pieles, se explica el conocimiento que tienen del valor de las cosas, como también sus vicios, importados en su mayor parte.

Son también ladrones, y se citan robos hechos con sorprendente audacia, como varios de ganado cometido al norte de Magallanes. Carnean en el campo mismo, y luego transportan las reses en sus canoas al otro lado del Estrecho. Hace pocos años matrerearon en grande una noche, cerca de Punta Arenas; notado el hecho á la madrugada siguiente, se les persiguió sin descanso, pero sin hallar huella de ellos. Desaparecen con una destreza verdaderamente maravillosa, perdiéndose en los fjords,

sin que llegue á sorprenderse ni siquiera la canoa en que han huido.

Tiene un carácter mucho más taciturno que el del yagán, vengativo en extremo, y no da hospitalidad al extranjero, ni deja conocer otro toldo que el que tiene en la costa para pescar.

Es polígamo, más acentuadamente aún que los onas y yaganes, y en extremo celoso de su honra, cuyos ultrajes castiga con la muerte. Así, cuando una canoa alacaluf aborda á un barco cualquiera para comerciar, muy raro es que vayan mujeres en ella, temerosos sus maridos de que se les ultraje.

Sobre su religión no poseo dato alguno, y los padres salesianos que están en contacto con ellos, ó no los han procurado ó se los reservan. Los loberos que los visitan de vez en cuando, no se interesan en tales investigaciones.

LA RELIGIÓN DE LOS FUEGUINOS

Puede ponerse en duda que los indios de Tierra del Fuego tengan un culto externo, pero no una religión.

Sin embargo, ha habido quien lo niegue casi rotundamente, quizá sólo por el hecho de que los onas y los yaganes son muy reservados en ese punto. A decir verdad, lo son en todo con el extranjero, y contestan á sus preguntas de una manera desesperante, por lo incierta y vaga, cuando no tienen completa confianza en él.

No faltan, sin embargo, pruebas de que esa religión existe; lo que habrá faltado será sin duda paciencia ó interés para buscarlas. Sin embargo, el conocimiento de las creencias de un pueblo importa tanto como el de su propio idioma para darle filiación. No se trata de lo último en estas páginas, si-

no sencilla y modestamente de exponer los datos obtenidos con tanta insistencia como buenos resultados,

El mismo mister Bridges, tan conocedor de aquellos indios y sus costumbres, ha dicho: «No reconocen un Creador, ni tienen idea del futuro, ni esperan nada después de la muerte.»

Pero luego añade, contradiciéndose: «Tienen una palabra para expresar la muerte, *Cagagulo*, cuyo significado es *subir y volar*,» para completar esto diciendo que creen en aparecidos, en seres sobrenaturales, en criaturas salvajes que vagan por la selva, y en que *las exhalaciones son espíritus errantes de sus muertos*.

Tributan, además, honras fúnebres á sus deudos y amigos; tienen supersticioso temor á las tumbas, á las que no se acercan, y consideran maldito el lugar en que se ha cometido un crimen. Purifican á sus hijos apenas nacidos, cantan y bailan en los alumbramientos, en las noches sin luna, en la fiesta de la primavera, cuando las niñas llegan á la pubertad...

Tienen médicos que hacen ensalmos, se atribuyen poder sobrenatural bajado de arriba, poseen amuletos mágicos y maravillosos que llevan misteriosamente ocultos en un zurrón de cuero de lobo, colgado al pecho, y se atan á la cabeza como huincha, una cabalística tira de guanaco nonato.

Estos son los hechos más ó menos divulgados, que demuestran por sí solos cuán equivocadas son las afirmaciones de que carecen de religión, indios que se someten á esas prácticas y aun á otras de mayor importancia que veremos después.

Pasemos ahora á otro orden de observaciones, menos conocidas ó desconocidas del todo, advir-

tiendo antes que yaganes y onas se han tomado parte de sus creencias, hasta el punto de que hoy estén casi del todo confundidas.

Poco se sabe á ciencia cierta sobre la religión de los yaganes, pero es fuera de duda que la han tenido, y hasta que han sido iconólatras.

Muy insignificantes datos pueden obtenerse de los sobrevivientes escasos de esa raza, que sólo recuerdan pequeños fragmentos de la mitología de sus antepasados. La extinción de las tribus por una parte y los esfuerzos de los misioneros por otra, han sido causa de la pérdida de tan interesantes leyendas.

Pero se sabe por algunos ancianos yaganes que sus antecesores creían en genios del bien y del mal, y los personificaban con ídolos toscamente hechos, muy raros y de que no he podido hallar ejemplar ninguno. Sólo con datos de memoria, he logrado hacer un facsímile, naturalmente fantástico, de dos de ellos. Pero es muy probable que el ensayo de esculturas que Bove publicó, sea uno de los ídolos en cuestión.

Cuéntanme de un yagán viejo de la misión de Ushuaia, testigo ó cómplice de la matanza de misioneros en la isla de Navarino, que sólo practicaba el rito católico por conveniencia, y seguía con su antigua religión.

Tenía en su poder un ídolo de madera, apenas labrado, con dos agujeros por ojos, una hendidura por boca y un pedacito de hueso incrustado en forma de nariz, con joroba y las piernas apenas señaladas, al que llamaba Hanush-aica, genio de la mar bravía. Por más que se insistiera con él, nunca quiso cederlo.

Cuando se le preguntaba algo respecto de la vieja religión de los yaganes, contestaba invariablemente:

—*Baf aiola; mister Bridges culalán.* (No sé; mister Bridges enojado.)

Con esto quería significar, sin duda, que hablando de sus antiguas creencias disgustaría al misionero bajo cuya dependencia estaba. Sin embargo, eso no le impedía cuidar de su fetiche como si fuese un tesoro y... zambullirlo en el mar cuando no andaban bien las cosas, como los marineros de Nápoles con San Genaro.

Cónstame, también, que los yaganes ponían en sus canoas pequeñas y toscas figurillas de madera, y que les hacían toda clase de manifestaciones de respeto, aunque ellos mismos las hubieran fabricado... precisamente como en plena civilización. Eran, pues, idólatras, y si no se sabe más á ese respecto, ha sido, ó por su extraordinaria reserva, ó por desidia de los viajeros que los han visitado.

Pero la falta de datos exactos ha dado rienda suelta á la imaginación, y así he oído muchas veces con extrañeza por lo menos, afirmar que los fueguinos tenían en medio de la isla y entre las selvas, un templo consagrado al Sol, que era digno de visitarse.

No quiero incurrir en el achaque general de los viajeros que niegan rotundamente loque no han visto; pero debo afirmar que ni los exploradores, ni las autoridades, ni los mineros y marineros desertores que han recorrido la isla del uno al otro extremo, pueden dar noticia de semejante cosa. Al contrario; todos están contestes en decir que no existe tal templo, y que se trata puramente de una invención.

Contribuyen á dar fuerza á esta aseveración el carácter nómade de los fueguinos, sus rudimentarias construcciones, de menos invención que las esquimales, y su intelectualidad, poco meditativa,

como en la mayoria de los pueblos vagabundos, y nada amiga de normas y reglamentos.

Justamente esa falta de monumentos religiosos, como su ignorancia del arte de escribir, son las causas que más dificultan—hasta imposibilitan—la reconstitución de su historia y la conservación de su leyenda.

No es dudoso, pues, que el templo de los fueguinos tendrá que ir á reunirse con la ciudad de los Césares que á tantos sorbió el seso en épocas anteriores.

En lo que respecta á la religión de los onas, se ve ya mucho más claro que en la de los yaganes.

Tienen toda una mitologia, la historia lamentable de la perdición de su raza, con reminiscencias del cristianismo y del paganismo griego, lo que hará sospechar que su leyenda ha sido forjada después del descubrimiento, con fragmentos de las prédicas de los misioneros, y de narraciones de los tripulantes de las naves descubridoras que abordaron á la isla y á la Patagonia austral. Sea como sea, el mito tiene verdadero interés.

Han hecho también su olimpo y rinden culto á todas las fuerzas que animan la Naturaleza, principalmente al Sol, divinidad benéfica y al mismo tiempo la más poderosa de todas, que preside los nacimientos, la primavera, la pubertad de las jóvenes.

La Luna es, en cambio, la deidad maligna, la señora de los mares, la que provoca las enfermedades, la escasez, el hambre. Cuando está roja ó tiene halo, el ona no se atreve á salir de su wigwam, la conjuran con cantos quejumbrosos, se tiznan la cara, se rasguñan las piernas, recuerdan á sus muertos, sin nombrarlos, y pasan á veces toda la noche velando con lúgubre temor.

La leyenda á que antes me he referido explica estos conjuros y este pánico. Veámosla:

EL CASTIGO DE LOS ONAS

En época remota, los habitantes de Tierra del Fuego eran hombres blancos y tenían barbas.

Esa tierra era entonces grande, muy grande, y se extendía hacia el norte.

Vivían en ella y con ellos el Sol y la Luna, marido y mujer, (1) que eran sus tutores ó monarcas.

Pero los habitantes de la Onaisin comenzaron á pervertirse, y llegaron á ser muy malos.

No existía el matrimonio, las mujeres eran de la comunidad, y no tenían hijos.

La Luna y el Sol les aconsejaban, les amonestaban, y trataban en vano de corregirlos.

Entonces, viendo que no lograrían nada de aquellos perversos seres, un día, justamente airados, los abandonaron y se subieron al cielo, donde están.

Poco tiempo después, se les apareció Chaskelshen, el gigante tan alto como los árboles, cuya barba blanca le llegaba hasta el suelo, que les dijo:

«Vengo mandado por los antiguos bienhechores de los onas, Carpe y Creen, á avisar á aquéllos, por última vez, que si no se corrigen y abandonan sus costumbres perversas, serán terriblemente castigados.»

Después de esta amenaza, Chaskelshen desapareció.

Pero los onas no hicieron caso, y seguían su vida depravada, cuando de pronto comienza á llover, mientras el suelo temblaba y se estremecía con espantables sacudidas.

---

(1) Los onas conservan esa creencia.

Y llovió tanto, que la tierra fué cubriéndose poco á poco, el cielo se obscureció hasta el extremo de convertirse en noche espesa, y las aguas subieron tanto que sepultaron á aquella tierra maldita y sus pervertidos habitantes.

Así fué castigado el vicio y la maldad de la primera raza ona.

Cuando se retiraron las aguas, la Onaisin, que hasta entonces había sido llana, apareció sembrada de numerosas y altas montañas que periódicamente se cubrían con una capa blanca y fría.

Luego que se hubo hecho este cambio, Carpe y Creen enviaron á esa tierra á Cohan Yeperr (1) para que volviera á poblarla.

Cohan Yeperr llevó consigo dos pedazos de tierra, el uno colorado, negro el otro, que depositó en las llanuras del norte.

Y de la tierra colorada nació una mujer, y de la negra un hombre, que son los padres de los onas de hoy, que esperan que un día la Luna y el Sol se apiadarán de ellos, y bajarán á darles consejo y gobernarlos otra vez.

Otra versión del mismo mito, que he recogido de una fuente muy distinta:

LA LUNA Y EL HOMBRE

Woltel, un grande y poderoso cacique, incurrió en la cólera de la Luna, madre de la primera mujer, cometiendo un delito imperdonable para ella, como era el tener contacto carnal en cierto periodo del mes.

---

(1) *Cohan*, destellos—*Yeperr*, carne. Destellos de carne. La estrella designada así por los onas es Venus. ¡Sorprendente coincidencia!

La Luna se puso roja de ira y juró exterminar la raza de los hombres.

Estos, que conocieron su furor, pero no sabían la causa, imploraron á la deidad, que se mostró inflexible.

Lanzó torrentes de agua é innumerables rayos sobre la tierra y todos hubieran perecido, á no ser por el nacimiento de Crentancol, fruto de la culpa de Woltel.

Woltel, agobiado por el peso de su falta, confesó á su hijo la causa de la cólera de la Luna.

Y Crentancol indignado mató á su padre...

Con esto se aplacó el enojo de la deidad, que perdonó á los que aún vivían, pero jurando que destruiría á todos los hombres si llegaba á repetirse el delito de Woltel.

El fondo de ambas versiones viene á ser análogo, si no semejante, y en las dos vemos el pecado original, mientras que en la segunda llega á establecerse cuál es. No me detendré á señalar aquí el parecido de esta fábula con otras de la antigüedad, pues está demasiado visible: los lectores lo hallarán fácilmente.

Pero debe recordarse que casi todas las tribus de indios de esta parte de América, y muy especialmente los araucanos y quizá los apaches, tienen la tradición del diluvio. Ahora bien, según lo que Lista ha publicado respecto de las creencias de los tehuelches, ésta no figura entre ellas, y los onas no la han recibido entonces de sus labios. Pero ¿no pueden los alacaluf haberla llevado de Chile, explicándose así fácilmente su procedencia?

En cuanto á la diferencia de forma y detalles de una y otra, debe tenerse presente que han tenido que conservarse puramente por tradición oral, en

un pueblo que no ha dado ni aun los primeros pasos hacia la escritura, como que lo único que marca —sus flechas,—lo hace valiéndose del modo de atar la punta. Natural es, entonces, que pasando la leyenda de boca en boca, haya sufrido transformaciones capitales, sobre todo cuando los onas del sur variaron hasta el idioma de los del norte, que adulteraron á su vez el de los tehuelches.

Pero ese mismo mito, la idea de castigo y de regeneración, tienen que convencernos, una vez por todas, de que no es la fueguina una raza abyecta y cretinizada, el eslabón entre el mono y el hombre. Pruebas más acabadas de la inteligencia del ona pueden aducirse, sin embargo; pero ésta basta por ahora, para concederle más alto nivel intelectual que el que se le atribuye.

Pero doloroso es tener que confesar que esa bella y simpática raza de indios tiene también sus manifestaciones bárbaras, no dictadas por la defensa propia según ellos la entienden, sino pura y simplemente por la superstición. Pero apresurémonos á añadir que esas manifestaciones son poco frecuentes, y que hubieran desaparecido ya, si los encargados de propagar la civilización no la hubiesen propagado á tiros...

Además del Sol y de la Luna, de los espíritus y los salvajes, creen los onas en una deidad terrible: *Schalgpe.*

De pronto, dicen, y durante la noche, levántase del suelo un vapor blanco, una nube que tocando en tierra queda suspendida á cierta altura. En medio de esa nube aparece Schalgpe. Es una mujer extremadamente hermosa, alta, de cuerpo esbelto y formas bien modeladas, cuyos ojos negros resplandecen bajo su larga cabellera rubia. Está envuelta

en un manto blanco y suelto, y la orla flotante se confunde con la nube misma.

Schalgpe se ofrece pocos instantes á la vista á un tiempo encantada y espantada del ona, encantada por la belleza de la visión, espantada porque Schalgpe va en busca de niños, y si no se los ofrece, ella los tomará... ¡y cuántos! (1)

Para evitar su furor, se prepara un sacrificio de que serán víctimas las criaturas más contrahechas y débiles de la tribu...

Se alza un toldo formado con palos y ramas, cubriendo una gran piedra, que será al mismo tiempo tajo y altar, á él se conducen los infelices niños, y sobre la piedra se les decapita...

No insisto en tales horrores. Pero debo repetir que estos sacrificios se hacen muy de tarde en tarde, y agregar que tienen su explicación, si no convincente para nosotros, muy aceptable para ellos.

Mister Bridges, hablando de los fueguinos, ha dicho:

«Los niños defectuosos son destruidos al nacer; pero sólo cuando el defecto es enorme.» La visión que nadie ve, ¿no será acaso pretexto y consuelo para las tristes madres cuyos hijos están destinados

---

(1) Irresistiblemente recuerdo á Poe y sus célebres *Aventuras de Arturo Gordon Pym.* Hay en ese libro algo de muy análogo á esa visión, y es la de Tetreli-li, el fantasma blanco:

«...Las tinieblas se habían hecho más densas, y sólo las atenuaba la claridad del agua al reflejar el blanco velo tendido ante nosotros...

»...Pero en mitad de nuestro camino irguióse una velada figura humana, de proporciones mayores que las de habitante alguno de la tierra. Y el color de la piel del fantasma, era la perfecta blancura de la nieve...»

¿Sólo la imaginación de Poe ha creado esta coincidencia, ó su fantástica obra se basa en algún dato de navegantes que visitaron la Tierra del Fuego? No sé, porque tengo por absolutamente inédita la superstición á que me refiero en el texto.

á perecer por sus defectos físicos? En ese caso sería única, barbarie tal con tal delicadeza... Por otra parte, ¿no insinúa algún biólogo moderno la conveniencia que habría en hacer lo que los onas?...

Además, hay que tener en cuenta, dada la clase de vida de los onas, que un niño defectuoso está entre ellos fatalmente condenado á muerte por la Naturaleza, en las inacabables marchas, en las violentas partidas de caza, en las luchas con las otras tribus, en los largos inviernos de hambre; hoy no se celebran casi esos sacrificios; y sin embargo, no se ve ona que no sea robusto y ágil, no tanto porque la raza sea superior, sino más bien porque los inferiores han sucumbido, sobreviviendo los más aptos. Para bregar á brazo partido, sin tregua ni descanso con la naturaleza fueguina, menester es estar magníficamente dotado...

Pero, dejando de lado esas crueldades, vese en Schalgpe la poética personificación y deificación de la niebla cruel y hermosa, mortal para los niños enfermizos, y ese símbolo no es de los que menos hablan de la inteligencia y la imaginación de los onas.

Si, con la base que tenemos acerca de su mitología, quisiéramos reconstruirla toda, claro está que arribaríamos directamente á la conclusión de que la religión de los onas es un paganismo no poli, sino panteísta, con ninguno ó con muy escaso culto externo, que, sin embargo, pudo existir en la antigüedad, y haberse perdido luego por indiferentismo.

Tendrían probablemente ceremonias análogas á una de los yaganes que describe Mr. Bridges, como si se tratara de una simple diversión, y que sin embargo tiene marcadísimos rasgos de las fiestas y danzas religiosas de los salvajes en general.

«Entre sus diversiones usuales—dice el exmisio-

nero,—figuraban representaciones teatrales, en que los hombres personificaban las entidades imaginarias ó demonios.

»Al efecto, los actores se encerraban en la kina ó choza que servía de bastidores, y se pintaban la cara y el cuerpo, untándose el pecho con sangre, que obtenían apretándose las narices.

»Adornados con grandes sombreros de corteza, los hombres salían de súbito en tropel, y armados de palos, arpones ó arcos, bailaban y saltaban frenéticamente delante de las mujeres del auditorio, amenazándolas con sus armas y usando expresiones y ademanes obscenos y violentos. Después de rendirse de fatiga, precipitábanse de nuevo en la kina, donde los hombres se reían y discutían los méritos de la representación.

»Estas fiestas duraban á veces muchos días, y eran ocasión de desórdenes y escenas licenciosas.»

He hablado antes de los hechiceros, que van perdiendo mucho en el concepto de los indios, cuando los que practican la magia y la medicina no son al propio tiempo sus jefes. Antiguamente era todo lo contrario, y se les tenía gran confianza y fe. Algún Moliére del drama de la kina los habrá desmonetizado sin duda, ó el contrato con los blancos les habrá hecho pensar en cosas más positivas. Pero el siglo pasado gozaban de gran crédito según nos cuenta Bougainville, en lo que voy á transcribir por curioso; aunque no se refiera precisamente á los fueguinos sino á los indios que habitaban en la península Brunswick, sobre el Estrecho de Magallanes; por las señas parece tratarse de los alacaluf.

«En una de las ocasiones que saltaron á tierra, se juntaron todos los salvajes con mucha alegría; pero separaron á sus mujeres, á las cuales no querían se

llegase; uno de los muchachos, de casi doce años, y el único cuya presencia fuese interesante, fué sobrecogido de un flujo de sangre acompañado de fuertes convulsiones. El infeliz había estado á bordo de L'Etoile, donde le habían dado pedazos de vidrio y espejos, no previendo el funesto uso que haría de este regalo.

»Tienen el hábito de introducir en la garganta y narices pedacitos de talco, porque acaso la superstición presta alguna virtud á esta especie de talismán, ó acaso le miran como preservativo de alguna incomodidad que padecen, y el muchacho hizo verosímilmente el mismo uso con el vidrio, pues tenía las encías y el paladar cortados en muchas partes y casi sin cesar se desangraba.

»Este accidente extendió la consternación y la desconfianza; sospecharon sin duda algún maleficio, porque el primer acto del hechicero ó brujo que se apoderó del muchacho, fué despojarle precipitadamente de una casaca de lienzo que se le había dado; quiso restituirla á los franceses, pero como éstos no quisieran tomarla, la arrojó á sus pies. Verdad es que otro salvaje, que sin duda gustaba más de los vestidos, la recogió al instante.

»El hechicero tendió al muchacho de espaldas en una de las chozas y se puso de rodillas entre sus piernas; se doblaba sobre él, y con la cabeza y las dos manos le apretaba el vientre con toda su fuerza, gritando continuamente sin que se pudiera distinguir nada articulado. De vez en cuando se levantaba y parecía coger la enfermedad con las manos juntas, y las abría luego en el aire, soplando como si quisiese arrojar un mal espíritu; y mientras, una vieja llorosa chillaba al oído del enfermo hasta ensordecerle, y él parece que sufría tanto con el mal

como con el remedio. El curandero le dió alguna tregua para ir á tomar su vestidura de ceremonia, y después, empolvados los cabellos y adornada la cabeza con dos alas blancas, bastante parecidas al bonete de Mercurio, empezó otra vez sus funciones con más confianza, y con el mismo efecto. Nuestro capellán administró furtivamente el bautismo al muchacho, que empeoraba; sabiendo yo lo que ocurría, fuí con Mr. de La Porte, nuestro cirujano mayor, que hizo llevar un poco de leche y tisana emoliente: cuando llegamos, el paciente estaba fuera de la choza; su médico, á quien se había unido otro del mismo jaez, empezó de nuevo su operación sobre el vientre, los muslos y los hombros de la pobre criatura, y daba lástima verla martirizar de aquel modo, sin quejarse; su cuerpo estaba ya todo acardenalado, y los médicos seguían aún su bárbaro remedio, con un tropel de conjuraciones. El sentimiento del padre y de la madre, sus lágrimas, el vivo interés de toda la tribu, interés que se manifestaba por señales inequívocas, y la tolerancia del muchacho, causaban la más viva impresión. Los salvajes comprendieron sin duda que les acompañábamos en su pena, pues comenzó á disminuir su desconfianza, dejándonos acercar al enfermo, y el cirujano examinó su boca ensangrentada, que el padre y otro chupaban alternativamente. Gran trabajo costó hacerlos admitir la leche; fué necesario probarla muchas veces, y á pesar de la invencible oposición de los hechiceros, el padre se determinó á hacerla beber á su hijo, y aun aceptó el regalo de la cafetera llena de tisana emoliente. Sus curanderos manifestaron celos de nuestro cirujano, á quien, no obstante, parece que reconocían por hábil encantador; y aun abrieron un saco de cuero que llevan siempre colgado al pescue-

zo y qué contiene el bonete de pluma, polvos blancos, talcos y otros instrumentos de su arte; pero apenas miró cuando lo cerraron al punto. Notóse que en tanto que uno trabajaba para conjurar el mal del doliente, el otro no parecía ocupado sino en prevenir por sus encantamientos el efecto del *daño* que sospechaba habíamos echado sobre ellos.

»Al anochecer volvimos á bordo, dejando al muchacho mejor; no obstante, un vómito continuo que le atormentaba nos hizo sospechar que había tragado el vidrio, y más tarde hubo motivo de creer que nuestra conjetura tenía mucho fundamento. Como á las dos de la madrugada se oyeron alaridos repetidos, y al amanecer, aunque hacía un viento horroroso, dieron á la vela los salvajes. (1) Huían sin duda de un lugar manchado con la muerte y con funestos extranjeros que creían idos sólo para destruirlos. No pudieron montar la punta oeste de la bahía; en un instante de calma volvieron á intentarlo, pero una fugada violenta les hizo enmararse y dispersó sus débiles buques. ¡Qué ansiosos estaban de alejarse de nosotros! Abandonaron una de sus piraguas que necesitaba carena. *Satis est gentem effugisse nefandum.* Llevéronse la idea de que éramos seres malignos, ¿pero quién no les perdonara su resentimiento en aquella coyuntura? ¡Qué pérdida, en efecto, para una sociedad tan poco numerosa, la de un adolescente, ya libre de todos los peligros de la infancia!»

No es necesario hacer un resumen de lo que queda dicho, para que quede demostrado que los fueguinos, como la mayoría de los indios americanos,

(1) Esto es lo que me hace creer que se trata de los alacaluf, pues ningún otro indio fueguino ni de las costas de Magallanes usa paño en sus canoas.

por otra parte, tienen una religión bastante compleja, cuyos ritos se han olvidado y perdido hasta cierto punto, ó ellos cuidan de ocultar, por su natural desconfianza con los extranjeros, y el temor al enojo de misioneros y catequistas.

En cuanto á su moral, fácil es comprender que no llega á nivel muy alto. Apenas si tienen una que otra idea vaga, inculcada quizá por los misioneros.

Así, no es extraño que vendieran sus hijas púberes sin grande escrúpulo de conciencia; que aun hoy desconozcan absolutamente el pudor; que no crean delito el robo al cristiano de sus «guanacos blancos» (ovejas); que vivan en la más completa promiscuidad, sean polígamos en algunos parajes, y rindan consagrado culto á la *vendetta*.

Sin embargo, no dejan de tener buenas cualidades, como la bondad para con sus mujeres, la generosidad con sus compañeros, la sociabilidad, que les hace reunirse por las noches en la choza, *ocqrr*, y mantener largas conversaciones, entrecortadas por estentóreas risas.

Hombres y mujeres son muy lujuriosos, pero el sexo fuerte respeta al débil, y no abusa jamás de él. El hombre que tal hiciera se granjearía el desprecio de toda la tribu, y daría lugar á que se vengaran terriblemente de él. Cuestiones de esta especie son, en efecto, las que provocan las luchas á mano armada de familia á familia que han contribuido á diezmar á los fueguinos.

Mas, aunque las relaciones de familia entran en la moral, dejaremos por ahora ese punto.

XIX

Los fueguinos «at home».

Los fueguinos en su hogar... Su hogar es grande, como que se compone de toda la isla, menos la parte habitada por los blancos que han ido á civilizarlos con rémington, y que hoy continuarán su tarea con mauser. Signos inequívocos del progreso: el rémington es ya un arma atrasada hasta como instrumento educativo...

Vaya esto como prólogo, y lo que sigue como continuación del capítulo anterior.

LA FAMILIA FUEGUINA

Cuando nace un ona, una de las vecinas de su madre, que en el trance asisten á ésta, le corta con los dientes el cordón, que le ata con un hilo de tripa de guanaco, hecho lo cual, todas menos una salen del estrecho wigwam (1) y se ponen á bailar en torno, acompañadas por un canto de circunstancia.

La que ha quedado dentro unta al chico de pies á cabeza con un ungüento compuesto de greda y saliva, y le practica un masaje completo de los músculos y articulaciones, animada por los cantos de

(1) Cuando una yagán—y á veces también las onas del sur—siente los primeros dolores, sale de la choza acompañada por sus amigas y se va al bosque, de donde vuelve con el recién nacido cantando y bailando.

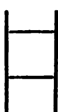
las otras. Quizás atribuyan á la pomada aquella alguna virtud mágica, pero lo cierto es que el masaje, practicado con bastante delicadeza, no deja de presentar sus ventajas para la criatura.

La madre no se cuida más de sí misma que en los días ordinarios, y pocas horas después suele vérsela tan campante atendiendo á sus tareas, como si nada hubiera pasado.

Los hombres, entretanto, han huído de sus chozas, porque creen que si oyen las quejas de la madre, todo andará mal: en compensación, cuanta vieja hay en los toldos se ha metido en el wigwam, á riesgo de sofocar á la paciente y á su prole. El alumbramiento es, también, muy fácil, y no suele haber tropiezo alguno.

Vive el niño rodeado del cariño materno y del de todas las mujeres de la tribu, y poco tiempo después de nacido (en el sur, y muy especialmente los yaganes), se le sumerge en el mar, ya como una consagración ó purificación, ya simplemente para fortalecerlo.

La madre lo amamanta sin ayudarse con nada hasta que ha cumplido los siete meses, época en que comienza á darle otra clase de alimentos, pero sin despecharlo, cosa que suele hacer cuando ya el niño tiene más de tres años. Las criaturas son colocadas en una especie de bolsa de cuero, sostenida por un bastidor tosco de madera, construído en esta forma:



Se la ata de la cintura para arriba, de modo que queda como en pie: las patas largas del bastidor se clavan en tierra, y el niño sólo es sacado de allí una vez cada veinticuatro horas.

El bebé ona pasa gorda la vida, y come cuando

quiere, con sólo gritar pidiendo, porque la madre es muy liberal, y cuando está ausente nunca falta una vecina caritativa que corra á darle alimento y bebida á un tiempo mismo. Lección ésta que podría ser útil también en otras partes que no son la Tierra del Fuego.

Suele la madre temer que se le pierda su niño; entonces—pero raras veces—toma una espina y un poco de madera carbonizada, y le hace ligeras incisiones en los brazos, en que introduce el polvo negro. Este es todo el tatuaje que usan los onas, y no como adorno, sino como marca y distintivo. Tengo referencias de una india señalada así, con nueve incisiones de medio centímetro de largo, á medio centímetro de distancia una de otra en el brazo izquierdo, y once en el derecho. Y decía, hablando de ellas:

—En un brazo dos manos y una; en el otro una mano y...

Y enseñaba cuatro dedos. Esto demuestra que los onas no cuentan solamente hasta tres, como se ha dicho. Llegan, en efecto, hasta *dos veces dos manos*; es decir, veinte. De allí para arriba son *muchos*.

En ese intervalo, el niño ha recibido nombre. Se le han puesto lindos collares de concha, se le ha pintado el rostro de rojo y blanco, que queda hecho una monada, una ricura, y crece mimado por la ternura materna, sin cuidarse del padre, que tampoco se cuida de él. Cuando ya da pasitos y balbucea algunas palabras, comienza su primera educación, (1) que consiste en el aprendizaje de su len-

(1) Muchas de estas costumbres son comunes al yagán; unos y otros se las han tomado mutuamente. El yagán no da su nombre á su hijo, sino el de algún abuelo ó tío, el del sitio en que nació, ó el de alguna cualidad ó defecto que nota en la criatura. Se harán observar después algunas peculiaridades del yagán.

gua, tan difícil—el yagán y el ona son también semejantes en esto—que un adulto extranjero pasará años si se dedica, antes de saberla. En esta tarea la madre es eficazmente ayudada por sus amigas, que sonríen al niño mostrándole sus dientes blancos y esmaltados, mientras le repiten las palabras con notable paciencia.

Entretanto, puede diablejear á sus anchas, pues no recibirá castigo corporal alguno, sino reprimendas y consejos morales que, como dice mister Bridges de los yaganes, seguirán después, más por nenesidad que por afición.[1]

Bien, ya el hombrecillo tiene cinco años, y es hora de pensar en cosas serias. Ya tiene toda clase de preeminencias, se le considera superior á su propia madre—á quien respeta mucho, sin embargo, pero á quien, poco después podrá censurar en ausencia del padre, si encuentra reprensible su conducta,—y debe prepararse á la alta misión que le ha sido deparada. Si el niño es niña, nadie, si no es la madre, hace caso de ella: su papel en la vida se reduce á casarse y tener hijos, justamente como en la civilización. Pero si el niño es niño...

Primero, el padre ó el abuelo—más generalmente el abuelo,—pone en sus manos el primer arco y las primeras flechas, cuyo manejo le enseña ayudado por varios siglos de atavismo y de selección natural y artificial. Cuando el chico ha hecho algunos buenos blancos en el stand lujoso de la selva ó de la playa, y cuando ya sabe matar un shag ó una avutarda, pasa al segundo año de estudios y acompaña á los hombres que van á alguna corta excursión por las veredas del bosque ó por los senderos de la costa, para avezarse á las largas marchas que habrá de hacer después en procura del preciso sustento.

Sólo entonces comienza á cesar ó disminuir la indiferencia del padre, que ha llegado á extremos inconcebibles (1), puede que porque ya lo ve casi en condiciones de bastarse á sí mismo.

Algo más tarde—tercero y cuarto años de estudios,—le llevan á las grandes correrías, á cazar guanacos, á ejercitar al mismo tiempo la agilidad, la resistencia, la astucia, el oído, la vista, el olfato y la fuerza. Y si el alumno resulta bueno, pocos meses más tarde se deslizará por la maraña del bosque como una culebra, saltará zanjas y precipicios, correrá sin fatiga días enteros, burlará á los recelosos centinelas de los guanacos, verá á millas de distancia el animal ó la persona que busca, reconocerá las huellas de los que han pasado semanas antes por donde pasa él, husmeará el más ligero olorcillo de los alrededores, y volverá á su wigwam, desde leguas, con un guanaco de cien kilos al hombro, y á paso acelerado. Como ustedes lo oyen. Fitz-Roy tuvo que prohibir á sus marineros que lucharan con los indios, porque perdían su prestigio y hasta los más formidables ganaban una costalada.

Ha llegado el héroe á la adolescencia; en este punto se le somete á un período de disciplina, durante el cual tiene que ayunar, rigurosamente á veces, é instruirse en la filosofía rudimentaria y egoísta que le enseñan su padre y abuelos.

«Siendo muy buenos los preceptos que les incul-

---

(1) El señor Cortés, jefe de policía de la Tierra del Fuego, á quien debo muchos de estos datos, me afirma que ha visto repetidas veces padres rodeados de sus hijos que lloraban de hambre, comiendo tranquilamente un pedazo de guanaco asado ú otra cosa cualquiera, sin inmutarse por las lamentaciones de las criaturas. Pero algunos que han vivido también entre los indios, niegan rotundamente esto.

can—dice Bridges,—sus prácticas son desgraciadamente muy malas y basadas en el más completo egoísmo. Uno de los principales consejos que se dan á los jóvenes, es tomar por primera mujer á una vieja, porque son *las que dan menos trabajo y más ayuda.*»

Ya el ona está hecho, y su padre lo ama y se preocupa de él. A un mismo tiempo, va á casarlo y á completar su educación para que entre á la vida armado de todas armas. Tiene el jovencito, entonces, catorce ó quince años, y su desarrollo es completo.

No vaya á creerse que el padre, poco práctico, elegirá alguna linda rapazuela que le distraiga á su hijo; no, tiempo tendrá para eso, cuando se halle en estado de comprender las satisfacciones y los deberes conyugales. Pone los ojos en una jamona de las familias vecinas, ó viuda, ó divorciada, que sea capaz de hacer abundante cosecha de mejillones, tejer sólidas banastas de mimbres, tender lazos á las aves y otras análogas virtudes domésticas; le propone el casamiento-iniciación, y como el hijo es un robusto y gallardo mozo de anchos hombros y saliente pecho, rara vez se vé desairado. Y la dama de cierta edad, y el dichoso jovencito se casan sin mayores ceremonias y se van á vivir en su wigwam. (1)

El wigwam no es un palacio ni mucho menos;

---

(1) Tengo, además de ésta, tres versiones de la *ceremonia* nupcial de los onas. En rigor pueden ser ciertas las cuatro.

Según unos, el novio robaba á la novia, con ó sin consentimiento del padre... ó del marido á quien la quitaba.

Otros, y entre ellos mister Bridges, dicen que el padre de la niña elegía novio para ella entre los mozos de su tribu—nunca de su familia,—y le proponían el casamiento, sin preocuparse de la opinión de la interesada. Convenían en la cantidad de cueros, etc., que pa-

unos cuantos troncos enzarzados entre si, y cubiertos con pieles de guanaco, lienzos, trapos, cuanto se encuentra á mano. Generalmente es de forma cónica con un agujero en el vértice, para que salga el humo del fogón, que está en el centro de la base. Los indios se acuestan en él con la cabeza junto á la pared y los pies al lado del fuego.

Establecido en su hogar el nuevo matrimonio, comienzan las tareas domésticas, civiles y políticas de ambos cónyuges, y la última educación del marido, tan sabiamente inventada por los onas.

El se ocupa en cazar, en hacer sus arcos, en labrar sus flechas, en explorar los alrededores de su *caú;* ella teje mimbre, recoge mariscos, lleva agua para beber, enciende el fuego, arregla los cueros de la choza, soba pieles de nutria y de guanaco, caza aves con trampa ó con red, cose quillangos, pesca á la orilla del mar ó de los ríos. Es tratada con bastante consideración, y su marido no le levanta la mano, pues perdería en el concepto de los demás y tendría que temer la venganza de los padres y parientes de su esposa. Ella, en cambio, es dócil y trabajadora, por lo general, y guarda fidelidad á su marido, como éste á ella.

Pero, ya que en eso estamos, entremos al wigwam, en este instante abandonado, y hagamos el

---

garía el novio al suegro, y hecho esto se le entregaba la joven sin más tramitación.

La tercera versión—la cuarta aquí—es la más poética: El pretendiente mete su arco en el wigwam de la pretendida, que lo toma. El queda echado junto al wigwam. Si el arco le es devuelto antes de veinticuatro horas, ¡calabazas! Después de ese tiempo el novio sabe que es aceptado, pero tiene que quedarse en el mismo sitio hasta que se le devuelva el arco, que la cruel ona retiene á veces hasta seis días, probablemente para no incurrir en el enojo de la Luna. Cuando el arco vuelve á su dueño, éste entra en el wigwam, y la ceremonia está hecha.

inventario de lo que contiene. Primero, un mal olor bastante pronunciado, porque agua la habrá para beber cuando mucho. Luego, dos pedazos de carne de guanaco, pendientes del techo, uno junto á la puerta, el otro en el fondo. En seguida, el fogón lleno de ceniza y de valvas de moluscos.

El arco y las flechas, estas últimas en una aljaba de piel de lobo, cosida con tientos de guanaco, y con el pelo para el exterior.

El quillango de cueros de guanaco ó de zorro, que usan como único traje, y con el pelo para afuera.

La corona de piel de la axila del guanaco, en forma de mitra, que ciñen á la frente cuando andan en campaña.

El taparrabo que usan las mujeres, cuando no tienen un vestido ó un pedazo de tela que atarse á la cintura.

Las ojotas ó abarcas con que suelen calzarse cuando hacen alguna correría.

Las piedras areniscas para afilar sus flechas y cuchillos. Piedras para hacer fuego.

Cuchillos hechos con zunchos de barril y cabo de madera.

Cajas vacías de conservas para tomar agua.

Vejigas de guanaco para conservar la grasa y la sangre de los animales que cazan.

Canastas de junco, de forma casi esférica, semejantes á las de la mayor parte de las que hacen nuestros indios. Estas canastas suelen estar calafateadas con greda, y entonces les sirven para tener agua.

Paletas de lobo marino, que sirven de cuchara para recoger grasa, etc.

Zurrones de piel de guanaco, para recoger mariscos, aves y pescados.

Huesos pulidos para fabricar las puntas de las flechas; un cuero grueso para el mismo objeto.

Cintajos que se ponen las mujeres en la garganta del pie.

Collares de caracoles y conchillas pequeñas, á que las indias son muy aficionadas.

Correas de guanaco.

No sé si olvido algo, pero no ha de ser de importancia.

Como se ve, pocos de estos artículos se deben á la industria de los indios, que han ido aprovechando cuanto la casualidad llevaba á sus playas. Antes, sus flechas eran de piedra, tenían cuchillos y hachas del mismo material, y hasta jarros que fabricaban con corteza de haya. Hoy aprovechan las botellas de vidrio para hacer las puntas de sus armas; sus cuchillos son de arcos de barril, y cualquier tarrito les sirve para beber, de modo que la civilización ha ido—sólo en esto—á hacerles más fácil y cómoda la vida; en cambio les ha ahuyentado sus guanacos y sus lobos, sin resarcirlos con nada.
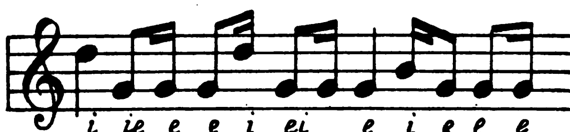
—¿Cómo deja esa pobre gente todos esos tesoros así abandonados?

—Es muy sencillo: el ona no roba, y el cristiano no codicia esos que usted llama tesoros...
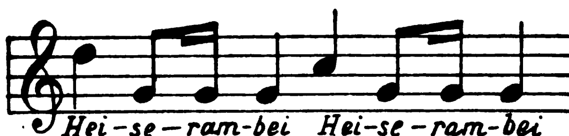
La vida pasa tranquila y feliz si no falta qué comer. Por la noche se reunen los vecinos en el wigwam, á conversar y contarse cuentos, que ellos llaman «mentiras de chicos»—*yans-cayuela,*—y sus grandes y francas risotadas se oyen á lo lejos dominando los rumores de la selva ó interrumpiendo el silencio de la llanura.

Esas charlas en que los onas se ejercitan en su

difícil lenguaje, suelen prolongarse largas horas; á veces comienzan por el día, pues apenas el indio se ha ganado el sustento, ya no tiene qué hacer. Mientras ellos hablan y ríen, las mujeres cantan con voz monótona:



y guardan silencio en cuanto llega un extraño; ó la canción del matrimonio, que sólo se entona en las noches sin luna, porque la Deidad es adversa á él,—melopea muy semejante á la anterior:



Entonces es cuando se transmiten las ya adulteradas leyendas de sus antepasados, comentan los sucesos del día, preparan sus excursiones próximas, en manera alguna incomodados por la atmósfera densa, el humo del fogón, el vaho de las respiraciones. Cuando el sueño llega, los vecinos se retiran. Si hay algún huésped, se tiende en el suelo, en el quillango que es traje y cama á un mismo tiempo, sin preocuparse de quién está á su lado ni qué hace. El matrimonio joven, las viejas, las niñas, el huésped, todos duermen juntos, como los radios de un círculo, con los pies junto al fuego, y el perro bien estrechado á ellos, para dar y recibir calor, á la llama oscilante de los troncos de haya, ó de ese

canelón cuyo humo enceguece é inflama los ojos de cualquier cristiano, pero que para los indios no presenta inconveniente alguno.

Viene la mañana, y con ella la actividad, á veces relativa, á veces casi inverosímil del ona. Si es en verano, va á bañarse, pues cuando ha recibido alguna noción de higiene es muy cuidadoso de su cuerpo, aunque no lo sea de su choza. En el estado natural se enjuga el cuerpo bañado en sudor durante sus atléticas correrías, con un liquen blando, suave y húmedo que abunda en la isla. Si es en invierno, sale á estirar los músculos y á entrar en calor á la luz de las estrellas, esperando que amanezca... á las tres de la tarde. Luego regresa al wigwam, á labrar pacientemente sus puntas de flechas, esmerándose en darles un corte elegante y en hacerlas agudas y resistentes. La mujer, entretanto, va y viene en sus ordinarias tareas, ó se sienta en cuclillas junto al fuego, á conversar y coser sus pieles.

Come el ona cuando siente apetito, si tiene qué comer, pero es frugal, y no bebe alcohol. Lo he visto rechazando con una mueca desdeñosa, como de repugnancia, un vaso de vino que se le ofrecía. Los que han estado en contacto con los blancos y los tehuelches, fuman, pero no en exceso, y si algo piden al viajero, es ropa y galleta con preferencia al tabaco. No así los yaganes y los alacaluf, que son apasionados del guachacay, y se dan soberbias panzadas cuando pueden, que no es muy á menudo...

Su manjar predilecto es el guanaco, sobre todo cuando está gordo, quizá por necesidad fisiológica; se observa, en efecto, que todos los pueblos que no tienen pan, comen mucha grasa, especialmente en

los paises fríos. Luego vienen las aves—no contemos el guanaco blanco, la oveja, intangible para él si no la roba,—el tucu-tucu y la foca, que sólo come en caso de necesidad.

Nunca se alimenta con carne cruda, ni con aves ni pescado que no hayan estado al fuego; pero no aguarda tampoco á que la cocción de la carne sea completa. No prueba jamás la carne de zorro, porque, según dice, este animal devora cadáveres de hombres y mata á los que encuentra en el campo enfermos ó rendidos, para saciarse con ellos. Comer zorro sería para él como ser antropófago de segunda mano. ¿Dónde va á parar con esto el pretendido canibalismo de los indígenas de Tierra del Fuego?

Estos platos de resistencia se alternan con mejillones, con huevos—en primavera—que asan al rescoldo, con pescado, apio silvestre, setas y hongos de muy buen sabor, que abundan en la isla, frutillas silvestres, frambuesas negras, uvas del bosque, diversas bayas azucaradas y el *pan de indio*, un parásito fungiglobular que crece en los troncos de los árboles y que contiene un jugo dulce y sabroso. Es el *Cyttaria Darwinii* de los naturalistas, y como su nombre lo indica, los indios lo usan en vez de pan, cuando carecen de este artículo. (1)

Hecha su comida, el ona sale de caza con uno ó dos compañeros, sea el día que sea, pues no tiene fiestas, ni solemniza fecha alguna, salvo la vuelta de la primavera, en que entona cánticos al Sol, su deidad benéfica. No volverá con las manos vacías, pues si no encuentra caza recoge hongos, pan y

(1) El yagán, que caza muy poco, se deleita con carne de foca, y cuando vara el cuerpo de una ballena en la costa, hace un festín, aunque la carne esté ya medio corrompida.

alguna otra cosilla con que aplacar las iras del es estómago.

A veces, á su regreso, lo aguarda una grave cuestión que él y sus compañeros de tribu están llamados á resolver. Se ha cometido un delito: una mujer ha faltado á sus deberes conyugales, y el marido irritado, sediento de venganza, pide que se la castigue con la muerte.

El *gorrge* ha convocado á todos los hombres de la tribu para que resuelvan acerca de la suerte de la mujer, el cómplice ya sabe la pena que le aguarda: ser desterrado de la tribu. Como el ona que hemos visto nacer es ya casado, es decir, ha llegado á ser mayor de edad, tiene que escucharse su opinión y computarse su voto; es toda una persona.

El *gorrge*, más que un cacique es un caudillo, designado por elección entre los más fuertes, valerosos, hábiles é inteligentes de la tribu. La grandeza de ésta depende de sus cualidades, pues según sean ellas, aumentará ó disminuirá el número de sus miembros. Un *gorrge* que se haga famoso por sus hechos y conducta, verá crecer los *caús* alrededor del suyo, con gran descontento de las otras tribus, que á veces tomarán las armas para vengarse y atajar con sangre su engrandecimiento.

Sin embargo, es un pobre monarca constitucional, de restringidísimos poderes, apenas un caudillo adornado con un nombre respetable. Cierto que su gente le debe obediencia; pero ésta, cuando no se hallan en estado de guerra, es relativa y... constitucional.

Le quedan las funciones de juez, poder que tampoco es discrecional, sino en determinados casos. Resuelve y falla en las diferencias de menor cuantía que se suscitan entre miembros de su tribu, in-

terviene en asuntos de familia, pero sólo á requisición de los interesados, y somete al voto general los casos de aplicación de la última pena. La vida humana es sagrada.

Como caudillo, su deber es velar por la suerte de los suyos, dirigirlos en la caza y la guerra, defenderlos contra sus enemigos personales de otras tribus, y ampararlos cuando lo han menester. Para eso es, también, el médico, aunque haya curanderos que no son caciques.

Entre los onas no hay propiedad; de manera que, si tuviesen códigos, sus abogados no tendrían que perder muchas semanas en aprenderlos. Por eso también sus jefes no pesan sobre ellos, ni ellos dan mucho trabajo á sus jefes. Su propiedad es un derecho de prioridad sobre los productos de la caza y de la pesca, que reparten con sus compañeros. Cuando uno ha cazado, ya no hay hambre en la tribu, aunque el cazador ignore qué ha de comer al siguiente día. Lo que uno tiene es de todos, y todos se ponen al servicio de uno solo cuando se trata de vengar su honor ó de defenderlo contra algún ataque.

Son tan generosos y hospitalarios, que el mismo enemigo es sagrado en su choza, de la que lo dejan salir sin perseguirlo hasta pasado largo tiempo, como es sagrado cuando está indefenso ó enfermo.

Sé cuánto difieren estas aseveraciones de las que hasta ahora se han hecho acerca del ona y del yagán: se ha juzgado por circunstancias y hechos excepcionales, se les ha atribuido la culpa que sólo pesa sobre los blancos, se califica de crimen lo mismo que se les ha enseñado con el ejemplo. «Este perverso animal, si lo atacan, se defiende...» Sólo á un fueguino cazado con armas perfeccionadas,

que ve que le arrebatan su mujer y sus hijos para concubina y esclavos civilizados, se le puede ocurrir semejante atrocidad. ¡Defenderse!...

El *gorrge*, pues, ha llamado á su pueblo para que juzgue á la mujer adúltera. El pueblo, como un solo hombre, dice que se aplique la ley de la costumbre. ¿Matar á la mujer? No, señor. ¿Encogerse de hombros ante la indignación y la rabia del marido? Tampoco.

La ley de la costumbre es explícita y clara: dice que el juicio no podrá tener lugar sino unas cuantas lunas después de descubierto el delito, y que no se aplicará la pena si el marido no insiste en solicitarla, y si los hombres de la tribu no están conformes con ella, no sé si por simple mayoría ó por totalidad de votos, pero me inclino á creer lo último, porque raro es el caso de una ejecución capital.

Ley benigna con apariencias terribles, pues pasado el primer escozor de la afrenta, y recuperada la sangre fría, difícil es que el ultrajado insista en pedir la muerte de la culpable, y aunque la pidiera, sus compañeros han tenido tiempo de reflexionar y no darán su sanción al tremendo castigo. Ya el susto, el temor de la sentencia posible, constituyen suficiente pena.

En ese intervalo, la adúltera queda recluida, y su reclusión dura aún algunas lunas, cuando no se ha pronunciado sentencia de muerte.

¡Digase después que los onas no tienen talento!

Sin embargo, casos de otra especie hay para los cuales no se muestran tan benignos. Por ejemplo, ciertos asesinatos.

Tengo informes de un hecho últimamente sucedido.

Un marido celoso, que creyó ultrajado su honor,

asesinó á su mujer y á su hijo. Los parientes de la víctima pidieron para él la última pena. La tribu, indignada y horrorizada por crimen tan atroz, dió su consentimiento sin vacilar. El asesinato se había cometido en Monte Chico, Tres Hermanas, y allí fué llevado el asesino por los próximos deudos de su mujer, que lo ejecutaron en el mismo sitio en que había corrido la sangre de la esposa, culpable ó no, mezclada con la del niño tierno é inocente... (1)

Nuestro ona, que respetó á sus padres y abuelos, á los hombres de edad madura y á los ancianos de su tribu, tiene á su vez derecho al respeto de los jóvenes. Es ya un cazador y un guerrero en toda la extensión de la palabra, y cree llegado el momento de pensar en casarse...

No, no es error, ni olvido. Antes *lo* casaron; ahora va á casarse *él*.

Hay en la tribu alguna muchachita de diez años no parienta suya, ni próxima ni lejana, que promete ser, con el tiempo, una real moza. A ella dirige sus miradas, consulta el caso con su primera mujer, que es de consejo, según se recordará, y por fin pide la niña á sus padres, da los cueros de la boda, y se casa con ella.

La antigua no mira casi nunca con malos ojos esta invasión de su hogar; por el contrario, se dedicará á enseñar á su colega, á instruirla en las costumbres, gustos y caprichos del esposo, á servirla de madre, en fin, como el hombre le servirá de padre hasta la pubertad. Muy á menudo una y otra son hermanas y están habituadas á la unión, dificultándose así las diferencias.

(1) Relato de Casl-ken.

Este es, por otra parte, el único parentesco que el ona tolera en punto al matrimonio. La simple mención del incesto lo horroriza, y se quedaría sin casarse antes de hacerlo con una consanguínea, por más lejana que fuese. Tan alta idea tienen, también, los yaganes de la familia, que en su vocabulario existe una palabra para designar cada grado de parentesco, y la rama de donde proviene.

Pero si la primera mujer no está conforme con las nuevas nupcias de su marido, puede dar por desatado el lazo, y retirarse á casa de sus padres ó parientes, á esperar mejor coyuntura y menos pesada coyunda. En ese caso se lleva á sus hijas, que el padre reconoce, sin embargo, y éste se queda con los hijos, para educarlos en su única industria de cazador forzudo.

Cuando la esposa impúber se convierte en mujer, hay gran fiesta en la tribu. Esto ocurre de los trece á los catorce años. Se baila y se canta, á veces durante varios días, como celebrando las verdaderas bodas de los esposos.

Seis meses después de aquella fecha, poco más ó menos, la recién casada deja de comer carne, y su alimento consiste principalmente en pescado, mariscos, raíces de achicoria y otras yerbas y el *guassing*, pequeña frutilla muy refrescante que abunda al norte de la isla. Vive entonces separada del marido, pero no cambia en nada sus costumbres, camina largas distancias, sin precaución, caza con sus redes ó trampas, y pesca en la costa, metiéndose en el agua, sin que esto le ocasione malestar alguno.

Poco más tarde la familia aumenta, llega otro hijo, y se repite la cadena de pequeños acontecimientos domésticos que venimos siguiendo desde el

nacimiento del padre, sólo interrumpida por alguna mudanza, ya porque se ha encontrado mejor emplazamiento para los toldos, ya porque la caza escasea en los alrededores, ya porque la seguridad de la tribu está comprometida, etc.

Entonces es de ver la fuerza y la destreza de las mujeres onas, que cargan con sus hijos, con los miserables enseres del *caú*, con los cueros que lo cubrían y que servirán para el nuevo hogar. Su resistencia es pasmosa, su conformidad increíble. Después de marchas forzadas, todavía tienen valor para reir, mostrando sus blancos dientes...

Personas fidedignas cuéntanme de una de esas caravanas de mujeres, caminando sobre la nieve, en la mudanza de un campamento. Algunas iban cargadas hasta con ciento veinte kilos, y marchaban por un camino de cabras, un despeñadero que la nieve hacía más peligroso aún. Avanzaban lentamente, previniendo los obstáculos que pudiera ofrecer la malhadada senda, poniendo el pequeño pie con precaución sobre la tierra helada. Los hombres, armados, andaban en descubierta por los alrededores, hasta largas distancias, explorando las peñas y el bosque... Y á despecho de la enorme carga, á despecho de lo áspero del terreno, las mujeres acamparon aquella tarde á diez millas—de quebradas—de su campamento anterior...

Esto es muy frecuente, casi diario. Indios é indias presos en Ushuaia, burlaron la vigilancia de sus guardianes, y cargados con cuanto pudieron encontrar, como acémilas, en menos de media hora desaparecieron tras los altos montes que rodean la capital fueguina, sin que nadie soñara en alcanzarlos...

Pero estas heroicas expediciones no son siempre

felices; el 11 de mayo de 1892, en Policarpo, un terrible derrumbe de tierra destruyó una caravana compuesta de 11 mujeres y 19 niños...

Volviendo al ona-tipo, natural es que con tantas andanzas, la enfermedad lo postre un día, sobre todo después de que la civilización le ha regalado la tuberculosis, que se encuentra á sus anchas en la isla, aunque ya le quede poco en qué elegir.

Cuando cae, las mujeres de la ranchería se encargan de cuidarlo, y de procurarle lo que necesita; el *gorrge* le suministra remedio ó exorcismos, generalmente tan eficaces los unos como los otros, y que lo dejan morir ó contribuyen á matarlo, si la Naturaleza no lo salva. Cuando el caudillo no ejerce, va á examinarlo y á recetarle el *yacamush*, médico de la tribu, que naturalmente hace lo que el *gorrge*, con tan buena voluntad como mal resultado. Total: el enfermo se muere, ó entra en larga y cruel agonía.

En este último caso, y cuando no hay esperanza de que el enfermo mejore y se salve, los parientes cumplen con el piadoso deber de... despenarlo, extrangulándolo; esta es, por lo menos, la costumbre de los yaganes, que llaman á la operación *abacana*.

Deudos y amigos se reunen en torno del lecho mortuorio, y se lamentan lastimosamente; los parientes se rapan el cráneo con conchas afiladas de mariscos, y se dejan una corona de cabellos como la de los dominicos, pero más larga, presentando con aquellas crines que les caen sobre la cara, el aspecto más extraordinario. Para completarlo, embadúrnanse el rostro con hollín y aceite; los amigos píntanse también, con diversos colores, según el grado de amistad que los ligaba al difunto.

Luego éste es envuelto en su propio quillango, como en una mortaja, y se procede á cumplir con él los deberes póstumos.—El entierro de los cadáveres se ha hecho antiguamente de diversos modos. Los depositaban envueltos y cosidos en el quillango, sobre alguna peña casi inaccesible, donde no pudieran alcanzar los zorros. O los sepultaban en su mismo caú, al que daban fuego en seguida, procedimiento que les fué prohibido por el gobernador Paz.

Ahora cavan una honda fosa en un sitio apartado de todo sendero, en medio del bosque, en que—solamente los deudos del muerto,—depositan sus despojos. La tumba y sus alrededores son sagrados, y nadie puede pasar sobre ó cerca de ella, sin cometer un sacrilegio.

Los indios creen que el espíritu del muerto tiene influencia sobre su vida, y lo recuerdan—quizá como intercesor—siempre que la luna roja los amenaza con sus iras...

La viuda no tarda en casarse. Mujeres hay que han tenido hasta diez esposos consecutivamente. Pero la poliandria es desconocida. No así la poligamia, de uso común, sobre todo en ciertos lugares de la Onaisin, de la tierra yagana, y más particularmente entre los alacaluf. Sin embargo, únicamente algunos caciques tienen cuatro ó cinco mujeres, contentándose el vulgo con dos ó tres.

...Lo anterior sería susceptible de grandes ampliaciones, pero se preferirá sin duda dejarlas para pasar á otros asuntos, tan interesantes por lo menos. La novela del ona está por escribir, el cañamazo real queda hecho, sin una desviación de la verdad; no faltará probablemente quien lo aprove-

che para bordar sobre él alguna amena é instructiva narración, que no es del caso aquí.

LA GUERRA, LA CAZA, LA PESCA

Ya he dicho que el ona es puramente cazador, y que sólo pescan sus mujeres, desde tierra, ó internándose á pie en las aguas bajas, el yagán es exclusivamente pescador, aunque sus mujeres se ocupen en cazar algunas veces; el alacaluf es ecléctico: caza y pesca con igual habilidad. En seguida veremos á los dos primeros en la tarea; ahora vamos á asistir á una lucha entre dos tribus onas, empeñadas en destruirse entre sí, como si no bastaran los factores extraños de extinción de la raza, que tan activamente trabajan en la isla desde hace tiempo.

La guerra ha estallado por causa del rapto de una mujer, y va á durar meses, quizá años enteros, aunque con sus largos períodos de tregua. No se ha trabajado mucho por la vía diplomática antes del rompimiento de las hostilidades. Bastó con que dos hombres de las tribus se encontraran y cambiaran un par de flechas, para dar comienzo á una guerra de recursos que ha de ser mortífera. En efecto, tras la venganza de la primera afrenta, tiene que venir la venganza de las venganzas sucesivas, una lucha exterminadora semejante á las que diezmaron la Córcega, una serie de sangrientas escaramuzas, de sorpresas, de emboscadas y de matanzas.

El *gorrge* asume la autoridad suprema.

Lo que él mande en este caso, ha de ser obedecido sin réplica ni examen. El indio que desoiga sus órdenes, será considerado traidor, y pasado por las armas sin forma de juicio. Se suspenden, pues,

«las garantías constitucionales», el país se halla en estado de sitio, y el *gorrge* tiene un poder discrecional é ilimitado, que no va, sin embargo, hasta imponer contribuciones extraordinarias, fuera de la de sangre.

La guerra, lo repito, es de recursos.

El ona, que es un incomparable rastreador, espía los movimientos del enemigo; sigue sus huellas; lo aguarda entre los árboles de la selva. Por el color y la disposición de los humos que se ven en el horizonte, conoce—aunque parezca increíble—quiénes son los que los han encendido; como por las ligeras huellas que deja en el bosque el enemigo cauteloso, sabe cuándo ha pasado, para dónde y en qué número.

En tiempo de guerra se pinta la cara de rojo, con rayas negras de ceniza, dos partiendo de las sienes, dos de los pómulos y dos de los lados de la nariz. Este es al propio tiempo su distintivo y su uniforme.

No combate sino en orden disperso, á flecha, sin avanzar sobre el enemigo, sino cuando está herido, ó considera inevitable su captura. Los prisioneros son muertos sin piedad.

El ona se desliza por el bosque, sobre los troncos podridos que siembran el suelo, entre las ramas secas y crujientes, en medio de las más lujuriantes frondosidades, sin hacer un ruido, sin que el quillango toque una hoja, sin que nada indique su presencia. Después de largas marchas hechas con estas fatigosas precauciones, suele sorprender al enemigo, aunque éste no se descuide jamás. Entonces dispara su arco, y su flecha es siempre certera. El combate comienza, sin embargo, pues como la muerte aguarda al prisionero, nadie se entrega sino

cuando ya le es humanamente imposible defenderse.

El guerrero no se despoja de su quillango, que le sirve de arma defensiva. Para ello se lo pone sobre las espaldas, y tomando los dos bordes que van hacia adelante con la mano que sostiene el arco, forma un ángulo por cuyos lados resbalan las flechas que llegan con poco impulso, sin tocarle el cuerpo. El, agazapado, presenta el menor blanco posible.

Así se matan unas cuantas decenas, hasta que el peor parado abandona el campo á su enemigo. Pero no por eso termina la guerra: basta que se encuentren dos para renovar las hostilidades, pues las treguas no equivalen á un tratado definitivo de paz, que nunca se pacta. Sin embargo, el *statu quo* puede durar indefinidamente, y su duración traer consigo el olvido de las disensiones.

Pero si el ona sorprende á un enemigo enfermo ó indefenso, no lo mata, ni le hace daño alguno, aun en lo más encarnizado de la lucha, y cuando le es necesario vender cara su propia vida. Que á tanto llega el buen instinto de esos salvajes, en cuya caja craneana hay más materia gris que en la de muchos civilizados, y en cuyo pecho late muchas veces su corazón á impulsos de sentimientos generosos.

Las mujeres, acostumbradas desde la niñez á asistir á estos cruentos combates, no se conmueven mucho que digamos ante el peligro de sus padres, sus hermanos y sus esposos. La guerra forma parte de sus costumbres, y dado su modo de ser, hay que convencerse de que el ona no teme á la muerte, y no halla suficientes halagos en la vida para esforzarse por conservarla.

Sin embargo, desarrollan en sus luchas una previsión y una destreza tales, que más que en valor

parece que emularan en habilidad. Cuando está en acecho en el bosque, un blanco pasaría mil veces al lado suyo sin notar su presencia, ya se esquive tras



India ona preparando un cuero.

de los troncos, ya se tienda en el suelo entre los musgos, ya se adapte á cualquier insignificante grieta del terreno.

Un hombre que ha vivido mucho tiempo entre ellos, me hace conocer un caso verdaderamente cu-

rioso, aunque la estratagema en él usada lo haya sido y lo sea también hoy mismo por indios del Chaco y de la América Septentrional. Vaya el relato por cuenta de su testigo:

En 1885, los onas del norte robaron al señor Stubenrauch, cónsul de Inglaterra en Punta Arenas, una importante cantidad de ovejas, como novecientas.

El delito era grave y había que castigar á toda costa á sus autores, que de otro modo se ensoberbecerían demasiado. Así es que el escampavías chileno Toro salió en su persecución, recorriendo cuidadosamente la costa del Estrecho, pero sin dar con los indios.

Quiso la buena suerte de los perseguidores que una comisión que desembarcó, y cuando ya creía inútiles sus pesquisas, tropezara precisamente con la huella de los atrevidos ladrones. Siguieron el rastro, encontraron huesos de ovejas, y despuès de pasar junto á un matorral bajo, con algunos arbustos, muy claros y esparcidos, perdieron la huella. Continuaron, sin embargo, su camino, seguros de dar más adelante con ellos, pero fué en vano que escudriñaran una gran zona de territorio.

Ni indicio de indios se veía por allí. Volvieron á registrar, más atentamente si cabe, los alrededores, pero sus esfuerzos fueron inútiles. Entonces pensaron en el regreso. Cuando iban en camino de vuelta, observaron con sorpresa que la mancha de arbustos y matorral había desaparecido. Se acercaron al sitio donde debía estar, y en vez de árboles destrozados hallaron cenizas de fogones recientes y huesos de carnero... Los onas, sintiéndose perseguidos de cerca, habían tomado ramas y hojas, y se habían convertido en bosque viviente, engañando

al destacamento gracias á la distancia; para que los marineros no pensaran en registrar los árboles, se habían diseminado, de tal modo, que parecía imposible ocultarse allí...

De estos y análogos recursos se valen en la guerra, ruda y difícil, pues los dos beligerantes usan más ó menos de las mismas tretas, y ni para unos ni para otros hay dificultades en el terreno, ni secretos en la selva inextricable para un blanco.

Hoy son los alacaluf los más guerreros entre los fueguinos, y conservan su antiguo carácter de ferocidad, su espíritu intensamente vengativo, y sus métodos poco nobles de pelear. Sus procedimientos son, sin embargo, muy semejantes á los de los onas.

Los yaganes, que no usan flecha, eran en otro tiempo muy aficionados á los combates singulares, y rara vez se encontraba uno que no presentara grandes y numerosas cicatrices de heridas recibidas en esos duelos, que el uso inmoderado del alcohol que le daban los blancos, hacía más frecuentes aún.

La misma habilidad, igual astucia, resistencia análoga á la que desarrollan para la guerra, demuestran los onas para la caza. No se les escapa guanaco, nutria ó zorro, y son admirables arqueros.

Sírvense de un arco de metro y medio de largo, poco encorvado y muy duro, cuya cuerda fabrican con tripa de guanaco, unas veces trenzada, otras torcida como un cabo. Mucha fuerza muscular se necesita para tender ese arco, que ellos arman sin esfuerzo aparente.

Con él disparan tres clases de flechas, que se distinguen por su tamaño: las pequeñas son para aves

y zorros, las medianas para caza mayor y las más grandes para la guerra. El asta de estas flechas es de las ligeras ramas de calafate, perfectamente rectas; en uno de esos extremos lleva una punta muy aguda de hueso ó de vidrio, pues los onas han abandonado la piedra por difícil de labrar; en el otro extremo le sujetan dos barbas de plumas, atadas con fibras de guanaco, lo mismo que la punta.

Estas flechas miden desde 45 hasta 75 centímetros de largo, y tienen una marca especial, conocida por toda la tribu, que consiste en el modo de atar las plumas ó sujetar la punta.

Su destreza para manejar esta arma primitiva es tal, que á cien metros de distancia perforan cajas de fósforos, una tras otra, sin errar disparo.

Para la caza del guanaco reúnense dos ó tres onas, y salen acompañados de sus perros, que merecen—y tendrán—especial mención. Llegan al sitio escogido de antemano, tomando el sotavento para que los desconfiados animales, y sobre todo su centinela, no los olfateen. Venlos desde muy lejos, gracias á su extrardinario poder visual, é inmediatamente envuelve cada uno su perro en el quillango, que se quita de los hombros, quedando en el más duradero y sencillo de los trajes. Arrastrándose, deslizándose, aprovechando para ocultarse todos los accidentes del terreno, con la cautela de un salvaje—es el caso de decirlo,—llegan á ponerse á tiro sin que lo sospeche el más avizor de los guanacos. Arman su arco y cada cual dispara sobre la pieza que ha elegido, y que hiere siempre. Rara vez cae el guanaco al primer flechazo; aun heridos de mauser escapan vertiginosamente, de modo que los cazadores blancos prefieren el rémington que los destroza é imposibilita más. Pero cuando han disparado,

sueltan los onas á los perros, que se encargan del resto, alcanzan al animal, se le cuelgan del pescuezo, y se dejan arrastrar hasta extenuarlo del todo. Entonces llegan sus amos, que ultiman la víctima y se la llevan triunfantes.

No deja de tener interés el siguiente relato de cacería que me ha hecho Jorge Morgan, contramaestre de la subprefectura de San Juan del Salvamento, muy versado en las costumbres de los indios, con quienes ha vivido largo tiempo, y que me ha proporcionado muchos y muy curiosos informes.

—Estábamos en la subprefectura de Buen Suceso, donde generalmente carecíamos de carne, lo que hacía muy ruda nuestra vida. Un día, el encargado de la repartición me mandó á la bahía Valentín, situada al sudoeste de la otra, para que con la ayuda de los indios que vivían allí, procurara matar uno ó dos guanacos.

Un indio tísico me servía de vaqueano.

La distancia que media entre la bahía Buen Suceso y la de Valentín es, sobre el mapa, de cuatro á cinco millas, que lo accidentado del terreno triplica en la realidad. Sólo después de seis largas horas de marcha me encontré en el campamento de los onas, á quienes expuse el objeto de mi visita. No tuvieron inconveniente en ayudarme.

A la mañana siguiente, en efecto, salí acompañado por cinco indios á caza de guanacos; cada cual llevaba su perro.

En un principio caminamos hacia el interior de la bahía, pero después de dos horas de marcha á un paso que yo apenas podía seguir, cambiamos de rumbo, siguiendo hacia el oeste, en dirección á la bahía Aguirre. Tres horas más tarde llegamos á la hondonada por donde corre el río Aguirre, y que,

como éste, va á desembocar al mar. Esa hondonada está cubierta de hermosa hierba; un arroyito de aguas amarillentas corre casi en el medio, y á ambos lados la limitan tupidos bosques de hayas.

El indio Capelo, que era uno de los que me acompañaban, se detuvo de pronto.

Había visto tres guanacos, «un hombre y dos mujeres,» decía.

Los otros indios observaron un segundo, después de la rápida indicación de Capelo, vieron también la situación de los guanacos y se dividieron en dos partidas para atacarlos. En cuanto á mí, hubiera jurado que no había tales guanacos en toda la extensión de la hondonada.

Me dejaron en el punto en que estaba, diciéndome que no sabía caminar en el monte y que iba á asustar y hacer huir á los animales. Me quedé, pues, observando á los cazadores y tratando de atisbar á los guanacos.

Los onas se alejaron faldeando la colina, sin hacer crujir una rama, sin agitar una hoja.

Sólo media hora más tarde vi uno de los guanacos que pastaba tranquilamente, á una distancia de milla y media más ó menos de donde yo me encontraba. Al poco rato distinguí los otros dos. El macho levantaba de vez en cuando la cabeza, y olfateaba el viento, en cuya dirección pastaban los tres. Seguí atentamente sus movimientos, muy tranquilos, que los alejaban poco á poco de mí...

De pronto, y casi al mismo tiempo, vi que el macho y una de las hembras daban un salto enorme y emprendían velocísima carrera hacia donde yo estaba. La otra hembra escapaba en dirección opuesta. Pero en ese instante salían del bosque con violenta arremetida los cinco perros de los

onas, que se abalanzaron á los animales heridos.

Los indios, completamente desnudos, aparecieron tras de los perros, disparando flechas y corriendo casi á la par de los guanacos.

El macho no alcanzó á correr quinientos metros. Un perro colgado del pescuezo y otro del hocico, lo habían postrado, y el pobre animal estaba en tierra á la merced de sus cazadores.

La hembra, entretanto, seguía corriendo, hostigada por los otros tres perros que la habían alcanzado; sin duda estaba levemente herida, y hubiera conseguido escapar si uno de los perros no se le colgara también de la garganta.

Los indios la seguían de cerca, menos uno que se había quedado á ultimar el macho. La hembra se hallaba ya á unos ochocientos metros de mi puesto, pero aunque tenía conmigo mi fusil, no pude hacer fuego por temor de matar algún indio ó alguno de sus valientes perros.

Emilio—uno de los onas—más veloz que sus compañeros, estaba á menor distancia del animal; sin dejar de correr armó el arco, disparó la flecha, y aquél cayó para no levantarse más.

Todo esto había durado cinco minutos á lo sumo.

Terminada así la partida, creí poder infringir la consigna de quedarme inmóvil en mi puesto, y acercarme á la hembra que yacía muerta á unos centenares de metros.

Cuando estuve á su lado, vi que había recibido siete flechazos, dos atravesándole la garganta, dos en el vientre, dos en otras partes del cuerpo, y uno probablemente el último, disparado por Emilio—en mitad del corazón.

También el perro que se colgó del pescuezo había trabajado bien, cortándole la arteria yugular,

por cuya herida se escapaban torrentes de sangre que uno de los indios recogió cuidadosamente en una vejiga.

Acto continuo fuí á ver el otro guanaco, que sólo tenía dos heridas de flecha: una detrás de la paleta derecha, la otra en el costillar, atravesándole el pulmón izquierdo. La punta de esta flecha se había roto después de atravesar al animal, chocando contra una costilla. El indio Ventura había hecho ambos blancos á cincuenta metros, tocando el pulmón al primer flechazo. Los perros habían destrozado completamente el pescuezo y el hocico del guanaco, y Ventura se quejaba de la poca sangre que podría recoger, pues la mayor parte había escapado por el cuello.

En un abrir y cerrar de ojos los guanacos fueron desollados y cortados en trozos para poder transportarlos más fácilmente. Los cueros, atados y envueltos en ramas, se depositaron en la horqueta de un árbol, para recogerlos al día siguiente, pues la distancia era larga, hacíase tarde, y no era necerio volver con tanta carga.

Pero los indios llevaban suficiente, pues no desperdiciaron nada, alzando, además de la carne, con las patas, las cabezas y las tripas de los guanacos. Sin embargo, marcharon como si tal cosa...

Yo, en cambio, que sólo llevaba el rémington, apenas podía seguirlos y á cada paso me enterraba en los pantanos de turba. Una vez más mis compañeros tuvieron que ir en mi auxilio, y sacarme á fuerza de brazos, porque me había hundido casi hasta la cintura...

Llegamos á los ranchos ya entrada la noche—yo naturalmente medio muerto de fatiga,—y los indios que se habían quedado y las mujeres del campa-

mento, nos recibieron con grandes demostraciones de alegría.

Entonces comenzaron los preparativos del festín.

Reservóse guanaco y medio para llevar á Buen Suceso; el resto quedaría para los indios.

Púsose á asar un gran pedazo de carne, y Emilio y Ventura, después de limpiar unas tripas, las llenaron con la sangre que habían recogido, haciendo una especie de morcilla, sin condimento alguno, que pusieron á cocer lentamente al rescoldo.

Asada la carne y la morcilla, todos participamos del banquete, tanto los que se habían quedado en el campamento como yo, simple espectador, y como los infatigables cazadores. Todo era júbilo en aquellas pobres chozas: cantaban las mujeres, contaban cuentos los hombres, relamíanse los perros, y yo era objeto de burlas por parte de los viejos, que me decían:

—Cristiano no *good.* (1) No sabe caminar.

Probé la morcilla. No sé si sería el hambre, aunque más me inclino á creerlo, porque en todo el día no habíamos comido nada; pero el hecho es que me pareció deliciosa y comí cuanto pude, que no fué ni con mucho tanto como lo que tragaron los cazadores...

A media noche los indios fueron retirándose uno tras otro para irse á descansar á sus *caús*, y yo, que me caía de sueño y de cansancio, juzgué conveniente imitarlos. Tuve que hacer de tripas corazón y acostarme cerca del fuego, entre la vieja ciega Wabulaya, y el viejo Filote, envolviéndome en un quillango que me prestó Coustén. A la mañana siguiente emprendí viaje de vuelta á Buen Suceso

(1) *Good*, bueno en inglés, que mezclan con su mal castellano, pues los misioneros les han enseñado algo de aquel idioma.

con el vaqueano y otro indio que nos ayudó á llevar la carne.

—Bien podría la imaginación haber forjado más emocionante aventura de caza; pero ésta, en su sencillez, da mejor el tono de lo que son esas expediciones, casi diarias para el indio y su perro.

Todos ó casi todos los fueguinos tienen perro, un perro extraño que se parece al mismo tiempo al lobo y al zorro, delgado y ágil, de hocico puntiagudo y ojos vivos, cuyas orejas tiesas lo muestran en continua vigilancia.

Pueden verse ejemplares de estos curiosos y útiles animales, en nuestro Jardín Zoológico, donde no dejan nunca de llamar la atención de los concurrentes. Este perro es, según los naturalistas, el *canis dingo* de Australia, y según los indios la joya más preciada de su pequeño tesoro. De esto último no cabe duda.

El can fueguino acompaña á su amo á todas partes y en todas las circunstancias: cuando viaja, cuando caza, cuando come, cuando duerme. Es su auxiliar, su compañero, su otro yo. Comparte sus amores y sus odios, y le ha tomado, en cierta medida, su carácter y sus costumbres.

El indio llora la muerte de su perro como lloraría la de su mujer.

Un viajero ha dicho que el perro era «la estufa ambulante del fueguino», á quien suministra calórico en los crudos días del invierno. Exacto; pero el observador no es justo cuando añade que el inteligente animal sólo sirve para eso.

En efecto, el perro de Tierra del Fuego caza, según acabamos de ver, y si pertenece á los yaganes también pesca, si pescar es recoger mejillones, destrozarlos con los dientes y comérselos. Es carnívo-

ro é ictiófago, como sus amos. Naturalmente, sólo el hambre y la falta de otros recursos han venido educándolos de padres á hijos para esa última clase de alimentación.

Es habilísimo en la persecución de guanacos, nutrias, zorros, pingüines y aves en general, y no es raro verlos cazando por su propia cuenta, aunque su honradez llegue al extremo de entregar á su amo el fruto de su trabajo.

Los hay en estado de servidumbre, y en libertad. Los últimos vagan por la isla, casi convertidos en lobos, á que se parecen tanto.

Los primeros son criados en el wigwam desde cachorritos, con mimo extraordinario; en las mudanzas, y cuando son aún pequeños, suelen las mujeres aumentar con ellos su enorme carga, para que no se fatiguen y enfermen con el viaje. Desde temprano son adiestrados para la caza. A largas distancias descubren la presencia de las nutrias, que van á buscar á sus cuevas á orillas del agua, y que destrozan si caen al alcance de sus mandíbulas. En vano la *Lutra felina* apela á sus defensas —los dientes y las zarpas,—contra el mortal enemigo: éste sabe cómo esquivar los golpes y las dentelladas, y cómo clavar los colmillos en el cuello de la nutria, hasta darle muerte ó permitir la llegada del cazador, que se apresura á acudir para que la valiosa piel no desmerezca con los mordiscos del perro, que la rasgan y agujerean.

Para adiestrarlos, el indio les hace tragar por fuerza la hiel de la primera nutria que cazan, ó chamusca las patas del animal, y calientes aún, casi abrasando, las restriega en el hocico del perro, no muy satisfecho de la operación; pero dice—y parece ser cierto—que de ese modo no olvidan ja-

más el olor de la nutria, que le toman un odio imperecedero, y que la descubren por lejos que esté. Corren entonces hasta alcanzarla, y si se ha metido en su cueva, comienzan á agrandar el agujero con las uñas, llorando y aullando desesperadamente hasta que los amos acuden á su llamamiento.

Es hermoso verlos en la tarea.

Un día que salimos en bote á recorrer la doble bahía de San Juan del Salvamento, en la Isla de los Estados, llevábamos entre los remeros al indio Sosa, que naturalmente se hacía acompañar por su *Tontín*, un perro cuyo aspecto prometía bien poco, á decir verdad. Era, sin embargo, un animal de valía.

Apenas dejamos el muelle y doblamos la punta que allí llaman el Cabito de Hornos, por sus remolinos y las violentas rachas que bajan de las altas rocas, Tontín puso las patas delanteras sobre la borda, y comenzó á olfatear el aire, con grandes y ruidosas aspiraciones; pero esta primera y preventiva inspección no debió darle resultados satisfactorios, porque en seguida se echó en el fondo del bote, á los pies de su amo, y allí permaneció sin moverse.

Cuando desembarcamos, saltó el perro á la playa de cantos rodados, y volviendo la cabeza á un lado y otro, olfateó de nuevo, para lanzarse en seguida como una flecha sobre un pingüín que á unos ochenta metros estaba oculto en la maleza. La dentellada al pescuezo, y la captura del ave, fué cuestión de un minuto. Sosa se apoderó de la pieza, viva aún, y Tontín continuó sus pesquisas con tal éxito que momentos después se apoderaba de otro avechucho, y hubiera continuado devastando la

bahía, si, tornándose amenazador, el tiempo no nos obligara á regresar.

A la vuelta, en efecto, sorprendiónos un fuerte chubasco de lluvia, acompañado por violentas rachas de viento helado. Sosa, en su banco, remaba con brío, cubierto con un capote de paño. Tontín, parado en medio del bote, recibía las salpicaduras del mar y el polvillo de la lluvia arrastrado por el viento. El amo lo llamó:

—«Vení, vení, Tontín, acostate.»

Y tendiendo su capote, hizo echarse al perro sobre un extremo, lo tapó con el otro, y él siguió á cuerpo gentil, empapándose estoicamente.

Se ve en esto el cariño que tienen á sus animales, de los que no se separan sino contra su voluntad. Y este amor es natural, porque sin su perro el fueguino tendría muchas veces que sufrir hambre, ó estar en continua vigilancia en tiempo de guerra.

Así, cuando un viajero, á bordo de un buque, desea poseer uno de esos extraordinarios perros ya adiestrados, no falta quien le enseña á valerse de un medio injusto y cruel: momentos antes de zarpar, se llama á bordo á los tripulantes de alguna piragua, se les hace subir á la cubierta, se les entretiene, se acaricia al perro, que suele mostrar los dientes pero que se limita á esa manifestación de antipatía en presencia de su amo. Luego el can desaparece, encerrado en algún camarote, los indios son bruscamente arrojados del barco, en marcha ya, y quejas, protestas, lamentaciones y lágrimas, todo es en vano. El despojo se ha consumado, el hombre de la civilización tiene un título más al cariño y al respeto del indio, y la piragua va quedando atrás, más atrás, aunque sus palas batan desesperadamente las aguas mansas del canal...

¿Y qué mucho que se roben los perros del indio, cuando se les quitan sus hijos y sus mujeres?...

Pero no es raro que al dar los despojadores libertad al perro algunas millas más lejos, el noble animal salte la borda, gane la costa á nado, y corra por la orilla hasta perder el aliento, en busca de la canoa de su amo, que siempre encuentra, al fin, guiado por su instinto.

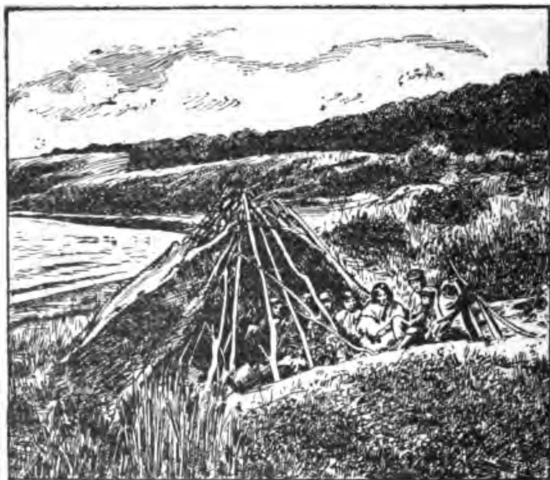
Esta particularidad, esta fidelidad á toda prueba mejor dicho, da lugar á veces á una lucrativa especulación realizada por ciertos fueguinos poco escrupulosos. Donde las dan las toman, ¡qué diablos!

Uno de esos indios ladinos sube á bordo con su magnífico perro cuando el barco está por zarpar. Nunca falta algún aficionado que quiera comprárselo, y él lo vende gustoso, sin grande exigencia; recoge la galleta, el guachacay y el tabaco que le dan en cambio, vuelve á su canoa; y boga tranquilamente hacia la costa. El can, entretanto, hace fiestas á su nuevo dueño y lo sigue á todas partes, como si de pronto se hubiera encariñado con él. No hay que fiarse de apariencias... Cuando el barco echa á andar, y aprovechando el menor descuido, el perro se precipita al agua y va á reunirse con el indio, que lo espera, feliz con la ganancia tan fácilmente adquirida. Pero ¿qué es esto sino una represalia provocada por los civilizados que lo privaban de su único amigo, de su activo ayudante, del inteligente instrumento de todas sus empresas?...

El perro fueguino es, también, admirable por la flexibilidad de sus músculos: uno he visto que andaba como gato por la borda de un buque; todos trepan por las rocas con asombrosa agilidad, na-

dan rápidamente y sin fatiga, recorren largas distancias á la carrera, saltan como gimnastas, vigilan como cerberos y son feroces perseguidores de cuanto vicho vive en agua y tierra.

Indio, uno de los habitantes más simpáticos del presidio de San Juan del Salvamento, tenia la mal-



Indios fueguinos.

dita costumbre de irse al faro de Punta Laserre, á perseguir los conejos á dentellada limpia; para entrar al recinto, saltaba un vallado bastante alto, y se precipitaba sobre los indefensos roedores, provocando una dispersión general y dejando el campo sembrado de cadáveres. Al «sálvese quien pueda», los conejos sobrevivientes ganaban el monte; pronto iban á quedar deshabitadas las madrigueras del peñón, y sin posible *civet* los empleados del faro. Para impedir el acontecimiento de semejante

desgracia, uno de los marineros engatusó al perro á fuerza de caricias, y cuando fué dueño de él, le ató á la cola una cacerola de hierro, y dándole un latigazo, lo hizo echar á correr en dirección al presidio. Indio huía con creciente velocidad, dejando atrás todos los obstáculos, y más incomodado al parecer por el ruido que por el peso de la cacerola. Cuando llegó al vallado, lo saltó limpio y todavía le sobró una vara... Ese perro es de una fuerza muscular inverosímil, y en cualquier circo tendría gran éxito como acróbata y hércules canino.

Son conocidas las hazañas de otro perro de esta raza que tenía en Buenos Aires uno de nuestros marinos. Desesperábase por perseguir á cuanto can civilizado veía. Cuando no podía precipitarse escalera abajo, se tiraba desde el balcón saltando la reja; aunque el piso fuera de respetable altura, caía sobre sus cuatro elásticas patas y corría á su congènere, á quien saludaba con los mejores tarascones de su repertorio. Una vez se rompió una pata, pero la lección no le aprovechó, y en cuanto estuvo sano volvió á las andadas.

Para no perder los perros fueguinos que se traen ya grandes, muchas veces es necesario tenerlos enjaulados como fieras.

En fin, y para concluir: es seguro que los fueguinos, desde que los blancos invadieron su isla, dicen ó piensan como el escritor francés:

—¡Cuanto más conozco á los hombres, más amo á los perros!

El ona tiene, pues, como medios de ganarse la vida, sus flechas y su perro. El yagán y el alacaluf poseen también, como pescadores que son, otros instrumentos de trabajo.

El último usa como el ona arco y flechas, y como

el yagán lanza y arpón para pescar. Sus flechas son más cortas que las del ona, y no tan bien hechas; sólo se sirve de ellas para cazar aves á corta distancia.

Los arpones del yagán y el alacaluf son de hueso de foca, y los trabajan con cuidado, aguzándoles bien la punta y alisando la superficie. Los atan á un palo recto, de regulares dimensiones, por medio de delgadas tirillas de cuero fresco, que al secarse adhieren perfectamente el asta á la punta. Estos arpones suelen ser lisos, con una sola entalladura, ó recortados en forma de sierra.

Los primeros les sirven generalmente para pescar centollas, grandes y suculentos cangrejos que, gracias á la transparencia del agua, cuando está tranquila, pueden verse paseándose por el fondo. El indio las pincha en medio de la cáscara con su arpón y las sube á su canoa, donde suele asarlas y comerlas sin pérdida de tiempo. Los dentellados son más á propósito para la caza de la foca y de peces de gran tamaño, que toma también con el doble arpón.

Para la fabricación de estos instrumentos, como también para otros usos—entre los cuales es notable el de afeitarse el vello, que tienen fueguinos y fueguinas,—se valen de un cuchillo especial, hecho con una valva afilada de marisco, á la que por lo común no ponen mango, pero que á veces lo tiene.

Estos cuchillos primitivos tienden á desaparecer por completo, sustituidos por los de arco de barril, de que ya hablé, más fáciles de hacer, más cortantes y más durables también.

Los yaganes pescan con línea y con red, además del arpón. Y al decir los yaganes, les atribuyo indebidamente funciones exclusivas de sus mujeres.

A ellas, en efecto, incumbe esa tarea, como todas las más pesadas, pues el yagán no las trata con la delicadeza del ona, lo mismo que el alacaluf.

Las redes que usan son de mallas regulares como las europeas, y hechas de tiras delgadas de cuero. Los alacaluf las tienen semejantes.

En cuanto á la pesca con línea, la particularidad consiste en que no usan anzuelo. En el extremo de un «tiento» largo, ó de una guía muy fina de cachiyuyo, hacen un nudo en que colocan la carnada—un pedazo de mejillón la primera vez.—Echan la línea casi á flor de agua y luego silban de un modo peculiar, atrayendo á los peces que, en efecto, no tardan en acudir. Cuando alguno ha mordido el cebo, dan un rápido tirón circular, y el incauto pez, arrancado á su elemento, va á caer en la canoa ó en la playa, según donde se haga la pesca.

Sin embargo, tengo noticia de que han solido usar una especie de anzuelo bastante ingenioso. Hacían una pequeña varilla de hueso, que ataban á la línea. En el centro de la varilla colocaban otra sobre un eje, que le permitía moverse hacia abajo, hasta igualar la punta de la primera, y hacia arriba hasta formar dos ángulos rectos con ella. Colocaban la carnada en las dos varillas cerradas y formando una sola; el pez las tragaba; al tirar abríase la movible, que se enganchaba en sus fauces, y el pez se convertía en pescado.

Apenas obtenían algunas piezas, abandonaban la carnada de lapa ó mejillón, para adoptar la de pescado, que cortaban con los dientes, y que da resultados mejores.

Y ya que observo esto, haré notar también que los fueguinos se valen de sus dientes como de un verdadero estuche de herramientas apropiadas pa-

ra toda clase de usos... hasta vidrio rompen con ellos para preparar sus flechas...

Los yaganes hacen su canoa de corteza, que desprenden en primavera, cuando sube la savia, del tronco de grandes fagus, por medio de cuñas. Sacada y seca la corteza, á la que desde un principio han dado la forma conveniente, en parte parecida á la de los cascos de un globo, cosen los diversos trozos entre sí con barbas de ballena, armando definitivamente la piragua con tablas flexibles que encorvan de una borda á la otra, á modo de cuadernas, y que sirven al mismo tiempo de piso. Con troncos delgados forman la regala, que corre de un extremo al otro de la canoa, y que cosen también á la corteza con barbas de ballena. Ahora bien, como la madera encorvada tendería naturalmente á tomar de nuevo la recta, abriendo la piragua, solidifican ésta con palos que la atraviesan de borda á borda, fuertemente sujetos á la regala, y cuyos extremos sobresalen de ella. Estos extremos, toscamente redondeados, se esculpían antiguamente y representaban las deidades más veneradas por los dueños de la canoa, que los llamaban hamush. La piragua de los yaganes tiene dos proas y es poco estable fuera de las aguas tranquilas de los canales. Así, no es verdad que se aventuren á pasar el Estrecho de Lemaire para ir á la Isla de los Estados, que por ótra parte no presenta indicio alguno de que los salvajes la hayan visitado hasta ahora.

En la actualidad prefieren hacer sus canoas con tablas que obtienen fácilmente. Entonces afectan la forma de una batea bastante tosca, y sin originalidad alguna. Más pintoresca y curiosa es la antigua, que he ensayado describir.

Las mujeres yaganas dirigen esta primitiva em-

barcación, sentadas en el fondo, de manera que la borda está casi á la altura de la axila, y bogando con unas palas cortas. El marido, entretanto, se calienta al lado del fogón colocado en medio de la canoa, sobre un gran trozo de tierra cortado con hierba, una especie de adobe, que impide la propagación del fuego. En él asa mariscos y pescado que come cuando tiene gana.

Todo lo relativo al manejo de la embarcación es-



Indios fueguinos en su canoa.

tá á cargo de las mujeres, que, cuando no la necesitan, la amarran generalmente á las matas de cachiyuyo cercanas á la costa, ganando éstas luego á nado. Los hombres no saben nadar; y en 1885 se ahogaron seis de ellos en Ushuaia, salvándose tres mujeres y un niño, que iban también en la canoa— el niño gracias al arrojo de la madre. Es muy extraño esto, pues el yagán pasa la mayor parte de su vida navegando por los canales.

Las canoas del alacaluf son mucho más marineras que las del yagán, y casi siempre están aparejadas con un velacho redondo. No son de corteza ni

de tablas, como las del yagán, sino de grandes troncos ahuecados de haya.

Usa pala larga, á guisa de remo, es muy diestro para dirigir su barquichuelo, que no carece de cierta estabilidad y anda grandes distancias con él. Pero tampoco se anima á atravesar el Lemaire, generalmente proceloso.

Tiene cerca de la costa chozas en que sólo habita durante la estación de la pesca y de la caza de la nutria, y que son en un todo semejantes á las de de los otros fueguinos.—Las que posee en el interior y que constituyen su verdadero domicilio, son difíciles de encontrar. Serán, seguramente, análogas.

Las mujeres onas, que no navegan, pescan desde la costa, ó internándose en las aguas bajas, en que se sumergen hasta la cintura. Cuando en las peñas de la orilla no hay mejillones grandes—este molusco tarda años en crecer, y los indios hacen de él un gran consumo,—van á buscarlos en las restingas que avanzan en el mar, y no tienen inconveniente en bucear para arrancarlos del fondo.

Hay que observar que los onas, más previsores que los yaganes, sufren menos penuria por escasez de víveres. Han inventado, en efecto, un método para la conservación de la carne de guanaco.

Cuando la caza de este rumiante ha producido más de lo que se puede consumir sin que sobrevenga la descomposición, buscan un charco que se haya formado en un terreno de turba, y con agua abundante. En el fondo de ese charco cavan un hoyo suficientemente grande para que quepa en él toda la carne que se quiere conservar. Esta se deposita en él y se cubre cuidadosamente con la turba extraída, que se aprieta para que quede sólida. Po-

co á poco el agua vuelve á adquirir su limpidez primera y nadie, al pasar junto al charco, adivinaría que es un depósito de víveres.

La carne dura así enterrada, y en relativamente buenas condiciones, hasta unos tres meses. Pero toma un sabor acre, ácido y terroso, que no disgusta á los indios, y que los civilizados soportarían muy bien en caso de hambre. La parte interior de la carne no tiene tantos defectos.

FIN DEL TOMO PRIMERO



